



# Índigo

*una novela de  
Tim Adams*

# *Índigo*

*una novela de*  
*Tim Adams*

Traducción al español © 2026 by Timothy Rittman Adams, certificado de anterioridad 14243 de COPYRIGHT.EU. Basada en la novela original en inglés *Índigo*, © 2025 by Timothy Rittman Adams, registro en la Library of Congress TXU002516467, certificado de anterioridad 12291 de COPYRIGHT.EU. Portada del libro basada en *La gran ola frente a Kanagawa*, 1831, de Katsushika Hokusai.

La edición electrónica de esta novela podrá descargarse gratuitamente en línea en [BLUETOWERPRESS.COM](http://BLUETOWERPRESS.COM) bajo licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivs 4.0 International.

Esta es una obra de ficción. Con una única excepción descrita en el epílogo, los nombres, personajes, empresas, lugares, sucesos e incidentes de esta novela son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier otro parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

El autor desea agradecer a Patricia Morcillo y Patricia Rondón Espín las correcciones realizadas en el texto en español.

### **Notas de traducción:**

- Espero que los lectores de fuera de España me perdonen el «leísmo» en primera persona del singular masculino, muy utilizado en Madrid y aprobado por la RAE.

- No recuerdo haber oído nunca a nadie usar metros o grados Celsius fuera de una clase de ciencias en la California de mi juventud, menos conectada y anterior a Internet. Esta es mi justificación para seguir utilizando grados Fahrenheit y millas en la edición española de esta novela, a pesar de las sugerencias de los españoles de que traduzca al sistema métrico. Ahora ya saben a quién culpar. Intentaron ayudarme, pero no les hice caso.

# PARTE I



## CAPÍTULO UNO

Ella llamó a la línea de ayuda al suicida por primera vez a las 7:34 de la tarde; exactamente en ese momento, el 9 de septiembre de 1974; los voluntarios de la línea tenían que anotar los detalles de cada llamada en el libro de registro. Mark respondió al segundo tono, alejándose del escritorio para que su barba enorme no goteara sudor sobre el registro. El termómetro había alcanzado los 98 grados Fahrenheit esa tarde y el aire acondicionado estaba averiado.

Estaba ligeramente colocado, todavía sentía los efectos de la marihuana que había fumado unas horas antes. Más tarde se preguntaría si esa era la razón por la que no había captado ninguna pista de un momento Rhaytana perfecto. El contacto cambiaría su vida, la cambiaría profundamente, pero lo único inusual que notó al principio fue que ella hablaba de manera muy formal.

«Hola», dijo ella. «Me gustaría hablar con alguien sobre un problema personal, por favor».

Su voz era rígida, tensa, con una pronunciación cuidadosa y pausas entre las palabras. Podría haber sido una tímida bibliotecaria leyendo una petición en voz alta en un ayuntamiento.

«Puede hablar conmigo. Adelante».

Ella empezó a decir algo, pero luego pareció recuperar el aliento. Detrás de él, la silla de Toby chirrió. Mark le indicó a su entrenador que se quedara quieto y apretó con fuerza el auricular con los dedos sudorosos, presionándolo tanto contra la oreja que le dolía. La calidad de la línea de la oficina era pésima. Apenas podía oírla.

«Necesito hablar con alguien sobre un problema con mi marido».

«Adelante, por favor».

«Mi marido está siendo ...». Su voz se apagó. Mark la oyó tragar. «Lo siento. Nunca había hecho una llamada como esta. No sé qué decir.»

«Cualquier cosa que diga está bien».

«No soy una suicida. Si hay otro servicio al que deba llamar, por favor, dígamelo». Parecía avergonzada. «No tengo a nadie más con quien hablar. Lo siento. No quiero robarle su tiempo».

«Puede hablar conmigo. ¿Qué está pasando con su marido?»

«Él ... está siendo muy violento conmigo», dijo. «Anoche me pegó. Me tiró al suelo. Yo ... estaba sangrando».

Se detuvo. Mark se tapó el oído libre con la mano derecha para bloquear el ruido del tráfico y esperó a que ella continuara. El silencio se prolongó.

«Por favor, continúe».

Ella empezó a llorar.

Mark se apretó el auricular contra la oreja y sintió cómo un pánico vago y creciente penetraba en la persistente neblina de marihuana mientras escuchaba sus sollozos silenciosos e impotentes. Llevaba seis semanas trabajando en la línea de ayuda. Esta noche era su última noche de formación oficial. Aún no había atendido ninguna llamada relacionada con armas, pero ya había escuchado a personas desesperadas: un padre que lloraba desconsoladamente por su hija prostituta y adicta, una recién casada de veinticinco años diagnosticada de cáncer, y otros.

Algo en el llanto desolado y humillado de esta mujer le hizo saltar las alarmas. Un trabajador del hospital le había dicho una vez: algunas personas llaman por ampollas y padrastros, otras solo llaman después de haber sido apuñaladas o disparadas. Había que saber la diferencia.

«Adelante, por favor».

La línea se cortó.

## CAPÍTULO DOS

«La he perdido». Mark colgó el auricular con disgusto.

«¿De qué se trataba?», preguntó Toby.

«Marido violento».

Mark escribió las palabras en el registro y se olvidó de echarse lo suficiente hacia atrás. Una gota de sudor cayó de su barba sobre el libro de registros.

«¿Por qué no le dijiste que le devolviera los golpes?»

«No seas grosero».

Girotó su silla para mirar a Toby, que estaba sentado en la des-  
tartalada mesa de póquer detrás del mostrador de atención tele-  
fónica. Su formador y mentor en la línea directa estaba comiendo  
una barra de chocolate, la segunda de su turno; su inmensa barriga  
se movía ligeramente bajo su camiseta de Grateful Dead, empa-  
pada de sudor. Las cartas descartadas de la última mano estaban  
salpicadas de migas de turrón de cacahuete. Se suponía que debía  
estar escuchando, en la última noche de formación de Mark, pero  
había dejado que Mark atendiera las llamadas solo durante las  
últimas tres sesiones.

«¿Qué más da? La has perdido. No puede oírme. Probable-  
mente esté preparando una sogá en su patio ahora mismo».

«Déjalo ya».

Toby recogió las cartas, las barajó y las repartió. Tenía treinta  
años, ocho más que Mark, y se peinaba con raya en medio su  
melena hippy de color negro, de modo que el flequillo le ocultaba  
parcialmente las mejillas regordetas y marcadas por la viruela.  
Toby llevaba más tiempo que nadie como voluntario en la línea  
directa. Era excelente al teléfono y después hablaba con sarcasmo  
de la mayoría de las personas que llamaban. Uno de los aprendi-  
ces había renunciado horrorizado.

Mark cogió sus cartas y luego hizo una mueca de disgusto  
cuando las paredes temblaron con la vibración de un camión que  
acababa de pasar. Las ventanas estaban abiertas de par en par,  
tenía que ser por la ola de calor. Los suicidas potenciales oían los  
cláxones de los taxis y las Harley acelerando.

«Dime la verdad», dijo. «Si nunca hubieras sido voluntario en  
este antro, ¿alguna vez habrías pensado que una línea de atención  
al suicidio podría ser tan mala?»

«Quizás en Bangladesh», sugirió Toby. «O en Dakar». Asintió con la cabeza hacia la barba de Mark. «Por supuesto, quizá si te cortaras alrededor de tres pulgadas de esa cosa estarías más cómodo. Incluso a los perros pastores les cortan el pelo en verano».

Mark ignoró la burla y juntó un par de dieces. «Este tiene que ser el peor centro de llamadas de la costa oeste. Tiene que ser. El aire acondicionado no funciona. No arreglan las líneas. Siento como si estuviera escuchando a la gente a través de una pajita de dos pies. Apenas podía oírla». Mark tiró tres cartas al montón de descartes. «Ni siquiera deberíamos estar aquí. ¿No podrían desviar las llamadas a Sacramento, a Santa Rosa? ¿O abrir una línea WATS en el norte de California?»

«Alguien tendría que pagarlo».

Las dos decenas no servían de nada. Mark miró sus cartas con el ceño fruncido y recordó el sonido del llanto de la mujer. Y no podía hacer nada.

Empujó una sola ficha entre ellos. Toby no respondió.

«Joder», dijo Toby, «pareces totalmente depre. ¿Es tu primera noche aquí?»

«Si la hubieras oído, tú también estarías deprimido».

«Esta mierda del matrimonio». Toby hizo un gesto de desprecio. «Esta noche lloran desconsoladamente y mañana ya están todos enamorados de nuevo. No sabes nada de ella».

«Qué capullo eres», murmuró Mark.

Toby sonrió sin humor. «Combino bien con nuestra preciosa oficina».

. . .

Medio año antes de que Mark empezara como voluntario en la línea de ayuda, Jennifer había visto a Toby atender una llamada de arma de fuego durante la primera semana de su formación. Una llamada muy, muy grave. Un guardia de prisiones con una .45 apuntando a su mujer y a sus dos hijos pequeños. Amenazando con matar a toda la familia. Jennifer había estado escuchando en la línea de formación y lo había oído todo.

Toby la había asombrado. ¡A-som-brado! Por muy mal que estuviera su oficina, por muy laxa e incompetente que fuera la

gestión de la organización, estaba segura de que esa noche tenían al mejor voluntario del centro de llamadas del Planeta Tierra.

El guardia había hecho agujeros en las paredes de su dormitorio. El estruendo de los disparos había lastimado los oídos de Jennifer, incluso con sus pésimas líneas, el estruendo y los chillidos histéricos y los gritos de su aterrada esposa e hijos. Jennifer tuvo que colgar dos veces, aunque solo tenía que escuchar. Para recomponerse; para no vomitar; para recordar cómo respirar.

Toby no se había inmutado. Los gritos y los disparos no le habían afectado. Quizá porque había estado en Vietnam. La llamada había durado seis horas de pesadilla, insoportables y aturdidoras. Toby había permanecido de pie, completamente concentrado, escuchando y hablando con ese guardia asesino y suicida con paciencia, firmeza y perfección. Dos veces había acercado una papelera para tener algo donde orinar.

Y Toby había sacado al guardia de la crisis. Después de seis horas, el guardia dejó la pistola y dejó entrar a los policías.

«Salvó a toda la familia», dijo Jennifer. Sacudió la cabeza mientras le contaba la historia a Mark, maravillada por su propio recuerdo. «Esa mujer y esos niños están vivos gracias a Toby. Nuestro entrenador gordo de mierda. Estamos haciendo algo en este basurero».

• • •

Un mes después, la misma Jennifer había apartado a Mark en su fiesta de Navidad y le había confiado con tristeza, mientras contemplaban a su mentor obeso y de pelo grasiento tumbado frente al televisor, manejando con torpeza un mando a distancia moderno para cambiar de canal, mientras el resto del equipo socializaba cerca de allí.

«¿No crees a veces», le preguntó, «que debería ser él quien nos llamaría a nosotros, en lugar de al revés?»

## CAPÍTULO TRES

Al día siguiente — tres horas antes de su primera noche solo en la línea directa; tres horas y cuarto antes de la segunda llamada de la mujer con un marido violento — Mark se fumó su pipa de la tarde después de su turno en la licorería. Fumó en el frío almacén, como solía hacer; abrió la puerta del callejón para dejar salir el humo y encendió la hierba de espaldas a las filas de cajas y palés, a las botellas y latas que ofrecían diferentes grados de alcohol.

Era una marihuana bastante buena. Supuestamente, de Panamá. Rojiza. Había demasiadas ramitas en la bolsita que le había vendido Chas, pero aun así: bastante buena. Mark contuvo el humo, esperando como siempre colocarse de verdad con la pipa, pero sabiendo al mismo tiempo que eso no iba a suceder. Llevaba fumando demasiado tiempo, al menos una pipa casi todos los días durante casi siete años. Su cuerpo se había adaptado hacía tiempo y toleraba demasiado bien el consumo de THC. Sus días de gloria en el instituto como fumeta novato habían quedado atrás hacía mucho tiempo.

Terminó el cuenco, guardó su fiel pipa de bolsillo en los vaqueros y cruzó el callejón hacia el calor sofocante de la calle principal. Su alijo se estaba agotando. Se dirigiría a Yanny's, una sala de pinball y videojuegos a unas pocas manzanas de distancia. Quizás allí encontraría a Chas. Mark se dirigió hacia el oeste, ocultando los ligeros efectos de la marihuana gracias a su larga práctica mientras pasaba arrastrando los pies por delante de la entrada de la licorería: una figura alta, de aspecto atlético inmerecido (ya que nunca hacía ejercicio), que podría haber salido de un catálogo de hombres veinteañeros de aquella época en las ciudades dormitorio del norte de California, excepto por su barba rubia oscura, que le llegaba hasta el esternón.

Yanny's estaba tenebroso, con aire acondicionado y casi vacío. Chas no estaba por allí. Mark se dirigió a su máquina de pinball favorita, Sea Ray, e introdujo una moneda en la ranura. Durante los siguientes quince minutos, sintió un ligero efecto de la marihuana: encorvado sobre la máquina con los dedos en las paletas, la boca abierta, los ojos como platos, alucinando con las luces

intermitentes y los parachoques rojos y azules mientras la esfera plateada rebotaba de la pista a la rampa y al agujero de salida.

Pero solo durante quince minutos, porque entonces entró un grupo de adolescentes. Se agruparon alrededor de las máquinas a ambos lados de Mark, riendo, bromeando, intercambiando insultos, deslizándose refrescos y dejando huellas rosas en el cristal de la cabina.

Uno le dio una palmada en el hombro. Mark se volvió y observó los rebeldes mechones de pelo sobre un rostro adolescente regordete y salpicado de granos. Había hablado con el joven antes, pero no recordaba cuándo ni dónde, ni su nombre.

«¿Sabes dónde puedo conseguir ...?»

El joven juntó el pulgar y el índice delante de la boca para terminar la frase, imitando el gesto de fumar un porro.

Mark frunció el ceño, miró fijamente la carnosa boca y las mejillas rubicundas del joven, luego murmuró un seco «no» y volvió a su máquina. Intentó volver al juego, a las luces parpadeantes, a la bola rebotando y al sonido *zziiinnng* de los flippers, pero los adolescentes hacían demasiado ruido, y cuando uno de ellos gritó un insulto que Mark no había oído desde el instituto, salió abruptamente, con dos bolas por jugar, maldiciendo entre dientes mientras se alejaba rápidamente de Yanny's.

Ya no podía colocarse bien. Allí estaba, disfrutando de Sea Ray, y entonces tuvieron que aparecer esos adolescentes tontos para arruinarlo todo. No le gustaba estar rodeado de quinceañeros. Tenía veintidós años. Era un adulto. Le hacía sentir como si no estuviera llegando a ninguna parte en la vida.

• • •

A las 6:55 de la tarde, Mark abrió la oficina de la línea directa para su primer turno solo al teléfono. Abrió la ventana y colocó el libro de registro en el centro del escritorio, frente al teléfono, y puso junto a él su ejemplar de *Cartas de Rhaytana*, con las esquinas dobladas, arrugado y manchado de café, para tener algo que leer entre llamada y llamada. Empezó a tirar el periódico que Toby había dejado, pero entonces vio el rollo vacío del toallero y, murmurando una obscenidad, arrancó unas cuantas páginas del periódico para tener algo con lo que secarse el sudor en la oficina

sofocante. **EL PRESIDENTE FORD INDULTA A NIXON.** Ese era el gran titular, la gran noticia en la televisión y en la radio. Incluso los borrachos de la licorería habían hablado de ello.

A las 6:59 se sentó con la cabeza inclinada hacia arriba para ver cómo la manecilla de los segundos recorría la esfera del reloj de pared, y cuando llegó a las 12, las 7:00 de la tarde, accionó el interruptor junto al teléfono para activar la línea directa. Luego abrió *Cartas* y esperó una llamada. En total, había diecisiete cartas que Rhaytana había enviado a su viejo amigo roadie Paul mientras vagaba por el suroeste. Mark pensó que volvería a leer la carta de Arizona sobre la hija de Calvin. La de la suicida, que lo había inspirado a ofrecerse como voluntario en la línea directa.

La mujer con el marido violento fue la primera en llamar, a las 7:15. La calidad de la línea telefónica era tan mala que al principio no la reconoció. Luego ella se disculpó por haber colgado la noche anterior, y él supo quién era.

Empezó vacilante, torpemente, pero poco a poco se relajó y habló con firmeza: todavía con voz rígida y formal, con pausas entre las palabras y una pronunciación cuidadosa. Parecía haberse preparado para la segunda llamada, decidida a no volver a llorar.

Mark se apretó el auricular contra la oreja sudorosa y se esforzó por bloquear el ruido del tráfico que entraba por la ventana, que no se podía cerrar por la ola de calor. Poco a poco, con placer, sintió que se adentraba — que se transformaba, que se disolvía — en el papel de voluntario. Sabía que se le daba bien hablar en la línea. Toby y Jennifer se lo habían dicho. Incluso podía entrar en la onda de comunicarse con una línea tan mala; cerraba los ojos, se tapaba la otra oreja con la mano y se concentraba en cada palabra débil y metálica que susurraba el auricular. Cuando estaba al teléfono, era un ayudante, un benefactor, un adulto completo y realizado, que tendía la mano a personas perdidas y que sufrían al otro lado del abismo.

Alguien como Rhaytana. No como la persona que realmente era.

Mark conoció su historia.

• • •

Mark podía llamarla Greta. Si no le importaba. Los voluntarios de la línea de ayuda no usaban sus nombres reales. Él no se llamaba realmente «Parker», ¿verdad? Ella también se sentiría más cómoda si no usaba su nombre real.

El marido de Greta, Phillip, había perdido la parte inferior de la pierna en Vietnam. Un día, mientras patrullaba, pisó una trampa de palos punji. Cinco de los palos de bambú afilados de la trampa se le clavaron profundamente en la pantorrilla. Los Viet Cong solían untar los palos con heces u orina para infectar las heridas. Phillip ya tenía llagas por gangrena tropical en ambas piernas. La pantorrilla se infectó gravemente y el helicóptero de evacuación médica no llegó a tiempo para salvarla. Los cirujanos tuvieron que amputarle por debajo de la rodilla.

Ahora, a veces, daba vueltas en la cama durante horas con un «dolor fantasma» ardiente y picante en la pantorrilla que ya no tenía. Odiaba usar muletas, pero la prótesis le rozaba y le picaba, y siempre tenía llagas en el muñón. También tenía migrañas. Las había tenido antes de la guerra, pero ahora eran peores, mucho peores, y le habían mantenido en cama durante días. Sin embargo, la lesión y el dolor eran solo una parte de su problema. El cristiano devoto que había sido reclutado para la guerra, que creía que Jesús le había dado un número bajo en el sorteo por una razón, podría haberse adaptado a la vida como amputado. El Phillip amargado y enfadado que había regresado, no.

«Durante los primeros meses después de su regreso, fue capaz de controlarse», dijo Greta. «Era como si supiera que tenía que aparentar para volver a la vida civil, sin importar cómo se sintiera por dentro. Era frío. Nunca quería hacer el amor. Contaba chistes horribles sobre los vietnamitas, los «gooks», pero aún así fingía reírse si yo me quejaba. Decía que yo era muy alemana, que no tenía sentido del humor.

«Entonces toda su ira empezó a salir a la superficie. Me decía cosas ofensivas. Al principio pensaba que se disculparía, pero nunca lo hacía. Era como si hubiera cruzado una línea y no hubiera vuelta atrás».

La primera vez que él se había puesto violento con ella había sido justo después de mudarse. Tuvieron que cambiar de casa porque Phillip tuvo una gran discusión sobre la guerra con un compañero de trabajo y su empresa le trasladó fuera del condado.

Estaban en un centro comercial, buscando sábanas para la cama nueva, y cuando se pusieron en la fila para pagar, Phillip vio a una niña en la fila de al lado que llevaba una camiseta contra la guerra.

«Una camiseta *muy* contraria a la guerra, con un eslogan obsceno. Quizá sus padres eran militantes. “1, 2, 3, 4, no queremos tu maldita guerra”. Con la palabra que empieza por “f”. Había asteriscos en lugar de la “u” y la “c”, pero cualquiera podía adivinar lo que significaba. Y esa niña no podía tener más de diez años.

«Phillip se quedó mirándola fijamente, sin ocultar su enfado y disgusto, y luego se echó a reír y negó con la cabeza. La niña le vio. La otra cola estaba a solo unos pocos pies de distancia. Empezó a parecer asustada.

«Su madre se acercó. “¿Por qué miras así a mi hija?” “Qué camiseta tan patriótica para una niña pequeña”, dijo Phillip. Y luego hizo una pequeña reverencia sarcástica. “Gracias. Me alegro de que aprecies mi servicio”.

«Empezaron a discutir. Los demás clientes de ambas colas nos miraban, y el cajero también. Phillip gritaba. Tenía la cara desencajada, estaba furioso. “¿Qué sabes *tú* de eso? ¿Estuviste en Vietnam?” Y luego le dijo a la niña una palabra horrible y le preguntó por qué no le había pedido a su madre que le hiciera una camiseta con esa palabra, para que la gente supiera lo que era. Y la niña se puso a llorar.

«Al menos me dejó empujarle fuera de allí. Me sentí muy avergonzada. Nos metimos en el coche y le dije: “Phillip, por favor, Dios mío, ¿no sabes lo que estás haciendo?”

«Fue entonces cuando me golpeó. A mi lado, en el asiento delantero. Me agarró por la blusa y me abofeteó con fuerza tres veces, con el rostro de locos. “¡*Cállate! ¡Cállate!*”. Y luego me llamó con la misma palabra con la que había llamado a la niña.

La voz de Greta se quebró. Mark retorció sus dedos sudorosos sobre el auricular, escuchando sus silenciosos sollozos, jadeos y suspiros; contenidos esa noche, pero tan dolorosos de escuchar: derrotados, desesperanzados, humillados.

«Dijiste que te dio un puñetazo y te tiró al suelo».

«Sí». Greta inhaló bruscamente y dejó de llorar. «Tenía sangre en la boca. Pero yo ... esa vez fue diferente. De verdad. Es una larga historia. Voy a olvidar esa vez». Pareció quedarse para-

lizada, permaneció en silencio durante varios segundos. Y luego: «Para mí, la forma en que me habla y me mira es casi tan mala como cuando me golpea. Ya no tengo marido. Está tan enfadado y reprimido que no consigo comunicarme con él».

Mark oyó el claxon de un coche de fondo. La voz de Greta se aceleró.

«Es su transporte a casa. Tengo que colgar. Por favor, ¿me das permiso para volver a llamarte?»

¿Permiso? Mark se sintió confundido y no dijo nada. La oficina figuraba en la guía telefónica como línea de ayuda para el suicidio, pero no tenían normas establecidas sobre quién podía llamar ni con qué frecuencia. Si hubieran tenido reglas, no habrían podido cumplirlas.

«Por favor». Greta sonaba de repente desesperada. «Acabamos de mudarnos aquí, no tengo a nadie más con quien hablar. Por favor, déjeme llamar otra vez. Por favor».

«Por supuesto que puedes».

«¿Le importa si vuelvo a hablar con usted? Me gustaría volver a hablar solo con usted, si no le importa».

No, no le importaba, dijo Mark, y le enunció qué días y a qué horas trabajaba como voluntario en la línea de ayuda.

## CAPÍTULO CUATRO

«Debería salir de ahí», dijo Jennifer cuando Mark le contó la llamada al día siguiente. «Ese tipo parece una seria amenaza».

«¿Hay algún centro u organización en la ciudad con el que ella pudiera contactar?»

Jennifer suspiró. No, dijo, en realidad no. La única institución especializada para mujeres con parejas violentas de la que había oído hablar era algo llamado «Haven House», y estaba en el sur de California. En su ciudad no había ninguna delegación de NOW. Había una organización llamada Womyn's o algo así al sur del centro, pero eso parecía demasiado extremo para alguien como Greta.

«Debería ver a un terapeuta. Como mínimo. O a alguien de su iglesia. Y rápido», añadió Jennifer. «Ya ha pasado de gritarle a abofetearla y a golpearla con tanta fuerza que la derriba y la hace sangrar. Podría matarla».

• • •

Después de eso, Greta llamaba casi cada vez que Mark estaba de guardia. A veces, el teléfono ya estaba sonando cuando él abría la oficina y encendía la línea. Ella solo hablaba con Mark. Otros voluntarios de la línea directa informaron de más llamadas colgadas.

«Tu novia alemana», se burló Toby.

Con determinación y obsesión, hablaba de Phillip: ¿le había sonreído, fruncido el ceño, gritado, ignorado, agradecido (aunque fuera entre dientes, en voz baja), tocado, amenazado? ¿Cómo estaban sus migrañas, las llagas en su muñón, los dolores fantasma de la pantorrilla amputada en Vietnam? ¿Había dormido, comido toda su alimento, ido al trabajo a tiempo, tenido algún problema allí? ¿Qué podía hacer ella para ayudarlo a sanar? No, no quería dejar a su marido, como había adivinado Mark. Vietnam había mutilado al hombre cristiano de sus sueños, física y mentalmente, pero ella recordaba al Phillip que la guerra le había robado y se sacrificaría para que volviera a estar completo, para ayudarlo a volver a ser el hombre amoroso que se unió a ella para formar una familia y ser el padre de sus futuros hijos.

Eran nuevos en la ciudad; ella solo había intercambiado saludos con su pastor, no podía imaginarse hablando con él de algo tan íntimo, no cara a cara. Un terapeuta profesional sería aún peor.

El teléfono era diferente. El teléfono era anónimo. Las llamadas eran gratuitas; Phillip no se enteraría. Y a ella le gustaba hablar con Mark. Si él, por favor, por favor, por favor, le dejaba seguir llamándole a la línea de ayuda. Eso era todo lo que pedía. Podría hacer llamadas breves, si estaba empleando demasiado tiempo.

Por supuesto que podía seguir llamando, dijo Mark. Superfluamente, incluso ridículamente; le gustaba hablar con ella, se sentía halagado; sus llamadas eran lo mejor de sus turnos en la línea directa. Insistió repetidamente a Greta para que se alejara de su marido violento o llamara a un profesional, pero ella no cedió, y él supuso que podría perderla si insistía. Así que la escuchó, con un sentimiento de apego y responsabilidad que crecía impotente. ¿Qué haría si Phillip empeoraba?, se preguntó, y luego se estremeció.

Phillip *estaba* empeorando.

## CAPÍTULO CINCO

Una noche, la conversación derivó hacia la apariencia de Phillip.

«Oh, Phillip no es guapo», dijo Greta, como si la sugerencia le divirtiera. «En absoluto. Con esa cabeza redonda y esas orejas...». Se rió. «Nunca me tomaría en serio a un chico realmente guapo. Quizá saldría con él una vez, si no estuviera casada, pero nada más».

«¿Ah, sí?

«Te lo diré», dijo Greta.

Mark oyó lo que podría haber sido el tintineo de una taza de café de fondo, el chirrido de una silla. Como si ella se estuviera poniendo cómoda. Phillip estaba en casa, pero había estado en cama todo el día con migraña. Estaba demasiado enfermo para molestarla. Greta parecía más relajada.

«Mi padre era así de guapo. Un 10 en una escala del 1 al 10. Las mujeres se quedaban mirándole». Greta se rió suavemente. «Y era absolutamente inútil. Abandonó a mi madre. No pagaba la manutención. Ella lo hacía todo. Normalmente solo aparecía para pedir dinero.

«Bueno, un abril, cuando yo estaba en segundo grado, ella consiguió que él me llevara a un festival de Walpurgisnacht ...».

«¿Un qué?»

«Walpurgisnacht. La noche de Walpurgis. Lo siento. Es alemán, no lo habrás oído nunca. Es principalmente pagano, pero lo han adaptado para que sea completamente cristiano. Una fiesta, con bailes y regalos, algo para los niños. Mamá me había ayudado a hacer un disfraz para parecer Santa Walpurga. Y entonces su jefe le dijo que tenía que trabajar esa noche. Supongo que pensó: “Mi ex, por muy inútil que sea, al menos puede llevar a nuestra hija de siete años a un parque a veinte millas de distancia para la fiesta y luego traerla de vuelta a casa”».

Greta volvió a reírse, pero con menos humor.

«Noté el olor a alcohol de ese canalla nada más subirme al coche con él. Pero nos llevó hasta allí sin chocar con nada y, hasta que oscureció, estuve muy ocupada haciendo de la pequeña Santa Walpurga en el parque, desfilando en el cabalgata infantil, subiéndome al escenario y demás. Recuerdo que gritaba: «¡Mírame,

papá, mírame!», y él apenas se dio cuenta. Estaba de pie junto a una mujer en bikini.

«Bueno, el festival terminó. Estaba oscuro. Todo el mundo empezó a marcharse. ¿Y dónde estaba mi padre?»

Mark se apretó el auricular contra la oreja y se esforzó por concentrarse. Su voz había cambiado. Parecía enfadada.

«Estaba besándose con la señorita Bikini Top. Los padres de otro niño le encontraron por mí. *Ellos* me ayudaron porque yo había estado corriendo por el parque gritando a pleno pulmón. Estaba tan asustada.

«Entonces intentó decirme: “Oh, se me olvidó. Iba a volver a por ti”. No, no lo habría hecho. Esa serpiente podrida. Me habría dejado allí toda la noche».

Mark oyó chirriar la silla y supuso que ella se había levantado, como para terminar su historia. Ella se rió.

«¡Vaya charlatana estoy hecha, hablándote sin parar! Soy muy grosera».

«¡No! No, por favor ...».

«Puede que incluso te haya ofendido. Por lo que sé, podrías ser un modelo masculino».

«No». Mark agarró el auricular y, de repente, sintió una inexplicable ansiedad porque ella no se sintiera alejada de él. «Soy tan feo como la muerte».

Y entonces se sintió culpable, ya que acababa de decirle una mentira escandalosa.

## CAPÍTULO SEIS

Mark atendió tres llamadas más esa noche. La primera fue de un evangélico latino que pensaba que Dios le odiaba por desear a los hombres. La segunda fue de un jugador compulsivo que decía que había llevado a la bancarrota a una sucesión de amantes y que no encontraba ninguna razón para seguir vivo. La tercera fue de su loco llamante habitual, el Fishman.

Las llamadas de Fishman eran siempre iguales. Decía que tenía unas tierras en la costa y que pensaba que la piscicultura podría ayudar a paliar el hambre en el mundo. Promocionaba esta idea con seriedad y sensatez hasta que el voluntario le preguntaba por qué la compartía con una línea de atención al suicidio. Entonces Fishman se enfadaba e insultaba al voluntario hasta que este colgaba.

Esa noche, Mark escuchó durante unos diez minutos: consciente de que una persona realmente desesperada obtendría una señal de ocupado mientras Fishman acaparaba la línea, y agradecido con culpa por el descanso, el alivio cómico. No tenía que concentrarse en Fishman, apenas tenía que escuchar. Ya había dibujado un pez nadando en el libro de registro de llamadas en lugar de una descripción, y notó con irritación que Toby había garabateado cruces de hierro y esvásticas junto a las entradas con el nombre de Greta.

Finalmente, colgó el teléfono, en medio de una avalancha de insultos. Su turno estaba terminando. Mark enjuagó las tazas y la cafetera, y a las once cerró la oficina con llave.

Solo cuando llegó a la calle se acordó de que tenía que llamar a su madre. Ella había vuelto a atascar el fregadero de la cocina, por quinta vez en lo que iba de año, no podía permitirse llamar a un fontanero y no sabía cómo abrir el sifón que había debajo del fregadero para arreglar el atasco ella misma. Pensó en llamar desde casa, pero no quería que sus compañeros de piso le oyeran hablar por teléfono con su madre, ni que vieran cómo se ponía a veces cuando hablaba con ella.

Así que podía llamar desde Drake's. Había un par de teléfonos públicos junto a la caja registradora.

Sacó una moneda de veinticinco centavos de sus vaqueros y se apartó de la acera bajo el letrero de neón amarillo parpadeante

D! R! A! del Drake's Family Restaurant. Casi había llegado a los teléfonos cuando oyó que le llamaban por su nombre desde una de las cabinas.

«¡Mira, Karen, es *Mark*! ¡Oh, Ma-ark! ¡Por aquí!»

Shannon y Karen, que le recordaban de sus días de adolescente rompecorazones, antes de que se dejara crecer la barba. Ya risueñas y con los ojos brillantes, le saludaban desde la cabina.

Mark se acercó, resignado, esbozando la sonrisa previsible, adivinando lo que le esperaba. La coquetería alegre y juvenil, ahora autocrítica, años después del instituto; una parodia improvisada, la intriga, como si todavía hubiera un estatus en la proximidad de un antiguo pibonazo que (ambas sabían muy bien) no había llegado a nada.

«Mira, Karen, estoy sentada al lado de *Mark*». Shannon fingió un grito ahogado, como una groupie al lado de una estrella de rock. «Ojalá tuviera mi cámara».

«¿Qué te trae por aquí, Mark? ¿Estás teniendo una aventura? ¿Alguien que conozcamos?»

Y a continuación, inevitablemente:

«Mark, ¿por qué no te afeitas esa ridícula barba? ¿No quieres estar guapo?»

Mark siguió el juego; era más fácil, asintió y sonrió cuando esperaban que lo hiciera, esperó unos minutos antes de inventarse una historia: estaba buscando a un amigo, pensaba que estaría en Drake's, pero no estaba, así que mejor seguir buscando. Adió.

• • •

Terminó llamando a su madre desde un teléfono público en una gasolinera a dos manzanas de distancia. Tuvo que interrumpirla varias veces para que se centrara; intentó ayudarla a poner en orden su caótica vida sin volver a vivir con ella y sintiéndose más niño de lo que ya lo hacía. «Mamá, no gastes tu dinero en esas tonterías, nunca vas a salir adelante así», pero sabía que ella no le haría caso, al igual que nunca recordaba no tirar los posos de café por el fregadero; que las pilas mohosas de periódicos y revistas con cupones recortados crecerían cada vez más en su pequeño apartamento (detrás del sofá, junto al armario, al lado de su cama), que perdería tiempo y dinero enviando participaciones

en sorteos de coches, televisores, juegos de comedor coloniales americanos (aunque no tenía comedor), vacaciones de gala en lugares imposibles e inimaginables: Londres, Inglaterra; París, Francia; Madrid, España.

Mark prometió visitarla pronto para intentar arreglar el fre-gadero, colgó el teléfono y se fue a casa.

Había alquilado una habitación con otros dos fumetas en una pequeña vivienda unifamiliar cerca del centro de la ciudad. Sus compañeros de piso estaban viendo *Kojak*, tumbados en el destartado sofá gris que Mark les había ayudado a traer de la tienda de segunda mano, con las caras boquiabiertas iluminadas intermitentemente por el parpadeo del televisor.

Colocados. Mark murmuró un saludo, cerró la puerta de su habitación, dejó su alijo y su pipa de bolsillo y *Cartas* sobre la caja de cartón volteada que le servía de mesita de noche. Luego se arrodilló junto a la cama y levantó el borde de su viejo colchón con una mano para poder meter la otra lo más lejos posible debajo de él, hasta que sus dedos tocaron los rizos en espiral del cuaderno que escondía allí.

Su diario. O casi su diario, un diario que era más bien un cuaderno de notas, ya que no se sentía cómodo escribiendo directamente sobre su vida como Mark. Le ponía nervioso. Le gustaba escribir como si fuera otra persona. Últimamente, como Parker, como si fuera Parker en la línea de atención telefónica.

• • •

Ya en la escuela secundaria sabía que era inusualmente guapo. Una vecina de unos treinta años le inició en el sexo a los quince, prácticamente delante de las narices de su despistada madre. Después de eso tuvo muchas parejas, más de lo normal para sus amigos varones, que le envidiaban abiertamente.

A los dieciocho años entabló una relación seria, o al menos se enamoró lo suficiente como para querer ver a la persona que le gustaba a largo plazo. Ella se mudó a Los Ángeles para buscar un contacto en el negocio de la música, y él hacía regularmente autoestop hacia el sur para verla. Aprendió los entresijos de viajar por dedo por la red de autopistas de California, ocasionalmente hacía el viaje en un solo día y, cuando no podía, aprendió a ocultar

su cuerpo dormido entre los arbustos de las zonas ajardinadas de las carreteras, como una zarigüeya. Ella solo consiguió entrar en un grupo musical y le arrastró a algunos conciertos; él recordaba vagamente haber tocado una pandereta mientras estaba drogado bajo las luces del escenario en el Strip. Luego, cuando se cansaron el uno del otro, hubo muchas otras: novias, ligues, relaciones de quince días, de una temporada.

Había sido con Paula, a los veinte años, cuando se había sentido utilizado por primera vez. Ella tenía veintisiete años, era abogada corporativa y estaba encantada de dejar que Mark se quedara durante días en su lujoso apartamento cuando ella se iba a Los Ángeles o Nueva York por trabajo, como si fuera un gato doméstico que no necesitaba caja de arena. A ella le gustaba que él estuviera sin camiseta por el apartamento, solo le interesaba el sexo y ponía excusas si él sugería ir a un restaurante o al cine.

Un día la oyó hablar por teléfono cuando ella pensaba que él estaba durmiendo.

«No puedo llevar a Mark a esa fiesta», decía Paula. «Sé serio. ¡En el Transamerica con un desertor escolar! Puedes ponerle un esmoquin a un mono, pero ¿y si la gente le habla?»

Mark rompió con ella, ofendido, y volvió a salir con otras chicas. Pero la gota que colmó el vaso no tardaría en llegar: la relación con Emily, solo unos meses después. Fue entonces cuando decidió dejarse crecer la barba.

Nadie le culpó por lo que le había pasado a Emily. Todos sabían que ella le había perseguido, que él nunca había fingido que ella fuera más que una aventura.

Pero Emily no lo veía así. No le gritó, ni le acosó, ni intentó vengarse; no, desapareció en silencio y se derrumbó en privado. Fue su hermano quien le dijo que la habían hospitalizado por depresión. Tampoco estaba enfadado con Mark.

Ya basta, pensó Mark. No sabía cómo debía relacionarse con las chicas, pero tenía claro que no quería seguir por el mismo camino. Se alejaría de ese ambiente, por lo menos durante un tiempo. Se relajaría. Se tomaría un respiro.

La barba no había arruinado su aspecto hasta que creció lo suficiente como para ocultar su mandíbula. Pero entonces lo hizo, y nunca se arrepintió. Había arruinado su suerte a la hora de hacer autoestop, parecía asustar a los conductores cuando le

veían a través del parabrisas, pero esa era la única desventaja. La vida era más tranquila. Las mujeres no le miraban. Si cambiaba de opinión, sabía dónde encontrar al barbero.

• • •

Mark se sentó en el colchón con las almohadas apiladas detrás de la espalda y abrió el cuaderno que tenía en el regazo. Su última anotación había sido una fantasía sobre Parker atendiendo una llamada como la que Toby había recibido del guardia de la prisión. Estaba inconclusa. La mayoría de las entradas estaban inacabadas, nunca pasaban del tercer párrafo.

Esta noche pensó en escribir una entrada sobre la vida real, sobre Greta. Mark pulsó el botón del bolígrafo y escribió:

*Greta parecía una persona súper guay. Aparte de esta observación, Parker también podía decir que estaba súper estresada. Incluso en el teléfono de la línea directa, que estaba totalmente jodido por culo.*

El bolígrafo se detuvo. Tachó la frase sobre el teléfono y se sorprendió a sí mismo mirando su alijo y su pipa en la mesita de cartón.

¿Por qué no podía dejarlo por esa noche? No necesitaba fumar para conciliar el sueño. Podía leer las cartas de Rhaytana, si el diario le resultaba extraño, o su colección de cómics underground, o una revista de música. Su alijo no iba a desaparecer. Si se saltaba una noche, tal vez lo notaría más al día siguiente.

Mark escribió:

*Parker sabía que Greta dependía de él. Parker sentía el estado de alerta y preparación que un hombre sentiría ante cualquier emergencia.*

Y eso fue todo. Mark dejó el cuaderno y el bolígrafo sobre el colchón y cogió su pipa, pasando los dedos por la barba que ocultaba su guapura.

Podía ser poco atractivo, si eso era lo que quería. No tenía ningún problema con el sexo.

Tenía otros problemas.

## CAPÍTULO SIETE

4/3

Querido Paul:

Me tientas. De verdad. Rich Jenkins: el mejor ingeniero de sonido con el que he trabajado nunca. Dawel Roberts: el mejor técnico de iluminación, salvo por el hecho de que nunca recuerdo cómo se pronuncia su nombre. Me estás tentando con el equipo de roadies de tus sueños, astuto hijo de perra ... pero ambos sabemos que no voy a gestionar otra gira. Mis días de veinte horas al día mimando a divos del rock han quedado atrás. Rhaytana ha pasado página.

En cuanto a tu otro problema: Craig Spiegel es un plasta, pero paga, y paga a tiempo. Mejor aguantarle, al menos por ahora. Tienes una hipoteca.

4/4

CONTINÚA LA PRÓXIMA TARDE

Pregunta urgente: ¿dónde estoy? Las mentes curiosas quieren saberlo.

En mitad de la nada de Arizona, al sur de la reserva Hopi, en la Interestatal 40. Soy cocinero, camarero, manitas, conserje y un hombre en el que llorar en el Interstate Gourmet, un humilde café de veintidós plazas que se esconde a la sombra de su vecino, el enorme y utilitario ALL USA TRUCK STOP. Los viajeros frecuentan nuestra salida de la autopista para ir a la parada de camiones o a la gasolinera, y aquellos que no

están dispuestos a soportar la comida que se ofrece en estos lugares deben recurrir a nosotros. Yo diría que la relación es simbiótica, pero sé que no cocino lo suficientemente bien como para atraer a un cliente que no esté simplemente hambriento. Es probable que los jefes corporativos de ALL USA vean nuestro café como un parásito inofensivo.

Entré aquí por casualidad y me he quedado. Estos días esa es mi vida vagabunda, Paul. El propietario, Calvin, me preguntó si sabía cocinar y me contrató. Desde entonces nos hemos convertido en aliados, como explicaré pronto, si es que alguna vez termino esta carta.

Paso la mayor parte de mi jornada laboral no con Calvin, que está deprimido, sino con Ricky, un chico de diecinueve años de la zona. A Ricky no le gusta nada de la Arizona rural: ni el aroma picante de la artemisa, ni las brillantes coníferas fosilizadas del Bosque Petrificado, ni siquiera los Hopi Kachina. No: el joven Ricky está obsesionado con el rock and roll: *Airplane*, *The Dead*, *The Stones*, *The Who*, *The Allman Brothers*, *Sly*, *Jimi*, *Janis*. Busca en *Rolling Stone* y *Creem* cualquier noticia sobre sus ídolos y me la cuenta emocionado mientras yo raspo la plancha. Me presento como un perfecto ignorante, expreso una curiosidad leve y distante, como si estuviera escuchando las historias de competición de un antiguo campeón de braza del instituto. De estos labios no saldrá ningún indicio de que en el pasado fui compañero profesional de muchos de los héroes rockeros de Ricky, que

## Capítulo siete

conocía a algunos de ellos mejor de lo que me hubiera gustado.

¡Escucha! ¡Un cliente! ¡Un cliente! Aparcando en una plaza de aparcamiento. Continuará.

4/5

CONTINUACIÓN

Hola, Paul.

¿Alguna vez has oído hablar del cráter Barringer? El otro día le sugerí al dueño de la cafetería, Calvin, que lo visitara con la vana esperanza de animarle. Se trata de un agujero en el suelo de unos 4000 pies de ancho, un recuerdo dejado por un meteorito de trescientas mil toneladas que le dio una paliza en el culo del futuro estado de Arizona hace unos cincuenta mil años, cuando el «estado del amor» todavía pertenecía a mamuts errantes y perezosos gigantes.

4000 pies equivalen a 3/4 de milla. Puedes ver el cráter desde el aire si alguna vez te lleva un vuelo a Albuquerque. Es mi atracción local favorita. Un suave recordatorio de nuestra mortalidad.

Calvin lo sabe todo sobre mí, incluidos los detalles más sórdidos de mi vida como mánager de giras. Ricky no se enterará de nada; Calvin me lo ha prometido. Nos hemos convertido en amigos íntimos, almas gemelas. En mi mes de trabajo en Interstate Gourmet, he conseguido las llaves del restaurante, el almacén y la casa de Calvin. Paul, es un problema. Cuanto más confía en

mí, más crece en mí una impotente sensación de responsabilidad. ¿Qué puedo hacer por ese pobre hombre cuando llegue el momento de seguir adelante?

Hace unos años, la hija de Calvin, de veintidós años, se suicidó saltando desde un rascacielos de Manhattan. Esa es la causa de su depresión. Tenía las caderas anchas, los muslos robustos, unos quince kilos de sobrepeso. La mayoría la consideraba poco agraciada. Aun así, se aferraba al sueño de ser actriz. El imán teatral de Nueva York la atraía más que el equivalente de Hollywood. Se marchó al este. Tenía diecinueve años.

Le siguieron tres años de desprecios, humillaciones y decepciones. De vez en cuando se ponía en contacto con su padre Calvin para pedirle dinero. Era claramente infeliz, pero se negaba rotundamente a explicar por qué.

Por fin, llegó a su límite. Salió al balcón del piso quince de un apartamento alquilado por un traficante de drogas de Manhattan y entretuvo a los morbosos voyeurs que se encontraban abajo amenazando con suicidarse. Llegó la policía. La multitud creció. Algunos gritaron: «¡Salta!» Quizás ella los oyó, porque lo hizo.

Lo peor de todo es que ese momento quedó inmortalizado en una foto. Un fotógrafo entusiasta había encontrado la manera de subir a un piso de la misma altura en un edificio de enfrente y consiguió entrar en una sala de estar que daba a la mujer en peligro. Cuando ella saltó, él estaba listo.

## Capítulo siete

Solo pude soportar ver la foto una vez. Un periódico sin escrúpulos publicó la foto; nadie puede convencer a Calvin de que la tire. ¿Habría levantado el fotógrafo su cámara si hubiera sabido cómo afectaría la imagen a su padre? El salto era una metáfora de la vida de la mujer, un autorretrato: Yo soy una chica fea y gorda fotografiada en pleno vuelo libre haciendo una **bomba** hacia mi muerte, una bomba en una piscina, con las rodillas y los muslos gruesos doblados, las mejillas hinchadas y, sí, tapándome la nariz. Apretando mis fosas nasales mientras caigo en picado para acabar convertida en un charco de sangre, tejidos y huesos astillados en la cuneta. Vosotros, que os habéis burlado de mí y me habéis ignorado, tendréis vuestro último y enfermizo placer al ver lo ridícula que estoy en mi despedida.

Ya basta por esta noche. Intento animar a Calvin y ahora me he deprimido yo mismo.

4/6

CONTINÚA

Paul, viejo Paul,

Si no termino esto, necesitaré un sello adicional para el franqueo. Debería comprar papel cebolla, si voy a ser tan prolijo.

Pensé en el suicidio no en serio después de la muerte de Abby. (Quizá recuerdes algunas de mis llamadas telefónicas desesperadas. Gracias, Paul; no he olvidado tu paciencia). Un día me propuse escribir un argumento para seguir viviendo: no uno canónico, del tipo «el viejo Josafat te va a

freír el tocino si te vas antes de tiempo», sino un argumento sobrio y defendible para un ateo convencido. El resultado es tan humilde que me temo que convencería a algunos indecisos recurrir a la navaja o a las pastillas. Me pregunto si lo habría comparado con la hija de Calvin.

Pero a mí me funcionó, porque lo acepté como cierto; no de forma superficial, sino en lo más profundo de mi ser. Vi que no me estaba engañando a mí mismo. Supongo que volvería a plantearme el suicidio en caso de padecer una enfermedad terminal, pero los motivos para dejarlo todo tendrían que ser mucho más contundentes.

Quiero seguir vivo porque puede que solo sea una máquina de carne y no pueda demostrar ninguna alternativa verificable a lo que pienso, siento y experimento como tal máquina. Puede que sea más, pero sin duda soy una máquina de carne, como mínimo. Ser una máquina de carne humana me dota de conciencia y, en el gran esquema de las cosas, esta conciencia puede ser inexpresablemente, inimaginablemente rara.

Un científico del MIT puede recibir elogios o críticas por haber acuñado la expresión «máquina de carne» hace un par de años. Es ofensiva. A *mí* me ofende. Aquí tenemos a Martin Luther King, Jr., marchando en Washington: una máquina de carne. Isadora Duncan, con los brazos en alto en *La danza de las furias*: ¡una máquina de carne, un robot ensamblado con partes rojas y resbaladizas de la carnicería! Beethoven, Cervantes, Einstein: todos ellos máquinas de carne, bip

## Capítulo siete

boop bip, desestimados obscenamente por un académico insensible como autómatas, robots. ¿No tiene usted alma, señor? ¿Es usted uno que se tiraría pedos en la bañera y jugaría con las burbujas mientras llama a su madre moribunda para ofrecerle consuelo en su lecho de muerte? ¿Es usted un canalla!

Pero Paul, la expresión se considera cierta.

Consideremos nuestros ojos, que refractan la luz a través de la córnea y el cristalino hasta la retina, que codifica mensajes increíblemente detallados que se envían a través del nervio óptico al lóbulo occipital de nuestro cerebro. Bostezas ante mi prosa inmortal porque esta maquinaria de tu mente está funcionando. O la maquinaria cárnica de nuestros oídos, tan a menudo atormentada por nuestros clientes en la vida profesional: las ondas sonoras llegan al tímpano, se transmiten a través de tres pequeños huesos hasta la cóclea, del tamaño de un guisante, donde miles de diminutos pelos vibran a diferentes frecuencias para transmitir también señales codificadas a la corteza auditiva del lóbulo temporal de nuestro cerebro.

El arquitecto, el ingeniero: la evolución. El T-rex y el triceratops también podían ver y oír, pero eran estúpidos, como lagartos. Grandes y feos tontos. La evolución ha legado a los humanos un cerebro avanzado de lujo, ¡con corteza frontal incluida!, que puede sentir, reflexionar, concentrarse y deducir. Además, tenemos pulgares oponibles, por lo que podemos agarrar cosas (como

el bolígrafo que sostengo) y construir lo que pensamos.

Pero seguimos siendo máquinas. Todo lo que pienso, siento, recuerdo, deseo, lamento, todo lo que considero que soy yo, mis recuerdos, mi percepción de mi propia vida, surge de señales electroquímicas que circulan a toda velocidad por el kilo y cuarto de tejido húmedo que hay entre mis orejas.

La religión confunde el panorama al introducir montones de especulaciones indemostrables. «Cuando muera, me reuniré con mis seres queridos. Dios llevará mi alma a otro plano». O «Dios me juzgará en la otra vida y elegirá mi próxima encarnación en consecuencia». O «Dios me enviará al cielo o al infierno».

Todas son especulaciones. Muéstrame pruebas reales de la existencia del alma, del más allá o de la reencarnación. Pero yo puedo aportar muchas pruebas de que soy una máquina de carne.

Y si eso es lo que soy, la preservación de mi conciencia, mis sentimientos y mi frágil condición de máquina de carne se vuelve increíblemente importante. Si un hacha me abre el cráneo y esas señales electroquímicas dejan de circular por ese tejido empapado, simplemente me detengo, termino, como un insecto aplastado. Quizá, claro, quizá una inteligencia superior a la humana tenga otros planes para el viejo Rhaytana, quizá tenga alguna forma de transportar mi yo inmaterial a otro lugar. Pura especulación.

## *Capítulo siete*

Lo que sugieren las pruebas es que con la muerte me convierto en carne en descomposición, comparable con la suciedad y los restos de comida, y pierdo el colosal privilegio del pensamiento humano consciente.

Muere y el universo se acaba.

Muere y el universo nunca existió.

Tenía veintidós años cuando saltó desde ese saliente. Si hubiera podido superar ese momento tan difícil, pedir ayuda, unirse a un programa, vivir un día tras otro, probablemente ahora seguiría con nosotros, en el universo, en la línea temporal evolutiva, pensando, consciente, inteligente. Y la máquina de carne de su padre no estaría tan destrozada.

¡Dios mío, qué pesado soy! Tienes suerte de no estar de gira con un charlatán como yo, Paul. Te dejaría sordo. L8R, hermano.

Rhay

## CAPÍTULO OCHO

Greta decidió que tenía que conseguir que Phillip volviera a la iglesia.

Ella pensaba que él estaba mejorando. Sí, la semana pasada había sido violento una vez, en la cocina; la había empujado, la había empujado con fuerza cuando ella había intentado hablar sobre su problema con la bebida y ella se había caído, se había golpeado la mejilla con el borde de la encimera y al día siguiente había tenido que decirle a la gente del trabajo que se había hecho el moratón con una puerta. Y no, no se lo había contado a Mark antes. Pero esa había sido la única vez en toda la semana.

Si tan solo pudiera conseguir que él fuera a la iglesia. Eran nuevos en la ciudad, ella no conocía al pastor ni a la congregación, pero él había sido un cristiano muy devoto antes de Vietnam, habían asistido a los servicios prácticamente todas las semanas. Si él pudiera sentarse en un banco en la casa de Dios y sentir que Jesús entra en su pobre alma herida y sufriente y le ayuda a sanar.

Ella pensó en todas las posibilidades y quiso pedirle consejo a Mark sobre cómo convencerle.

«Bueno, ¿hay algún servicio especial próximamente?», preguntó Mark. «¿Publican un calendario? ¿O hay algo especial en tu familia?»

«¡Sí!», exclamó Greta. «¡Sí! ¡Oh, Dios mío!» ¡Su aniversario de boda! ¿Cómo no se le había ocurrido utilizar eso? Era perfecto. ¡Perfecto!

• • •

La noche siguiente, ella llamó una hora después de que él comenzara su turno. Una buena señal, había decidido Mark. En los días malos, ella solía llamar tan pronto como él encendía la línea directa.

¡Había funcionado! Ella le había dado un pequeño regalo, tal y como Mark le había sugerido, una cartera nueva, y no había dicho nada sobre el hecho de que él se hubiera olvidado de su aniversario. Y luego, con toda la dulzura posible, le había dicho

que ya sabía cuál era el regalo perfecto que él podía darle a cambio.

«Phillip, ¿quieres acompañarme al servicio dominical?».

«Por un momento pensé que había ido demasiado lejos. Me lanzó esa mirada tan desagradable que tiene. Pero entonces le dije que echaba de menos nuestros domingos en la iglesia y le pregunté si no podía volver a intentarlo solo por esta vez.

«¡Y dijo que sí! ¡Este domingo!»

Habló con Mark sobre cómo prepararse. Phillip no había vuelto a ponerse su ropa de domingo desde Vietnam. Ella llevaría todo a la tintorería. Y estuvo de acuerdo con Mark en que sería bueno intentar hablar con el pastor de antemano. No para entrar en detalles personales, sino para decirle que su marido era un veterano de Vietnam y que quería que volviera a asistir a los servicios religiosos.

«Está mejorando. Si alguien tiene una herida fea, no te limitas a mirar la herida y pensar que así es como se ve todo el tiempo. Él puede sanar. Voy a recuperar a mi marido».

Antes de despedirse, le preguntó si podía hacerle una pregunta que no tenía nada que ver con el tema.

«¿Tienes también una consulta de terapia remunerada? ¿Como profesional?»

Mark se sintió desconcertado. Greta se lo explicó. Había leído que algunos profesionales hacían voluntariado en su tiempo libre. Como los médicos en clínicas gratuitas o los abogados que aceptaban clientes sin cobrarles nada. Se preguntaba si Mark era un psiquiatra o psicólogo profesional que hacía voluntariado en la línea de ayuda.

Por un momento, Mark se quedó sorprendido, sin palabras. Luego recordó las reglas de la línea de ayuda y le dijo a Greta que no podía contarle nada personal sobre sí mismo.

Greta dijo que solo quería saber si podía permitirse acudir a su consulta en persona.

. . .

No llamó las dos noches siguientes. El domingo, Mark no trabajó ni tuvo turno en la línea de ayuda. Había planeado tomar LSD e ir a un concierto gratuito en Sherman Park, pero el

supuesto ácido que le habían conseguido sus compañeros de piso no valió nada, y se dio cuenta, mientras se mezclaba con la multitud — con los demás sin camiseta, con camisetas teñidas, sin sujetador, con barba y coleta, delante del escenario del concierto — de que se sentía casi completamente sobrio.

Mark pensó en Greta y supuso que en ese momento ella estaría en la iglesia con Phillip o preparándose para acompañarle allí.

¿Cómo era ella? Tenía una vaga imagen de ella como rubia, aunque sabía que «alemana rubia» era un estereotipo, que era probable que tuviera el pelo castaño o negro. Se imaginó a una aria alta con un vestido hasta la rodilla y tacones pasados de moda, peinada al estilo Doris Day, caminando rígidamente junto a su marido enfermo y abusador mientras le acompañaba a su primer servicio religioso desde Vietnam.

Quizá funcionaría. Ella había dicho que él estaba cambiando. Mark no creía que fuera así, pero esperaba estar equivocado. Quizás él la había ayudado a superar lo peor.

Mark bajó la mirada, se evaluó a sí mismo, mirando más allá de su poblada barba y sus pantalones cortos raídos, fijándose en el dedo gordo del pie que sobresalía de las zapatillas gastadas que había llevado al concierto. ¿Cómo habría reaccionado Greta al encontrarse con él cara a cara? Mark imaginó a la alta aria retrocediendo horrorizada y sonrió con triste humor.

Ella pensaba que era un terapeuta profesional. Él. Mark imaginó un viaje de vuelta al lujoso apartamento de Paula, solo para contárselo. Un *psiquiatra* profesional. Él.

Pero el teléfono ya estaba sonando cuando Mark encendió la línea directa el lunes por la noche. Greta estaba llorando.

• • •

El servicio había sido un desastre.

«No entiendo cómo alguien tan insensible puede ser ministro. Quizá sea porque es muy joven. Yo también había hablado con él durante la semana para contarle lo de Phillip. Me había sonreído y me había dicho que no lo olvidaría.

«Bueno, desde luego que no lo olvidó. Subió al púlpito y recorrió con la mirada a la congregación, y por un segundo sus ojos

se fijaron en Phillip y en mí, sentados en nuestro banco. Inmediatamente centró su sermón en Vietnam. Pensé: “Vale, nos está poniendo en el punto de mira, pero quizá tenga algo especial que decir para que mi pobre marido se sienta cómodo”.

«¿Cómo puede alguien tan desconsiderado llamarse a sí mismo hombre de Dios? No dijo nada sobre cómo hombres como Phillip habían sido reclutados contra su voluntad, cómo habían sufrido y lo difícil que era sobrellevarlo al volver a casa. No, el sermón versó exclusivamente sobre los pecados que los soldados habían cometido en Vietnam. Como si todos los reclutas hubieran sido violadores y asesinos en My Lai, que tenían que pedir perdón a Dios por lo que habían hecho allí.

«No podía creer lo que estaba oyendo. Me quedé paralizada. Miré a Phillip y entonces supe lo mal que iba a acabar todo. Estaba temblando de ira. Simplemente temblando.

«Finalmente, se levantó en medio del sermón. Todo el mundo nos miraba. El ministro dejó de hablar. Phillip se abrió paso entre los bancos y se dirigió hacia la salida. Pero con su prótesis ... no basta con ponérsela después de una amputación y caminar como antes. Hay cosas que tiene que recordar cuando camina, y si se enfada ...

«Caminaba cojeando por el pasillo. Cojeaba mucho. Y juro que fue como si un globo de pensamiento recorriera la iglesia: “Este hombre perdió la pierna en Vietnam, debe de ser el tipo de criminal de guerra sucio del que habla nuestro ministro, y ahora se marcha porque no quiere expiar sus pecados”. Phillip perdió el equilibrio y se cayó sobre uno de los bancos. Con todos mirando, la mujer con la que chocó parecía disgustada y le empujó. Como si la hubiera tocado un pederasta».

Greta respiró hondo y con dificultad, y pareció estremecerse al exhalar en el auricular. Mark imaginó a la misteriosa mujer al otro lado de la línea, sentada sola en su cocina o en su dormitorio, luchando por controlarse.

«En el coche intenté con todas mis fuerzas decirle: “Phillip, lo siento, esto ha salido mal, por favor, por favor, lo siento”. Ni siquiera me miró. Se limitó a sentarse y mirar por el parabrisas con esa mirada rígida, amarga y enfadada que pone. Y yo ya lo sabía: si ahora ni siquiera grita, más tarde va a ser realmente malo.

«A última hora de la noche, me llamó al salón. Para entonces ya estaba borracho, había estado bebiendo toda la noche. Se hallaba sentado en la oscuridad con su botella, sin siquiera ver la televisión. Me acerqué, Dios, podía oler su aliento. Tenía los ojos vidriosos. Parecía como si estuviera loco.

«“Siéntate, siéntate”, dijo. De forma amistosa.

«Me senté en la otomana frente a él. Se inclinó hacia delante y me cogió la muñeca. Sonreía, pero, Dios mío, era la sonrisa más horrible que había visto en mi vida.

«“Lo planeaste hoy, ¿verdad?”», dijo.

«¿¡Lo *planeé*?! ¿¡Lo *planeé*?! Luego me dijo lo que pensaba. Que yo tenía una aventura sexual con ese ministro, que los dos queríamos provocarle una crisis nerviosa para que yo pudiera cobrar sus prestaciones de veterano.

«Las ideas más descabelladas que puedas imaginar, y él lo contaba todo con total naturalidad, con esa sonrisa amarga y llena de odio, como si ahora pudiera relajarse y estar tranquilo porque había descubierto el gran plan. Y clavándome las uñas en la muñeca hasta que pensé que iba a sangrar.

«Tuve que arrancarle el brazo prácticamente a la fuerza. Entonces empezó a gritar, y para entonces yo también estaba gritando. Y entonces ...».

Greta se derrumbó, casi como lo había hecho en su primera llamada. Lloró desconsoladamente, sin poder controlarse. Mark se estremeció y se preparó para recibir malas noticias. Por una vez, se sintió agradecido por la mala calidad de la línea telefónica. Habría sido más difícil escucharla con claridad.

«Esa noche me desperté, a las tres de la madrugada quizás. No podía respirar.

«Phillip estaba encima de mí en la cama. Tenía los dedos en mi garganta. Me estaba ahogando.

«“¡Admite que lo planeaste!”», me gritaba a la cara, loco y borracho. Me insultaba con palabras horribles. “¡Dime la verdad!”

«No podía respirar, lo juro, pensé que iba a matarme. Finalmente conseguí quitármelo de encima. Quizás se dio cuenta de que había ido demasiado lejos, de que estaba a punto de convertirse en un asesino.

## Capítulo ocho

«Dormí en el asiento trasero de nuestro coche, aparcado en la entrada. No sé qué pensaron nuestros vecinos cuando me vieron salir a la mañana siguiente en bata. Durante el desayuno, él no me miró ni me dijo nada».

«¿Qué vas a hacer?»

Greta esbozó una débil sonrisa. «Bueno, voy a tener que maquillarme el cuello. Se notan las marcas».

Iba a observar y esperar, dijo. Esto tenía que ser lo peor; Phillip no podía degenerar más. Y por muy malo que hubiera sido, tenía que poner el estrangulamiento en una categoría especial.

Porque en parte había sido culpa suya, ¿no? Ella lo había provocado.

## CAPÍTULO NUEVE

«Cree que le *provocó*», repitió Jennifer cuando Mark le describió la llamada. Ella estaba estudiando un máster en psicología. «Él casi la estrangula hasta matarla y ella cree que es culpa *suya*».

«¿Y si llama a la policía?»

Jennifer resopló. «Claro, si él la está golpeando en la cabeza con un martillo en el jardín delantero cuando lleguen. De lo contrario, olvídale. Los arrestos en disputas familiares son el último recurso. ¿Has oído hablar de Ruth Bunnell?»

Mark no la conocía. Jennifer le explicó que Bunnell había llamado más de veinte veces a la policía de San José antes de que su marido la asesinara en 1972.

«Tu Greta tiene que salir de ahí».

• • •

Al día siguiente, durante el almuerzo, Mark hizo autostop hasta Womyn's World, al sur de la ciudad.

El escaparate estaba cubierto de carteles feministas: puños en alto, símbolos de Venus, fotos de Germaine Greer, Angela Davis, Betty Friedan. Mark entró y encontró a una mujer delgada de unos treinta años, con el pelo negro rapado, sentada sola detrás de un escritorio. Ella le miró con recelo.

«Te puedo oír desde allí», dijo cuando él estaba a cinco pasos del escritorio. Su mano descansaba de forma ostensible sobre un cajón abierto del pupitre.

Su expresión se suavizó cuando él le describió a Greta y le explicó por qué había ido.

«Bueno, es bienvenida aquí», dijo la mujer. «Probablemente ya lo sabías. Pero no parece de ese tipo».

Mark le preguntó si se le ocurría alguna alternativa. La mujer cruzó las manos detrás de la cabeza, miró pensativa al techo y pensó en silencio durante más de medio minuto. Luego:

«¿Es cristiana acérrima? ¿De las de verdad, con estudio de la Biblia, una Biblia de bolsillo en el bolso y todo ese tinglado?»

«Creo que sí».

«Entonces podría probar en Saint Catherine's. Es un grupo de mujeres cristianas. Ofrecen apoyo y asesoramiento. Creo que tienen alojamiento».

La mujer se frotó el pulgar y el índice.

«Tienen muchos fondos. Forrados.». Parecía comprensiva. «Pero es muy privado y solo para mujeres».

Sacó la mano del cajón para rebuscar entre las carpetas de un archivador. Encontró lo que buscaba, se levantó, rodeó el escritorio y le entregó un folleto.

«La dirección está en la parte inferior», dijo.

• • •

«¿Entiendes lo comprometida que estoy con mi marido en mi fe?», preguntó Greta. «¿Incluso si no estás de acuerdo? ¿Entiendes que recuerdo a un hombre mejor y que sigo queriendo a mi marido a pesar de lo que me ha hecho?»

Mark decidió cambiar de tema. «¿Cómo está ahora?»

Greta suspiró. Mark creyó oír el tintineo de un vaso y supuso que ella llamaba desde la cocina y que Phillip seguía en el trabajo. Desde el episodio de la asfixia, se había vuelto más fatalista y pragmática, y había dejado de insistir en que Phillip estaba mejorando.

La línea telefónica no había mejorado, pero al menos ahora podía oír sin tener que presionar la palma de la mano derecha sobre la oreja libre. A finales de octubre los días eran más cortos y frescos; podía mantener cerrada la ventana. El único sonido que competía con la voz de Greta era el zumbido del calentador.

«Su supervisor llamó hoy», dijo ella. «Me llamó a *mi*. Eso es malo. No pueden ser mucho más indulgentes con Phillip. Con sus problemas de estado de ánimo, todos los días que falta al trabajo. Pensaron que era hora de decírmelo.

«Y, Dios mío, si pierde su trabajo. Al menos ahora tiene una razón para levantarse por la mañana».

Bebía cada vez más, dijo Greta. Había intentado controlarlo, pero sufría un dolor constante, tanto por las migrañas como por la pierna. Estaba perdiendo la batalla. *Sabía* que la estaba perdiendo.

«Se queda sentado en el salón hasta las cuatro de la madrugada. A veces ve la televisión, pero la mayor parte del tiempo se sienta en la oscuridad con su licor y sus medallas de servicio. Dice que nadie puede quitarle esas medallas.

«Tiene su sillón favorito en la esquina del salón, con la televisión delante. Así nadie puede colarse y *atraparle*. Eso es lo que dice. Conoce a dos policías de la comisaría local desde el servicio, los policías podrían decirle lo loco que es eso. Atraparle. Entrar a escondidas y atacarle por detrás en nuestra sala de estar.

«Quizá se refiera a mí», suspiró Greta. «El otro día me preguntó si tengo sangre asiática. Si soy en parte vietnamita».

• • •

La dirección de Saint Catherine's resultó ser un edificio de oficinas de lujo en el centro de la ciudad. Mark volvió a hacer autoestop durante su hora de almuerzo, pero esta vez deseó no haber llevado una camiseta. El agente de seguridad le miró con frialdad y no le dejó coger el ascensor hasta la planta correspondiente a «St. Catherine's» en el directorio del vestíbulo.

«Puede llamar para pedir permiso», dijo el agente, y señaló con la cabeza el teléfono que había sobre el mostrador.

Una mujer respondió. Cortés, distante, fría.

Saint Catherine's, dijo, era una organización pentecostal de mujeres que había ayudado a mujeres cristianas necesitadas durante más de medio siglo. Estaba segura de que la oficina central de Dallas estaría encantada de enviar información. Greta podía ponerse en contacto con ellos para obtener asesoría o ayuda. En cuanto a Mark: no ofrecían servicios para hombres, y solo a los varones asociados con Saint Catherine's se les permitía el acceso a la oficina.

• • •

«Pero es pentecostal», protestó Greta cuando Mark le describió Saint Catherine's. No había llamado en un par de días. «A veces se revuelcan por el suelo, hablan en lenguas. Eso no va conmigo en absoluto».

«¿Podrías copiar la dirección, al menos? Por mí, por favor».

Greta colgó el teléfono para coger un bolígrafo y escribió mientras Mark le dictaba la dirección.

«¿Cómo está Phillip?»

Greta no respondió inmediatamente, suspiró profundamente, resignada. Mark sintió un frío presentimiento.

«Mal. No lo sabía ... por eso no te he llamado. Le han despedido. Por fin. Tuvo una gran discusión con alguien del trabajo. Por nada. Fue la gota que colmó el vaso. Así que ahora ...». Respiró hondo y exhaló lentamente. Controlándose. «Ahora ya no tiene motivos para estar sobrio. Puede beber todo el día delante de la televisión. Gritando a los presentadores de noticias. Quiero decir, gritando a pleno pulmón. Nuestra vecina se quejó». Se rió, sin humor. «Quizás así haya ayuda. Si ella llama a la policía y le arrestan. Al menos si ninguno de sus compañeros del servicio recibe la llamada».

«¿Qué vas a hacer?»

«No lo sé», dijo Greta, y añadió con calma que no estaba segura de si saldría de la casa con vida.

• • •

La siguiente noche de su turno fue fría y húmeda. Mark subió un poco más la calefacción y observó cómo la lluvia golpeaba ligeramente contra la ventana.

Greta llamó a las siete en punto. Su voz distante sonaba más grave, ligeramente arrastrada. Algo había cambiado.

«¿Dónde está Phillip?»

«En la cama. Tiene migraña. Estoy sola».

«¿Cómo está?»

Greta se rió tristemente. «Bueno, hoy no me ha pegado. ¿Qué te parece? Ni me ha dicho que enveneno la comida o que estoy haciendo tal y cual con ese ministro. Está bastante bien, ¿no?»

Mark no respondió. Greta respiró hondo y tosió al exhalar.

«Lo siento», dijo. «Estoy mareada. Creo que me estoy poniendo enferma».

«No pasa nada».

«Volví a dormir en el asiento trasero del coche. Intenté dormir en la cama, pero desde la noche en que me estranguló ...». Su voz se apagó. «No me sentía segura. Así que me fui al coche

durante un par de horas. Estaba temblando de frío. Quizá por eso me siento mal».

Mark la oyó tragar saliva y luego un leve sonido, como el de un vaso golpeando la mesa. ¿Estaría bebiendo también? ¿Greta bebiendo, después de lo que había dicho sobre Phillip y su padre?

«Parker, ¿alguna vez piensas en mí cuando no estás en la línea de ayuda?»

Mark se tensó y apretó los dedos alrededor del auricular. ¿Qué se suponía que debía decir?

«Greta, creo que ya te lo dije, la ONG tiene reglas ...».

«Tienes reglas, tienes reglas». Parecía divertida. «¿Ni siquiera puedes contestarme a eso?»

¿Qué se suponía que debía decir? Mark se encontró deseando delirantemente que esa fuera su primera llamada. Entonces podría haberse mostrado distante, bing bang boom, hablar dentro de las directrices y ya está. Pero ahora ...

«Bueno, por supuesto que pienso en ti, Greta. Igual que pienso en otras ...».

«Bueno, yo no pienso en ti-ii», interrumpió Greta, casi cantando. «No pienso en ti más de ... oh ... ocho horas al día. Ni un minuto más».

Mark hizo una mueca de dolor y no dijo nada. Se sentía mal. Se imaginó a Toby reprendiéndole, dando golpes en la mesa: «Eso es lo que te pasa por traspasar los límites con esa alemana. ¿Por qué crees que tenemos normas?»

«Greta, no creo que ...».

Pero ella le interrumpió por segunda vez. Sonaba como si estuviera a la defensiva.

«Bueno, ¿qué esperabas? ¿En serio? Apenas conozco a nadie aquí, mi marido me pega, se está volviendo loco, y hay un hombre con el que puedo hablar por teléfono, no sé si es terapeuta o sacerdote o profesor universitario o qué, pero es más amable y comprensivo conmigo que cualquier otro hombre que conozco. ¿Se supone que debo pensar en ti como una cinta de correr o un jacuzzi que utilizaría en fisioterapia?»

Un sacerdote. Ella pensaba que era ...

## *Capítulo nueve*

Mark no dijo nada. Agarró el auricular y se sentó tieso frente al escritorio, como si corregir su postura le ayudara a encontrar la respuesta.

Pasaron unos segundos. Greta suspiró con cansancio.

«Lo siento, Parker. No debería hablarte así».

Mark dijo que no pasaba nada. No debería haberle llamado cuando estaba a punto de desmayarse, dijo Greta. Se recuperaría. Aún le quedaban fuerzas para luchar.

«Por favor, no te rindas conmigo».

## CAPÍTULO DIEZ

En su diario, Mark escribió:

*El gran Parker sabía que no era el abrelatas más afilado de la cocina, ni el más sobrio, pero aún así sabía que su preocupación por Greta había salido totalmente del sistema solar de las actitudes aceptables en una línea de ayuda. Él solo era un voluntario. Ningún interlocutor podía esperar una línea WATS de alfombra roja a Sigmund Freud. El servicio de la línea de ayuda era estrictamente de clase económica. Algunos de los que llamaban no sobrevivirían.*

*Pero, ¿qué podía hacer? Su admitida falta de profesionalidad como voluntario significaba que esperar que fuera una especie de Dr. Spock liofilizado en esta mierda era totalmente inútil.*

*Esperaba que Toby no se diera cuenta de lo obsesionado que estaba y le apartara de los teléfonos.*

. . .

La puerta de la oficina estaba entreabierta cuando Mark llegó a la noche siguiente para su turno. Toby estaba en la mesa de juego, entreteniéndose al solitario. Mark sintió una rápida oleada de preocupación.

«Mierda, ¿dónde está tu libro?», preguntó Toby a modo de saludo. Señaló con la cabeza las manos vacías de Mark. Mark estaba tan distraído pensando en Greta que se había dejado *Cartas* en su habitación. «¿Cómo vas a atender las llamadas sin tu libro?»

«Esta noche no». Mark miró el reloj por reflejo. En tres minutos encendería la línea. «¿Qué pasa, jefe?»

«Tenía que hacer algunos trámites». Miró a Mark fijamente. «Además, quería charlar un poco contigo».

«¿Ah, sí?» Mark se sentó en el escritorio e intentó parecer indiferente. «¿De qué se trata?»

«Sabes cuántas llamadas colgadas registramos normalmente al mes?»

«Ni idea».

«Cinco», respondió Toby. «¿Y sabes cuántas registramos el mes pasado?»

«¿Más de lo habitual?»

«Diecinueve». Toby repartió una mano de solitario. «No sé si es por tu novia alemana, pero esa es mi conjetura».

«No me digas».

Mark intentó parecer pensativo, solo ligeramente interesado, como si Toby le hubiera descrito una ventana rota en un edificio vecino.

«Lo siento, tío. Ella conoce mi horario. Le he dicho que puede hablar con otras personas aquí».

Toby parecía un poco molesto. «Bueno, ¿puedes decírselo otra vez cuando estés en tu turno? ¿Por favor? ¿Quizá pedirle que lo apunte? Estas llamadas colgadas ...». Toby señaló con la cabeza el libro de registros abierto junto al teléfono. «Las estadísticas que hay ahí se anotan en un gráfico. Si las llamadas colgadas se disparan, alguien que firma cheques podría preguntarse por qué».

Siete de la tarde. Mark pulsó el interruptor del escritorio y activó la línea de ayuda.

«Se lo diré. ¿Es eso todo lo que querías decirme?»

«Eso es todo».

Mark fingió un pequeño bostezo, ocultando su alivio. Toby no iba a sacarle de los teléfonos.

Pasaron los minutos. La línea directa no sonó. Mark observó a su mentor jugar al solitario.

Toby no tenía buen aspecto. Sus ojos estaban hinchados y rojos; su ropa parecía como si hubiera dormido con ella puesta. Todos los voluntarios sabían que su mentor luchaba contra sus propios demonios. Jennifer le había visto una vez totalmente cocido en un bar a la 1:30 de la mañana. Según ella, parecía com-

pletamente solo, como si no tuviera a nadie. Una vez incluso le preguntó a Mark si creía que debían intervenir. Pero no lo decía en serio; ¿cómo iban a hacer una intervención a su formador?

Toby había estado en Vietnam. Mark pensó en Phillip y se preguntó si Toby podría ofrecerle su opinión.

«Ya que estamos hablando de Greta», dijo, «quizá tengas alguna idea».

«Dime».

Con un tono deliberadamente superficial y desinteresado, Mark le contó lo que sabía sobre Phillip. Toby hizo una mueca cuando mencionó los palos punji y la amputación, pero por lo demás escuchó impasible, como si estuviera oyendo una variante de una historia que ya había escuchado muchas veces antes.

«Recuerda que yo no participé en combate», dijo cuando Mark terminó. «Soy mecánico. No lo olvides. Me empapé de todo lo que un mecánico podría hacer allí y me aseguré de que los militares supieran lo que yo sabía. A los soldados con mi número MOS no solían dispararles».

Repartió una mano de solitario y se encogió de hombros con indiferencia y tristeza.

«A Phillip le jodieron», dijo. «Eso es todo. A todos nos jodieron. Piénsalo. La palabra “conscripción”. Nos “reclutaron” para el servicio militar. ¿Qué significa eso?» Miró a Mark con cinismo. «Significa esclavitud. El gobierno de los Estados Unidos esclavizó a más de un millón de jóvenes y los envió a Vietnam.»

«Este Phillip no puede asimilarlo. Yo, que lo pasé relativamente bien, puedo mirar atrás y decir: “Bueno, Estados Unidos me ha jodido. Siguiendo pregunta”. Pero Phillip nunca recuperará la parte inferior de su pierna. Probablemente sufrirá dolor durante el resto de su vida. Está tratando de convencerse a sí mismo de que esta enorme, enorme pérdida fue por una buena causa, pero no fue así. Le jodieron. No hay forma de que se le perdone por golpear a su esposa, pero ¿crees que habría caído tan bajo si no hubiera estado en Vietnam?»

Toby miró con severidad la mesa de juego, dio la vuelta a dos cartas. Mark observó una mancha de ketchup seca en la camiseta de Toby, las ojeras bajo sus ojos. No, Toby no tenía buen aspecto.

«Oye, ¿has visto *Parallax View*?», preguntó Mark.

«¿Qué es eso?»

## Capítulo diez

«*Parallax View*. ¿La nueva película con Warren Beatty? Sobre un grupo secreto que entrena a asesinos políticos».

«Ah».

«Mi compañero de piso dice que es buena». Mark dio unos golpecitos con los nudillos en la mesa de juego. «Yo invito, jefe. Ven conmigo, yo pago las entradas y te invito a unas palomitas. Eso debería convencerte».

Toby esbozó una sonrisa sarcástica, barajó las cartas y no lo miró. «No. Tengo palomitas en casa».

«Venga, no seas tan muermo. Podemos pasar un buen rato juntos. Puedes echarme la bronca por todo lo que hago mal al teléfono».

Sonó la línea directa. Mark giró la silla hacia el escritorio y descolgó el auricular. No era Greta. Un minuto después, oyó a Toby cerrar la puerta detrás de él.

## CAPÍTULO ONCE

«Pase lo que pase, te estaré agradecida», dijo Greta. «No tienes ni idea de lo mucho que me has ayudado. Incluso si no salgo viva de esto».

«Por favor, no hables así».

«¿Puedo decirte cómo te imagino?»

Mark se mordió el labio y retorció los dedos sobre el auricular.

«Sé que no puedes decírmelo», se rió Greta. «¿Pero puedo decírtelo yo? Solo por diversión».

Mark no dijo nada. Cómo se lo *imaginaba* ...

«Tienes unos cincuenta años». Greta se rió suavemente, sin coqueteo, como una niña de primaria jugando a adivinar. «Tú ... veamos ... tienes canas en las sienes, llevas abrigos de tweed y jerséis, y te sientas hasta tarde por la noche con libros en la biblioteca de tu casa, en un gran sillón victoriano de felpa, con una bata dorada. Tu mujer también es una profesional, y tenéis dos hijos que ... veamos ... ahora están en la universidad». Greta se rió. «¿Qué tal lo he hecho?»

Mark esbozó una débil sonrisa y miró sin ver las líneas garabateadas por los voluntarios en el libro de registro. Leyendo en la biblioteca de su casa, en un sillón victoriano, con una bata dorada. Él.

. . .

Phillip empeoró. Sus dolores de cabeza eran más frecuentes, insoportables, le mantenían en cama durante días. Al menos así Greta podía hablar más libremente. Él no podía oírla desde el teléfono de la cocina.

«Ya no puedo cocinar para él. Cree que enveneno la comida. Come de las latas y los tarros que hay en el salón. Solo puedo recoger cuando él no está. Me siento como una cuidadora de zoológico».

«Habla solo todo el tiempo. O se grita a sí mismo. Todo acerca de los vietnamitas, y cómo se casó con una gook».

«Sigue diciendo que en realidad soy vietnamita. Es como si al repetirlo se convenciera de que es verdad y entonces yo fuera una enemiga pura, como el Viet Cong.

«Dijo que si descubre que he tenido relaciones sexuales con el ministro, me matará. Dijo que lo arreglará con sus compañeros de la policía».

Ella se rió suavemente, con tristeza. Sin emoción, resignada.

«No creo que esto pueda durar mucho más».

• • •

Jennifer parecía inquieta. «No lo sé, Mark. Esto se siente muy raro».

«Pero es por una buena causa», insistió Mark. Jennifer era mujer; Saint Catherine's hablaría con ella. Podría averiguar si alojarían a una mujer el mismo día en caso de emergencia. Entonces él se lo podría decir a Greta.

«Diles que eres de Foursquare o de las Asambleas de Dios. Y que estás pasando por una gran crisis espiritual».

Jennifer finalmente accedió y volvió a llamar a Mark media hora más tarde.

«Tienen pasta, sin duda», dijo. Sí, podían proporcionar alojamiento de emergencia. Con solo cuatro horas de antelación.

• • •

La última llamada de Greta a Mark a la línea directa fue desde una cabina.

«Pasé la mayor parte de la noche en el parque», dijo.

De fondo se oía un coro de vehículos acelerando; probablemente la cabina telefónica estaba cerca de un paso de peatones. Mark pensó inmediatamente en el frío. Estábamos a mediados de noviembre y se acercaba el Día de Acción de Gracias. Mark había pasado por delante de escaparates con decoraciones con pavos y calabazas en su paseo matutino hacia la licorería. Al menos hoy no llovía.

«¿Qué hizo Phillip?»

Greta contó la historia casi sin emoción, como si le estuviera contando a un conductor de ambulancia un accidente que había

presenciado. Ahora ya casi nunca lloraba por teléfono. El llanto y la emoción habían sido cosa de las primeras semanas, cuando creía que Phillip se recuperaría. Ahora parecía resignada a vivir una pesadilla.

Su pecado había sido ver llorar a Phillip.

«No puedo ir al baño sin pasar por la sala de estar. Él se sienta allí en la oscuridad, como te dije, con sus medallas y su alcohol. Intento pasar rápido, porque es cuando es más peligroso».

Acababa de regresar de una salida nocturna de compras. Dejó las bolsas en la cocina, llenó la nevera, pero luego tuvo que guardar la pasta de dientes y el papel higiénico en el baño.

De camino al baño, vio a Phillip llorando.

«Parker, yo amaba a ese hombre», dijo Greta, mostrándose firme y a la defensiva. «Sé que debes pensar que soy la mujer más loca del norte de California, pero amaba al hombre con el que me casé. Quería tener hijos con él. Y verle llorar solo en la oscuridad...».

Así que se había detenido, con la pasta de dientes y el papel en la mano, para mirarle, para mostrarle su preocupación, para esperar una vez más que pudiera haber un avance, una forma de llegar a él. Pero había sido un error. La expresión de Phillip se endureció cuando sus miradas se cruzaron. Su esposa había atrevido pillarle en un momento de vulnerabilidad.

«Así que fui al baño sin hablar, dejé las cosas y decidí salir un rato. Sin decir nada, solo para dejarle solo, darle su espacio. Me sentía tan asfixiada allí».

Se puso un abrigo ligero y caminó un par de manzanas hasta los campos de béisbol. ¿Sabía él dónde estaban? Dos campos de béisbol, con gradas metálicas para los espectadores. Los estudiantes de secundaria jugaban un partido nocturno bajo los focos.

Se sentó en uno de los bancos y se abrazó a sí misma para protegerse del frío, y luego, durante las siguientes horas, se perdió en el partido. Se sentía a gusto allí. Podría haber sido la hermana mayor o la prima de uno de los jugadores. Sentirse normal. Recordó a Philip antes de Vietnam, viéndole jugar, las caras graciosas que le hacía cuando se ponchaba.

Cuando terminó el partido, se fue a casa andando.

«Pero debería haber pensado en cuánto tiempo había estado fuera.»

«Cuando entré ... tuve que ir al baño ... él estaba sentado muy erguido en esa silla, mirándome con el ceño fruncido, y debería haber prestado mucha más atención: llevaba puesta su prótesis. Debería habérsela quitado, si solo estaba sentado en la sala de estar. No la llevaba puesta cuando me fui.

«Pero no pensé en ello.

«Me senté en el inodoro, oriné y entonces Phillip empezó a golpear la puerta. “¡Abre!” Le dije, “vale, un momento”. Me estaba subiendo las bragas y la puerta se abrió de golpe. Phillip parecía enloquecido. Con los puños cerrados. “¿Dónde estabas?”. Y luego todo ese horrible rollo sobre cómo ese ministro me había recogido en su coche y me había llevado a algún sitio para tener sexo.

«Entonces me atacó. Y esta vez ...».

La voz de Greta se quebró, por fin, en un largo y derrotado estremecimiento.

Mark se dio cuenta de que temblaba de ira. Basta. Phillip la había golpeado, estrangulado, dejado moratones y cortes que ella había ocultado en el trabajo, y ahora no podía volver a casa. Ya era suficiente. Agarró el auricular y se obligó a esperar en silencio. Sabía que ella continuaría.

«Nunca antes me había atacado así. Ni siquiera cuando me estranguló. Lo juro, pensé que intentaba matarme. Con los puños, con todas sus fuerzas. Le di una patada en la prótesis. Esa es la única razón por la que pude escapar, porque le he ayudado con ella muchas veces y sé cómo está sujeta. Cayó al suelo y yo seguí dándole patadas y tirando de la prótesis hasta que casi se le salió y no podía caminar con ella. Entonces tuve tiempo de escapar».

Basta.

Mark se levantó. Temblando.

«Mañana puedo ...».

«¡Greta, por favor, escúchame ahora!»

Greta se detuvo, sorprendida por su tono. Mark agarró el auricular con fuerza, con la mandíbula rígida, mirando fijamente a la pared con ojos salvajes, ciegos. Cualquier imagen que ella tuviera de él como un hombre elegante de cincuenta años en bata estaba a punto de desaparecer. Había dejado de intentar dar respuestas distantes y superficiales en la línea de ayuda. Philip no iba a volver a pegarla.

«¿Llevas contigo tu Biblia de bolsillo?»

La pregunta obviamente la sorprendió, pero sí, la tenía. Mark se sentía imprudente, furioso. Basta.

Mark le dijo que la sacara, la colocara en la bandeja debajo del teléfono público, pusiera su mano sobre ella y le prometiera a Dios que llamaría a Saint Catherine's al día siguiente, no una vez, sino hasta que lograra hablar con un ser humano, y que entonces le diría a esa persona que necesitaba una vivienda de emergencia inmediatamente. Inmediatamente.

«Tienen alojamiento, Greta. Pueden acogerte mañana. Llevamos meses hablando, Greta. Mes tras mes. Tengo derecho a preocuparme por lo que te pase. No quiero leerlo en el periódico. No te lo estoy pidiendo amablemente. Te lo estoy exigiendo».

Greta todavía parecía sorprendida por su tono, pero dijo con suavidad que, por supuesto, haría lo que acababa de prometer.

«¿Qué vas a hacer esta noche?», preguntó Mark.

Bueno, tenía suficiente dinero para un motel y algo de comida. Pero solo tenía dinero en efectivo, y solo lo bastante para una noche.

«Y me llamarás aquí mañana», dijo Mark. «A las siete».

«Pero mañana no tienes turno».

«Cambiaré de turno», dijo Mark. «Estaré aquí.»

## CAPÍTULO DOCE

Para la rotación de la línea directa de la noche siguiente estaba programado un estudiante universitario de psicología que solo había terminado su formación un mes antes. Mark llamó para decir que quería cambiar de turno o atender las llamadas durante la primera hora, y se sintió aliviado cuando el estudiante aceptó el cambio sin dar explicaciones. Confesar la verdadera razón habría sido lo mismo que decirle a Toby que le sacara de los teléfonos.

Mark intentó escribir en su diario lo que haría «el gran Parker», pero desistió. No sabía lo que haría Parker. Hojeó Rhaytana en busca de una carta que no hubiera leído recientemente, pero también renunció. Apagó la luz y se tumbó en la cama mirando al techo, echando un vistazo de vez en cuando a las manecillas fluorescentes de su despertador para comprobar la hora y darse cuenta de cuánto sueño estaba perdiendo por culpa de Greta.

Si había entrado en Saint Catherine's, perfecto. Problema resuelto, al menos temporalmente. Pero si no había entrado en Saint Catherine's, por cualquier motivo, entonces decidió que iba a quedar con ella en persona. Mark no había guardado copias de los documentos que había firmado con la línea de ayuda, suponiendo que incluso podría meterse en problemas legales por violar tan gravemente las normas. No importaba, no le importaba. Ella se llevaría una sorpresa cuando él apareciera sin su bata dorada, pero eso tampoco importaba. Dormir en su colchón raído en su destartada habitación era mejor que hacerlo en el parque. Mark podía dormir en el sofá o en el suelo de la cocina con las cucarachas.

No importaba, no le importaba. La línea directa había contratado a un voluntario. No era un veterano operador policial capaz de separar sus pensamientos en compartimentos de vida profesional y vida personal después de escuchar cómo violaban, apuñalaban, disparaban y mataban a personas. «Pensé que intentaba matarme». Bueno, no. Lo siento. No iba a saber qué aspecto tenía Greta cuando las noticias de la noche mostraran su foto en un reportaje sobre su asesinato. Había tomado una decisión y, consciente de su propia resolución, Mark finalmente se sumió en un sueño profundo.

Pero a la tarde siguiente, Jennifer le llamó a la licorería. Mark levantó el auricular mientras terminaba de cobrar, y sintió una rápida oleada de pánico y desconcierto al reconocer su voz. Nadie de la línea de ayuda le había llamado nunca al trabajo.

Jennifer estaba alterada.

«Mark, no vayas hoy a la oficina».

«¿Por qué?»

«Hay policías por todas partes. Toby se ha pegado un tiro en la cabeza allí».

## CAPÍTULO TRECE

Mark se enteró de los detalles de la muerte de Toby en las noticias de la noche. Tobias Cartwright era su nombre legal; la emisión mostró una foto militar de un Toby más delgado, más joven y con el pelo corto sobre el peinado con laca del presentador de noticias, tal y como Mark había temido durante tanto tiempo ver una foto de Greta. Toby era natural de San Bernardino, dijo el presentador, y campeón de bolos en el instituto. Mark lo desconocía.

Toby estaba solo en la oficina. El presentador dijo que había utilizado un revólver de gran calibre y pareció evitar cuidadosamente mencionar que el jefe del equipo de una línea de atención al suicidio se había quitado la vida en la mesa de llamadas de la línea. Como si pudiera anticipar las bromas crueles y burlonas que pronto se contarían sobre Toby en bares, oficinas y salones de todo el estado, pero no se arriesgara a reconocer públicamente la sombría ironía.

Mark vio la emisión apretujado entre sus compañeros de piso en el sofá del salón, respondiendo con monosílabos a sus preguntas morbosas y curiosas. De vez en cuando miraba al reloj, observando el inevitable avance de las manecillas de las horas y los minutos hacia las siete de la tarde.

Pronto llamaría Greta. Escucharía la grabación que los voluntarios apagaban cuando comenzaban su turno, volvería a intentarlo a las 7:01 y a las 7:02. ¿Cuándo se daría por vencida? Mark imaginó a Greta, desesperada, asustada y completamente sola, introduciendo monedas en la ranura a las 7:15, 7:30 y 8:00, incapaz de comprender cómo el voluntario que ella imaginaba como un psiquiatra, un sacerdote o un profesor no había cumplido su palabra.

Qué cabrón, Toby, pensó Mark. Toby, bastardo, hijo de puta. ¿Por qué tuviste que suicidarte allí?

• • •

«Hablé con uno de los policías», dijo Jennifer al día siguiente. «Se pegó un tiro con una Magnum del 44. Es como el revólver

más grande que se puede comprar. Prácticamente un arma para cazar elefantes».

Jennifer tenía veintitantos años, era una «judía antisionista», fuera lo que fuera eso, y decía que su familia había formado parte de una oleada de judíos de izquierdas que habían emigrado al norte de California a principios de siglo. Llevaba una blusa hippy de estilo campesino, gafas de montura metálica y una diadema, y ahora miraba a Mark con desánimo mientras se encogía en su lado de la mesa. Estaban en el McDonalds cerca de la licorería, habían quedado allí durante la hora de comida de Mark. Había pensado en tomarse el día libre, pero necesitaba el dinero. Duke le había dicho que la licorería no estaba dando beneficios; estaba a punto de quedarse sin trabajo.

«Debió suicidarse allí a propósito», dijo Jennifer. «No me malinterpretes, *ellos* no le mataron, ¿vale? Todos sabíamos lo mal que estaba, pero aun así. Era el jefe del equipo, tenía que hablar todas las semanas con esos capullos de la oficina. Los odiaba. Incluso habló con un abogado sobre algún tipo de ... no sé ...».

Su voz se apagó. Se encogió de hombros y esbozó una sonrisa triste. «Supongo que pensó que había llegado su hora y que iba a marcharse haciendo ruido. Como ese monje que se prendió fuego en Saigón».

Permanecieron en silencio durante casi un minuto. Mark se sentía aturdido, conmocionado. Solo había dormido dos horas la noche anterior, había permanecido tumbado en la cama, en la oscuridad, mirando fijamente al techo mientras consideraba con tristeza diferentes escenarios, tratando de convencerse a sí mismo de que Greta, sin duda alguna, había ido a Saint Catherine's, tal y como había prometido, y hasta jurado, aunque temía que no fuera así, que siguiera en el parque o, peor aún, que hubiera vuelto con su marido asesino. Tenía miedo de dormir, miedo de soñar con ella.

«¿Cuándo van a volver a abrir la línea de ayunda?», preguntó finalmente.

«Probablemente nunca».

«¿Qué?» Mark se incorporó y la miró con incredulidad. «¿Pero no tienen que abrirla?»

«No, no tienen que hacerlo», interrumpió Jennifer. Parecía disgustada. «Son unos completos imbéciles. Lo único que les

importaba era la financiación». Levantó una mano y enumeró los aspectos negativos con los dedos. «No había aire acondicionado en verano. Nunca lo arreglaron. Las líneas telefónicas eran horribles. Una vez tuve que pedirle a una mujer que amenazaba con cortarse las venas que *repetiera* lo que había dicho. Ese lugar era de risa».

Jennifer levantó las manos. «Y ahora tienen un gran escándalo, el jefe de equipo se suicida en la centralita. ¿Crees que van a afrontarlo? Oh, no-o-o-o-o. No ellos. Si Toby pensaba que iba a cambiar algo, bueno, olvídale. “Cerrado indefinidamente”. Eso es lo que se anunciará mañana, pero lo que significa es “cerrado, y punto”».

«Pero tiene que haber alguna forma de ...».

«¡No, no la hay! ¡No la hay! Ya no hay trabajo que hacer allí, Mark. Así de simple».

Ella miró pensativa la mesa. Se produjo otro largo silencio.

«¿Sabías que Toby estaba tan mal?», preguntó ella finalmente.

«No *tan* mal», dijo Mark, y describió el aspecto de Toby en su última charla, la invitación rechazada para ir al cine. Mientras hablaba, se dio cuenta de que Jennifer le observaba atentamente, como si hubiera percibido algo en su expresión o tono que no estaba en sus palabras.

«Te voy a decir algo», dijo ella. «Quizá no debería hacerlo ahora, y quizá me odiarás por ello, pero para ti hay un lado positivo en todo esto. Ya era hora de que dejaras los teléfonos».

Mark la miró fijamente.

«Estás muy, muy, quiero decir, *muuuuy* obsesionado con esa chica que te ha estado llamando. No creas que no puedo verlo, porque puedo. Apuesto a que no has dejado de pensar en ella desde que te llamé ayer. ¿Cómo se llamaba? ¿Helga? ¿Olga?»

«Greta», dijo Mark en voz baja. Bajó la mirada y asintió ligeramente.

## CAPÍTULO CATORCE

Mark celebró la cena de Acción de Gracias con su madre. Llegó con tarta de calabaza y pan de arándanos, que acabaron siendo la base de su comida para la fiesta, junto con refrescos y una ensalada de patatas aún buena que encontró en el fondo del frigorífico. Su madre había olvidado cómo descongelar un pavo correctamente. El ave estaba cruda, incomedible.

Ella se disculpó de su manera dispersa, indefensa y vagamente masoquista: susurrando pequeños «¡oh, no!» mientras sacudía la cabeza nerviosamente de un lado a otro y miraba la carne cruda y roja como un estudiante miraría una «F» inesperada en un trabajo de fin de curso. Durante la infancia de Mark, ella había ofrecido disculpas similares por citas olvidadas, servicio públicos cortados, visitas de agencias de cobro y por un desfile constante de hombres guapos e inútiles que consumían dinero y alcohol antes de desaparecer. Mark se preguntaba de vez en cuando cuál de esos galánes del mes había sido su padre.

Este año, al menos, su vida anárquica fue una distracción agradable. Le ayudó a olvidarse de Greta.

• •

Estaba fumando más marihuana, había empezado a fumar más después de su encuentro con Jennifer, cuando se dio cuenta de que la línea directa no volvería a abrir y que ya no tenía motivos para estar lúcido por las noches. Probablemente Jennifer había olido la marihuana en su ropa durante su reunión. No esperaba ningún placer al fumar más, por lo que no se sintió decepcionado; solo se sentía más apagado, atontado, más ausente. Había ido al cine un par de veces, compartió la pipa de agua con sus compañeros de piso y había coqueteado sin seriedad por teléfono con Shirley, una novia del instituto que le había dicho repetidamente que parecía estar colocado. Evitaba escribir en su diario, no quería confesar cómo se estaba comportando Parker.

El día de Acción de Gracias salió de casa de su madre a las ocho de la tarde y, una vez en su casa, decidió impulsivamente colocarse a lo grande. Sus compañeros de piso se habían ido con sus familias. Fumó el doble de lo habitual y, durante media hora,

se quedó viendo una reposición de *Dragnet*, boquiabierto y sin comprender nada, vagamente consciente de que estaba tan colocado que podría pasar por un psicótico medicado con Haldol en un manicomio.

El programa terminó, Joe Friday atrapó a su hombre. Mark se dirigió a la cocina para buscar una cerveza, encendió la luz y dio un salto hacia atrás alarmado al ver a un cuarteto de cucarachas huir bajo el refrigerador.

La intoxicación que había sentido se convirtió rápidamente en ansiedad y paranoia. Cucarachas; imaginaba cucarachas marrones y asquerosas con sus antenas y patas peludas correteando por toda la casa, arrastrándose bajo su ropa. Encendió la luz de su dormitorio para no ver ninguna cucaracha, se acurrucó en la cama en posición fetal con la manta sobre la cabeza. Poco a poco se sumió en un estado de ensoñación, y en este estado se imaginó a sí mismo con Greta. En su ensueño, ella era alta, rubia, una mujer a la vez aria y de mandíbula fuerte, pero obviamente vulnerable, y Mark estaba a su lado, acompañándola por una pasarela, un camino o una acera indeterminados, con un brazo suave alrededor de sus hombros, la barbilla inclinada hacia su oído mientras le hablaba con dulzura y tranquilidad, como le había hablado en la línea de ayuda, como le habría hablado un psiquiatra o un sacerdote. Su protector.

Pero él no lo era, ¿verdad? La línea directa había cerrado.

Mark se cubrió la cabeza con la manta y se rindió impotente a pensamientos que no quería tener estando tan drogado, como un criminal confesando en un tribunal: que Jennifer se había equivocado, como él había sabido desde el principio; que *podrían* haber hecho algo, que no estaban tan indefensos como ella había dicho. Podrían haber contactado con la prensa. Podrían haber hecho un piquete frente a la línea directa y haber contactado con la prensa.

Pero ese tipo de acciones pertenecían al ámbito de los adultos vitales, lúcidos y valientes del mundo real, ¿no? Los porreros no hacían esas cosas. *Él* no lo haría. No dejaría de fumar. La vida le había puesto a prueba y él ni siquiera había intentado superarla. No merecía considerarse el protector de Greta, y Mark sabía, en cierto modo, que no estaba siendo razonable, que tenía remor-

dimientos por culpa de la marihuana, aunque de todo corazón y con sinceridad se despreciaba a sí mismo.

• •

Dos días después, Mark miró por casualidad la minitelevi-  
sión que había a un lado del mostrador mientras cobraba un pack  
de seis cervezas en la licorería. No sabía por qué. A Duke le gus-  
taba tener el aparato allí, apiñado junto al estante de chicles y las  
latas de tabaco. Mark solía ignorarlo, a veces leía *Cartas* cuando  
no tenía clientes, aceptaba el zumbido y el murmullo del aparato  
como ruido de fondo, como el sonido del tráfico.

Un presentador de las noticias locales informaba sobre la  
detención de un marido por el asesinato de su esposa el día de  
Acción de Gracias. La cara de la víctima apareció en pantalla:  
rubia, de unos veinticinco años. Golpeada hasta la muerte por su  
marido en el salón de su casa.

Mark pensó que iba a vomitar, se sentía tan mal que apenas  
podía mantenerse en pie junto a la caja registradora. El cliente le  
miró con mala cara mientras Mark le lanzaba el cambio con brus-  
quedad por encima del mostrador, sin ofrecer ninguna disculpa  
cuando las monedas cayeron ruidosamente al suelo. «No, Dios  
mío, por favor, no», pensó, y luego repitió estas palabras como  
un mantra mientras caminaba ansiosamente detrás del mostra-  
dor cada vez que no había clientes en la tienda, retorciéndose los  
dedos y golpeando el mostrador con el puño. «Por favor, Dios  
mío, por favor, no».

Su tormento solo terminó con el noticiero local de las once  
de la noche, cuando Mark finalmente supo lo suficiente sobre el  
asesinato como para estar seguro de que Greta no había sido la  
víctima.

• •

Esa noche rezó. Solo quince minutos antes se había fumado  
su pipa, y más tarde utilizaría el hecho de estar intoxicado como  
excusa para haberse puesto a rezar. No creía en Dios; al menos  
eso era lo que pensaba, lo que había dicho a los demás. No había  
rezado desde los primeros años de primaria.

## *Capítulo catorce*

Sin embargo, ahora estaba arrodillado junto a su cama, con las manos entrelazadas sobre las sábanas, susurrando una oración desesperada y avergonzada entre sus dedos.

Si tan solo ella estuviera bien, Dios. Si tan solo él pudiera saber qué le había pasado.

## CAPÍTULO QUINCE

A la noche siguiente, Mark cruzó la ciudad con sus compañeros de piso para comprar marihuana. Un amigo de un amigo estaba vendiendo cuatro kilos de marihuana de Maui. Mark esperaba poder permitírselo. Duke acababa de decirle que la licorería cerraría definitivamente en un par de semanas. Podía dejarlo cuando quisiera o aguantar hasta el final. Necesitaría un nuevo trabajo, y pronto.

Cuando Mark llegó, ya había otros fumetas holgazaneando en el salón, pasando una pipa de agua por encima de una mesa baja moteada de copos verdes de marihuana. Mark se dejó caer en un cojín limpio a un lado del sofá, junto a un sillón en el que estaba sentado un hombre corpulento de unos treinta años.

El hombre se parecía tanto a un policía encubierto que Mark decidió que no podía serlo. Parecía que venía del trabajo, llevaba una chaqueta deportiva de poliéster y pantalones de vestir, e incluso calcetines blancos. Tenía el pelo corto, lucía un bigote recortado entre sus mejillas regordetas y sostenía una colilla humeante en una pinza de cocodrilo.

Mark pronto se dio cuenta de que el desconocido le miraba fijamente la barba.

«¿Puedo ayudarle en algo?», dijo Mark con un ligero sarcasmo, cuando la mirada fija empezó a molestarle.

«Lo siento. No era mi intención mirarte así». El desconocido se enderezó y le tendió la mano. «Me llamo Bill. Encantado de conocerte».

«Mark», murmuró Mark con incertidumbre y le estrechó la mano. Ese tipo de saludos no eran habituales en las fiestas de marihuana. Bill ahora admiraba abiertamente su barba.

«Menudo barba», dijo. «¿Cuánto tiempo te ha costado dejarla crecer así?»

«¿Para que esté así de poblado? Más de medio año».

«Por casualidad, ¿estás buscando trabajo?»

Un trabajo. Mark le miró fijamente y esbozó una sonrisa divertida.

«De hecho, sí, pero no esperaba encontrarlo aquí».

«Porque con esa barba», dijo Bill, «apuesto diez a uno a que puedo conseguirte un trabajo como Papá Noel en el centro comercial Domingas».

Domingas era un nuevo complejo comercial situado junto al antiguo estanque Coopers Pond, en North Town. El promotor había acondicionado el estanque con jardines y pasillos cubiertos, construyó dos enormes pabellones redondos de tres niveles a ambos lados, cada uno con docenas de tiendas. El nombre oficial del centro comercial era algo así como «Great Heritage Mall of the Golden State», pero todo el mundo se refería a los dos pabellones redondos como Domingas. Algunos empleados hablaban de trabajar en «Teta del Oeste» o «Teta del Este».

«¿Yo?», Mark se golpeó el pecho. «¿Papá Noel en el centro comercial?»

«Con esa barba, seguro».

Mark se rió entre dientes, le dijo a Bill que debía estar fumando marihuana realmente buena para imaginar que él podría ser Papá Noel, y se dirigió a la cocina. Allí encontró latas de refresco tibio, y al amigo de un amigo y a uno de sus compañeros de piso manipulando cogollos de un kilo abierto en la encimera. Ninguno de los dos le prestó atención.

Al cabo de un rato, sin nada que hacer, Mark volvió al salón. El único asiento libre era el que había dejado, junto a Bill. Bill no parecía ofendido.

«¿Tienen otros curros además de Papá Noel?», preguntó Mark.

Bill negó con la cabeza. «No hasta enero. Si es que los hay».

Bill resultó ser uno de los gerentes del centro comercial. Y había hablado en serio sobre la oferta de Papá Noel. La gran campaña navideña empezaba en un par de días y los directivos de la empresa estaban especialmente ansiosos por que todo saliera bien, en parte para compensar el hecho de que en 1974 iban a tener que arreglárselas con un solo Papá Noel, en lugar de uno para cada pabellón. La policía acababa de meter a su principal Papá Noel en la cárcel por golpear a un camarero. Domingas necesitaba un sustituto, lo necesitaba urgente y rápidamente. Mamá y papá gastarían su dinero en otra parte si Junior no podía recitar su lista de dámelos de Navidad sentado en las rodillas de Papá Noel en Domingas.

«Perdona por soñar», dijo Bill, y gesticuló con la colilla. «Si no quieres hacerlo, no lo hagas. Pero con esa barba, si te la tiñeras de blanco — y suponiendo que no tengas condenas por delitos graves, ya me entiendes — bueno, madre mía: seríamos superestrellas. Serías el mejor Papá Noel del norte de California, quizá de todo el estado. Y además pagamos muy bien».

Mark dijo que no se veía a sí mismo como Santa y, para cambiar de tema, le preguntó a Bill por la vida como gerente de centro comercial. No estaba mal, respondió Bill. Y aunque la gente hiciera bromas sobre el apodo, Domingas era uno de los mejores centros comerciales de la costa oeste.

«Tenemos Zorr's Seafood en el patio de comidas. Es un restaurante de primera, tío. Éramos el único centro comercial que les interesaba».

Mark asintió educadamente, empezando a aburrirse. Bill abrió la pinza cocodrilo para dejar caer la ahora diminuta colilla en el cenicero.

«Y nuestras salas de conferencias», dijo. «No escatimamos en gastos. Si vamos a tener salas de conferencias y salas de reuniones, tienen que ser las mejores. Toastmasters, todo lo que Toastmasters hacen en la ciudad lo hacen con nosotros. Los Lions están llegando».

«Ahora bien, no digo que no hayamos cometido errores. Esta mierda de Saint Catherine's ...».

Bill miró al techo con exasperación, sin darse cuenta de que Mark ahora estaba sentado con la espalda recta y mirándole fijamente.

«Dejarles entrar fue decisión de mi *predecesor*», dijo Bill con tono despectivo. «Mi *predecesor* pensó que sería apropiado abrir nuestras salas de conferencias a los pentecostales chiflados que hablan en lenguas y se revuelcan por el suelo». Bill puso los ojos en blanco.

«Pero», añadió, «Saint Catherine's me ha quitado el problema de las manos. A finales de año, toda esa pandilla de locos hará las maletas y se mudará a Los Ángeles. Nunca volverán mientras yo esté aquí».

«¿Saint Catherine's no es una especie de grupo de mujeres?», preguntó Mark.

## Capítulo quince

Bill asintió. Un grupo cristiano acomodado y bien financiado, razón por la cual su *predecesor* había quedado impresionado de que el grupo de mujeres quisiera utilizar Domingas para todas sus reuniones de la zona.

«Quizá no sabía cómo se comportaban», dijo Bill.

«¿Cuándo empieza este curro de Papá Noel?», preguntó Mark. Estaba temblando.

# PARTE II



## CAPÍTULO DIECISÉIS

Cinco días después, Mark fue la estrella de las noticias locales en televisión. Vio el programa nocturno con sus compañeros de piso risueños, sosteniendo la pipa de agua frente a su barba, ahora casi teñida de blanco, y haciendo una mueca de dolor cuando la cámara mostró cómo casi tropezaba con los pantalones holgados de Papá Noel al intentar salir del helicóptero en el aparcamiento de Domingas. Ahora era Papá Noel profesionalmente, y lo sería hasta Nochebuena.

El personal del centro comercial había sido amable, pero a veces le trataban como a un caniche al que hay que acicalar para una foto de revista. La «preparación navideña» era un ritual familiar, como el inventario anual y los simulacros de incendio. Papá Noel era otra tarea más en la lista de cosas por hacer, como preparar su trono de Papá Noel, el árbol y los regalos falsos. Al menos este año solo tenían que ocuparse de un Papá Noel, en lugar de dos.

Lo primero había sido el pelo. Bill le había dado un vale para un centro de belleza del centro comercial, donde Mark había conseguido que le tiñeran el pelo y la barba de «platino dorado», en lugar de «blanco» o «platino», para que llamara menos la atención fuera del trabajo. A continuación: un perchero con ropa navideña en un trastero, donde un soñoliento empleado le había colocado un incómodo cinturón con almohadillas de Papá Noel y el espedido traje rojo y blanco.

Luego: el helicóptero.

«No me dijiste nada sobre un viaje en helicóptero cuando me hablaste de este curro».

Bill puso los ojos en blanco y le dirigió una mirada victimista. Llevaba una ancha corbata naranja con el traje de poliéster, y a Mark le pareció que podría estar promocionando ropa interior milagrosa en un anuncio de teletienda.

«Como mucho, diez minutos en el aire. Tu helicóptero despegaba de Teta ... del Pavilion del Oeste, y luego aterriza en el aparcamiento del Pavilion del Este. Papá Noel sale — es decir, tú — y es recibido por niños, padres y prensa que lo adoran. ¿Qué hay que mencionar?»

Y eso fue lo que ocurrió. El piloto del helicóptero parecía un extra de *Twelve O'Clock High*, con gafas de sol de espejo y chaqueta bomber de cuero. Mark recordaría el rugido de las hélices del helicóptero, la vista desde el aire de la multitud que esperaba abajo en el aparcamiento despejado de Teta del Este, y la surrealista sensación de que los subordinados que estaban abajo le estaban esperando. El helicóptero había aterrizado. Mark había saltado, casi tropezando con los pantalones rojos holgados, cargando con un saco de baratijas navideñas.

«¡Por aquí, Papá Noel! ¡Por aquí, Papá Noel!» «¡Saluda a la cámara, Papá Noel!» Mark se abrió paso a trompicones entre la batería de cámaras de televisión y los flashes, con el gorro blanco de Papá Noel rebotando en su mejilla mientras saludaba y sacaba baratijas de la bolsa para lanzárselas a los dedos regordetes y ansiosos de los niños que chillaban de alegría. «¡Ho! ¡Ho! ¡Ho!», gritaba, intentando sonreír alegremente y preguntándose brevemente si se le habría quedado un resto de marihuana entre los dientes. Se sentía como una estrella en la alfombra roja de los Óscar.

Pero solo durante menos de dos minutos, ya que la multitud y los periodistas desaparecieron cuando entró en el Pabellón Este. Tenía un trabajo y, con él, la oportunidad de encontrar a Greta.

• • •

El autobús 830 tardó veinte minutos en llegar desde una parada cerca de su casa hasta el centro comercial. Mark lo tomó a la mañana siguiente y pronto reconoció y entabló conversación con un joven guardia de seguridad que había ayudado a bloquear a la multitud del helicóptero de Papá Noel el día anterior. El guardia se llamaba Carl.

Carl tenía malas noticias: las salas de reuniones por las que Mark decía sentir una curiosidad ociosa estaban en Teta del Oeste. El trono de Papá Noel estaba en Teta del Este.

«Y es una verdadera caminata entre tetas», dijo Carl. Era delgado, negro y de pelo corto. «Lo hago todos los días. El estanque tiene más de media milla de circunferencia».

Mark preguntó por qué el centro comercial solo tenía un Papá Noel en 1974. Carl saltó una risita y se frotó el pulgar y el índice.

«Porque los minoristas de Teta del Oeste no pagaron». Miró a Mark con aire confidencial. «Por lo que he oído, puede que aún estén negociando. Si Teta del Oeste ve que su negocio baja, soltarán la pasta y tendrán su propio Papá Noel en una semana».

Carl hizo un gesto al acercarse a la parada del autobús del centro comercial, empezó a levantarse y entonces pareció recordar algo.

«¿Alguien te ha hablado ya de las arpías?»

«¿Las arpías?»

«Ten cuidado con ellas», dijo Carl, y le explicó: los propietarios de Domingas habían contratado a dos mujeres para que recorrieran el centro comercial y buscaran cualquier cosa que no estuviera a la altura. Cualquier cosa: una ventana sin limpiar, una barandilla polvorienta, un guardia de seguridad como Carl que no se hubiera planchado los pantalones del uniforme. Las arpías no se relacionaban con el resto del personal, estaban supervisadas y cobraban por separado.

«Su trabajo es ser malas», dijo Carl mientras caminaban hacia la entrada. «Hay una chica negra y una chica blanca. Ambas visten los colores oficiales de la empresa, granate y amarillo. Ten cuidado con ellas. También las verás más a menudo en Teta del Este. Tienen su oficina allí».

• • •

El trono rojo y dorado de Papá Noel estaba sobre una alfombra roja brillante en la planta baja del atrio Teta del Este, rodeado de renos de peluche que llegaban hasta la cintura y cajas envueltas en papel reluciente con enormes lazos. Detrás del trono se alzaba un enorme abeto adornado con bolas y cuentas, que llegaba hasta el segundo nivel del pabellón. La tienda de juguetes más grande del centro comercial estaba cerca; un estante cercano con cupones sorprendibles ofrecía un descuento del cinco por ciento.

Mark se adaptó. La primera hora en el trono fue la más extraña: reírse a carcajadas con el «¡Ho! ¡Ho! ¡Ho!», ayudar a subir a los niños a sus rodillas o saludar a los niños que los padres sentaban sobre ellas, y profundizar su voz hasta alcanzar el tono imaginario de Papá Noel para hacerles preguntas. ¿Se habían portado

bien o mal? ¿Creían que nevaba en el Polo Norte? ¿Qué querían para Navidad?

Una «elfa» dirigía la cola de los que esperaban para ver a Papá Noel y se ofrecía a hacerles fotos instantáneas por dos dólares cada una. Resultó ser una sustituta y le dijo a Mark que en un par de días conocería a la elfa habitual, Cindy. Sin embargo, era una veterana del centro comercial y sabía dónde podía encontrar el horario de la sala de conferencias publicado en Teta del Este: había uno junto al armario del conserje en el almacén, cerca de los baños.

• • •

Horas más tarde, al final de su turno, todavía vestido con su traje de Papá Noel, Mark recorrió con el dedo el horario de la sala de conferencias pegado en la pared del almacén. Toastmasters, Asociación de Podólogos, Club de Inversores ...

Su dedo se detuvo en Saint Catherine's. Mark estudió el horario y reprimió su decepción. La mayoría de las reuniones de Saint Catherine's coincidían con su turno como Papá Noel. No podía pasar por allí, no mientras estuviera destinado en el pabellón este.

La mayoría, pero no todas: Mark vio una excepción, una reunión de Saint Catherine's por la tarde programada para el próximo lunes, su día libre. Podría volver entonces, en dos días, sin el uniforme.

Mark memorizó la hora y el número de la sala de reuniones, se dio la vuelta para marcharse y tuvo su primer encuentro cara a cara con una arpía.

«¿Qué haces aquí?», le preguntó fríamente.

Mark se apartó de la mejilla la parte superior caída de su gorro rojo de Papá Noel, miró la falda granate y la blusa amarilla almidonada de la joven que ahora le miraba con desamor. La «Sra. Bane» (según su etiqueta identificativa) era una mujer de unos treinta años, de tez pálida y nariz chata, con un peinado abultado que parecía haber sido congelado con nitrógeno líquido. Mark ya se la imaginaba en su día libre poniendo multas de aparcamiento y citaciones para jurados.

«Quería ver el horario de la sala de conferencias».

«¿Por qué?»

Mark repitió la misma frase que había utilizado con la joven elfa: que le interesaba hablar en público, sabía que los Toastmasters se reunían en el centro comercial y quería saber cuándo podía ir.

«Sabes perfectamente que podrías haberlo averiguado llamando a Toastmasters», dijo la Sra. Bane con sarcasmo.

«Claro, pero ...», Mark se encogió de hombros. «Ahora trabajo aquí, así que pensé que sería más fácil pasarme por aquí que llamar».

La Sra. Bane se dio la vuelta sin responder y se marchó. Mark copió el horario de Saint Catherine's en el reverso de un folleto.

## CAPÍTULO DIECISIETE

Las salas de reuniones resultaron estar en el extremo más occidental de la última planta del pabellón oeste, a al menos quince minutos a paso rápido del trono de Papá Noel. Había tres salas, una al lado de la otra, con ventanas que daban al pasillo, e iban desde la altura de la cintura hasta el techo.

Una estaba ocupada cuando Mark llegó el lunes, veinte minutos antes del inicio previsto de la reunión de Saint Catherine's a las 11:30. Mark se permitió echar un rápido vistazo a través de las ventanas al pasar y vio a una docena de hombres de negocios escuchando a un orador. Su sala de reuniones y las otras dos eran opulentas y estériles, con largas mesas laminadas de madera, lujosas sillas de cuero sintético y poco más.

Ahora solo le quedaba esperar.

La reunión del grupo empresarial terminó. Hombres de mediana edad vestidos con traje salieron en fila, solos o charlando en grupos de dos, evitando mirar a Mark o echando un vistazo a su camiseta y su barba con una leve hostilidad.

Faltaban diez minutos para el comienzo de Saint Catherine's. Mark apoyó los codos en la barandilla de la pasarela y contempló el tráfico peatonal de Teta del Oeste en el piso del atrio, dos pisos más abajo. ¿Cómo debía actuar para que las mujeres del grupo no se preguntaran por qué estaba allí?

Mark decidió que actuaría como si estuviera esperando a alguien. Esperando con impaciencia.

Llegaron las dos primeras participantes de Saint Catherine: treintañeras, anodinas, indistinguibles del resto de visitantes de Domingas. Una de ellas abrió la puerta de la sala de reuniones; Mark observó cómo giraba el pomo y se dio cuenta de que no necesitaba llave.

Mark comenzó a caminar por la pasarela a una distancia prudencial, mirando de vez en cuando su reloj de pulsera mientras buscaba a un amigo imaginario que llegaba tarde. Se mordió el labio, tratando de parecer ansioso, irritado.

Empezaron a llegar más mujeres: en tríos, solas, en cuartetos, de entre dieciocho y sesenta y cinco años, de todas las razas. Mark evitó mirarlas directamente, fingió maldecir, caminó por el pasillo y echó otro vistazo a la sala de reuniones.

Se acercaba una joven rubia de aspecto alemán.

Mark dejó de caminar, se permitió mirarla abiertamente. Su pulso ya se había acelerado. Intuición; un sexto sentido.

La mujer estaba sola. Tenía la mandíbula cuadrada, un aspecto normal, se había recogido el pelo rubio en un moño modesto y se parecía a la imagen que Mark tenía de una ama de casa bávara que iba a la iglesia. Las líneas robustas de su fuerte mandíbula contrastaban con una expresión de inesperada vulnerabilidad y timidez.

Tenía unas ligeras marcas rojas en el lado derecho de la cara. Podrían haber sido marcas de nacimiento; no estaba lo suficientemente cerca como para adivinarlo con certeza. Podría haberse golpeado con una puerta.

También podían ser marcas que Phillip le había dejado en una pelea, con tiempo para desvanecerse.

La mujer vio que él la miraba fijamente. Ella le miró, directamente a él, durante un segundo entero. No parecía molesta por su mirada. Parecía como si también hubiera percibido algo en su rostro, provocado por la misma intuición.

Luego se fue, desapareció en la sala de reuniones. Mark susurró en silencio dos sílabas:

«Greta».

• • •

Veinte minutos más tarde, luchó por calmar sus pensamientos acelerados mientras tomaba un café en el patio de comidas del Teta del Oeste.

No lo sabía. En primer lugar, ese hecho: no lo sabía. Quería ver a Greta. La mujer se parecía a la imagen que él se había formado de Greta. Tenía las marcas en la cara, y Mark sabía que Phillip había atacado a Greta la noche antes de su última llamada. Pero Greta nunca había hablado de su aspecto ni de su edad. Y él no sabía con certeza si ella había cumplido su promesa de ponerse en contacto con Saint Catherine's.

¿Pero cuándo en su vida había sentido una intuición tan fuerte?

Mark miró su reloj. La reunión de Saint Catherine's terminaría en poco más de una hora.

La seguiría. Intentaría hablar con ella. Quizás en el aparcamiento, lejos de la multitud del centro comercial. ¿Qué había de malo en ello?

Porque si ella era Greta, podría liberarse del peso invisible que había llevado desde que cerró la línea directa. Incluso si ella fruncía los labios con desdén al ver su barba y su camiseta, y no quería tener nada que ver con él. Aun así, él estaría feliz, aliviado, vindicado. Saber que Greta estaba bien, que Phillip no la había matado.

• • •

Cuando la reunión de Saint Catherine's estaba a punto de terminar, Mark se situó en un lugar de la planta baja que le permitía ver dos pisos más arriba, a través del atrio, hasta las puertas de la sala de reuniones. La seguiría cuando terminara la reunión; discretamente, desde abajo, observando su cabeza y sus hombros mientras se acercaba a las escaleras mecánicas. Luego, en la planta baja, podría acercarse a ella y hablarle ... en el aparcamiento, si quería esperar, pero en realidad, en cualquier momento.

Fácil.

12:58. 12:59. 1:00 p. m. Mark miró hacia arriba y fijó la vista en la puerta.

1:01 p. m. 1:02 p. m. Nada.

1:03 p. m. La puerta se abrió.

La primera mujer que salió era tan bajita que Mark solo podía ver la parte superior de su cabeza. Luego salieron otras dos, y después vino la rubia de aspecto alemán. Giró hacia el este, caminando detrás de las otras mujeres, pero claramente sola. Mark observó cómo sus hombros se balanceaban ligeramente bajo su moño mientras se dirigía por la pasarela hacia la escalera mecánica.

Él la siguió. Era fácil. Pero ahora se movía entre los compradores de la planta baja y tenía que mirar por dónde iba. Mark esquivó a un anciano bigotudo con bastón, se coló entre dos adolescentes distraídos, con la mirada fija constantemente en el moño de la rubia que se alejaba y en los obstáculos humanos que tenía delante.

Ella llegó a la escalera mecánica. Mark se detuvo, esperó, observó; se quedó mirando su mano apoyada en la barandilla negra mientras descendía al segundo piso. Ahora tenía que tener mucho cuidado. Supuso que — esperaba, deseaba, daba casi por sentado — que ella continuaría hacia el siguiente ascensor y se reuniría con él en la planta baja. Pero en la segunda planta también podía girar en varias otras direcciones. Podía perderla.

Ella llegó al segundo piso. Mark comenzó a moverse de nuevo.

Un excitado niño de tres años se alejó de repente de su madre y se interpuso en el camino de Mark. Mark frenó bruscamente, casi se cae, tuvo que girar los brazos para mantener el equilibrio y evitar una colisión. La madre se disculpó con una mueca de dolor.

Mark volvió a levantar la vista tan rápido como pudo. Demasiado tarde: la rubia había desaparecido.

• • •

En las salas de reuniones se estaba celebrando otro evento. Mark echó un vistazo por la ventana al regresar y vio a una mujer con traje pantalón hablando detrás de una mesa llena de utensilios de plástico.

La sala que había acogido a Saint Catherine's seguía vacía.

Mark tocó el pomo de la puerta y lo giró.

Abierta.

Mark miró detrás de él. Nadie le estaba observando. Abrió la puerta y entró.

Contra la pared del fondo de la oscura sala había un gran armario con cajones etiquetados. Mark se acercó para leer las palabras. «Profesionales del yeso del norte de California», «Asociación de positivistas», «Minoristas de bebidas de la costa oeste». Un espacio de almacenamiento para cada grupo.

Mark vio el cajón con la etiqueta «Saint Catherine's» e intentó abrirlo. No lo consiguió.

¿Todavía tenía su juego de ganzúas de hobby del instituto?

• • •

Sí que lo tenía.

A las ocho, una hora antes de que cerrara el centro comercial, Mark regresó nervioso y decidido con las herramientas y una linterna bolígrafo.

Era el momento de arriesgarse. Al día siguiente volvería al trono de Papá Noel y durante el resto de la semana no podría quitarse el traje y correr a Teta del Oeste con tiempo suficiente antes del cierre. Domingas le denunciaría si le pillaban forzando el armario, pero ¿qué probabilidades había de que enviaran a los guardias de seguridad a revisar las salas de conferencias que ni siquiera se molestaban en cerrar con llave y que no contenían nada que valiera la pena robar?

La cerradura del armario era insignificante, pan comido. Valía la pena correr el riesgo. Necesitaba el dinero, pero no estaba en Domingas porque hubiera soñado con ser Papá Noel en un centro comercial. Ya había escrito esa tarde en su diario sobre esta última escapada del gran Parker, para animarse.

Las salas de reuniones estaban a oscuras; no había ningún evento en curso. Muy atrás, en la pasarela, un anciano de unos setenta años, encorvado y con el pelo gris peinado, entrecerraba los ojos para mirar el escaparate de una tienda de regalos cerrada. No se veía a nadie más, un lunes, una hora antes de la hora de cierre.

Con la mayor naturalidad y rapidez posible, Mark entró en la oscura sala de conferencias y cerró la puerta tras de sí.

Había mucha luz procedente de la pasarela y el atrio, lo que permitía a Mark ver la cerradura; por desgracia, también había mucha luz para que un transeúnte pudiera verle a él. Ahora era vulnerable; si le pillaban, no podía explicar su presencia diciendo que había olvidado algo, que se había dejado algo; no tan tarde, no mientras estaba de pie en la oscuridad.

Mark encajó la llave de tensión en la parte inferior de la cerradura, giró y luego deslizó el rastrillo Bogotá con muescas. Ya no tenía sentido mirar por encima del hombro; si le veían, estaba perdido. Mark movió rápidamente la delgada herramienta de tres puntas, balanceándola mientras empujaba el rastrillo hacia dentro y hacia fuera.

La cerradura no cedió. Mark sintió una oleada de miedo y sacó su rastrillo Snake para probar con él.

La cerradura giró.

Dentro del cajón había papeles, cuadernos y dos carpetas. Mark sacó toda la pila y luego retrocedió hasta la puerta. Dejó la pila en el suelo y se sentó con las piernas cruzadas a su lado. Ahora estaba relativamente a salvo, con la cabeza por debajo del nivel de la ventana, utilizando solo la linterna del bolígrafo en la oscuridad, y con al menos veinte minutos antes de que los altavoces anunciaran el cierre a las 9:00 p. m. Podía tomarse su tiempo.

Mark encendió la linterna, comenzó a hojear los papeles de la pila.

• • •

Encontró lo que buscaba en una de las carpetas, tras diez minutos hojeando guiones de reuniones, listas de asistencia y sermones. Era blanca, con tres anillas, y contenía más de treinta páginas con perfiles de los miembros: una página por miembro, cada una con una foto sujeta con un clip y, debajo, una tabla con información personal.

La información era limitada. Mark supuso que otras mujeres del grupo tenían preocupaciones de seguridad. Los miembros figuraban como Sara L., Marsha B.; sin apellidos. La mayor parte de la tabla estaba dedicada a respuestas a preguntas de debate cristiano: «¿Cuál es tu pasaje favorito de la Biblia?», «¿Cómo has sentido el Espíritu Santo en tu vida?»

Pero cada perfil también mostraba la fecha de admisión de la miembro en Saint Catherine's.

Mark hojeó rápidamente las páginas, consciente del tiempo, consciente de que tenía que terminar antes de que sonara el altavoz; echando un vistazo a cada foto y luego fijándose en la fecha de admisión. Si Greta había seguido adelante, habría sido admitida antes del Día de Acción de Gracias. Si la carpeta estaba desactualizada, por supuesto, estaría perdido ... pero eso era lo que estaba buscando.

La página del perfil de la mujer con el moño rubio era la penúltima de la carpeta. Quizás acababa de añadirse. Ella sonreía, pero de nuevo parecía vulnerable, tímida. Mark sintió que ella le miraba directamente a él: a través de la lente, a través de la película, como si ella o algo en el universo hubiera sabido de alguna

manera, cuando se tomó la foto, que eventualmente él la vería. Los moretones en su rostro eran más prominentes, parecían más bien moretones dejados por un golpe.

Mark miró la fecha de ingreso.

25 de noviembre de 1974.

Lo cual difería en unos pocos días. Habría ingresado antes si hubiera llamado a Saint Catherine's al día siguiente de su última llamada. O tal vez la «fecha de ingreso» era la fecha en que habían inscrito su nombre en sus registros. Mark contó hacia atrás, recordando que noviembre tenía treinta días. Entonces, el veinticinco había sido un lunes. Un día bastante lógico para tramitar el ingreso.

Ninguna otra página de perfil mostraba una fecha dentro de los seis meses anteriores a noviembre.

Mark buscó el nombre de la rubia. Greta le había dicho que estaba usando un nombre falso. Quizás había elegido un nombre parecido a su nombre real, como él había hecho con Parker, para que fuera más fácil de recordar.

Grace. Ese era el nombre de la rubia. No Greta. Grace C.

Mark apagó la linterna, cerró la carpeta y llevó la pila de documentos al cajón del armario. Temblaba, se sentía mareado por el triunfo y el alivio. Cerró el cajón, comprobó el cerrojo y, mientras cruzaba la oscura sala de conferencias hacia la puerta, volvió a pronunciar en voz alta las sílabas que había dicho al ver a la rubia por primera vez esa mañana.

Pero ahora más alto, porque estaba casi seguro. No tan seguro como le hubiera gustado, pero casi.

«Greta».

## CAPÍTULO DIECIOCHO

Ahora solo necesitaba confirmación. Porque las fechas no coincidían del todo, porque el nombre «Grace» podía ser una coincidencia. Se sentía como un corredor de fondo a media milla de la meta en una maratón. Quería estar cara a cara con ella al menos una vez, preguntarle, escuchar su respuesta. Saberlo.

Si pudiera trabajar en el pabellón oeste. Las salas de conferencias estarían cerca. Probablemente ella pasaría por delante del trono de Teta del Oeste de camino a las reuniones. Si se quedaba en Teta del Este, probablemente nunca volvería a verla.

• • •

A la mañana siguiente, en el autobús, Mark le preguntó a Carl si había oído algo sobre la contratación de un segundo Santa en Teta del Oeste. El guardia de seguridad le miró con compli-

«Esas arpías te están dando la lata, ¿eh?»

«Todavía no».

«Lo harán». Carl movió la mano de un lado a otro, como si estuviera jugando al tenis de mesa. «Negociando. Son grandes negocios, tío. De un lado a otro, de un lado a otro. Podría salir bien o mal».

• • •

Mark finalmente vio a la segunda arpía cuando entró en Teta del Este diez minutos más tarde. Era esbelta, negra, más o menos de su edad, con el uniforme granate y amarillo habitual y el pelo liso hasta la clavícula. Estaba mirando las cajas envueltas en papel brillante colocadas junto al trono de Papá Noel y anotando algo en una libreta. Junto a ella había una adolescente pecosa y de aspecto infeliz con un uniforme de elfa. Tenía que ser Cindy, la elfa habitual.

Mark todavía llevaba ropa de calle y no le sorprendió que ninguna de las dos le mirara. Cuando regresó con su traje de Papá Noel, Cindy parecía irritada.

«Es una completa y total idiota», dijo Cindy.

«¿Quién?»

Cindy le miró con los ojos muy abiertos, incrédula. Llevaba sombra de ojos verde brillante y pintalabios verde a juego con su uniforme de elfa.

«Señora Runsen. ¿Quién más? ¡Pues claro!»

La Sra. Runsen, la segunda arpía, acababa de advertir a Cindy que no había desempolvado ni limpiado adecuadamente las cajas envueltas con lazos que había junto al trono de Papá Noel.

«Eso es cosa del personal de limpieza. ¿De acuerdo? Yo estoy aquí para vender fotos. Qué maniática. La Sra. Runsen necesita, como, un enema de emergencia. En una ambulancia».

Mark se sentó en el trono de Papá Noel y ahuecó el cinturón de almohadas que llevaba debajo de la chaqueta roja. Su primer cliente no tardó en llegar, un niño rubio de seis años que llevaba una lista escrita a mano y manchada de mermelada. Su madre estaba a su lado, sonriendo orgullosa mientras el niño leía laboriosamente la lista en voz alta. Mark solo tuvo que ayudarle con dos palabras.

Para entonces, habían llegado otros niños. Cindy los puso hábilmente en fila junto al reno de peluche, promocionando las fotos de dos dólares a sus padres y deteniéndose cuando era necesario para tomar una foto de un niño sentado en las rodillas de Papá Noel. A Mark pronto le recordó vagamente a Toby, ya que se refería en privado a los clientes como «idiotas» y «subnormales», mientras que en público hacía bien su trabajo. Era mucho mejor fotógrafa que la sustituta y tenía un don para hacer sonreír a los niños.

Mark ya se sentía como un veterano. Su «¡Ho! ¡Ho! ¡Ho!» era mejor. Había desarrollado una técnica para esquivar hábilmente los dedos pegajosos y manchados de caramelo cuando los niños querían tocarle o tirarle de la barba. Para entonces, se había dado cuenta de que los niños creían en él, ya fuera como el único y auténtico Papá Noel o como un ayudante VIP de Papá Noel. La mayoría miraba tímidamente hacia otro lado cuando se sentaban en su regazo y recitaban sus listas de «me pido, me pido» como si estuvieran deletreando palabras en un concurso de ortografía. Más tarde, por la mañana, un niño mayor y malintencionado pasó por allí gritando «Santa es falll-so, Santa es falll-so». Los padres

le miraron con irritación, pero los niños parecían poco afectados. Su fe seguía siendo inquebrantable.

Rhaytana había escrito sobre los niños. Decía que cada niño ocultaba un futuro adulto camuflado bajo una apariencia adorable, que a los cinco años el joven Adolf Hitler probablemente había sido tan adorable como Mahatma Gandhi. Mark lo intentó, pero no pudo ver a los futuros adultos en los niños que se sentaban en su rodilla. Se preguntó cómo habría sido él a los cinco años, si alguna vez se habría sentado en la rodilla del Papá Noel en Navidad.

A última hora de la mañana, tuvieron un descanso inesperado cuando un padre orgulloso insistió en sentar a un recio niño de tres años en las rodillas de Mark. Otros niños que no querían hacerlo habían llorado, pero este gritó tan fuerte que ahuyentó a los demás que estaban en la fila.

Cindy aprovechó el momento para acercarse y charlar. Quería enseñarle a Mark una foto que había hecho con la cámara de Papá Noel del Chevelle de su novio.

«Es un SS 454», dijo Cindy. «¿Ves la parrilla? Es tan guay».

Mark le preguntó si había oído algo sobre un posible segundo Papá Noel en Teta del Oeste. Cindy puso los ojos en blanco.

«Dios, quiero ir si lo hacen. Alejarme de las arpías. Son unas auténticas gruñonas».

• • •

Bill llegó inesperadamente al mediodía del día siguiente, todo sonrisas, acompañado de un latino de unos treinta años que llevaba una cámara profesional. Cindy parecía intimidada.

«Este año nuestro Papá Noel tiene barba de verdad», dijo Bill con orgullo. «¿Cuánto tiempo dijiste que tardó en crecerle, Mark?»

«Más de seis meses».

«Sin duda la dejaste crecer porque sabías que algún día serías Papá Noel en Domingas». Le guiñó un ojo y le hizo un gesto expansivo al fotógrafo. «Y ahora estás a punto de recibir una merecida atención por parte de la prensa. Esto va a salir en la sección *Life & Town*, ¿verdad, Dave?»

El fotógrafo asintió con la cabeza. Le pidió a Mark que se peinara la barba y luego despertó el interés de Cindy ajustando las luces que iluminaban el trono. Tomó fotos desde diferentes ángulos, algunas mientras estaba arrodillado y otras mientras sostenía la cámara en vertical. Luego hizo un gesto de aprobación a Bill y se marchó.

Bill le vio alejarse y luego se volvió hacia Mark con una expresión burlona.

«Jovencito, ¿quieres hacer una teta nueva de su trabajo aquí?» Mark parpadeó desconcertado.

«¿Qué he hecho?»

«A un nuevo pecho limpio de nuestro *centro comercial*». Bill parecía impaciente. «A Teta del Oeste».

«¿Se abre?!?», chilló Cindy. Bill levantó una mano para detenerla y esperó la reacción de Mark. Mark intentó mantener una expresión impasible.

«El mismo horario, el mismo sueldo», dijo Bill, «pero irás al trono de Santa en Teta del Oeste en lugar de aquí». Bill se encogió de hombros. «O puedes quedarte aquí. Tú decides».

«¿Puedo ir?», gritó Cindy.

Mark sintió que se le aceleraba el pulso y se dijo a sí mismo que debía parecer tranquilo.

«Claro», dijo. «¿Por qué no? Un cambio de aires. Iré».

Bill asintió. «El miércoles 18 será tu fecha de inicio. Los minoristas de Teta del Oeste solo quieren pagar una semana de Papá Noel».

«¿Puedo ir con él?»

«Ya veremos», dijo Bill, mirando a Cindy con escepticismo. Se marchó.

Cindy agarró a Mark del brazo y empezó a pedirle ayuda para convencer a Bill. Las arpias eran tan vomitivas que incluso verlas un diez por ciento menos sería un alivio. La patrullera Spazz, la Sra. Runsen, solo le había puesto dos amonestaciones, lo cual *no* era suficiente para mantenerla encadenada a Teta del Este para que las arpias pudieran olerle el culo todo el día. Mark *tenía* que convencer a Bill o subiría al segundo piso a coger un enorme cuchillo de deshuesar de la barbacoa de Wally's y se haría el harakiri y se desangraría en el trono de Santa.

Mark apenas la oyó. Se sentía triunfante, empoderado. Saint Catherine's tenía reuniones la semana siguiente. Desde una base en Teta del Oeste tendría al menos tres oportunidades claras de ver a Grace/Greta. Probablemente pasaría justo por delante de su trono de Papá Noel de camino a las salas de conferencias.

Hablaría con ella. Quizá no fuera Greta, pero lo averiguaría, se lo diría ella cara a cara. Estaba escrito. Era el destino. No podía fallar.

• • •

Durante sus dos primeros días en el centro comercial, se obligó a ir sin consumir, sin fumar nada por la mañana. Nunca notó el olor a marihuana en la ropa, el aliento o el pelo de nadie, pero sabía que otras personas sí lo hacían. No podía correr el riesgo.

Pero se sentía demasiado inquieto, nervioso y extraño cuando no fumaba. Como si su piel ya no encajara en su cuerpo. Así que el tercer día, después de haber tenido problemas para dormir y haberse despertado dos horas antes, pensó: ¿qué más da?, y por impulso se fumó un porro en su habitación. Desnudo, para que el olor no se impregnara en su ropa. Luego se duchó, se lavó el pelo, se lavó la barba, comió una manzana, se cepilló los dientes, se enjuagó la boca con colutorio y, gracias a la marihuana, se sintió mucho mejor durante todo el día. Como si hubiera tomado su medicina, como si su piel volviera a encajar en su cuerpo.

Nadie se había dado cuenta, nadie había dicho nada. Ni siquiera Cindy, que estaba a su lado todo el día. (Aunque Cindy decía que tenía problemas de sinusitis). Las arpias no molestaban a Mark. Cindy se quejaba de ellas, pero eso era porque querían que ordenara las cajas de regalos, la estatua de renos y otras cosas que había alrededor del trono. Una vez, la Sra. Bane le había lanzado una mirada de reprobación a Mark desde la distancia y se había dado un golpecito en el pecho. Mark había comprendido que quería que se enderezara el abrigo de Papá Noel. Esa había sido la única advertencia que le habían hecho.

Así que al día siguiente, después de fumar, se dio una ducha más corta, se saltó la manzana y el enjuague bucal antes de cepillarse los dientes, y volvió a sentirse mejor: cuerdo, completo,

## *Capítulo dieciocho*

como él mismo, como si hubiera tomado su medicina; la gente había fumado marihuana durante miles de años, este era un punto en el que no estaba muy de acuerdo con Rhaytana, y nadie se dio cuenta. Mark sabía que podría haber buscado una receta de brownies de marihuana, que habría sido lo más seguro, pero era un desastre en la cocina, solo había intentado hacer brownies de marihuana una vez y habían sido un fracaso total. No era necesario. Estaba siendo cauteloso por nada. La gente miraba a Santa. No le olían.

¿O sí?

## CAPÍTULO DIECINUEVE

El viernes se despertó tarde. Sonó la alarma, pero pulsó el botón de repetición y tal vez lo pulsó dos veces sin darse cuenta, y en cualquier caso, cuando se levantó de la cama, tenía casi media hora menos de lo habitual para prepararse para ir al trabajo.

Lo más inteligente habría sido saltarse el cuenco matinal. Pero era viernes 13 y (aunque no se consideraba supersticioso) le daba mala espina y no se veía sin consumir y sintiéndose raro por ser viernes 13 todo el día en Domingas.

Así que se fumó su pipa matinal y se sintió mejor, pero en cuanto salió de su habitación oyó la ducha abierta y allí, en el pasillo, estaba su segundo compañero de piso con una toalla alrededor de la cintura. Mark enseguida se sintió mal, a pesar de la marihuana, el pánico y el miedo superaron cualquier embriaguez que había sacado del cuenco, arruinándola. Casi nunca se levantaban tan temprano. No tenía tiempo para esperar a que el primer compañero terminara, y mucho menos al segundo. Estaba jodido.

En la cocina se cepilló los dientes y pensó en lavarse el pelo, pero el fregadero y la encimera estaban llenos de platos sucios, no había espacio ni tiempo para hacer sitio y habría tenido que lavarse la barba con detergente. Mark improvisó, encontró un frasco de aceite de pachulí en su cómoda, se lo guardó en el bolsillo y corrió para coger el autobús 830. En la parada se frotó el aceite en la barba y el pelo y, cuando llegó el autobús, abrió la ventana y puso la mano en el vano a pesar del frío para dirigir el aire hacia su barba.

Quizá no sería tan malo, pensó, quizá se iría de rositas, pero sabía, incluso mientras se daba estas seguridades, que no las creía, que estaba corriendo un gran, gran riesgo y ¿qué día era? Viernes 13. Tenía que ser, simplemente tenía que ser, viernes 13.

Cindy ya estaba en la zona del trono, enderezando el lazo brillante de uno de los regalos. Mark esbozó una gran sonrisa falsa y se sintió aliviado cuando ella se lanzó a una típica diatriba de las suyas sobre un padre repugnante que había dejado que su hijo asqueroso pegara chicle en uno de los renos. Ella no olió la marihuana. Pero él notó que también estaba resfriada. Quizá sus

senos nasales estaban peor de lo habitual. Quizá no podía oler nada.

Mark se sentó en el trono, se ajustó la almohada de Papá Noel, cerró los ojos y, de forma deliberada y consciente, cruzó los dedos. Esperanza; podía tener esperanza.

En las dos horas siguientes solo tuvo un momento claramente malo. «¡Hueles RARO, Santa!», gritó un niño pequeño, y puso una mueca mientras se tapaba la nariz. Pero la madre del niño se rió con naturalidad, sin problemas, y Mark rápidamente esquivó el comentario, diciendo que los renos habían volado con el trineo hasta una selva por error. No pasó nada. Pero hubo otros dos momentos preocupantes, casi idénticos: dos madres le lanzaron miradas extrañamente hostiles cuando se acercaron para sentar a sus hijos en el regazo de Santa. Quizá no significaban nada, pensó Mark. Quizá las mujeres eran así, o estaban irritadas por otra cosa. Y el turno de trabajo ya estaba en marcha. Quizá, solo quizá ...

• • •

A la 1:30, la Sra. Runsen se acercó para decirle algo a Cindy sobre el dispensador de cupones de descuento.

Cindy gimió y puso los ojos en blanco, pero la Sra. Runsen no mostró ninguna reacción y continuó como si Cindy le hubiera sonreído. Era mucho más distante y profesional que la abiertamente maliciosa Sra. Bane. Podría haber sido jueza en una exposición canina, recitando con naturalidad las razones para restar puntos.

¿Cómo una mujer negra se había convertido en una arpía? La comunidad era casi totalmente blanca. Solo recordaba a una docena de niños negros en el instituto. No creía que los lugareños fueran racistas; apenas tenían a nadie hacia quien sentir racismo.

Una niña de seis años sentada en las rodillas de Mark le aseguraba que había sido buena todo el año.

Cuando la niña se deslizó, Mark se dio cuenta de que la Sra. Runsen le estaba mirando.

No la mires, se ordenó Mark; no la mires. Cindy seguía al lado de la Sra. Runsen, así que Mark se encargó de dirigir la fila e hizo un gesto a la madre que acompañaba al siguiente niño. Se

trataba de un niño mayor y fornido que estaba a punto de dejar de creer en Papá Noel. Parecía un poco avergonzado, pero aún así recitó su lista de «me pido, me pido». Mark le sonrió, mantuvo la mirada fija en la cara del niño y esperó que la Sra. Runsen ya no estuviera a la vista cuando el niño terminara.

Pero sí estaba. De hecho, se había acercado mucho más de lo que jamás se había acercado al trono. Se quedó a un lado, sin interferir en la fila ni bloquear la vista de los compradores a Papá Noel, inspeccionando una de las cajas envueltas con papel brillante que había cerca del trono.

O fingiendo inspeccionarla, para tener una excusa para acercarse más a él.

El siguiente niño era un pelirrojo asombrosamente pecoso que había traído una lista de regalos numerada. Mark invitó al niño a sentarse en su regazo y se rió a carcajadas con su ya experto «¡Ho! ¡Ho! ¡Ho!» Sintió náuseas.

La Sra. Runsen permaneció junto a las cajas. Ahora estaba demasiado cerca como para no darse cuenta. Le estaba observando.

El niño terminó.

Antes de que Mark pudiera hacer un gesto con la cabeza al siguiente niño, la Sra. Runsen se colocó delante de él e indicó a la fila que esperara. Mark sonrió a los niños y se encogió de hombros teatralmente, como si quisiera decir que Papá Noel tampoco sabía lo que estaba pasando.

La Sra. Runsen estaba ahora justo delante de él, a menos de dos pies de distancia. Mark la miró a los ojos. Ella le miró con frialdad.

• • •

«Sabes, mi culo también está en un aprieto por esto», dijo Bill horas más tarde. «Yo fui quien te contrató».

Se balanceó en la silla giratoria detrás de su escritorio y miró a Mark con irritación. Mark hizo una mueca, pero no dijo nada. Llevaba ropa de calle.

«¿No significa nada para ti la palabra “mantener”, capullo? Tú te colocas en casa. Yo me coloco en casa. No te fumas un porro justo antes de tu turno como Papá Noel en el centro comercial y

luego intentas disimularlo con ... ¿y qué mierda te echaste en la barba, por cierto?»

Mark sacó el frasco de aceite de pachulí y lo deslizó por el escritorio. Bill lo cogió y lo agitó con disgusto ante Mark.

«Como si esto fuera a engañar a alguien. Estabas completamente loco al pensar que podrías salirte con la tuya. Y ahora tengo que explicar por qué te recomendé».

«Está bien», dijo Mark. Frunció el ceño, avergonzado, mirando la superficie del escritorio. «La cagué. Lo siento».

Bill se recostó en la silla y miró con mal humor el calendario de pared decorado con notas adhesivas. Permanecieron en silencio durante casi medio minuto.

«La única razón por la que no estás fuera ahora mismo es por esa foto de *Life & Town*». Bill sacudió la cabeza mirando el calendario, como si aún no pudiera creer la imprudencia de Mark. «Tuve que discutir durante una hora entera: Mark está en los medios de comunicación, no le conviene al centro comercial deshacerse de él ahora, aunque Mark sea un completo idiota». Le lanzó otra mirada irritada. «Una hora entera. Y hoy tengo otras cosas que hacer».

«Lo siento».

«¿Prometerás ... prometes, he dicho ... que no consumirás marihuana por la mañana antes de venir a trabajar aquí? ¿Lo prometes?»

«Sí». Mark asintió con la cabeza y luego miró a Bill suplicante. «Mira, sé que la he cagado, pero dentro de cinco días estaré en Teta del Oeste ...».

«¿Teta del Oeste?» Bill lo miró con incredulidad. «¿Teta del Oeste? ¿Hablas en serio? No vas a ir a Teta del Oeste ahora».

Mark le miró, sin palabras.

«¿De verdad crees, crees seriamente, que la Sra. Runsen te va a dejar trasladarte a un pabellón más *alejado* de la oficina de las arpias, donde te verá *menos*, después de lo de hoy? ¿En serio? Vas a tener a las arpias pegadas a ti como moscas a la mierda hasta Navidad».

La expresión de Mark debió de transmitir su horror. Bill levantó las manos y le miró brevemente con simpatía.

«Tío, ellas no trabajan para mí. Es la cadena de mando corporativa. Los jefes de las arpias están por encima de mí. Si la Sra. Runsen dice que te quedes donde estás, te quedas donde estás».

• • •

Así que estaba jodido, pensó Mark al salir de la oficina. Quería renunciar, aunque necesitaba el dinero, pero sabía que aún tenía una mínima posibilidad de encontrarse con Grace/Greta si se quedaba. Si renunciaba, no tendría ninguna.

Bill no había dicho nada sobre una queja de los padres. Por lo que él sabía, la Sra. Runsen le había pillado personalmente, sin ayuda de nadie, solo para ser una zorra corporativa santurrona. No podía dejar las cosas como estaban, no podía mantener su nariz fuera de ello. Y ahora se había ido al carajo toda la razón por la que le habían contratado como Papá Noel ...

Mark vio que el objeto de su odio se dirigía directamente hacia él. De camino a la oficina de Bill, supuso Mark, probablemente para finalizar el papeleo de «nuestro Papá Noel se portó mal». Le habían descontado el sueldo del día.

«¡Muchas gracias!», dijo Mark, cuando estaba a punto de pasar.

La Sra. Runsen le miró con naturalidad, como si fuera un perro pastor al que acababa de echar de la exposición canina. Mark vio unos grandes ojos marrones, una nariz ancha y pequeña, unos labios africanos carnosos, una piel de color marrón medio, y admitió con tristeza que no podía considerar a la Sra. Runsen tan fea, medusa o bruja como quisiera.

«De nada», dijo ella.

## CAPÍTULO VEINTE

A partir de entonces, la Sra. Runsen visitaba el trono de Papá Noel al menos cada tres horas. No hacía ningún esfuerzo por ocultar su propósito, estaba allí para ver si Mark parecía drogado u olía a marihuana. Se acercaba al trono, e inspeccionaba el traje blanco y rojo de Papá Noel mientras inhalaba. Mark podía ver sus fosas nasales abiertas y sus pechos elevarse bajo la blusa amarilla. Si llegaba cuando él tenía a un niño en sus rodillas, podía sonreír alegremente y hacer una broma diplomática a la madre. («¡Soy una de las ayudantes de Papá Noel!»). Si llegaba cuando Mark estaba solo, le miraba con frialdad, con una expresión distante y vacía, como si tuviera que completar una revisión del perro pastor expulsado.

• • •

«Esto es totalmente culpa tuya», le dijo Cindy con amargura a Mark, durante un momento de calma en el turno.

Mark hizo una mueca y apartó la mirada.

«Cada vez que viene, tiene que revisarlo todo». La elfa frunció el ceño para imitar a la Sra. Runsen. «Cindy, las astas del reno parecen caídas». «Cindy, los carámbanos están tocando las lágrimas». ¡Estoy segura! Oh, qué asco. Lo único que le importa es si apestas».

Miró a Mark sin simpatía. «Tienes que conseguir que Bill me traslade al nuevo Santa en Teta del Oeste. El día que abra. Me está volviendo loca».

• • •

Mark había cumplido su promesa a Bill y ahora solo fumaba después de su turno en Domingas. Llegó limpio, como los dos primeros días en el centro comercial, y se mantuvo así todo el día. La Sra. Runsen no tuvo nada que oler.

Lo odiaba; se sentía inquieto, nervioso, tenso; lidiaba con oleadas de irritación o ansiedad que estaba seguro de que no habría sentido si hubiera tomado la medicación adecuada. Una parte de él sabía que los síntomas estaban en parte en su cabeza,

que se sentía aterrado ante la perspectiva de tantos días consecutivos de contención, pero eso no le hacía sentir mejor.

Pensaba que la Sra. Runsen estaba más fea cada vez que la veía. Su andar remilgado, con sus zapatos negros brillantes y aburridos; el contraste de color, ahora monótono e inmutable, de su piel sepia con el uniforme granate y amarillo y la omnipresente carpeta con clip, que le recordaba a las manchas indeterminadas que podía ver flotando en un guiso repugnante; su cabello alisado (o lo que fuera que hicieran los negros para alisarse el pelo; Mark no tenía ni idea); y, sobre todo, sus modales mojigatas, santurronas y sensibleras. Se imaginaba a la Sra. Runsen saludando a la bandera cada vez que tenía un pensamiento impuro, o tal vez denunciándose a sí misma a la policía. Meterse con Mark debía de ser lo más destacado de su día.

. . .

Al principio, Mark soportaba las visitas en silencio, ignorando a la Sra. Runsen si estaba ocupado con un niño o mirando fijamente al vacío si se acercaba cuando estaba solo.

Entonces, una mañana, ella le pilló de un humor inusualmente malo.

«Oiga, ¿por qué no se compra un perro rastreador?», le dijo Mark, mientras ella se inclinaba sobre él. «¿No sería más fácil?»

La Sra. Runsen se enderezó y le miró. Parecía ligeramente sorprendida de que él hubiera hablado.

«Puedes hacer que el perro venga aquí, olfatee mi barba y ladre si huelo a marihuana. Así no tendrás que recorrer todo el centro comercial con esos zapatos tan incómodos».

La Sra. Runsen le estudió antes de responder. Se quedó de pie con las manos cruzadas sobre la carpeta que llevaba en la cintura, mirándole con su habitual expresión fría y controlada, en la que los cambios de estado de ánimo solo parecían registrarse como ligeros indicios. Pero esos indicios podían interpretarse. Mark se sintió sorprendido: ella parecía detestarle al menos tanto como él la detestaba a ella.

«Los perros policía son caros», dijo ella. «Es más barato que yo te vigile. Además, podría morderte. Podría pensar que te lo mereces».

• • •

Bill consiguió colar un breve anuncio en la prensa local sobre el segundo Papá Noel en Teta del Oeste. Mark nunca vio a su compañero en persona, no se acercó a él más que en la pequeña foto del periódico.

La transferencia de Cindy se llevó a cabo, liberándola de la Sra. Runsen. Mark volvió a formar pareja con Martha, la elfa anodina con la que había trabajado en su primer día. Martha seguía haciendo fotos pésimas y evitaba discretamente charlar en privado con Mark cuando no había niños en la cola. Probablemente había oído los rumores sobre él que corrían por Domingas.

Mark seguía esperando que algún día levantara la vista y viera a Grace/Greta pasando por delante del trono. Quizá necesitara algo de una de las tiendas de Teta del Este o le apeteciera explorar después de dar un paseo por Coopers Pond. No era imposible.

Pero tampoco era probable. Básicamente, había perdido; estaba jodido. Por culpa del viernes 13 y a causa de la Sra. Runsen. Al menos el sueldo era bueno.

• • •

«¿Me ha delatado alguno de los padres?»

Mark hizo la pregunta de forma abrupta, sin pensar, mientras la Sra. Runsen se inclinaba una vez más para realizar la inspección de la tarde. Un segundo después se preguntó por qué. No obtendría una respuesta sincera.

La Sra. Runsen se enderezó y le miró con su habitual frialdad y hostilidad.

«Perdón por mi curiosidad, pero es que lo estoy. ¿Alguno de los padres te ha dicho algo o simplemente te pareció que estaba drogado mientras hablaba con Cindy?»

«¿Crees que te lo diría?»

Mark frunció los labios con exasperación y apartó la mirada. La Sra. Runsen anotó algo en su bloc.

«Si un padre me lo hubiera dicho», dijo mientras escribía, «podría ponerle en peligro al decírtelo. Podrías adivinar a qué padre me refero». Dejó de escribir y esbozó una sonrisa hostil y

blanca como el marfil. «Así que estoy encantada de llevarme todo el mérito, Santa. Te delaté yo misma».

• • •

El desagrado de Mark hacia la Sra. Runsen crecía sin cesar. Sabía que la culpa de que su plan con Grace/Greta hubiera fracasado era suya, pero le resultaba más cómodo canalizar su resentimiento hacia la arpía negra que había conseguido volverse tan rígida, remilgada y estirada mucho antes de cumplir los veinticinco años. ¿Qué tipo de niña había sido en sus años de sentarse en las rodillas de Papá Noel? Mark imaginó a una insufrible favorita del profesor, que chivaba con entusiasmo a los compañeros de clase que traían dulces de contrabando o copiaban los deberes.

¿Había algo que pudiera decir para vengarse de ella, para lanzarle un dardo?

Quizá si le daba la vuelta a la tortilla.

«Deberías tener más cuidado con el pintalabios, Señora Runsen», dijo Mark en tono solícito, como si intentara ser útil. Señaló su labio inferior. «Tienes una mancha justo aquí. ¿Crees que debería decírselo a Bill?»

La Sra. Runsen respondió que debía dirigir cualquier queja a su colega, la Sra. Bane, ya que Bill no era su supervisor. Lo dijo con calma, pero Mark también notó que estaba aún más quisquillosa de lo habitual con su uniforme de Papá Noel, y supuso que había conseguido irritarla. ¡Un resquicio!, pensó, pero casi inmediatamente decidió no molestarla de esa manera. No le gustaba ser cruel. Ella era su cruz. Se lo había buscado, así que la toleraría.

• • •

Irónicamente, fue después de perder el interés en provocarla cuando accidentalmente lo consiguió.

Mark solo había preguntado por qué no había recibido la visita de la Sra. Bane.

«Sois dos, ¿no? ¿Señora Bane nunca tiene ganas de venir aquí a olfatear un poco? Solo por variar. Puede que le guste el olor».

«Decidimos que sería más difícil engañarme».

«¿Más difícil engañarte cómo?»

La Sra. Runsen dudó notablemente antes de responder. Parecía arrepentirse de haber hablado tanto.

«Alguien cercano a mí tenía un problema con las drogas», dijo finalmente. «Conozco el olor de la marihuana».

Mark sonrió. «Tu padre era traficante, ¿eh? Quizá si me das su número de teléfono, pueda conseguir algo de buena hierba para Navidad».

Lo dijo en tono ligero, sin malicia, esperando que ella esbozara una leve sonrisa y se lo tomara como una broma. Pero tan pronto como las palabras salieron de su boca, supo que la habían afectado. La Sra. Runsen frunció los labios y cerró los ojos durante cinco largos segundos. Intentaba controlarse. Cuando los abrió, él vio que no lo había conseguido. La arpía estaba furiosa.

«Así que esa es tu pequeña broma del día», dijo ella. «Qué gracioso».

Mark la observó, sin responder, preguntándose qué parte del comentario podría haberla molestado tanto. La Sra. Runsen siguió mirándole con ira, con la mandíbula apretada. Aferró el portapapeles contra su blusa y comenzó a alejarse, pero luego se detuvo y se volvió hacia él. Como si se estuviera diciendo a sí misma que debía dejarlo, pero no pudiera, porque estaba tan enojada.

«Mark, ¿qué opinas de la gente de este centro comercial?» preguntó.

«¿Qué pienso de ...?» Mark se encogió de hombros. «Clientes. La gente. Los compradores».

«Son nuestros vecinos». La Sra. Runsen miró alrededor del atrio, a los anónimos clientes que caminaban o se apresuraban de tienda en tienda. «Todas estas pequeñas vidas de las que nunca sabremos nada. Mamá y papá con sus problemas familiares, tal vez apenas logrando pagar la hipoteca, sin poder soportar el estrés de ser padres, pero ¿sabes qué? Aún así encuentran tiempo para venir aquí y dejar que sus hijos visiten a Santa, porque eso es lo que sus padres hicieron por ellos y lo que hicieron sus abuelos, y sus hijos aún son lo suficientemente pequeños como para creer que alguien como tú podría ser Papá Noel».

«Alguien como tú». Mark se incorporó, empezó a responder, pero se detuvo. ¿Qué había *dicho*? La Sra. Runsen estaba furiosa.

«¿Pero sabes qué? La semana pasada, algunos de ellos no tuvieron una visita muy agradable, porque el Papá Noel no se molestó en venir a trabajar sin consumir. Y tal vez a los niños no les importó, pero algunas de las mamás y los papás reconocieron el olor, se preocuparon y se preguntaron si debían quedarse aquí y en sus casas con esas grandes hipotecas, porque ¿qué tipo de barrio contrataría a un Papá Noel de centro comercial que apesta a marihuana? Y entonces se fueron con una cosa más de la que preocuparse, además de sus matrimonios, sus hipotecas y sus hijos».

La Sra. Runsen se inclinó hacia él, con la cara a la altura de la suya, a solo un pie de distancia. Mark se quedó atónito; ella le aborrecía.

«¿Y sabes una cosa? No creo que deba ser comprensiva, Mark. En realidad, no. No creo que hayas venido aquí apestando a marihuana porque seas descuidado, o porque tengas un problema con las drogas, aunque lo tienes, o una baja autoestima. Creo que lo has hecho porque eres un niño despreciable y egocéntrico al que no le importa tener un sentido de responsabilidad por las familias de su propio pueblo».

• • •

Bill hinchó las mejillas y exhaló lentamente, con cansancio. Se recostó en la silla giratoria de su oficina y miró a Mark al otro lado del escritorio con evidente diversión.

«¿Quieres que la sancione por llamarte despreciable?»

Mark asintió desafiante.

«¿Hablas en serio?»

«Sí. Es como un epíteto. “Un niño despreciable y egocéntrico”. Eso es lo que dijo. Ella presentó una queja contra mí, yo quiero presentar una contra ella».

Bill resopló y miró a su alrededor, como si buscara a alguien que apreciara la broma. «Papá Noel viene a trabajar colocado. Papá Noel es descubierto por la arpía. Y entonces Papá Noel quiere presentar una queja formal porque la arpía le considera despreciable. Te lo digo, tío, algunos de los altos mandos se van a partir de risa con esto. Puede que recibas una visita del director general. Debería enviar esto a *National Lampoon*».

Mark se mantuvo firme. «Dijiste que podía presentar una queja. Quiero presentarla. Ella me hizo esto, yo le haré lo mismo».

Bill se encogió de hombros, sacó una pila de formularios rosas de su escritorio y empezó a escribir.

• • •

A la mañana siguiente, Mark tenía a una tímida niña de cinco años sentada en sus rodillas cuando la Sra. Runsen se acercó por primera vez al trono. Él la miró y supo inmediatamente que ella se había enterado de la queja. Ella parecía a la defensiva.

La Sra. Runsen no le habló ni le miró. Sus pechos se elevaron cuando se acercó y aspiró por la nariz. Una arpia haciendo el trabajo de un perro, pensó Mark; ¿qué haría si tuviera problemas de sinusitis, como Cindy?

«De nada», dijo Mark enfáticamente, por encima de la cabeza de la niña. La Sra. Runsen se alejó.

• • •

La víspera de Navidad fue su último día en el centro comercial. La última reunión de Saint Catherine's había sido el viernes anterior. La organización ya no figuraba oficialmente en la lista de clientes de Domingas; se marchaba a Los Ángeles y no volvería.

Se sentía fatal. La charla de la Sra. Runsen le había molestado mucho. ¿Cómo iba a saber un niño de preescolar que había fumado marihuana antes de ir al trabajo? «¡Hueles RARO, Santa!» Eso fue lo que le había dicho el niño. ¿Y qué? ¿Era tan grave que un par de padres reconocieran el olor? ¿Qué esperaban exactamente de un Papá Noel de centro comercial?

Pero todo el asunto le molestaba. Y no debería haberla chivado. Se arrepintió casi nada más salir de la oficina de Bill, pero ¿de verdad tenía que disculparse con alguien que le había delatado, que era una santurróna imposible y que le había insultado? ¿En serio? ¿No le habría denunciado a *él* por insultarla? En dos segundos.

Pero se sentía mal.

Al menos ahora podía estar casi seguro de que Greta estaba bien. Mark intentó recordárselo a sí mismo para animarse: el momento en que Grace/Greta había cruzado su mirada con la suya, el nombre parecido al de Greta y la fecha de ingreso en la página de perfil. Y la paga había sido buena. Se iría con la cartera llena. Así que el centro comercial no había sido un fracaso total, aunque lo pareciera.

A las cuatro de la tarde de la víspera de Navidad, Mark miró al niño que tenía sentado en sus rodillas y le dijo solemnemente que era hora de que Papá Noel se marchara al Polo Norte. El salón de belleza del centro comercial estaba abierto hasta las cinco; Bill le había dado otro vale, para que pudiera teñirse el pelo de un tono cercano a su color natural. La estilista le presentó a un colega risueño como «nuestro Papá Noel drogado» y, mientras le peinaba, le preguntó si sabía dónde podía conseguir buen hachís. Mark lo sabía, pero fingió ignorancia; ella no parecía muy discreta.

Una hora más tarde, cogió el 830, y su vida como Papá Noel llegó a su fin.



# PARTE III



## CAPÍTULO VEINTIUNO

3/11

Paul, por favor:

No dije ni insinué que te gustaría trabajar con Craig Spiegel. Pocos lo han hecho o lo hacen. Simplemente escribí que este trabajo sería la mejor solución práctica y responsable para lo que, diplomáticamente, llamaré tus problemas de liquidez. Quienes aguantan a Craig Spiegel durante seis días pueden esperar un sueldo fiable el séptimo.

Por cierto: supongo que la carta que me enviaste a mediados de octubre, en la que injustamente me culpas de tus desgracias con Spiegel, fue la última que me mandaste. ¿Sí? ¿No? Llegó después de que me marchara de Tucson, pero mi casera de allí tuvo la amabilidad de leérmela por teléfono.

Mi nueva dirección figura a continuación. Es posible que me quede aquí por un tiempo.

CONTINÚA 11/4

Sí, ¡Albuquerque, Nuevo México! Ahí es donde estoy. Trabajamos aquí tres veces, creo, siempre en el Civic. ¿Te acuerdas de Hendrix, Steppenwolf, Three Dog Night? ¿Los problemas acústicos del Civic? ¿Las desgracias de Carlos al intentar acomodarlos?

La dirección pertenece a una unidad anexa al patio trasero de una casa rural al norte del centro de la ciudad. Sigo sin empleo

## Capítulo veintiuno

por ahora, y dedico mi tiempo a dar largos paseos, asistir a las reuniones de Alcohólicos Anónimos y disfrutar de la compañía de Zeke, mi apadrinado en AA.

Zeke es la razón por la que estoy en Albuquerque. Me conoció en una reunión de AA en Tucson mientras estaba en la ciudad por negocios, me reclutó como padrino y, a partir de entonces, me llamaba todas las noches desde su hotel. Las llamadas nocturnas continuaron después de su regreso a Q.

Zeke sabe que estoy vagando por la crisis de la mediana edad y me convenció de que lo mejor era vagar a Albuquerque para ayudarlo a mantenerse sobrio. Ahora vivo como Mary Worth, Paul; me reclutan aquí y allá como oyente, persona empática y, a veces, como hombre en el que llorar. No me importa. Me halaga. ¿Por qué no intentar ayudar, si creo que puedo hacerlo?

Pero tú no sabes lo que es un «padrino», ¿verdad?

CONTINÚA 11/5

Disculpa la mancha de café. Sigo adelante con esta misiva en un restaurante cerca de la reunión de AA favorita de Zeke. Varios participantes se han reunido aquí para una hora de convivencia después de la reunión y me han dejado solo en la cabina.

En Alcohólicos Anónimos, un «padrino» es un veterano del programa reclutado por un borracho como ayudante voluntario. Los patrocinadores pueden responder preguntas

sobre cómo seguir los doce pasos de AA y pueden ayudar al borracho a resistir la tentación de volver a la botella.

Ahora ya lo sabes.

Mi apadrinado Zeke tiene unos treinta años, es alto, de hombros anchos, y en su día fue un deportista estrella en un instituto local. Es guapo, simpático y extrovertido. También es — o era, sigue leyendo — adinerado, gracias a las participaciones que heredó en un concesionario de automóviles y varias franquicias locales.

Hace diez años, Zeke creía que Dios había puesto en su vida a la pareja ideal: Tammy, a quien conoció en un servicio religioso. Zeke es cristiano, pero su fe es de tipo materialista y mundano: se sintió descaradamente atraído por Tammy por su belleza, su cuerpo y, pronto, por su entusiasmo en la cama. Incluso hoy en día describe con orgullo a su pareja trofeo con detalles pornográficos: su culo, cómo su forma de andar provocaba un irresistible movimiento y bamboleo de sus nalgas con minifalda; sus suculentos muslos, sus pechos, con el contorno de los pezones ligeramente visible a través de la blusa y el sujetador; un rostro que combina los rasgos más seductores de Marilyn, Raquel y Liz, enmarcado por una melena leonina de cabello rubio mantecoso.

Etcétera. Y así sucesivamente. Los ojos masculinos devoraban a Tammy de pies a cabeza cuando la pareja entraba en clubes y restaurantes. Tres amigos, dice Zeke — no, Zeke se *jacta* — confesaron que habían fantaseado

## Capítulo veintiuno

con Tammy mientras se masturbaban. ¿De hombre a hombre, qué elogio podría ofrecer más prestigio?

La felicidad principalmente carnal de Zeke con Tammy duró unos seis meses. Luego ella se quedó embarazada; a medida que el embarazo avanzaba hacia el parto y la maternidad, su actitud y apariencia cambiaron. Engordó más de veintitrés kilos y no mostró ningún interés en hacer dieta después del parto; de hecho, los veintitrés kilos se convirtieron en veintisiete, luego en treinta y cinco. No ayudó el gusto de Tammy por los whiskies sours.

Su comportamiento cambió aún más drásticamente. Las risitas coquetas se convirtieron en gruñidos. La «chica más sexy» de Q se convirtió, según Zeke, en la «mayor gilipollas».

Eso sí, Paul: nunca he conocido a Tammy, solo tengo el relato de Zeke. Me sorprendería que él no hubiera tenido un papel mucho más importante en la ruptura de lo que ahora cree. Aun así, los términos del divorcio sugieren que Tammy luchaba contra formidables demonios internos: Zeke se quedó con la custodia legal y física exclusiva de su hijo, Wilson. Tammy, sin embargo, se llevó una indemnización económica espectacular. Como ya se ha dicho, Zeke ya no es rico.

Y ahora, una confesión que puedo compartir libremente en una carta que Zeke no verá:

Me gusta mi apadrinado, pero no me quedaría en Albuquerque solo por su bien. Mi principal preocupación es su hijo Wilson, que ahora tiene ocho años.

Zeke le quiere, pero ese amor está envenenado por el resentimiento. Wilson se parece demasiado a Tammy, lo que le recuerda a diario cómo la vida le ha dado una patada en el trasero. Las obligaciones de los padres son innumerables, pero Zeke cumple muchas de ellas de forma descuidada o tardía. Se queja demasiado alto y rápido de los inevitables errores de un niño de ocho años: desorden que deja a su paso, zapatillas siempre desatadas.

Si recae en el alcoholismo, su descuido hacia Wilson sería aún peor. Mucho peor. Una vecina mayor de confianza le ayuda, cuida del niño cuando Zeke está en Alcohólicos Anónimos o atendiendo otras necesidades, pero no le interesa el papel de abuela sustituta. Zeke es el principal cuidador.

¿Cómo puedo transmitirle el peso de su responsabilidad por una vida humana frágil? No, tú no querías que sucediera así, Zeke, pero sucedió, y ahora esta vida que trajiste al mundo depende de ti.

Vamos y venimos. Yo sigo de cerca nuestras conversaciones, busco ángulos, oportunidades para convencerle de que se comprometa más con la crianza de los hijos. El equilibrio es delicado. No confío en su sobriedad, no después de solo ocho meses en el programa. Temo despertar un resentimiento que podría llevarle a un desliz, a una borrachera.

## *Capítulo veintiuno*

La camarera acaba de lanzar una mirada significativa al solitario Rhaytana que lleva tanto tiempo en la mesa. Es hora de hacerme el invisible.

CONTINÚA 11/7 ...

... en una tarde de veranillo en el parque Roosevelt de Albuquerque. Garabateo en un banco a la generosa sombra de un olmo, con el portapapeles más o menos cómodamente apoyado en mi rodilla. Un lugar agradable para pasar el rato. Zeke está ocupado con sus tareas empresariales. Wilson está en la escuela. Tengo mucho tiempo libre.

Tú y yo sabemos que el romance condenado al fracaso de Zeke con Tammy no es más que una variante de una historia muy triste que se ha repetido no millones, sino miles de millones de veces en todos los continentes de nuestro planeta. Las víctimas son tan a menudo mujeres como hombres y lo esencial de la historia probablemente le resultaría familiar a Hammurabi. Creo que gran parte del problema radica en que los seres humanos, crédulos, subestimamos enormemente el papel que desempeñan en la vida el camuflaje y el engaño. Me pregunto si los jóvenes formarían parejas menos trágicas si supieran lo poco que deben confiar en sus deseos.

Me gusta el pequeño Wilson, pero también entiendo que su adorabilidad es algo fraudulento. La evolución ha hecho que los niños sean adorables, evocadores de sentimientos compasivos; si no lo fueran, ¿qué motivación tendrían los adultos para tolerar esos errores inevitables, para alimentar, vestir

y dar cobijo a una prole improductiva? El niño de ocho años en crecimiento esconde un futuro adulto hecho y derecho, que trazará su propio camino, como hicimos nosotros, y será un individuo independiente.

¿Alguna vez has visto esa famosa foto de Adolf Hitler con un año? ¡Qué niño tan adorable era, sentado con los labios fruncidos, botitas blancas y ojos grandes y curiosos como los de un cachorro! Sin piedad y sin darse cuenta, la naturaleza camufló al futuro asesino en masa, presentó al saqueador de la civilización como un caballo de Troya adorable. En el jardín de infancia probablemente seguía siendo tan mono como Mahatma Gandhi a los cinco años.

¡La naturaleza miente como un bastardo, Paul! La naturaleza puede ser para sus miembros individuales lo que una llave maestra o una palanca son para un ladrón, un descuidado: yo, la naturaleza hipócrita, te ayudo a ti, criminal corrupto, y el resto de la humanidad tiene que confiar en sus propias adaptaciones y astucia para defenderse por sí misma. A la naturaleza que le enseña a un oso polar cómo acechar el agujero en el hielo por donde respira una sabrosa foca no le importa un comino la foca que el oso quiere matar, asesinar y comerse. La foca tiene que buscar su propia ayuda en la naturaleza para esquivar a ese oso hambriento, para sobrevivir.

Su naturaleza astuta y calculadora incluso oculta el propósito del acto sexual en sí. ¿Qué joven cachondo piensa que tiene una erección para engendrar descendencia?

## Capítulo veintiuno

¡Quiere follar! ¡Follar! ¡Correrse! ¡Ilusión, ilusión! El dolorido pene que solo se ve como en una película porno lleva una carga reproductiva de esperma, que puede entrar en el óvulo, fertilizarlo y crear otro Wilson. La naturaleza ni siquiera le dice al pobre idiota por qué está cachondo.

Y puede que sea un idiota, interesado solo en la carne, pero es también en su baboso celo donde ejerce el poder de un dios. Sí. Un dios. Porque puede crear vida humana consciente e inteligente de la nada, aunque no sea más consciente del propósito evolutivo de su apetito que un salmón en su impulso de nadar río arriba para desovar.

Ahora un enorme pastor alemán está intentando seducirme, Paul. No me conoce de nada, pero no para de dejar una pelota roja cubierta de saliva a mis pies, instándome a que te ignore y le dé un empujón para jugar a lanzarla. El dueño del pastor me mira con complicidad, seguro de que voy a ceder. Me tiene calado: lo haré. Nos vemos, amigo.

CONTINÚA 11/8

Estaba a punto de meter este envío atrasado en el sobre cuando me di cuenta de que no había mencionado el remate de la historia de Zeke y Tammy:

¿Cuál crees que es el hobby de Zeke, Paul? Por favor, no sigas leyendo todavía, tapa el párrafo siguiente. Intenta adivinarlo.

¿Lo has intentado?

Zeke es cazador. Parece que Nuevo México cuenta con muchos lugares donde un cazador con inclinaciones asesinas puede matar alces, y Zeke conoce la mayoría de ellos. Dios mío, este hombre tiene diferentes trajes de camuflaje para cada estación y cada coto de caza, todo para poder mimetizarse con el follaje mientras se acerca sigilosamente al desafortunado alce para dispararle. Incluso está experimentando con reclamos para pavos.

¡Llamadas de pavo! No es broma. La idea se la dio otro cazador, y se cree que es un pionero. Se mete un pequeño artilugio en la boca para hacer un sonido como el de una hembra de alce en celo. «Ee-yaww, ee-yaww, oh-hoo, estoy tan cachonda, gran alce macho, ven a follarme hasta dejarme sin aliento, no puedo esperar, ee-yaww, ee-yaww» ... y el macho enloquecido por la lujuria viene corriendo, descubriendo demasiado tarde que este error será el último.

Mi apadrinado Zeke, arruinado por una Tammy camuflada, se envuelve en camuflaje como un cazador.

No, no le he señalado la similitud. Él no lo ha visto por sí mismo y no quiero ser cruel.

## CAPÍTULO VEINTIDÓS

El verdadero nombre de Rhaytana era Daniel Velasco Santos. Era originario de España, de un lugar llamado «Asturias». Mark pensó que podría tratarse de una ciudad española, pero no estaba seguro. En la década de 1930, hubo una especie de guerra en España — o al menos batallas, combates — y los padres de Rhaytana huyeron de la guerra y emigraron con su hijo pequeño a Estados Unidos. Vivieron en Nueva York, luego en Atlanta y después en Las Vegas. Rhaytana hablaba español en casa, pero creció como un adolescente completamente estadounidense.

En mitad de sus veinte años, se metió en el negocio de la música. Su amigo del instituto Paul trabajaba como roadie y contrató a Rhaytana como sustituto de última hora de un tramoyista. A partir de entonces, nunca le faltó trabajo. Un promotor le comparó favorablemente con el ancla de un barco. El casco podía rajarse, el motor podía fallar, pero el ancla no se rompía. Rhaytana siempre cumplía con los trabajos que se le asignaban; los productores agobiados podían dejar de preocuparse por ellos. Además, era simpático, trabajaba bien con los artistas y estaba sobrio cuando era necesario.

A los treinta y pocos, era un mánager de giras muy solicitado y con un empleo estable, y ya se codeaba con muchos de los grandes nombres del rock and roll. Rhaytana compró una casa en el Westside de Los Ángeles, pero casi nunca estaba allí: los conciertos le mantenían de gira la mayor parte del año. Trabajaba dieciséis horas al día, bebía, tomaba pastillas, fumaba marihuana y se describía a sí mismo como un adicto exitoso.

Al final de los treinta, volvió a desviarse, pero de otra manera: entabló una relación duradera con Abby, una groupie de ojos grandes, dolorosamente vulnerable. Su ingenuidad le conmovió; se sentía como una figura paterna, un protector. Rhaytana la instaló en su casa del Westside, volvió a su agenda de giras y se convenció a sí mismo de que lo único que Abby necesitaba era un hogar estable y seguridad económica. Pero no era así. Abby le necesitaba como pareja. Quería que pasara la mayor parte del tiempo en Los Ángeles.

Discutían sobre su apretada agenda de giras y luego se peleaban por ello. Rhaytana siempre se salía con la suya. No veía a

Abby como su igual; peor aún, ella tampoco se veía así. Él era un profesional de éxito de la música, conducía un Porsche e iba por la vía rápida; ella seguía sin trabajo y era dependiente. Él a veces la trataba como a una mascota. Se acostaba con otras mujeres durante sus giras, volvía y le contagiaba gonorrea, y se encogía de hombros ante sus quejas. Estas se expresaban inevitablemente en voz baja, con mansedumbre. Abby no se defendía.

Su consumo de drogas aumentó. Rhaytana se dio cuenta, se quejó, pero no hizo mucho más. Él sospechaba que ella estaba siendo pasivo-agresiva, fingiendo un problema que en realidad no tenía para ganarse su simpatía y hacerle sentir culpa. Bien, pensó; no tenía tiempo para esas payasadas. No iba a renunciar a su carrera porque ella no supiera lo afortunada que era.

Una noche, durante la primera semana de la gira, Rhaytana la llamó desde su habitación de hotel en Filadelfia. Abby le dijo que no estaba bien y que necesitaba estar con él. Había algo diferente en su voz. Nunca antes había hablado así.

Rhaytana le dijo que podía ir al terapeuta, que él se haría cargo de los gastos, pero que no podía dejarlo todo y volver a Los Ángeles. Pensó en ofrecerse a llevarla en avión a Filadelfia, pero decidió no hacerlo. Conocía a Abby. Solo sería un estorbo.

Abby dijo que le entendía y colgó.

Murió de una sobredosis menos de una semana después. La autopsia reveló que estaba embarazada de dos meses de lo que habría sido el primer hijo de Rhaytana.

Rhaytana terminó la gira. Era demasiado profesional como para no hacerlo, pero por primera vez se despreció a sí mismo por su propia profesionalidad. Se había comprometido a hacer una segunda gira y también la completó. Su palabra era su compromiso; las anclas no se rompían y dejaban que los barcos se desviarán. Sin embargo, en su interior sabía que era un hombre arruinado. Se odiaba a sí mismo. Odiaba afeitarse, mirarse en el espejo, deslizar la navaja por la mejilla de un hombre al que ahora veía como un ser sin corazón, sin alma, un éxito material que había dejado morir a su único hijo en el vientre de una pareja que siempre había necesitado mucho más que su dinero.

La segunda gira sería la última. Rhaytana difundió la noticia de que necesitaba tiempo para superar la muerte de su pareja. En la práctica, «superarla» significó meses de consumo excesivo de

drogas y alcohol alimentado por el dolor. Una noche bebió tanto que perdió el conocimiento en su patio trasero, en ropa interior, y al día siguiente acudió a una reunión de «recién llegados» de Alcohólicos Anónimos.

Rhaytana se mantuvo sobrio, rechazó nuevos trabajos y vivió tranquilamente mientras seguía el programa de Alcohólicos Anónimos. Se convirtió en un ratón de biblioteca en su sobriedad y desarrolló una vena intelectual. Al cabo de un año, decidió vender su casa, su Porsche y otras posesiones y lanzarse a la carretera. El ancla se desprendería del fondo del mar, se liberaría; él podría vagar, dejarse llevar, guiarse por sus caprichos. Si lo deseaba, podía amortiguar sus ahorros realizando trabajos ocasionales. Nunca había sido consciente de su estatus, estaba feliz de hacer casi cualquier cosa. Un trabajo ocasional también podía ser una forma de conocer gente.

Su primera parada fue Kansas City. El noveno paso del programa de Alcohólicos Anónimos estipulaba pedir perdón a aquellos a quienes se había hecho daño; Rhaytana llevaba mucho tiempo queriendo disculparse con el propietario de un hotel al que había engañado e ignorado después de que una banda de adolescentes destrozara las suites contiguas. En Kansas City alquiló una habitación en el YMCA, trabajó brevemente como lavaplatos y luego siguió su inspiración para visitar en St. Louis a unos parientes españoles lejanos. Fue desde St. Louis desde donde envió su primera carta a Paul, en la que relataba sus reflexiones y experiencias durante el viaje. En los años siguientes escribiría muchas más.

A Paul le gustaron las cartas y, en el párrafo central de una de sus respuestas, le preguntó a Rhaytana si le importaría enviárselas a un amigo editor de *White Rhino*, una revista de música rock que acababa de nacer. «¿Por qué no?», respondió Rhaytana sin pensarlo. El destino quiso que la publicación de las cartas en entregas mensuales coincidiera con el rápido crecimiento de *White Rhino* hasta convertirse en una revista musical nacional de segundo nivel. Rhaytana se horrorizó al ver su prosa impresa mientras hojeaba *White Rhino* en un supermercado. Se enteró de que estaba desarrollando un pequeño grupo de seguidores personales.

En su decimoséptima y última carta, Rhaytana escribió sobre el valor de la sobriedad; que era el cerebro humano evolucionado

e inteligente lo que separaba al homo sapiens de otros mamíferos, que era obsceno distorsionar las percepciones de este tesoro evolutivo únicamente por el placer de la intoxicación recreativa. También comparó caprichosamente a algunas estrellas de rock con maliciosos flautistas de Hamelin, ya que muchos habían des-  
 carriado a sus fans y habían muerto de forma ruinosa por sobredosis.

Muchos especularon que Rhaytana, reacio a la publicidad, redactó esta carta para deshacerse de *White Rhino*. Si fue así, la estrategia funcionó: terminaron la publicación por entregas sin comentarios y nunca volvieron a publicar su nombre. Las cartas de la primera a la decimosexta y la decimoséptima, nunca antes publicada, aparecieron en un delgado libro de bolsillo. Lo quisiera o no, Rhaytana tenía un pequeño círculo de admiradores.

• • •

Admiradores como Mark.

Mark no podía explicar por qué se había aficionado tanto a él. No entendía todo lo que decían las cartas. Evitaba releer la carta sobre la sobriedad, aunque se sentía vagamente virtuoso por atreverse a admirar a un escritor que la había escrito.

Ser fan le hacía sentir como si perteneciera a un club especial. Eso era parte de ello. Todo el mundo y su hermano pequeño tenía un disco de los Stones, Sly o Led Zeppelin. No había nada raro en que le gustaran. Rhaytana era diferente. A veces, algún desconocido se le acercaba para charlar si le veían con el libro. No era muy frecuente, pero ocurría de vez en cuando.

Mark quería conocerle. Nunca se lo había contado a nadie, le daba vergüenza que fuera, al menos en parte, porque nunca había tenido un padre. Si pudiera ... hacerle algunas preguntas a Rhaytana. Sobre la vida, hacia dónde se dirigía. Qué se suponía que debía hacer. Al menos Rhaytana era honesto. No intentaba vender nada.

No es que hubiera muchas posibilidades de conocerle. Un fan llamado Fielder había creado una pequeña fanzine para informar sobre Rhaytana, pero la publicación había cerrado; no había noticias. Rhaytana había desaparecido.

## CAPÍTULO VEINTITRÉS

Mark pasó la Navidad con su madre. Intercambiaron regalos (una suscripción a *TV Guide* para ella; para Mark, un álbum de Stevie Wonder) y comieron. El apartamento estaba inusualmente silencioso, y Mark finalmente se dio cuenta de por qué: estaban solos. Las Navidades de su infancia solían estar acompañadas por el novio de turno de su madre: inevitablemente guapo, a menudo desempleado, al menos educado con el único hijo de 4, 9 o 13 años, y siempre temporal.

Su madre tenía ahora cuarenta y un años. Su rostro había cambiado. Era una maniática de las dietas, se preocupaba mucho por el maquillaje y las cremas para la piel, pero aun así: ya no era una monada, ya no la perseguían novios inútiles.

Después de comer, ella le pidió ayuda con el frigorífico. La capa de hielo acumulada en el congelador era tan gruesa que apenas podía cerrar la puerta del compartimento. ¿Podría Mark utilizar un cincel? «Bueno, no, mamá, así no es cómo se hace», y entonces, mientras él le describía con total naturalidad cómo descongelar el frigorífico, algo le afectó a ella. La molestó.

No, ella no quería descongelarlo, el enchufe estaba detrás del frigorífico, no tenía fuerza suficiente para moverlo, no quería que él tuviera que venir a ayudarla ni que se derritiera el hielo y lo mojara todo, y, además, ¿quién sabía lo que había detrás del frigorífico? Podría haber bichos. ¿Por qué no podía comprarse un frigorífico nuevo y dejar que los instaladores de Sears lo limpiaran todo cuando lo instalaran?

Mark dijo que eso era una locura, y fue entonces cuando ella empezó a llorar. En silencio, sin parar, impotente, golpeando repetidamente la mesa del comedor con la mano, como una estudiante avergonzada ante un profesor que no era cruel ni antipático, pero que estaba atónito ante su torpeza. No era capaz de hacer nada bien. No sabía cocinar, ni limpiar, ni gestionar su vida, ni ser una buena madre. Sabía que no había sido ningún ejemplo de madurez para él. Solo había sido buena siendo guapa, y ahora ya ni siquiera eso.

• • •

Al día siguiente, Shirley llamó. Él había seguido coqueteando con ella de vez en cuando por teléfono, nunca en serio, pero esta vez ella dijo que estaba harta de estar sola y de tener que masturbarse cuando se sentía tan cachonda. Mark pensó en “los llamadas de pavos para los alces” párrafo de la carta de Rhaytana desde Albuquerque, pero aún así: había pasado un tiempo, su suerte con las mujeres era mucho peor con la barba, así que esta vez le preguntó a Shirley cuándo quería quedar. ¿Qué tal mañana por la noche, Mark? Bien. Viernes. Ella dijo que estaba deseándolo.

Bueno, debería haberlo sabido. Al menos no le dispararon con una Winchester .338 como al estúpido alce. Ella le rodeó el cuello con los brazos y le dio un beso apasionado en la puerta de su casa, pero luego se apartó cuando le deslizó las manos por el trasero y le preguntó con indignación herida si eso era todo lo que quería, si solo había venido para utilizarla.

Fueron a Patricio's, un elegante bar mexicano cerca del centro. Shirley le miró fijamente mientras deslizaba su lengua sugerentemente por el borde de la copa de margarita para lamer la sal, pero luego pasó la siguiente hora quejándose de sus antiguos novios y de los hombres en general, y le preguntó repetidamente a Mark por qué no se afeitaba esa ridícula, fea y enmarañada barba de cavernícola, ¿acaso creía que a ella le gustaba salir con un tipo que parecía un paleta o sentir sus pelos en la boca cuando se besaban? Qué repulsivo.

• • •

Quizás era hora de salir de la ciudad. Como Rhaytana, cuando vendió todas sus cosas y se mudó a Kansas City. Si no podía cerrar el capítulo de Greta, al menos podía cerrar el de NorCal.

No le gustaba estar cerca de la oficina de la línea de ayuda. Había pasado por allí haciendo recados y se había sentido deprimido: mirando desde la acera la ventana por la que había mirado mientras atendía las llamadas, recordando cómo se había sentido al trabajar allí como voluntario. O pensando en Toby, en jugar a las cartas con él, en su última conversación. En cómo debía de haber estado Toby en los últimos segundos de su vida, sentado en

la misma silla en la que se había sentado Mark, con el cañón de ese gran revólver en la boca.

• • •

Una mañana, impulsivamente, se gastó un dineral en una llamada de larga distancia a la sede central de Saint Catherine's en Dallas. Mark intentó parecer un aburrido empleado de oficina y dijo que necesitaba enviar unos archivos a la nueva sede de Los Ángeles.

«¿A la oficina o al refugio?», preguntó la secretaria. Mark pensó rápido y dijo que mejor iba a buscar la información de ambos, y colgó después de que ella le diera dos direcciones en el Valle.

Así que sí, podía ir allí, Los Ángeles era un terreno familiar, pero ¿hasta qué punto quería parecer un loco obsesionado? ¿Quería comportarse como un acechador? Se había acabado. Nunca sabría con certeza si Grace era Greta. Capítulo cerrado.

Pero los pensamientos sobre Greta seguían volviendo, especialmente si tenía que caminar a pocas cuadras de la oficina.

Así que tal vez era hora de irse. A Portland, tal vez. A Seattle.

• • •

Un par de días después, Mark recibió un sobre escrito a mano con matasellos de Las Vegas. Reconoció la letra: era de Fielder, el único escritor, investigador, editor e impresor de la pequeña fanzine Rhaytana, ya desaparecida. Mark había enviado diez dólares para suscribirse, pero solo había recibido dos «números» — páginas grapadas y mimeografiadas — antes de que la revista cerrara.

«Algún tipo de discurso de venta», supuso Mark al abrir el sobre. Pero no era eso. Dentro había un folleto de una serie de conciertos interreligiosos en el área de Los Ángeles. Participaban diferentes grupos religiosos: iglesias, mezquitas, sinagogas, templos. Mark miró las fechas, no reconoció a ninguna de las bandas. Los lugares parecían pequeños: un auditorio de un centro comunitario en el valle de San Fernando, una iglesia cerca de Long Beach, un centro recreativo del Westside.

Fielder había dibujado un gran óvalo alrededor de un nombre en la lista del equipo y había escrito signos de exclamación alrededor del óvalo:

GERENTE DE PRODUCCIÓN  
D. VELASCO SANTOS

Mark se quedó mirando el folleto durante más de media hora.

Lo entendió. «D. Velasco Santos» era el nombre que Rhaytana había utilizado profesionalmente como mánager de giras. Era posible que otra persona con ese nombre se incorporara como roadie, pero gestionar todo un espectáculo — iluminación, sonido, todo — requería conocimientos y experiencia. Mark nunca había oído hablar de otro «D. Velasco Santos» de ese nivel. Y un concierto interreligioso era precisamente el tipo de proyecto que Rhaytana aceptaría ahora, probablemente de forma gratuita. Muy por debajo de los locales en los que había trabajado antes, pero por una buena causa.

No había nada más en el sobre. Fielder solo quería ser un buen tipo y había gastado su propio dinero para enviar por correo una información privilegiada a los antiguos suscriptores de su revista.

Rhaytana se encargaba de gestionar los espectáculos y estaría en los locales indicados en las fechas programadas. Mark podría reunirse con él. Y si estaba en Los Ángeles, ¿sería tan extraño visitar Saint Catherine's también?

Quizá fuera el destino. No tenía una sola razón para ir al sur. El destino le había dado dos.

## CAPÍTULO VEINTICUATRO

Mark seguía llevándose bien con Duke, así que le llamó a su casa para ver si podía conseguirle algún trabajo en Los Ángeles.

Duke podía. Su antiguo compañero del ejército, Rex, también tenía una licorería en Hollywood y siempre se quejaba de que no podía conseguir buena ayuda. Duke llamó a Los Ángeles y luego volvió a llamar a Mark.

Luz verde. O al menos luz verde para una entrevista. Rex quería hablar con él, si Mark se mudaba a Los Ángeles.

Mark le daba vueltas a la idea toda la noche. Hizo tres llamadas a SoCal y, en la tercera, se puso en contacto con Crystal, la hermana pequeña de su antigua novia de Los Ángeles. Segunda luz verde: si Mark podía aportar algo de dinero para el alquiler, podría quedarse en su salón en Silver Lake. Podía ir en cualquier momento. Tendría un techo bajo el que dormir.

Por la mañana, Mark sabía que se iba.

Afortunadamente, sus dos compañeros de piso estaban en casa, bostezando sobre el cereal del desayuno en la 4 x 8 lámina de madera contrachapada sobre bloques de hormigón que usaban como mesa de comedor. Mark les expuso su propuesta. Se acercaba enero, no iba a dejarlos en la estacada, pero no quería quedarse atado a un mes entero de alquiler si tenía pensado marcharse lo antes posible. ¿Qué tal si pagaba una semana y les dejaba quedarse con la mayor parte de sus cosas? Todos sus álbumes, sus pósters de Fillmore West, sus cómics underground. Seguro que podrían vender los álbumes por un buen dinero.

Intercambiaron miradas, se encogieron de hombros y dijeron que sí. Mark se sintió emocionado. El tren se ponía en marcha. Iba a suceder.

Lo siguiente: ¿cómo iba a llegar a Los Ángeles? Consideró la posibilidad de viajar en autobús, pero rápidamente lo descartó: demasiado caro. El trabajo de Papá Noel le había reportado buenos ingresos, pero no sabía cuándo le pagaría Rex, ni siquiera si le contrataría, y necesitaba dinero para poder pagar un techo bajo el que vivir. ¿Y cuántas veces había hecho autoestop para ir y volver de Los Ángeles? Al menos media docena.

Pero nunca con la barba tan tupida.

Que él no quería afeitarse bajo ningún concepto, pero no había duda: la barba había arruinado por completo su experiencia haciendo autoestop. Hacer autoestop por la ciudad era una cosa, pero a cientos de millas al sur del estado, ni hablar. Ahora los conductores parecían considerarle «Sam, el asesino en serie» cada vez que sacaba el pulgar. El viaje podría tardar el doble.

O peor aún: podría quedarse tirado. Eso había sucedido. Si un conductor era lo suficientemente amable como para detenerse, no querías ser un capullo e insistir en que te dejara en una salida decente de la autopista, donde hubiera tráfico y espacio para que los conductores se detuvieran y te llevaran. Pero si no insistías, podías acabar en medio de la nada.

La espera más larga de Mark para que le recogieran había sido de cinco horas, pero eso había sido en sus días de afeitado impecable. Había hablado con otros autoestopistas y sabía que había tenido suerte. Un tipo había estado atrapado durante un día entero, más de veinticuatro horas, abandonado y sin apenas tráfico en una rampa de acceso al norte de Fresno a la 99. (Y había sudado la gota gorda durante todo ese tiempo, ya que Bakersfield y todo el corredor redneck de la Ruta 99 era un terreno hostil para los autoestopistas). Otro chico había estado atrapado durante tres días cerca de Barstow y finalmente había conseguido llegar hasta San Berdoo, al sur, a cambio de trabajar como mozo en una parada de camiones.

Pero no se arriesgaría a quedarse atrapado si podía encontrar una chica que le acompañara.

Mark sonrió mientras desarrollaba la idea. Incluso sin la barba, nunca había conseguido viajes tan rápido solo como cuando viajaba con una mujer. (Dos o tres chicos haciendo autoestop juntos = olvídale.) Para ella también era un buen trato. Una chica sola podía conseguir que la llevaran más rápido, pero las autoestopistas solas tenían que lidiar con grandes molestias. Había conocido a mujeres que habían tenido que saltar de coches en marcha para escapar de pervertidos. Una pareja formada por una mujer y un hombre era la combinación ideal.

Podía poner un anuncio.

¿Dónde?

Mark llamó al *Thrifty Gazette* para consultar las tarifas, pero colgó al oír una grabación que decía que estarían cerrados hasta el 6 de enero.

Así que tendría que hacerlo por las malas.

Mark había planeado celebrar el día de Año Nuevo tomando ácido con sus compañeros de piso y viendo una maratón de tres películas del *Planet of the Apes* en el Roxie. En lugar de eso, se pasó todo el día yendo de restaurantes a tiendas de barrio, gasolineras y cualquier otra establecimiento que estuviera abierto en Año Nuevo, pegando sus carteles escritos a mano en cualquier cosa que pareciera un tablón de anuncios:

SE BUSCA COMPAÑERA DE AUTOESTOP

AUTOESTOPISTA CON EXPERIENCIA  
BUSCA COMPAÑERA DE VIAJE  
PARA UN VIAJE DE IDA A LOS ÁNGELES.  
SALIDA LO ANTES POSIBLE.

Mark puso el número de teléfono de su casa, pero no confiaba en que sus compañeros de piso le dejaran el mensaje, y además quería evaluar a la mujer que respondiera al anuncio. Así que añadió:

SI ESTÁS INTERESADA:  
VEN A DUERNER'S (ESQUINA WAGNER/SEELY )  
EL SÁBADO A LAS 10:00 A.M.  
PARA HABLAR DE LOS DETALLES

Casi se saltó Domingas. Quería saltárselo, no quería encontrarse con nadie conocido en el centro comercial. Pero había una gran valla publicitaria comunitaria cerca de la entrada de Teta del Este, y pensó que habría muchos jóvenes en edad de hacer autoestop en Domingas, devolviendo los poco acertados regalos de Navidad de sus familiares. Así que al día siguiente Mark volvió a coger el 830 y, una vez allí, decidió colgar también un cartel en el tablón de anuncios más pequeño de Teta del Oeste. Nunca se sabía.

## CAPÍTULO VEINTICINCO

Mark había comprado café en Duerner's de vez en cuando cuando era voluntario en la línea directa. Imitaba el aspecto y el ambiente de una cafetería corporativa en el distrito financiero de una gran ciudad, llena de oficinistas entre semana y tranquila los fines de semana. El sábado, no sería difícil encontrar a una mujer que hubiera venido por el anuncio.

Estaba en mal estado. Su próxima partida había puesto sentimentales a sus compañeros de piso; querían celebrar una fiesta, y él se había bebido cerveza y había fumado marihuana con ellos hasta las 5:00. Finalmente se había ido a la cama, pero entonces la bocina de un vecino se había atascado y el ruido había provocado un coro de ladridos de perros.

Resultado: cero horas de sueño. Se había frotado a fondo durante la ducha y se peinó para causar una buena impresión a cualquier mujer que se presentara. Sabía que podía hablar, pero poco más.

9:58 de la mañana. Llegó puntual. Mark entró.

Como esperaba, Duerner's estaba casi vacío. Había un viejo que se afanaba con el crucigrama del periódico y una chica negra encorvada sobre una mesa en la esquina.

Mark les echó un vistazo aturcido y se dirigió a la barra para pedir. Solo cuando se giró con su café para elegir una mesa volvió a mirar a la mujer negra.

Y la reconoció.

Llevaba vaqueros y un jersey verde. Nunca había esperado ver a una arpía fuera de los colores corporativos granate y amarillo.

La Sra. Runsen.

La Sra. Runsen le miró durante una milésima de segundo y luego, con evidente disgusto, bajó la mirada hacia su café y no volvió a mirarle. Mark sintió un rápido pánico, seguido de indignación. ¿Por qué iba a asustarse al ver a una arpía ahora? Ya no trabajaba en el centro comercial. Ella era otra vecina más, y punto. Había tenido la mala suerte de elegir un lugar de encuentro donde una arpía compraba café. Eso era todo. Quizás a ella le gustaba mirar por la ventana y escribir notas chismosas para la policía sobre los peatones que parecían tener ganas de drogarse algún día.

Bueno, él también tenía que mirar por la ventana. Mark echó los hombros hacia atrás y, con una actitud de ultrajada irritación, pasó junto a la Sra. Runsen sin mirarla y giró una silla de una mesa cercana para mirar hacia la puerta. Vería a su futura compañera de viaje cuando entrara, la saludaría y hablaría con ella como si la Sra. Runsen no estuviera allí. Y si la Sra. Runsen le oía, bueno, aprendería que él no era solo un lugareño. Mark iba a llegar lejos.

Las 10:05, segun su fiel reloj de cuerda.

Una mujer de mediana edad ató a su perro a un parquímetro y entró en Duerner's. Mark la miró con expectación, preguntándose cómo sería viajar con alguien lo suficientemente mayor como para ser su madre. Pero la mujer no le prestó atención y se dirigió al mostrador.

10:10, marcaba su reloj de pulsera.

Cuando señalaba las 10:15, oyó una exclamación repentina, hostil y monosilábica a su derecha.

«¡Tú!»

Mark se giró a tiempo para ver a la Sra. Runsen levantarse. Se colocó frente a él y le miró con desprecio y enfado. Parecía dispuesta a golpearle con una silla.

«¡Tú pusiste el cartel!», dijo. «¡Tú!»

Mark se recostó en su asiento e intentó despejar su mente mientras la miraba fijamente. No entendía nada.

«Sí, fui yo. Yo puse el cartel», dijo lentamente, «En los tablores de anuncios, que están ahí para que la gente pueda poner carteles». Asintió con la cabeza hacia su taza. «También compré café, porque estoy en una cafetería. ¿Y qué?»

La Sra. Runsen se dio la vuelta, sacudió la cabeza con incredulidad mientras miraba por la ventana, como si no pudiera creer su mala suerte. Le lanzó otra mirada de disgusto y luego salió de Duerner's, cerrando la puerta detrás de ella con tanta fuerza que atrajo la mirada del cajero.

Mark parpadeó, consideró brevemente y descartó la posibilidad de que acabara de tener una alucinación, y se prometió a sí mismo no volver a pasar otra noche en vela.

Aún no había digerido la marcha de la Sra. Runsen — ni, para el caso, su presencia — cuando ella regresó. Arrancó la silla frente a él, se dejó caer en ella y le miró furiosa.

«Está bien», dijo. «Cuéntamelo».

«¿Contarte qué?»

«El viaje haciendo autoestop. Adelante. Aquí estoy. Explícamelo».

Mark esbozó una sonrisa divertida.

«¿Por qué debería hacerlo? No vas a ir a ningún sitio conmigo».

La Sra. Runsen miró a su alrededor en la cafetería. «¿Ves a alguien más aquí? ¿Alguien más respondió a tu anuncio? Adelante. Cuéntamelo».

Mark tardó mucho en responder, luchando por hacer funcionar los engranajes de su cerebro, ralentizados por la fatiga.

La Sra. Runsen estaba alterada por algo. Estaba fuera del trabajo, sí, se había quitado su tieso traje amarillo y granate de arpillera, era de esperar que se relajara un poco. Incluso los generales de cuatro estrellas probablemente se quitaban la corbata y los zapatos de vestir antes de acostarse. Pero había algo más, mucho más, y él no creía que tuviera que ver con él. Ella parecía agobiada, nerviosa. Quizás él no era el único que había pasado la noche en vela.

Mark se fijó en que llevaba unas gafas de sol torcidas en la parte superior de su jersey verde. Gafas de sol, en una mañana gris y nublada.

La Sra. Runsen puso los ojos en blanco con impaciencia, esperando su respuesta. Mark esbozó una sonrisa poco amistosa.

«No sé exactamente cómo decírselo, señora *Runsen*», dijo Mark, enfatizando sarcásticamente su apellido, «pero usted no es precisamente mi persona favorita en este estado. ¿De acuerdo? Quiero decir, si el Servicio Secreto viniera aquí y me dijera que Tricky Dick Nixon quería hacer autoestop conmigo, creo que lo preferiría ...».

«¿Tiene que gustarte alguien para que sea tu compañero de autoestop?» replicó la Sra. Runsen. «¿Es eso un requisito?»

Los engranajes mentales, atascados por el cansancio, se estrechecieron, se detuvieron y giraron lentamente. Mark parpadeó repetidamente y miró a la mujer negra, sobria y agitada que esperaba su respuesta.

No, admitió para sí mismo, no tenían que gustarse mutuamente para hacer autoestop juntos. Y ella tenía razón: nadie más había respondido al anuncio.

Mark la miró de otra manera, con actitud escrutadora. Hacer autoestop con una chica negra sería más difícil. Nunca lo había hecho antes. Una mujer negra viajando con un hombre blanco: podrían encontrarse con racistas. Los pervertidos violentos eran el mayor peligro para los autoestopistas, mucho más que los borrachos que buscaban a alguien con quien charlar mientras zigzagueaban por los carriles. Una pareja interracial podría atraer a más de ellos.

Ni hablar de viajar por la Ruta 99. Fresno, Bakersfield, todo ese corredor de paletos de mierda. ¿Se imaginaba, siquiera imaginar intentar hacer autoestop para salir de Bakersfield con una chica negra? Brrr.

Pero ella tenía su edad y, por lo demás, estaba buena.

Lentamente, con naturalidad, sorprendido de sí mismo, sorprendido de que estuviera considerando seriamente viajar con la Sra. Runsen, Mark explicó. Podrían tener suerte y hacer el viaje en un solo día, dijo, pero su estimación era de dos días, y podría llevar más tiempo. Dependía de la suerte y de dónde los dejara el primer transporte para hacer autoestop y conseguir el segundo.

Comer y dormir se decidía sobre la marcha. Él había dormido en un pastizal para vacas, entre las hiedras al borde de la carretera, en el asfalto debajo de un camión en un concesionario de automóviles. Había comprado comida en estaciones de servicio si un conductor se detenía para repostar, o en cualquier restaurante o mercado si lo dejaban en la ciudad. Dependía de ella lo que llevara consigo: dinero para comida, por supuesto, un saco de dormir y una mochila, si los tenía, pero cuantos más bultos llevaran, menos gente se animaría a llevarles.

Se preguntó si debía mencionar el cuchillo, pero decidió no hacerlo. Había comprado un puñal tobillero después de luchar contra un Marine cachondo al norte de Camp Pendleton, pero nunca había tenido que sacarlo de su funda en el tobillo, esperaba sinceramente no tener que hacerlo nunca y le gustaba fingir que no estaba allí. En su lugar, le dijo que hacer autoestop podía ser arriesgado, que había tenido problemas con algunos conductores y que quizás ellos también tendrían que enfrentarse a alguno.

«¿Cuántas veces has hecho el viaje?» preguntó la Sra. Runsen.

Mark se encogió de hombros. «Al menos seis veces, ida y vuelta. Tendría que contarlos».

«¿Cuándo podemos salir?»

«¿Cuándo podemos irnos?», había dicho ella. Como si estuviera decidido.

Mark se retorció, se imaginó a sí mismo junto a la Sra. Runsen en la rampa de acceso a la Ruta 99 en Bakersfield, viendo cómo una camioneta de carga conducida por un paleta se precipitaba hacia ellos con el cañón de una escopeta asomando por la ventanilla, como en la última escena de *Easy Rider*.

«No lo sé», dijo.

«¿No sabes qué?»

«Bueno, eres negra».

«¿Lo soy? ¡No!» La Sra. Runsen fingió un grito ahogado, sin humor, y le miró con el ceño fruncido. «¿Eres racista, Mark?»

Mark frunció los labios. «No, pero otras personas lo son, y algunas de ellas tienen carné de conducir». Mark recordó a un conductor de hacía mucho tiempo que se jactaba de acosar a cualquier persona de color que viera después del anochecer en una «ciudad del atardecer» de Alabama. «Los he conocido».

«¿Quieres ir o no?»

Mark dudó, evaluando abiertamente a la mujer tensa y seria que le miraba con ira desde el otro lado de la mesa, tan diferente de la arpía distante que le había acosado en el trono de Santa Claus solo unas semanas antes. ¿Qué le pasaba a esta chica? ¿Qué tipo de vida extraña llevaba, al estilo Jekyll y Hyde?

«De acuerdo», dijo Mark.

«Entonces, ¿cuándo podemos irnos?»

Mark se encogió de hombros. «Por mi parte, soy flexible», dijo. «Estoy listo para irme en cualquier momento».

«¿Podemos irnos esta tarde?»

## CAPÍTULO VEINTISÉIS

Esta tarde.

Y ahora eran casi las once de la mañana. Mark miró su reloj y aceleró el paso hacia su casa, dejando atrás a Duerner's. Habían hecho un trato. A las cuatro de la tarde se encontrarían al oeste de la zona de concesionarios de automóviles, en la antigua autopista de Peters Creek, y levantarían el pulgar. Peters Creek tenía espacio para que los conductores se detuvieran y conducía directamente a las rampas de acceso de la Ruta 101, en dirección sur y norte. Si había otros autoestopistas, podían caminar una cuadra para poner una distancia entre ellos, de modo que los conductores no pensarán que tenían que llevar a todos los que estaban agrupados.

La planificación dependía totalmente de él. Ella había dicho que era nueva en la ciudad, que no conocía la zona, que solo llevaba unos meses trabajando en Domingas antes de que él se inscribiera como Papá Noel. Y él era el autoestopista veterano.

Entonces, ¿por qué había aceptado salir a última hora de la tarde para ir a Los Ángeles? Era horrible, ridículo. Solo le quedaba una hora de luz y era seguro que tendrían que pasar otra noche durmiendo al aire libre. Pero «hoy» era lo que ella quería, y él se sentía demasiado grogui y aturdido como para discutir.

Mark ya le había contado sus planes a su madre, pero en casa llamó a su número del trabajo para dejarle un mensaje: se marchaba temprano y la llamaría cuando llegara a Los Ángeles. Luego fue a su habitación, casi vacía, y empezó a meter ropa en su mochila. Ya era casi mediodía. No tenía mucho tiempo. Maldita sea, Sra. Runsen. Estaba tan atontado que se iba a olvidar de llevar algo. Pensó en echarse una siesta, pero sabía que si cerraba los ojos un momento, se quedaría dormido durante horas.

Mierda. Era como si todavía estuvieran en el centro comercial, como si él siguiera siendo mandado por una arpía. Salida a las cuatro de la tarde para viajar a Los Ángeles.

. . .

Sus compañeros de piso estaban tirados en el sofá del salón, todavía recuperándose de la juerga de la noche anterior. Mark les preguntó si tenían metanfetamina.

«No, tío, lo siento ... Oye, ¿te vas hoy? ¿Hoy?»

Mark dijo que sí. Los compañeros de piso se miraron entre sí. Uno entró en su dormitorio, volvió con su caja de alijo y mostró con orgullo su contenido. Mark vio tres brochetas de Thai Stick atadas con fibra.

«Tenemos que darte una buena despedida, colega».

Di que no, se dijo Mark. Ni hablar. ¿Fumar marihuana tailandesa superpotente *ahora*, tan agotado como estaba, con la reunión en Peters Creek Highway a solo unas horas? Una locura.

Pero ¿no era la Sra. Runsen la *razón* por la que pensaba que debía decir que no? Había hecho autoestop drogado antes. Muchas veces.

¿Le daba miedo lo que ella pudiera decir?

Mark apretó los dientes, enfadándose de repente, y recordó cómo se había sentido al ver a la Sra. Goody Two Shoes trotar hasta el trono de Papá Noel cada tres horas para olfatear su barba como un sabueso. Con su falda y blusa planchadas, su cabello perfecto y el brillo de sus zapatos negros de tacón. La había considerado una aparición, un flashback ácido: la afroamericana simbólica de la televisión transformada en una humana tridimensional y furiosa desde un anuncio de detergente o papel higiénico, dispuesta a castigarle por dejar marcas en el cuello de la camisa y no lograr que quedaran completamente blancas.

Bueno, ya no estaban en Domingas. Si a ella le gustaba oler su aliento, hoy le daría algo que oler de verdad, y Mark sonrió desafiante, asintió a sus compañeros de piso y acercó una silla.

• • •

A las cuatro, cargando su mochila y su saco de dormir, Mark caminó con rigidez por la carretera Peters Creek, pasando junto a los concesionarios de automóviles, para reunirse con su compañera de viaje. La acera gris parecía ondular y agitarse bajo sus pies, como una cinta de Möbius, ondulando junto al ruido y los cláxones del tráfico de la hora punta. A lo lejos, vio a la Sra. Runsen, pero no hizo ningún gesto ni aceleró el paso. Miró fijamente

a sus pies, concentrándose en poner un pie tras otro en la poco fiable acera. Si no lo hacía, podría caerse.

Estaba tan drogado como nunca antes lo había estado en público. Los cigarrillos tailandeses habían sido adulterados con algo. Quizá PCP; no estaba seguro, estaba demasiado drogado para estar seguro de nada, pero la combinación del agotamiento con lo que fuera que había fumado le había dejado incapaz de moverse por sus propios medios. Tenía los ojos muy abiertos, rojos e inyectados en sangre. Estaba seguro de que si los cerraba aunque fuera un momento, se caería sobre el césped artificial que había delante del concesionario.

Le quedaban veinte yardas. La Sra. Runsen le vio y se dio la vuelta. Se había recogido el pelo con una especie de pañuelo amarillo.

Mark se dio cuenta de que se había olvidado de traer un cartel. Lo básico del autoestop de larga distancia: un cartel, escrito con un rotulador grueso sobre cartón, que se sostiene en alto para que los conductores puedan ver tu destino.

Tenía un rotulador metido en la mochila.

¿Podría decirle que esperara mientras buscaba un trozo de cartón?

No; estaba demasiado trompa. Ningún cartel. Solo quedarse detrás de ella con el pulgar hacia arriba, mantenerse en pie y permanecer consciente.

Quedaban veinte yardas. La Sra. Runsen llevaba gafas de sol. Mark entrecerró los ojos para mirar el chal amarillo y se preguntó si estaba alucinando.

No era un chal: era una peluca rubia. ¡Una peluca rubia! Parecía una prostituta.

«Estoy aquí», dijo Mark.

La Sra. Runsen le miró de arriba abajo y vio lo drogado que estaba. Giró la cabeza en silencio y puso una mueca de repugnancia al ver el tráfico que se acercaba. Completamente asqueada.

«Pon el pulgar hacia fuera», dijo Mark, «e intenta mirar a los ojos de los conductores. Y sonríe».

Dejó su mochila y su saco de dormir junto a las cosas de ella en la acera y luego se colocó detrás de ella, con el brazo extendido y el pulgar levantado. Estuviera listo o no, él era el líder. Ella nunca había hecho autoestop antes.

Pasaron quince minutos. Luego veinte, luego treinta. Mark sacudió la cabeza para intentar mantenerse despierto, miró desconcertado los mechones amarillos de la peluca rubia y se sintió como si estuviera sonámbulo, soñando. Era mucho tiempo de espera haciendo autoestop con una mujer, quizá se había equivocado con Peters Creek o quizá con lo de hacer autoestop con una chica negra, ¿quién sabe?, pero estaba oscureciendo, algunos conductores habían encendido los faros y tendrían que buscar una farola bajo la que refugiarse si no conseguían que los recogieran pronto. Estaba tan, tan, tan cagado que los colores rojo y gris del atardecer y el rugido y el zumbido del tráfico parecían una foto estereoscópica que estuviera viendo bajo el agua, si tan solo pudiera mantenerse en pie y aguantar ...

Un conductor se detuvo, una vieja camioneta oxidada pintada con flores hippies fluorescentes y una carcasa de caravana atornillada a la caja del camión.

Mark se acercó y casi se cae sobre el guardabarros. El conductor se inclinó sobre una gran maleta que había en el asiento del copiloto para bajar la ventanilla.

Era un chico de su edad, del tipo hippy de las comunas del norte de California, con cara redonda y barba Amish sin bigote.

«¿Adónde vas?», preguntó Mark, y miró aturdido la cara del conductor a través del estereógrafo distorsionado por el agua, y luego, mientras escuchaba la respuesta del conductor, pensó que el Dios en el que Rhaytana no creía acababa de bajar personalmente desde arriba para protegerlos a ambos, porque lo que oyó decir al conductor fue:

Pasado Inglewood, cerca de Newport. Que estaba *más allá* del aeropuerto de Los Ángeles, en la ruta 405. Inglewood y Newport Beach, acababan de conseguir todo el viaje a Los Ángeles en el primer transporte.

«¿Sabes dónde está eso?», preguntó el conductor.

«Por supuesto. Vamos a ir hasta allí».

«Puedes ir atrás», dijo el conductor, y luego añadió que tenía que hacer dos paradas rápidas antes de llegar a la autopista. «Pero os llevaré allí».

Mark cogió su equipo, le dijo a la Sra. Runsen que recogiera sus cosas y casi tropieza de nuevo con la camioneta al ir hacia la

parte trasera. Abrió la puerta de la caravana, metió sus mochilas y sacos de dormir y se subió dentro después de ella.

El techo de la caravana era bajo, con un colchón fino en la cama, algunas herramientas y ventanas laterales estrechas por las que no se podía ver nada. Solo tenían espacio suficiente para sentarse o tumbarse.

La camioneta se alejó de la acera. Mark se agarró con fuerza a los pasos de rueda cuando el conductor salió de la carretera Peters Creek y empezó a dar vueltas por las calles secundarias para hacer las paradas que tuviera que hacer.

La Sra. Runsen estaba sentada al otro lado de la caja de la camioneta, con la peluca amarilla rozando el techo de la caravana. Le miró con evidente disgusto, como si tuviera que compartir el viaje con Charles Manson o el asesino del Zodiaco. Mark se dio cuenta de que debía de apestar a marihuana.

«Estamos listos», dijo Mark. «Va a ir hasta Los Ángeles. Lo hemos conseguido».

La Sra. Runsen no respondió. «Voy a echar una siesta», dijo Mark, y se giró hacia un lado, mirando hacia el paso de rueda. En menos de un minuto ya estaba profundamente dormido.

## CAPÍTULO VEINTISIETE

Mark soñó que estaba haciendo el examen de conducir en el DMV. En el sueño, estaba de vuelta en su destartado Volkswagen Squareback gris, con el examinador del DMV sentado a su lado, el mismo hombre calvo de mediana edad que le había examinado en la vida real cuando tenía dieciséis años.

Mark hablaba con el examinador en el sueño, charlaba y sonreía, y el examinador del DMV también le hablaba y sonreía, y entonces Mark puso el Squareback en marcha y empezó a conducir hacia atrás. No solo para aparcar o retroceder unos pies, sino para hacer el examen de esa manera, retorcido en su asiento y mirando por encima del reposacabezas hacia la ventana trasera. Y el examinador del DMV sonreía y decía algo como «¡muy bien, chico!», como si Mark hubiera dado con una forma especial de aprobar el examen en la que nadie más había pensado.

• • •

Mark se despertó.

La Sra. Runsen le sacudía el tobillo. Con fuerza.

«¡Sal!», le dijo. «¡Fuera!»

Mark parpadeó. Era de noche. Su equipo ya no estaba en el camión.

«¡Fuera!»

Mark salió gateando de la caravana y se puso de pie.

Estaban aparcados en un apartadero de grava con vistas al océano, junto a la autopista. Una autopista de dos carriles, no de cuatro. Sin tráfico. Barba de Amish debió de decidir tomar la Ruta 1 hacia Los Ángeles.

La camioneta estaba orientada en la dirección equivocada.

Barba de Amish parecía molesto.

«¿Qué pasa?», murmuró Mark.

«Te dije *Inglenook*», dijo Barba de Amish.

«¿Dónde estamos?» La Sra. Runsen se plantó delante de Mark y le miró con furia. La peluca rubia y las gafas de sol habían desaparecido.

Mark parpadeó, sacudió la cabeza y miró vagamente al equipo que tenían en la grava junto a la camioneta. Sin mirar a Barba de Amish, murmuró:

«Dijiste Inglewood, tío. Pasado Inglewood, hacia Newport Beach».

«¡No!»

Barba de Amish negó con la cabeza rotundamente. Era más bajo que Mark y parecía temer que Mark pudiera golpearle.

«Te dije *Inglenook*», insistió el conductor. «Pasado *Inglenook* hacia Newport. No Newport Beach. Y te pregunté si sabías dónde estaba eso, y me dijiste que sí, y que ibas a ir hasta allí».

Mark gimió, cerró los ojos y se recostó contra la camioneta. Estaba asimilándolo. Barba de Amish miró a la Sra. Runsen a la defensiva.

«Mira, esto no es problema mío. Él la ha liado parda, no yo».

«¿Estamos cerca de Fort Bragg?», preguntó Mark en voz baja. Podría haberle preguntado a un policía si se podía salvar algo de una casa después de un incendio.

«No, tío, pasamos Fort Bragg hace quince minutos. Hemos atravesado *Inglenook*, estamos casi en Newport».

Barba de Amish le dijo a la Sra. Runsen que lo sentía, pero que le había dicho a Mark que era *Inglenook*, y que ese no era su problema.

Y adiós.

Se subió al camión y se marchó.

• • •

«¿Dónde estamos?!», gritó la Sra. Runsen.

Se plantó delante de él, con los puños cerrados a los lados y los ojos desorbitados.

Mark gimió y se cubrió la cara con las manos.

«¿He preguntado que en qué PUTO lugar estamos!?» Ella dio una patada en el suelo. «¿En qué nos has metido?»

Mark apartó los dedos de las mejillas y se obligó a mirar a su compañera de viaje, que temblaba de rabia, como la víctima de un incendio podría mirar las cenizas humeantes de una sala de estar destruida.

«Bueno, veamos». Mark levantó la vista, como si estuviera calculando. «Dijo que habíamos pasado Fort Bragg hace unos quince minutos. Así que calculo que estamos a unos ... oh ... solo unos ciento cincuenta millas y quizá tres horas en la dirección equivocada».

«¿¡QUÉ!?!»

Mark no respondió. Se echó el equipo al hombro, cruzó con resignación el apartadero y bajó por un corto sendero hasta el borde de un acantilado con vistas al océano. Detrás de él oyó el zumbido de un coche que se acercaba en sentido contrario, seguido del crujir de las pisadas de la Sra. Runsen. Mark miró hacia abajo, a una estrecha franja de arena y rocas muy por debajo, y, más allá, al imponente Pacífico iluminado por la luna, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, desapareciendo en el horizonte bajo un dosel de estrellas centelleantes.

Al menos, era un lugar ideal para quedarse tirado. Y ya estaba más o menos sobrio. Podría prestar atención cuando la Sra. Runsen le echara la bronca.

«¡Eh! ¡EH! ¡Te estoy hablando!» Dejó sus bolsas a su lado y le miró con ojos asesinos. «¿DÓNDE ESTAMOS?»

Mark señaló el agua con la cabeza. «Creo que esa cosa grande es el océano Pacífico».

«¿¡Qué VAMOS A HACER?!»

«Creo que voy a mirar esa cosa grande un rato».

La Sra. Runsen siguió mirándole con el ceño fruncido, pero luego pareció darse cuenta de que no llevaba a ninguna parte y se detuvo. Pasó un minuto de silencio. Se quedó de pie junto a él, con los brazos cruzados con disgusto sobre su suéter.

«El experto autoestopista», dijo con sarcasmo. Bajó la voz para imitar la de él. «“Oh, no te preocupes. He hecho esto muchas veces. Sé lo que hago”».

Mark miró fijamente al océano. «Mira. Creí que me había dicho Inglewood. ¿De acuerdo? Y Newport Beach. Quiero decir, esos son lugares reales a los que la gente va en coche, ¿no? Ahí es donde iría alguien que recogiera a un autoestopista. ¿Quién ha oído hablar de *Ingenook*?»

«Pero no es por eso por lo que has metido la pata», dijo la Sra. Runsen con frialdad. «Y lo sabes. Es porque estabas *drogado*».

Mark se obligó a mirarla. La Sra. Runsen sonreía con frialdad, con desprecio.

«*Apestabas* a marihuana. El olor en esa pequeña caravana era tan fuerte que pensé que iba a vomitar».

«Vale ...».

«No podías prescindir de tu pequeña dosis de droga antes del viaje, ¿verdad? No hay nada peor que estar sobrio un día cuando tienes la oportunidad de colocarte. ¿A dónde nos vas a llevar ahora por accidente, Mark? ¿A Vancouver? ¿A Alaska?»

«Vale, mira». Mark se sentía más feliz si seguía hablando al Pacífico. «Fue culpa mía. Tienes razón. Lo admito. La cagué. Ahora, si no tienes comida, si pensaste que tendríamos la oportunidad de comprar algo, tengo algo de comida en mi mochila. Puedes quedártela. Si alguno de nosotros va a pasar hambre, ese debería ser yo».

«Eso no es lo que quiero».

Algo en su voz le indicó a Mark que la mirara. La Sra. Runsen ya no parecía tan enfadada. Lo cual le preocupaba aún más. Ella le miraba fijamente con la mandíbula apretada, desafiante. Decidida.

«Entonces, ¿qué quieres?»

«Sabes perfectamente lo que quiero».

Durante diez segundos se miraron sin decir nada.

La Sra. Runsen extendió la mano.

«Tu marihuana».

«¿Qué?»

«Tu *alijo*. El resto de tu marihuana». La Sra. Runsen se acercó, con expresión feroz. «No intentes decirme que no la tienes. No. Te. Atrevas».

Mark hizo una mueca y decidió que, después de todo, era mejor mirar al océano.

«Quizás tengas que pensar y ver el mundo con tu mente sobria todo el día. ¿No sería horrible?»

«Mira», dijo Mark, mirando al Pacífico, «estás enfadada. Vale. Lo entiendo. Es culpa mía. Pero eso ...». Se obligó a mirarla. «Eso es realmente extremo, ¿vale? No es necesario».

«¿Ah, sí?»

«Vas a estar conmigo de ahora en adelante. No voy a colocarme delante de ti. Así que todo lo que haga va a ser limitado».

Estás hablando de un completo desperdicio de lo mejor ... un completo desperdicio para nada». Mark intentó parecer solícito. «Si tienes sed, tengo una cantimplora. Puedes quedártela. Si tu saco de dormir no es cómodo, podemos intercambiarlos. Sé que la he cagado ...».

«Por la marihuana», interrumpió la Sra. Runsen con frigidéz, insistiendo. «Si quieres saber cuál es la forma correcta y decente de compensar lo que hiciste, te acabo de decir cuál es. Tu marihuana es el problema, así que quiero la marihuana. Y cualquier otra droga que tengas. Y punto».

Cinco segundos de silencio, luego diez, luego quince.

Mark la miró.

La Sra. Runsen seguía con la mano extendida.

Le vino a la mente un recuerdo vívido, de hacía solo unas semanas, en el que miraba la blusa planchada de la Sra. Runsen mientras ella se inclinaba sobre él, observando cómo se le dilataban las fosas nasales al oler su barba. Mark buscó desesperadamente una razón decente para negarse.

Pero: ciento cincuenta millas y tres horas en la dirección equivocada. Se sintió hundido.

«Putá arpía», murmuró Mark entre dientes. Metió la mano en sus vaqueros, sacó la bolsita de marihuana y se la entregó.

«¿Eso es todo? ¿Tienes otras drogas?»

«Sí, eso es todo. No, no tengo nada más». Mark la miró desafiante. «No te voy a dar mi pipa. ¿De acuerdo? Solo tiene cenizas dentro. No podría colocarme ni aunque me la *comiera*».

La Sra. Runsen se arrodilló, rebuscó en su mochila y sacó una goma elástica y una piedra del acantilado. Ató la bolsa a la piedra y la levantó.

«¿Sabes lo que voy a hacer con esto?», preguntó.

«Sí, señora Runsen», respondió Mark con tono sarcástico y cantarín. «Sé sé lo que vas a hacer con ella».

«Hazlo tú».

Le entregó la roca.

«¿Qué?»

«Hazlo tú. Para demostrarte a ti mismo que *puedes* hacerlo. Adelante».

Mark sostuvo la roca y se permitió una última y triste mirada a los cogollos verdes de marihuana a través del plástico transpa-

rente. Luego, resignado y decidido, se echó hacia atrás y lanzó la bolsa de marihuana con la roca lo más lejos que pudo hacia el océano.

Toda su hierba. Se había ido.

«Gracias», dijo formalmente la Sra. Runsen.

«Vete a la mierda».

Contemplaron el océano sin decir nada. Mark inclinó la cabeza para contemplar la bóveda estrellada y recordó haber hojeado uno de los libros de mesa de café de su compañero de piso sobre constelaciones. Estaba colocado y no recordaba ninguno de los nombres.

Ningún porro hasta llegar a Los Ángeles. Dios.

«No hace tanto frío como pensaba», dijo la Sra. Runsen. Parecía que estaba siendo amable después de salirse con la suya.

«Normalmente no hace tanto frío junto al océano».

«¿Qué hacemos ahora, señor experto en autoestop? ¿Volvemos a la autopista y levantamos el pulgar?»

Mark negó con la cabeza. «No. De noche, ni hablar». Cogió su equipo. «He visto un campo abierto al otro lado de la autopista. Podemos dormir allí. Por la mañana ... habrá tráfico y podremos ver con quién vamos a viajar. Quizá pueda buscar algún cartón para hacer un cartel».

La Sra. Runsen se echó al hombro la mochila y el saco de dormir y le siguió por el sendero hasta el desvío. Se acercaba un coche en dirección sur, con dos haces de luz atravesando la noche. La Sra. Runsen le miró con curiosidad.

«No por la noche».

Cruzaron la Ruta 1, apartaron las zarzas y la hierba de la pampa para trepar por el terraplén al otro lado. En la cima había una zona de césped corta y bastante llana, fuera de la vista de la carretera.

«Esto servirá», dijo Mark, y dejó caer su mochila.

La Sra. Runsen dudó. Miró el césped y luego a Mark.

«Aquí no hay un Hilton, señora Runsen».

«¿Te vas a portar bien?»

«¿Portarme bien cómo?»

«Ya sabes a qué me refiero».

Ella levantó la cabeza y le miró con desafiante obstinación. Mark puso los ojos en blanco y dirigió una mirada desconcertada

a las estrellas, como si compartiera una broma con un espectador imaginario.

«No sé cómo decírtelo, señora Runsen, pero no eres precisamente mi tipo ideal de fantasía sexual. ¿De acuerdo? Que tú olieras mi barba nunca me excitó demasiado».

La Sra. Runsen frunció los labios, con aire ofendido. A Mark no le importó. Casi media onza de marihuana de calidad, tirada al mar.

«De hecho, señora Runsen ...». Se arrodilló junto a su mochila, abrió las correas y añadió: «... si llegara el caso, si realmente no pudiera esperar para satisfacer mis necesidades masculinas, creo que preferiría ir a cazar por los campos en busca de una bonita novilla receptiva antes que molestarte. Creo que seguimos estando en tierra de ganado, incluso tan al norte».

«Qué comentario tan grosero».

Mark se encogió de hombros y quitó su saco de dormir de la mochila. «Supongo que soy un tipo perfectamente grosero». Hizo un gesto expansivo, en los alrededores. «Puedes acostarte donde quieras. Vete a dar una vuelta y escóndete de mí, si quieres. Pero si te metes en problemas, puede que no te oiga».

Mark desenrolló su colchoneta de espuma y colocó el saco de dormir encima. Oyó a la Sra. Runsen refunfuñar y luego vio cómo su mochila caía al suelo junto a él. La zona cubierta de hierba era llana, pero no muy grande. La única opción razonable era colocar su saco de dormir junto al suyo.

Mark se quitó los zapatos y se metió en el saco de dormir sin desvestirse. Observó con leve interés cómo la Sra. Runsen se enrollaba una media alrededor del pelo y luego levantaba los brazos para ponerse un gorro de ducha acolchado. La parte inferior de su jersey se subió y Mark se quedó boquiabierto al ver un grueso vendaje en su cintura.

«¡Dios mío, ¿qué te ha pasado en las costillas!?»

La Sra. Runsen le miró con desagrado.

«Algo a lo que me gustaría ponerle una venda».

«¿Algo muy secreto, eh?»

«Si quieres llamarlo así».

«Como por qué llevabas esa peluca amarilla».

La Sra. Runsen se quedó en silencio durante casi un minuto. Se quitó los zapatos y siguió el ejemplo de Mark, metiéndose vestida en su bolsa. Parecía a la defensiva.

«Pensé que nos ayudaría a conseguir un viaje».

Mark resopló. «Claro, claro. Con las gafas de sol».

La Sra. Runsen no respondió. Mark se giró hacia ella, apoyándose en el codo.

«Algo está pasando contigo, señora Runsen. Quizás esta mañana estaba demasiado atontado para darme cuenta, pero ahora no. ¿Desde cuándo una persona tan recta y buena como tú deja su trabajo para irse a Los Ángeles con un porrero como yo? ¿Con cinco horas de antelación y una peluca rubia de prostituta? No, no lo creo».

La Sra. Runsen frunció el ceño y no dijo nada. Mark pensó que parecía avergonzada. Se acercó la mochila, la utilizó como almohada y se tumbó a mirar las estrellas.

«No quieres decirme nada, no pasa nada. Formamos equipo para ir a Los Ángeles. Es un hecho. Pero entre nosotros dos, señora Runsen, quizá sea *yo* quien tenga más motivos para preocuparse de que *mi* compañero de viaje me ataque en mitad de la noche».

La Sra. Runsen giró la cabeza sobre la mochila y le miró con suavidad.

«¿No crees que es un poco maleducado seguir llamándome por mi apellido?»

Mark resopló. «Bueno, eso es otra cosa que nunca me has dicho. Tu nombre de pila. ¿Cómo se supone que debo llamarte?»

«Odetta», dijo la Sra. Runsen en voz baja. «Con dos Ts. Odetta. Buenas noches».

Se giró de lado, alejándose de él. Mark miró la parte posterior de su cabeza, cubierta por el gorro de ducha, luego se metió en su saco de dormir y cerró los ojos.

Odetta. Era un nombre extraño, ¿no? No, espera; ¿no había una cantante folk negra llamada «Odetta»? Odetta Holmes. Quizá le habían puesto ese nombre por la cantante.

Pero no: probablemente nadie había oído hablar de «Odetta Holmes» por entonces. Así que le habían puesto ese nombre extraño por alguna otra razón.

Al menos estaba descubriendo algo sobre ella. Mientras se peinaba, se le había salido del jersey un collar con una cruz cristiana. Quizá le pediría que la llevara a la vista cuando hicieran autoestop. Quizás eso les ayudaría a conseguir que les llevaran.

Mark sintió que perdía el conocimiento, las fantasías del sueño comenzaron a flotar ante sus ojos. Pensó somnoliento en intentar bajar por el acantilado para recuperar su alijo después de que ella se durmiera, calculó que las probabilidades de sufrir lesiones graves o la muerte eran superiores al cincuenta por ciento, y decidió no hacerlo. (Además, estaba empapada en agua salada. Lo que podría añadir un toque extraño a la marihuana. ¿Quién sabe?). Su último pensamiento consciente fue que se sentía incómodo con alguna parte de lo que ella acababa de decir. Le molestaba, pero no sabía por qué. Sentía que se le escapaba algo.

## CAPÍTULO VEINTIOCHO

A la mañana siguiente, Mark se despertó en la penumbra violácea del amanecer y vio un rectángulo irregular de cartón junto a su saco de dormir. Parpadeó y levantó la vista. La Sra. Runsen — Odetta — estaba de pie junto a él, enrollándose un pañuelo estampado de flores alrededor del pelo. Mark pensó que se parecía a una cantante africana que había visto en el programa de Ed Sullivan.

«Dijiste que querías hacer un cartel». Ella señaló el cartón con la cabeza.

Mientras escribía L-O-S A-N-G-E-L-E-S en el rectángulo, Mark habló de lo que esperaba del día que tenían por delante.

Hacer autoestop, dijo, era como jugar al billar: querías meter la bola, pero también querías dejarte un buen posicionamiento para el siguiente tiro. En el autoestop, el posicionamiento podía ser mucho más importante, pero no había mucho que pudieras hacer al respecto sin interrogar al conductor antes de subir. Si te dejaban en un lugar con buenas condiciones — con mucho tráfico, buena visibilidad y espacio para que los conductores se detuvieran — podías estar mejor que antes. Pero que te dejaran en un mal lugar podía ser peor que cualquier trampa de arena en el golf, y los autoestopistas no podían aceptar una penalización para ser transportados mágicamente a un buen lugar. Podías quedarte atrapado durante un tiempo largo o tener que caminar durante horas para llegar a un lugar mejor.

Los autoestopistas a veces dejaban grafitis en las señales de tráfico. Si el grafiti era lo suficientemente malo — el equivalente a «Llevo seis horas atrapado en este agujero», escrito por diferentes autoestopistas en diferentes días — tal vez les convendría más abandonar antes de empezar y caminar hasta otra rampa de acceso.

Querían ser educados y amables con los conductores que los recogían, en parte porque era lo correcto y en parte porque un conductor al que le caían bien sería más proclive a dejarlos en un buen lugar. Pero antes de subir al coche:

«... déjame hablar primero con el conductor», dijo Mark, y esperó a que Odetta asintiera con la cabeza antes de continuar.

«Hay gente con la que no quieres subir al coche. Tienes que confiar mucho en tu instinto».

• • •

Su primer viaje fue con alguien que Mark nunca hubiera imaginado que se detendría: un hombre de aspecto escandinavo, con el pelo gris, una chaqueta azul marino y un Cadillac casi nuevo. Mark calculó que el tipo debía de tener al menos sesenta años. El anciano se detuvo en el arcén, los trató como si fueran huéspedes del Sheraton mientras cargaba su equipaje en el maletero y cortésmente bloqueó el paso a Mark mientras le abría la puerta delantera a Odetta.

Se llamaba Carl. Pareció decepcionado al saber que no eran pareja.

«Yo fui uno de los Freedom Riders», dijo Carl con orgullo. Habló de su participación en las protestas por los derechos civiles de principios de la década de 1960: sentados en los mostradores segregados de los restaurantes de Carolina del Norte y del Sur; ataques de turbas contra los autobuses integrados en Alabama.

«Me senté a una silla de distancia de Martin Luther King Jr. en un mitin», dijo. Se tocó la patilla. «Estaba lo suficientemente cerca como para ver el corte en su mejilla donde se había afeitado. Justo aquí. Un corte de media pulgada». Asintió con la cabeza a Mark, que estaba en el asiento trasero. «Tan cerca de él como tú lo estás ahora de mí. Martin Luther King, Jr.».

Carl los dejó al norte de Fort Bragg, les estrechó la mano a ambos e insistió en que aceptaran una bolsa de frutos secos como regalo de despedida.

«No esperes muchos viajes como ese», le dijo Mark a Odetta.

Su siguiente trayecto fue con un mujer gorda, de pelo crespo y voz ronca, una neoyorquina que dijo que cambiaría un viaje por ayuda para leer un mapa. «Tengo hipermetropía», dijo. Mark se sentó a su lado, estudió el mapa y la guió hasta la salida deseada. La mujer se detuvo rápidamente en un mal lugar, dijo «¡Fuera! ¡Fuera! ¡No tengo todo el día!» y se marchó a toda velocidad tan pronto como dejaron sus cosas en la acera.

«Te dije que el primer tío no era el típico», dijo Mark.

Su tercer viaje fue en una furgoneta comercial hippie, prima espiritual de la camioneta de Barba de Amish, con destino a una comuna cerca de Albion. A Mark no le sorprendió ver a otros posibles habitantes de una comuna junto a la Ruta 1, todos jóvenes y con el pelo largo: una pareja que se dirigía al norte con camisetas teñidas a mano, encorvados bajo mochilas que al menos duplicaban el tamaño de la de Mark; un chico de no más de catorce años, sin camiseta y con rastas rubias que le llegaban hasta la cintura, empujando valientemente una carretilla llena de madera. Y otros más.

Mark cedió el asiento de la rueda de la furgoneta a una Odetta que se sentía claramente incómoda y saludó con un gesto sociable al otro pasajero, un joven de aspecto intenso y melena vikinga que le preguntó si los había conocido en Table Mountain.

«¿Qué es Table Mountain?», preguntó Mark.

«Una comuna», respondió el pasajero, y añadió que seguían surgiendo nuevas comunas en la costa norte de California. «La gente quiere volver a la tierra».

Le mostró a Mark una página del *Whole Earth Catalog* sobre cúpulas geodésicas y le dijo que quería ayudar a construir las en su comuna. «Como en Drop City», dijo.

• • •

El conductor salió de la autopista cerca de Albion y los dejó junto a una tienda que era a la vez supermercado y gasolinera. Mark miró su reloj de pulsera.

«Vamos bastante bien de tiempo. Si quieres comprar algo de comida, no vamos a encontrar nada mejor que este sitio».

Odetta se encogió de hombros. Un lacónico dependiente con una barriga de cervecera que sobresalía por debajo de una camiseta de Woodstock les vendió comida y bebida. Mark vio un banco desgastado frente a la autopista y colocó la bolsa abierta de frutos secos en medio. Se sentaron a ambos lados, turnándose para meter los dedos en la bolsa que tenían entre ellos y coger pasas y albaricoques, mientras miraban al otro lado de la Ruta 1 el azul brillante del Pacífico.

Un lugar estupendo para fumar, pensó Mark, e imaginó con tristeza a un halibut afortunado colocándose con su hierba atada a la piedra.

«¿Te importa qué camino tomamos hacia el sur?», preguntó Mark.

Odetta le miró con curiosidad. Mark le explicó que el cruce entre la Ruta 1 y la Ruta 128 estaba a solo unos millas al sur. La 128 los llevaría de vuelta a la 101 y directamente al sur, hacia San Francisco, pero en la 101 había muchos más lugares en los que podían quedarse atascados con un mal posicionamiento. La Ruta 1 era más lenta, pero más tranquila y mucho más bonita, y casi no tenía trampas de arena para los autoestopistas.

«Tú eres el experto», dijo Odetta. «Yo nunca he hecho esto antes».

En ese caso, dijo Mark, improvisaría y tomaría una decisión cuando consiguieran el próximo coche. Entonces:

«¿Quién me delató?»

Odetta siguió masticando y le miró con las cejas arqueadas.

«En Domingas». Mark frunció los dedos como si estuviera sosteniendo un porro y se los llevó a los labios. «Sobre la hierba. Ya puedes decírmelo. ¿Quién?»

Odetta tragó saliva, frunció el ceño mirando la carretera durante unos segundos antes de responder. Luego pareció encojarse de hombros.

«Una de las madres sabía que yo trabajaba como embajadora del centro comercial y me dijo que Papá Noel olía a marihuana».

«Embajadora del centro comercial». Mark resopló. «¡Embajadora! ¿Qué es eso?»

«Una arpía».

«¿Quién era?» Mark intentó recordar a las madres que le habían mirado con recelo. «¿Una chica pelirroja, con el pelo recogido en un moño? ¿Era ella?»

Odetta masticó su sándwich antes de responder. «¿Para poder buscarla y vengarte cuando regreses al norte? ¿Es por eso que quieres saberlo?»

Mark puso los ojos en blanco. Odetta le miró desafiante.

«Porque si estás buscando a alguien para vengarte, ahora mismo estás sentado a su lado».

«Oh, Dios. Déjame en paz ...».

«Lo que te dije iba en serio, Mark. Si me hubiera acercado lo suficiente como para olerte, habría ...».

«¿Ya has terminado de comer?», interrumpió Mark acaloradamente.

Odetta levantó el sándwich a medio comer. «¿Te parece que he terminado?»

Pero Odetta dio otro mordisco, masticó y dejó de hablar. Mark se sintió disgustado.

«No iba a vengarme de nadie. ¿De acuerdo? Simplemente sentí curiosidad». Hizo un gesto suplicante. «Joder, qué sorpresa. Francamente. Papá Noel es un fumeta. ¿Y qué? Solo un niño, exactamente un niño, dijo que Santa olía raro. Por eso detienes toda la fila, me delatas a Bill, montas todo un caso federal ... ¿Alguna vez pensaste en los niños que no tuvieron la oportunidad de hablar con Papá Noel después de que cerraras la fila? ¿Señora Runsen?»

«He terminado», dijo Odetta bruscamente y se levantó.

«Todavía te queda parte del sándwich».

«Prefiero guardarlo o tirarlo a la basura antes que seguir escuchándote».

Empezó a caminar de vuelta hacia la autopista, pero se detuvo de repente y se volvió hacia él. Nuevamente mostró una mirada desafiante, pero ahora también ligeramente incómoda.

«Hay algo que quiero decirte».

Mark esperó.

«Anoche utilicé un lenguaje obsceno contigo cuando salimos de la camioneta. No te pido perdón personalmente, pero quiero decir en voz alta que no quiero ser una persona que utilice ese tipo de lenguaje y que no voy a volver a hacerlo».

Ella se dio la vuelta y siguió caminando hacia la autopista.

«Joder, Dios mío! ¡Dios mío!», rugió Mark. «¿Con qué clase de fanática religiosa estoy viajando?»

Odetta no respondió, y ambos tomaron sus posiciones en el margen de la carretera en silencio. Odetta se colocó delante y levantaba el cartel de «Los Ángeles» con una sonrisa amistosa cada vez que se acercaba un vehículo, pero por lo demás no sonreía ni hablaba con Mark. Él se colocó detrás de ella y de vez en cuando lanzaba miradas pensativas a su compañera de autoestop.

Algo le pasaba, sin duda. Mark recordaba las gafas de sol y la peluca rubia, la evidente mentira que había contado sobre por qué llevar una peluca rubia de prostituta les ayudaría a conseguir que les llevaran. La forma en que se había visto cuando había vuelto al café, preguntándole si podía irse ese mismo día. Estaba aguantando algo, fuera lo que fuera, manteniendo la mandíbula apretada, siendo la señorita Controlada y Compuesta, que había sido en el centro comercial, pero Mark no era ciego; de vez en cuando veía una grieta en la fachada que ella estaba mostrando y notaba que estaba ocultando algo. Algo doloroso.

Mark sintió una leve y fugaz punzada de compasión, pero rápidamente la reprimió. Ella seguía siendo un grano en el culo, le había costado media onza de marihuana que a algún estúpido pez le encantaría y que él había echado en falta toda la mañana. Sus problemas eran sus problemas. La aguantaría un día o dos más, dependiendo de su suerte, y luego: adiós y buen viaje, Señora Odetta Runsen. Así que las arpías también podían tener problemas.

## CAPÍTULO VEINTINUEVE

Su siguiente viaje fue con un terapeuta de Cloverdale que regresaba a casa después de una reunión familiar mensual en Little River. Para entonces, Mark había decidido que hubiera preferido quedarse en la Ruta 1 por la costa, pero un viaje por la Ruta 128 hasta Cloverdale era demasiado bueno como para dejarlo pasar. Cloverdale no solo conectaba con la Ruta 101, sino que los carriles de la 101 discurrían por la calle principal de Cloverdale, atravesando el centro de la ciudad. Perfecto para hacer autoestop.

El terapeuta se llamaba Walt. Tenía unos cuarenta años, era alto y corpulento, y lucía una espesa barba que habría quedado muy bien en el lomo de un oso negro bien alimentado. Mark le había tomado por un leñador cuando subieron al vehículo, pero pronto se dio cuenta de que su conductor hablaba de una manera inusualmente amable y comprensiva, y no se sorprendió cuando Walt dijo que era consejero familiar.

Mark decidió preguntarle por el comentario del pasajero de la furgoneta sobre las comunas de la costa norte. Walt sonrió con melancolía, resignado. La pregunta le había tocado la fibra sensible.

«Hay muchas comunas. La mayoría no duran, pero luego surgen otras». Walt sonrió con ironía. «Los jóvenes quieren huir de los males del mundo moderno. Volver a la tierra, como te dijo ese tipo».

Odetta estaba en el asiento trasero, contemplando las enormes secuoyas rojas que se alzaban a ambos lados de la carretera, que proyectaban sombras moteadas sobre la sinuosa autopista de dos carriles, la empequeñecían y la hacían parecer un callejón que atravesaba el bosque. La ruta 128 recorría el parque de secuoyas de Navarro. Walt conducía con soltura por las curvas y giros que hacía cada mes, y parecía estar tratando de decidir qué decir.

«El problema es», dijo, «que para volver a la tierra, hay que saber cómo vivir de ella y estar preparado para el trabajo que ello conlleva. Muchos de los chicos que vienen aquí han crecido en las ciudades dormitorio. No entienden que estos hermosos bosques no tienen enchufes eléctricos, ni fontanería, ni tuberías de gas».

Suspiró. «Así que acaban pidiendo dinero a mamá y papá, o recibiendo ayudas sociales. Y, al final, se marchan».

Miró a Mark con confianza. «El mundo moderno *es* malo. El Tío Sam envió a mi sobrino a Vietnam. Nadie tiene que convencerme. Pero ...». Levantó el brazo derecho y se tocó la manga de la camisa. «No sé coser, pero el mundo moderno me permite comprar esta cómoda camisa para mantenerme caliente. Me llevaría un par de días caminar desde Little River hasta Cloverdale, pero puedo llegar allí en una hora y media por una carretera moderna que no sabría construir, en un vehículo que no sabría fabricar. Los jóvenes que vienen aquí descubren por las malas lo mucho que damos por sentado».

Condujo en silencio durante el minuto siguiente, aparentemente reflexionando con tristeza sobre lo que le había recordado la pregunta de Mark. Luego, con pena y resignación, dijo:

«He tenido familias que me han consultado porque sus hijos se habían fugado a las comunas. Quizás debería estar agradecido por el negocio».

• • •

Walt los dejó en el centro, entre una gasolinera y un restaurante con servicio en el coche. Mark arrugó la nariz ante el hedor a gasolina mezclado con hamburguesas a la parrilla y observó las carreteras congestionadas de la Ruta 101 que discurrían por Cloverdale Boulevard. Una ciudad maderera. Extendió un brazo para advertir a Odetta cuando un camión de plataforma pasó rugiendo delante de ellos, un Peterbilt cargado con troncos de media tonelada.

«Busquemos un lugar mejor para esperar», dijo Mark. «Tenemos que ser exigentes aquí. ¿De acuerdo? No aceptemos cualquier viaje. Si aguantamos, quizá consigamos que nos lleven hasta Los Ángeles».

Mientras caminaban, él le explicó su opinión, inclinando la cabeza hacia ella y alzando la voz para que se le oyera por encima del ruido del tráfico. El mejor lugar para hacer autoestop que conocía en California estaba al sur de San José, cerca de Morgan Hill, donde un tramo de la 101 se convertía en una carretera lenta, permitida para peatones, con espacio para que los conductores se

detuvieran. Un paraíso para hacer autoestop. Un viajero con destino a Los Ángeles que tuviera la suerte de hacer autoestop en ese lugar estaría loco si aceptara un viaje a, por ejemplo, Bakersfield, o incluso a Lancaster. Habría que aguantar, ser exigente, incluso muy riguroso, y esperar a que alguien te llevara hasta Los Ángeles. Porque con un posicionamiento tan perfecto, seguro que alguien te llevaría.

«Este lugar no va a ser tan bueno, pero parece cercano. Cualquiera que haga una gran gira por la costa oeste podría pasar por aquí. Así que si rechazo un par de viajes, no te sorprendas».

• • •

Pero no fue así.

Llegaron a un buen lugar para pararse, un apartadero sin señalizar al otro lado de un semáforo. Esta vez, Mark sostenía el cartel de «Los Ángeles» y observaba el tráfico mientras Odetta se colocaba a su lado con el brazo extendido y el pulgar levantado.

Quizá si el viaje de sus sueños hubiera llegado en un minuto, no habría tenido tiempo de darse cuenta de que Cloverdale parecía más rural y paleta de lo que recordaba. Pero el viaje no llegó, y pronto decidió que deberían haberse quedado en la costa. Había olvidado el color de Odetta, que era un hombre blanco haciendo autoestop con una mujer negra.

Algunos conductores los miraban fijamente. No todos, ni siquiera uno de treinta. La mayoría de los conductores los miraban de reojo o los ignoraban con caras vacías, inexpresivas y desinteresadas que Mark conocía de todos los viajes que había hecho haciendo autoestop; las caras de los conductores que no se detendrían, las caras que le decían que bajara el pulgar y esperara al siguiente coche.

Pero, de vez en cuando, los miraban con una franca hostilidad que Mark no había visto desde su último y lamentable desliz en la Ruta 99. Quizá fuera casualidad; quizás habían pillado al pueblo en un mal día. Cloverdale parecía un bonito pueblecito si no fuera por la gigantesca autopista que lo atravesaba por el centro como un truño en una ensalada. Pero ahora no daba buena espina.

«Quizá no sea un buen lugar para ponerse quisquilloso», dijo Mark.

«¿Por qué no?»

Mark no respondió. Dos adolescentes blancos en una camioneta con neumáticos gruesos los estaban observando. Desde los carriles en dirección norte, por lo que no estarían a la vista por mucho tiempo. Pero aun así. El conductor era rubio, con el pelo rapado, y los miraba con incredulidad, desprecio y diversión, como si llevaran una pancarta de reclutamiento comunista. Mark observó cómo se movían los labios del conductor mientras hablaba con su compañero y le pareció distinguir un epíteto racista.

El semáforo de la camioneta cambió; los adolescentes se marcharon. Mark miró a Odetta; ella no se había dado cuenta. Mark se retorció, miró al cielo, reconoció su propia ansiedad y deseó por enésima vez esa mañana que todavía tuviera su alijo. Si ese viaje de sus sueños llegara pronto. Tenían toda la 101 en dirección sur pasando junto a ellos, coche tras coche, con espacio para detenerse, una vista clara de su letrero de «Los Ángeles». Estarían en movimiento y de camino a un territorio más amigable, con Cloverdale solo como un recuerdo.

Pero entonces oyó, detrás de él, alto y claro:

«¡Concha negra!»

«No mires», dijo Mark rápidamente.

Odetta no miró. Pero era obvio que había oído. Él se arriesgó a echar un rápido vistazo de reojo. Ella parecía sorprendida. Herida. Preocupada.

Mark bajó el cartel de «Los Ángeles», extendió el brazo y levantó el pulgar.

«El primer coche que se detenga, lo cogeremos», dijo Mark.

• • •

Media hora más tarde, Mark se quedó mirando a Odetta mientras ella estaba sentada sobre su mochila en una pintoresca y desolada rampa de acceso a la 101 al norte de Healdsburg. Un joven y corpulento vendedor de madera los había dejado allí diez minutos antes.

Los dejó allí con una disculpa. «Probablemente este no sea un buen lugar para hacer autoestop», dijo, premonitoriamente.

Desde entonces, solo habían pasado tres vehículos. Mark había echado un vistazo a la señal de la rampa de acceso y luego había apartado la mirada antes de que Odetta pudiera ver que la estaba estudiando. Estaba cubierta de grafitis furiosos dejados por otros autoestopistas.

«Siento que haya pasado eso», dijo Mark, avergonzado.

«¿Que sientes qué?»

«Lo que te gritó ese tipo en la última parada».

Odetta se encogió de hombros y miró con expresión impasible las vías de tráfico sin circulación que se extendían a ambos lados. Todavía parecía preocupada cuando se subieron al coche con el vendedor de madera, pero desde entonces se había recuperado. O estaba reprimiendo lo que sentía por haber sido gritada, como había estado conteniendo todo lo demás desde que conoció a Mark en Duerner's.

«Me refiero a que tuvieras que escuchar ese tipo de mierda racista en 1975. En fin, lo siento».

Odetta hizo una mueca, apartó la mirada y no dijo nada. Bueno, pensó Mark; eso era lo que le pasaba por intentar ser amable. Él volvió a acercarse a la señal de tráfico, esta vez sin ocultar su interés por el grafiti.

Era horrible. Le daría otros veinte minutos como máximo, luego miraría el mapa y vería cuánto tendrían que caminar hasta la siguiente rampa de acceso. Un gran contratiempo.

«¿No podemos intentar subir a la autopista?»

Mark negó con la cabeza.

«Extremadamente ilegal. Un viaje de ida a la cárcel. Y peligroso».

«¿Seguimos al norte desde donde empezamos ayer?»

Mark gimió. «Sí, seguimos estando a unas millas al norte de donde empezamos ayer», dijo con voz cantarina. «Y sigo sin tener la hierba que alguien me obligó a tirar al océano».

• • •

Pero fue el siguiente viaje lo que molestó a Odetta. Le recordó aquella vez en el centro comercial, cuando había dejado de intentar sacarla de quicio y luego lo había conseguido sin querer, con una broma inocente.

El Buick, relativamente nuevo, se detuvo justo cuando Mark estaba a punto de sugerir la larga caminata hacia el sur hasta la siguiente vía de incorporación. Conseguir un viaje tan pronto en una rampa de acceso tan poco transitada fue una suerte fantástica, como meter una bola de golf en el hoyo desde una mala posición en un obstáculo de arena. Mark y Odetta se subieron en la parte posterior, detrás de una pareja negra de aspecto burgués y su hijo, que parecía estar en edad escolar primaria. Parecían demasiado rectos como para recoger autoestopistas. Mark supuso que se habían detenido por Odetta.

O que el conductor había parado por Odetta, ya que era obvio que llevarles no había sido idea de su esposa. Ella los ignoró de forma ostensible, como si su marido, con su espíritu cívico, hubiera visto dos sacos de basura junto a la carretera y hubiera decidido llevarlos al vertedero más cercano.

El conductor les dijo que iba a Santa Rosa y luego volvió a lo que parecía ser una discusión interminable con su esposa sobre su peso. Mark se enteró por la conversación de que iban a hacer un tour por la región vinícola durante las vacaciones del marido.

«Las vacaciones son para nuestro disfrute *personal*», dijo la esposa. Mark calculó que ella tenía unos quince kilos de sobrepeso. «¿Quién hace dieta en vacaciones? Los restaurantes son lo *mejor* de las vacaciones. Me gusta comer».

«Desde luego que sí».

«¿Qué quieres decir con eso?»

Y así sucesivamente. La esposa interrumpía de vez en cuando la discusión para decirle a su hijo que se estuviera quieto. Pero el niño era extrovertido y quería asomarse por encima del asiento para socializar con los inesperados recién llegados.

«Me sé las tablas de multiplicar», dijo con orgullo.

«¿*Todas?*», preguntó Mark, y volvió a meterse en su papel de Papá Noel, interrogando al niño con ligereza mientras el Buick avanzaba hacia el sur por la autopista. Se sentía relajado, agradecido por el rescate de la vía de entrada a la tierra de nadie y por el cambio de ritmo que suponía viajar en un coche limpio y casi nuevo.

Pero Odetta apenas hablaba. Frunció los labios en una mueca tensa mientras observaba la charla del chico con Mark, y luego se

volvió para mirar por la ventana de su lado. Como si no quisiera que le vieran la cara.

• • •

«College Avenue habría sido mejor», reflexionó Mark veinte minutos más tarde. Miró distraídamente a Odetta, que caminaba detrás de él, absorta en sus pensamientos. «Aunque esto también puede estar bien». Entrecerró los ojos para mirar hacia el horizonte, tratando de calcular cuántas horas de luz les quedaban. «No vamos a conseguir que nos lleven a Los Ángeles desde aquí, pero quizá lleguemos a Frisco».

Caminaban hacia el sur por Santa Rosa Avenue, en fila india, muy al sur del centro de la ciudad, a través de un distrito industrial llano y poco desarrollado, con gasolineras, almacenes y solares vacíos. Mark había hecho autoestop allí una vez y recordaba que había buena visibilidad y poco tráfico. La entrada a la autopista estaba a un tercio de milla, marcada por un pequeño bosquecillo.

«Quizá podría haberle insistido más para que nos dejara en College», dijo Mark. «Verás, ese es el problema de hacer autoestop. Ese tipo nos salvó el culo sacándonos de ese agujero. Y luego presionarle para que se desviara de su camino ... ¿quién quiere ser un capullo con alguien que te ha hecho un favor?»

«¿Cómo crees que se lo habría tomado?»

Entonces se volvió para mirar a Odetta, cambiando la mochila de hombro y girando la cabeza mientras caminaba con dificultad por la grava y la maleza del arcén. Ella no respondió. Mirando con tristeza al suelo delante de ella, con las manos enganchadas en las correas de la mochila.

«¿Qué pasa?»

«Nada», dijo Odetta.

«Podrías haberme engañado».

La observó un momento más y luego volvió a fijar la vista en la carretera. No era problema suyo. Barcos que se cruzan en la noche. No conseguía entenderla, pero había muchas cosas en la vida que no lograba comprender, y en un día o dos ella sería algo que no había conseguido entender y que nunca volvería a ver.

Vaya, cómo deseaba seguir teniendo su alijo. Esa sensación de inquietud y nerviosismo, como si su piel no le quedara bien.

Los árboles que marcaban la entrada a la autopista estaban a solo unas pocas yardas. Mark se detuvo e intentó imaginar la vista del conductor de la carretera cercana para elegir el lugar ideal donde pararse.

«Quizá si retrocedemos unos diez pies ...», murmuró, y luego se volvió hacia su compañera de viaje.

Odetta estaba llorando.

Impotente, con los ojos bajos y los labios temblorosos. Las lágrimas brillaban en sus mejillas.

«¿Qué pasa?», preguntó Mark desconcertado.

Odetta no respondió.

«No podemos hacer autoestop si estás llorando».

Odetta no dijo nada. Mark se quitó la mochila y la dejó en la grava junto a una valla metálica frente a un concesionario de casas móviles.

«Será mejor que te sientes».

«Yo ... estoy bien», balbuceó Odetta.

«No lo creo. Quitate la mochila y ponla encima de la mía. Siéntate. Vamos a descansar un rato».

Odetta dudó un momento más, pero luego obedeció. Se sentó sobre las mochilas como si fuera un taburete, sin mirar a Mark, con el pecho agitándose entrecortadamente bajo el jersey. Mark entrecerró los ojos para mirar la avenida Santa Rosa, observó los coches que de vez en cuando se dirigían hacia el sur por la rampa de acceso y se preguntó cuál de ellos les habría llevado hasta Frisco.

Bueno, eso era lo que se merecía, ¿no? Había estado demasiado ausente en Duerner's y en Peters Creek como para prestar atención a la advertencia. Las señales eran evidentes: las gafas de sol, la peluca rubia, la disposición de una persona integra a hacer autoestop ... y ahora estaba pagando el precio. Ella podría montar un pollo de la hostia y acabar en un hospital psiquiátrico. Quizá nunca salieran de Santa Rosa.

Un conductor redujo la velocidad cerca de la acera y miró a Mark y a su compañera llorosa con expresión interrogativa y solícita. Intentaba ayudar. Mark negó con la cabeza y sonrió; el conductor se alejó a toda velocidad. Seguro que el tipo les habría llevado. Quizá hasta Frisco, o más allá. Seguro ...

Odetta había dejado de llorar. Estaba sentada con las manos sobre las rodillas, mirando fijamente un punto de la acera, con el pecho subiendo y bajando de forma regular. Mark la observó y, al recordar el gran vendaje que le rodeaba la cintura, sintió que su impresión cambiaba. Quizás ella era realmente la santurrona sobria que se había metido con él en Domingas, pero también una mojugata que estaba pasando por algo muy, muy duro que él desconocía. Eso destrozaría a cualquiera.

«Ya estoy bien», dijo Odetta. Se secó los ojos.

«Tómate tu tiempo». Mark se estiró, levantó los brazos por encima de la cabeza y miró el tráfico. «Llora si necesitas. Me estaba quedando rígido de cargar con esa mochila todo el día».

Mark volvió a ver el vendaje cuando Odetta sacó un pañuelo de sus vaqueros para secarse los ojos. De nuevo, puso las manos sobre las rodillas, miró fijamente al frente y se concentró en su respiración.

«Oye, ¿qué te pasa?», preguntó Mark. «¿Por qué estás haciendo un viaje como este? ¿Qué ha ocurrido?»

«*No voy a hablar contigo de mi vida privada!*», dijo ella acaloradamente.

Ella casi le había gritado. Con una mirada repentina, furiosa y desafiante, la mandíbula apretada y temblando. Era como si él le hubiera pedido que confiara en el peor de los criminales: un violador, un pedófilo. ¿Era eso lo que ella pensaba de él?

Mark dio un paso atrás, sorprendido, dolido. Como si ella le hubiera abofeteado.

«Oh. Vale. Que le den a Mark por culo, ¿no?» Su voz se endureció. «¿Entonces, ha terminado ya con su llantina, señora Runsen? ¿Podemos irnos?»

Odetta asintió y se puso de pie.

## CAPÍTULO TREINTA

Mark rechazó dos ofertas antes de que llegara su transporte. La primera fue de dos tipos de cuello azul en una camioneta de doble cabina con neumáticos gigantes, que parecía que debería estar transportando munición y rifles AR-15 para una feria de armas. A Mark no le gustó la forma en que miraban a Odetta de arriba abajo, y dijo que esperarían a un viaje más largo. La segunda fue de una mujer agobiada que parecía la hermana perdida de Woody Allen, que dijo que tenía que recoger unos himnarios en una iglesia cerca de Two Rock. No sabía dónde estaba la iglesia y Mark también desconocía dónde estaba Two Rock.

Su gran billete de ida hacia el sur resultó ser en un Rambler destartalado conducido por un anciano blanco, calvo y barbudo con un collar de conchas marinas sobre una camiseta dashiki. Les dijo que podía llevarlos hasta Haight, en San Francisco, pero que quería ir por una ruta panorámica: al menos hacia el este, hasta McNear's Beach, y luego quizá con otro desvío a Tiburón, si el tráfico lo permitía.

«Esto me trae muchos recuerdos, tío», dijo. «No he estado tan al sur en al menos cinco años».

El asiento delantero estaba repleto de libros sobre la Nueva Era (curación con cristales, tantra, poder de las pirámides), así que se apilaron en la parte trasera con sus mochilas. El Rambler era una chatarra. Temblaba y resoplaba hasta alcanzar los cincuenta millas por hora, y en el carril lento de la 101 no iba más rápido, mientras que uno de cada tres conductores que les adelantaba por el carril central les lanzaba miradas asesinas por conducir tan despacio.

Baldie era un auténtico hippy. Durante todo el trayecto hacia el sur, pasando Petaluma y Novato, habló de los días gloriosos del Verano del Amor, los Love-Ins y los Be-Ins, Janis y Jimi, y de la vez que consiguió LSD personalmente del único e inigualable Owsley en una de las primeras pruebas con ácido. Odetta se tensó en cuanto dijo «LSD», pero Mark siempre quería complacer al conductor e ignoró su reacción. Charló con Baldie sobre colonos pasados, contó la historia del colocón de pesadilla de su compañero de piso con 300 microgramos en Altamont, cuando, en pleno subidón, vio a Meredith Hunter ser apuñalado por los

Hells Angels. «¡Vaya mierda!», exclamó Baldie, y Mark vio cómo Odetta negaba con la cabeza y ponía los ojos en blanco.

Al norte de San Rafael, Baldie salió de la autopista para tomar la ruta panorámica. El Rambler avanzaba a trompicones y tosiendo como un borracho por un barrio residencial de lujo, y luego la parte «residencial» se fue diluyendo hasta convertirse en robles del valle y colinas color almendra, mientras el Rambler luchaba por subir una larga y suave pendiente.

Diez minutos más tarde, avanzaban dando tumbos por el condado de Marin, en medio de la nada. Un par de campos de fútbol de marismas verdes y espesas se extendían hacia el este, con la costa de la bahía de San Pablo más allá, y colinas boscosas flanqueando la carretera. Habían adelantado a un corredor cinco minutos antes, y a un ciclista un minuto antes, y a nadie más desde entonces.

Baldie había encendido los faros. Quizás aún podía conducir sin ellos, pero no por mucho tiempo. La luz se estaba desvaneciendo rápidamente, se había atenuado hasta convertirse en suaves tonos morados y rosados. Mark supuso que Baldie se saltaría el desvío a Tiburón, ya que sería de noche antes de que llegaran allí.

«¿Dónde estamos más o menos?», preguntó Mark.

«¡En la carretera hacia McNear's Beach!», respondió Baldie alegremente. «Solíamos tomar ácido aquí. Y lo mejor después de eso ...».

Baldie sacó un porro gordo, lo encendió y se lo pasó a Mark mientras retenía el humo.

Mark casi lo cogió. ¡Dios mío, cómo deseaba ese canuto! Prácticamente podía saborear el porro húmedo entre sus labios, sentir el humo de la marihuana recorriendo sus bronquios para proporcionarle A-L-I-V-I-O. Incluso empezó a estirar la mano para cogerlo.

Pero entonces pensó en Odetta.

El hecho de fastidiarla no le molestaba. Le habría encantado fastidiarla. Era saber que ella *esperaba* que él aceptara el porro, como lo que un policía cínico esperaría de un mirón abandonado solo en un dormitorio de mujeres. No podía darle esa satisfacción.

Así que dijo: «Lo siento, tío. Me encantaría. Pero ella está intentando dejarlo. Si fumo contigo, volverá a recaer». La miró con inocencia. «Odetta, ¿cuántos días llevas sobria?»

Eso fue todo lo que necesitó. Odetta tomó la palabra.

«¿Podrías parar el coche y dejarnos bajar?»

Mark se quedó mirándola. Baldie ladeó la cabeza hacia ella.

«No me siento cómoda en un vehículo con un conductor que fuma marihuana», dijo Odetta con frialdad.

A Baldie no le gustó eso. Mark vio cómo apretaba la mandíbula.

«Espera ...», comenzó Mark, pero no pudo decir nada más. Estaba conmocionado, miró boquiabierto a Odetta y abrió la boca como un pez enganchado a un anzuelo.

Baldie giró bruscamente a la derecha y frenó.

«¡Fuera!», dijo.

• • •

Medio minuto después, Mark estaba de pie junto a su equipaje y su compañera de viaje, viendo cómo las luces traseras del Rambler se desvanecían en la distancia.

Mark se volvió hacia ella, con el rostro rígido por la sorpresa y la ira.

«¿¡Estás loca de remate?!»

Odetta se enderezó y le devolvió la mirada con altivez y aire de superioridad moral. Mark sintió como si estuviera alucinando. Se imaginó a un jugador de baloncesto volviendo al banquillo tras fallar tres tiros libres decisivos, regañando a su entrenador por no haber pedido al árbitro que cambiara el balón por uno menos gastado.

«¿Qué estás ...? Iba a llevarnos a ...? ¿¡Sabes dónde estamos?!», balbuceó.

«Estaba fumando marihuana».

«¿Y? ¿Y qué? ¿Qué se supone que debemos hacer ahora?»

«Podemos pedirle a un conductor sobrio que nos lleve».

«¿Quién está *dónde*, exactamente? ¿Un conductor sobrio que está *dónde*?» Mark agitó los brazos y señaló hacia el pantano y las colinas oscuras. «¿Ves a alguien por aquí, señora Runsen? ¿A

alguien?» Se llevó las manos a la boca. «¡Hola, señor conductor sobrio! ¡Por favor, llévenos a San Francisco!»

Y Mark vio que ella lo había entendido. Al menos un poco. Por fin. Como si fuera una estudiante brillante que acababa de suspender su experimento de química en la feria de ciencias. Odetta frunció el ceño y su expresión de superioridad se desvaneció.

Mark resopló con disgusto, se echó la mochila al hombro y empezó a caminar hacia el sur por la carretera en medio de la nada. Unos segundos más tarde, oyó sus pasos detrás de él.

«Estamos haciendo autoestop. ¿De acuerdo? ¿Señora Runsen? No vamos a recibir viajes de chóferes a sueldo». Mark siguió caminando, pensando que podía explicarle los entresijos de la vida del autoestop sin mirar atrás. Mirarla solo le enfadaría. «No lo conseguimos todo a nuestra manera. Ahora bien, si hubiera estado zigzagueando entre carriles, si hubiera estado a punto de provocar un accidente, eso habría sido diferente. Pero no en el momento en que se enciende un porro. ¿De acuerdo? No si es nuestro único billete de vuelta a la civilización».

«¿Qué vamos a hacer ahora?»

«Bueno, podemos intentar que alguien nos lleve. Incluso de noche. Eso demuestra lo desesperado que estoy». Mark miró hacia la bahía de San Pablo. «Te diré lo que voy a hacer. Mañana, debajo de “Los Ángeles” en nuestro cartel, escribiré: “Solo aceptamos conductores sobrios, con empleo y cristianos temerosos de Dios”. ¿Qué le parece, señora Runsen?»

«¿Me llamas por mi apellido porque estás enfadado conmigo?»

Eso fue suficiente. Mark se volvió para enfrentarse a ella. Ella se detuvo, con los pulgares enganchados bajo las correas de la mochila que parecía demasiado grande para ella, como si esperara a que él la regañara. La luz casi se había apagado. Todo era difuso, tenue, onírico, una mezcla de violetas y azules en la noche cada vez más profunda. No podía ver su rostro con claridad, ni siquiera a unos pocos pies de distancia. Su expresión parecía diferente a cualquier otra que le hubiera visto antes: resignada, tranquila. Triste.

«Bueno, ¿cómo se *supone* que debo comportarme contigo, señora *Runsen*? ¿Si soy un niño despreciable y egoísta, si

ni siquiera soy lo suficientemente bueno como para intentar ser amable contigo cuando empiezas a llorar? Quizá no me caes lo suficientemente *bien* como para llamarte por su nombre de pila. Señora *Runsen*».

Mark dio media vuelta y volvió a caminar por la carretera, enfadado. Sabía que era inútil, estaban demasiado lejos de la civilización como para llegar a ningún sitio a pie, pero al menos cuando caminaba no tenía que mirarla. Mark oyó el crujir de sus pasos, contempló pensativo el paisaje casi nocturno que tenía ante sí, las colinas y los bosques cubiertos de sombras negras que casi se fundían en color con la sinuosa carretera.

«Mark, ¿puedo hacerte una pregunta personal?»

Mark resopló. «Puedes intentarlo».

«¿Cuántos años tenías la primera vez que liaste un porro?»

«¿Qué?»

«¿Cuántos años tenías?»

«La primera vez que *lié* uno?» Mark frunció el ceño; ¿qué clase de pregunta era esa? «Bueno, la primera vez sería la primera vez que fumé uno. Tenía catorce años».

«Entonces te gano», dijo Odetta en voz baja. «Yo tenía ocho años».

Eso le impactó.

Mark se detuvo y se volvió hacia ella, que le miraba con una pequeña sonrisa de pesar, como si hubiera decidido confesar un secreto familiar que sabía que le sorprendería.

«¿¡Qué?!»

«Era mi pequeña tarea cuando me quedaba con mi padre», dijo Odetta con naturalidad. «Vaciaba la bolsa sobre la mesa ...». Movi6 las manos, como si estuviera separando la marihuana en montones sobre un periódico. «... ponía todas las semillas y ramitas a un lado, y toda la marihuana al otro. Mi padre estaba orgulloso de mí. Le gustaban más mis porros que los que él hacía con la máquina de liar».

Y siguió mirándole con una media sonrisa, resignada y un poco triste. Mark la miró boquiabierto durante unos segundos más, luego se dio la vuelta y empezó a caminar de nuevo. Sobre todo para que ella no le mirara, para poder pensar en privado.

Liar porros cuando tenía ocho años. Eso era digno de figurar en el libro de los récords; aunque su despistada madre fuera

una fumeta empedernida, nunca le habría encargado esa tarea cuando estaba en primaria. Pero ¿por qué había querido contárselo ahora?

Mark oyó sus pasos detrás de él, el sonido constante de sus pies sobre la grava.

«Por supuesto, lo principal para mi padre era el alcohol», continuó Odetta. «Pero la marihuana le gustaba casi igual. Por eso me enfadé tanto cuando hiciste esa bromita sobre que mi padre era traficante. Eso me tocó demasiado de cerca.

«Así que sí que conozco la marihuana, Mark. Mejor de lo que me gustaría. Pero no sé hacer autoestop. Por lo tanto, si crees que debería haber aguantado a ese hombre a pesar de lo que fumaba, lo siento».

Por eso se lo había contado. Para llegar a una disculpa.

Mark no respondió de inmediato. El pantano discurría paralelo a la carretera por el lado de la bahía, pero podía ver que el asfalto se elevaba más adelante entre dos colinas bajas coronadas de árboles. Ya había adivinado que pasarían la noche allí.

«No pasa nada», dijo finalmente. «Ayer nos metí en un lío y hoy te ha tocado a ti. Así que estamos en paz».

• • •

Durante la siguiente hora, ofrecieron sus pulgares y sus sonrisas felices a exactamente tres conductores. Cuando pasó el tercer coche, Mark decidió que ya habían sido masoquistas durante suficiente tiempo por una noche.

«Más vale que lo dejemos. Esto no va a funcionar».

«¿Qué hacemos?»

Él señaló con la cabeza las colinas que flanqueaban la carretera frente a ellos. «Básicamente lo mismo que hicimos ayer. Acampar. Mañana lo haremos mejor, cuando puedan vernos».

Ella le dejó ir delante, como si saber hacer autoestop significara que él también sabría dónde acampar. Se desvió de la carretera para subir una pequeña colina en el lado interior y oyó a Odetta romper ramas detrás de él mientras se abría paso entre robles y arbustos en busca de un claro. Tuvo que adentrarse más en la espesura que la noche anterior, pero finalmente encontró una zona lo suficientemente amplia y llana para colocar dos sacos

de dormir. Esta vez, Odetta extendió su saco junto al suyo sin decir nada.

Mark se adentró en la maleza para orinar. Cuando regresó, Odetta se estaba enrollando una media alrededor del pelo, como había hecho la noche anterior. Mark se metió en su saco y la miró mientras ella se colocaba el gorro de ducha y se metía en el saco contiguo al suyo.

Pero era temprano, y supuso que ella tampoco tenía sueño todavía, y fue ella quien sacó el tema del consumo de marihuana de su padre. Así que le preguntó:

«¿Alguna vez fumaste con él?»

«¿Perdón?»

«Marihuana. Cuando tenías ocho años.»

Él se volvió hacia ella dentro de la bolsa, apoyando su peso en un codo. Ella no respondió de inmediato. Estaba tumbada boca arriba con las manos cruzadas detrás de la cabeza, como la noche anterior, mirando las estrellas.

«Me temo que sí», dijo ella finalmente. «Dos veces. Por desgracia. Entonces mi madre se enteró. No es la mujer más valiente del mundo, pero aquella vez se plantó».

«¿Te gustó?»

Ella frunció los labios, como si estuviera tratando de decir. «Sí, pero no. Sabía que papá me estaba haciendo hacer algo malo». Le miró. «Incluso una cria de ocho años tiene sentido común sobre lo que deben hacer los niños».

Y luego, tras una pausa, preguntó en voz baja:

«Sabes que tienes un problema, ¿verdad, Mark?»

«¿Un problema con qué?»

«Ya sabes a qué me refiero».

«Oh, Dios ...».

Se dejó caer de espaldas y sacudió la cabeza mirando al cielo. Harto.

«Otra vez eso. Madre de Dios. Mira, ¿podrías dejarlo ya? Ahora estoy limpio. ¿No rechacé a ese tipo en el coche? ¿Qué más quieres?»

Odetta no respondió. Mark siguió mirando las estrellas con disgusto, como si una de ellas tuviera que ser el hogar de un dios autoestopista que apreciara lo molesta que era. Ella los deja tirados en medio de la nada y ahora iba a ser su psicoanalista. «Sabes

que tienes un problema, ¿verdad, Mark?» Como el número que le había montado su orientador del instituto cuando sacó tres suspensos en segundo curso. Con esa actitud de «me preocupo tanto por ti».

Pero también sabía que estaba irritado en parte porque ella le había preguntado algo que le resultaba delicado, delicado y defensivo, y mientras miraba la interminable panoplia astral de estrellas blancas brillantes, Mark volvió a pensar en cómo había hojeado con la boca abierta y la mirada perdida el libro de su compañero de cuarto sobre constelaciones. Estaba demasiado drogado para entenderlo o recordarlo, y por eso no reconocía nada de lo que ahora brillaba en el cielo.

«Vale, me has pillado», dijo, y giró la cabeza para mirarla. «Si quieres que lo admita, lo admitiré. Tengo un problema. Fumo demasiada marihuana. ¿Qué te parece? Pero si yo fuera tú, señora Runsen, si estuviera intentando salir de la ciudad haciendo autoestop con un fumeta, llevando una peluca rubia de prostituta y gafas de sol, no creo que me apresurara a insistir a la gente sobre sus problemas. ¿De acuerdo? Porque, entre nosotros dos, diría que el que parece tener un problema mayor no soy yo».

Odetta no dijo nada. Mark rebuscó en su mochila para hacer una almohada más cómoda y volvió a mirar las estrellas. Touché. Se lo tenía merecido. Así no volvería a intentar ese numerito de consejera escolar con su aire de superioridad moral, pero entonces, mientras se felicitaba a sí mismo y contemplaba las estrellas, recordó cómo se había visto ella ese mismo día en Santa Rosa, tratando de no llorar, y la sensación que había tenido entonces: que tal vez no había hecho nada malo y era una víctima, aunque no quisiera decirle por qué.

Así que, impulsivamente, Mark se volvió hacia ella y dijo:

«Vale, siento haber dicho eso. Te pido perdón, Odetta».

No hubo respuesta.

«¿Odetta?»

«¿Qué?»

«¿Me has oído? He dicho que lo siento».

«Tienes derecho a decir lo que piensas», dijo ella. Con calma, como si estuviera recitando un verso de un poema infantil.

«Quiero decir, no quieres hablar de ello. Está bien. No hace falta que te moleste con eso. No sé qué es, pero puedo ver que tienes algo importante entre manos».

Ella no respondió, y en medio del silencio él se sintió incómodo y extraño, así que añadió: «Mira, ¿puedes al menos decirme adónde vas en Los Ángeles? Necesitaré saberlo cuando lleguemos más al sur».

«Voy a Lynwood a quedarme con unos familiares», dijo Odetta en voz baja.

Hablaron de forma intermitente durante otra media hora. Era temprano. Ella tampoco estaba cansada. Al cabo de un rato, decidió que no se había arreglado su pelo bien, y él le preguntó por qué tenía que recogerlo. «Para que no se me despeine», respondió ella, y él le preguntó por qué no podía llevar simplemente un afro, y ella le preguntó si creía que Domingas la habría contratado si hubiera tenido el pelo como Angela Davis. «No», respondió Mark, y luego añadió que ella tampoco sonaba especialmente negra y que no le parecía bien que los afroamericanos, solo por ser negros, intentaran tener el pelo como los blancos o hablar como ellos.

Y entonces él no sabía si ella iba a pegarle o a echarse a reír, pero finalmente le dijo con exagerada paciencia que si no le sonaba lo suficientemente negra para su gusto era porque, mientras crecía, su madre había trabajado durante doce años como empleada doméstica para una familia de Berlín y ella había crecido jugando con sus hijos («Que *no* fumaban marihuana», añadió) e incluso celebrando las fiestas con ellos. Pero para entonces, Mark se sintió somnoliento y dijo: «Está bien, está bien», y dejaron de hablar.

Pero antes de quedarse dormido tuvo la misma sensación de la noche anterior: que había olvidado algo, que había pasado por alto algo, que ella acababa de decirle algo importante y que él no había entendido qué era.

## CAPÍTULO TREINTA Y UNO

11/5

Paul:

Me has conmocionado. De verdad, sin exagerar: me has conmocionado. Ojalá hubieras podido ser una mosca voyeurista en el estante de revistas del supermercado esta mañana, cuando un impulso fugaz llevó a tu amigo trotamundos a coger un ejemplar de *White Rhino* de la repisa y echar un vistazo dentro.

¡Arregla mi pinchazo si esa revista no me incluyó! ¿Dónde encontraste esa vieja foto que usaron, Paul? Debe haber sido tomada para una credencial de gira, pero he olvidado los detalles. No puedo imaginar lo que los clientes del mercado que pasaban por allí habrán pensado de mí en ese momento: un comprador anónimo, anodino y vestido con indiferencia en el estante de revistas; un hombre de mediana edad, solo, desconocido (ya que solo estoy de paso por la ciudad), con los ojos de par en par y la boca abierta, mientras inspecciona con cara de asombro la revista *White Rhino* abierta que sostiene entre sus dedos temblorosos.

«*Cartas de Rhaytana*». Sencillo. Directo al grano. ¿Sugeriste tú el título de la serie? «*Rhaytana on the Road*» habría sido más aliterado.

No es que no me lo advirtieras. Mi error fue no tomarme en serio la petición. «Así que Paul quiere compartir mis cartas en una

fanzine», pensé. «¿Qué más da? ¿Quién lee una fanzine?» Lo que no tuve en cuenta es que los fanzines se convierten en revistas. *White Rhino* ahora tiene una tirada nacional, y *Cartas de Rhaytana* se ha subido al carro.

Sin embargo, para bien o para mal, el conocimiento de esta inesperada fama me agobia con un sentido de la responsabilidad. Mi vida puede ser un libro abierto (supongo), pero ¿debo escribir con la misma libertad que antes, sin saber que mis palabras pueden ser leídas por mentes quizás impresionables?

Tengo dudas sobre mi carrera, Paul. Los titanes del rock and roll cuyas giras gestioné aparecen con demasiada frecuencia en mi retrovisor como flautistas de Hamelin, llevando a la ruina a sus crédulos jóvenes fans, especialmente por su consumo de drogas. Considera el balance en el depósito de cadáveres: Jimi Hendrix, Janis Joplin, Jim Morrison, todos muertos por sobredosis. ¿Y cuántos otros se fueron pudriendo en privado y gradualmente, acabaron en hospitales, celdas de prisión, pabellones psiquiátricos? No se presentaban a sí mismos como modelos a seguir, pero el cantante o guitarrista favorito de un quinceañero inevitablemente acabará siéndolo ... y como modelos a seguir eran similares a los vendedores de coches usados más sórdidos del concesionario más mezquino del país, estafadores que retuercen los odómetros, desconectan las luces de aviso, echan sellador en los radiadores y serrín en las transmisiones. Quemaron a sus seguidores, los desviaron gravemente

## Capítulo treinta y uno

del camino. Rara vez uno se imagina a Jimi, Jim o Janis con un traje barato de poliéster bajo un cartel de «E-ZEE-credit-Used-Cars», mirando lascivamente a sus víctimas potenciales, pero así es como a veces los imagino hoy en día.

A menudo organizaba giras para músicos con fans adolescentes y veinteañeros. *White Rhino* está claramente orientado a ese grupo de edad. Puede que estos jóvenes no hayan pedido nacer (y puede que esgriman ese argumento con ira en discusiones con sus atribulados padres), pero sin duda han nacido, y les irá mucho mejor en sus vidas no deseadas si desarrollan hábitos personales que hayan demostrado ser compatibles con la a menudo difícil vida terrenal.

Autodisciplina. No comer helado si tienes veinte kilos de sobrepeso, no dormir hasta las 10:00 si tu trabajo empieza a las 8:00, ser lo suficientemente disciplinado como para seguir tus propios buenos consejos. Autocontrol. No puedes robarlo porque lo quieres ni matarlo porque no te gusta.

Y quizá, sobre todo, la sobriedad. Necesito mi mente lúcida y libre de sustancias tóxicas para navegar por la vida, para mostrarme qué caminos tomar, en qué creer. ¿Debo suponer que los futuros atletas, músicos o estrellas de cine famosos como yo no tienen que preocuparse por aburridos planes vocacionales, o practicar kick boxing por la salud, o ir de pasajero en la moto de un motorista borracho porque se cree que tiene una moto molona? Y por razones puramente estéticas: si somos los seres más

inteligentes de nuestro planeta, ¿no es de mal gusto corromper el núcleo de esa inteligencia con drogas o alcohol?

Ahora me arriesgo a acercarme incómodamente a una confesión que me duele.

Puede que sea más agnóstico que ateo, pero tampoco soy fan de las religiones del mundo, como ya sabes. El creacionismo, el Juicio de Scopes, jóvenes con el cerebro lavado y aterrorizados por doctrinas sin base científica, guerras sangrientas y vergonzosas libradas con adolescentes como carne de cañón para ver qué deidad inventada de cómic es más santa que la otra. Pero dicho esto, creo que las religiones del mundo al menos intentan proteger a sus jóvenes de los vicios ancestrales que se celebran agresivamente en la cultura musical pop, en las páginas de revistas como *White Rhino*. Se me ocurren tres conocidos que han jurado que no habrían sobrevivido a su infancia en los guetos estadounidenses sin sus iglesias.

(Y al escribir esto, sin duda sellaré el ataúd de las entregas mensuales en el futuro. ¡Siéntete absolutamente libre de enviar esta misiva a *White Rhino*! Vi anuncios de papel de fumar, pipas de agua, hidroponía y pinzas para porros con joyas mientras hojeaba ese ejemplar en el supermercado. Si publican esto, o incluso me mencionan de nuevo, me comeré mi boina vasca).

## CAPÍTULO TREINTA Y DOS

A la mañana siguiente tuvieron suerte. Hacer autoestop podía ser como jugar al billar, como él le había dicho a Odetta, pero también podía ser como la ruleta, o los dados ... o intentar elegir la cola más rápida para pagar en la caja, o casi cualquier otra actividad humana que pudiera salir bien o mal dependiendo de si se tenía un buen o un mal día.

Al amanecer, recogieron sus cosas, se echaron las mochilas al hombro y bajaron a trompicones por el monte y las zarzas hasta llegar a la carretera. Al amanecer, parecía aún más desierta que la noche anterior, pero justo cuando Mark se estaba preparando para esperar dos horas un Citroën DS beige con forma de porro gigante apareció en la curva, y, maldita sea, el primer vehículo del día los recogió.

Y tuvieron suerte de nuevo. Como estar en racha en un casino. En solo diez minutos, en una pésima vía de acceso, consiguieron que los llevaran hacia el sur por la 101, y el conductor resultó ser un veterano en las técnicas del autoestop, que hizo un desvío solo para ellos y los dejó en una rampa de acceso junto a una taberna antigua y peculiar, a una milla al norte de la salida de Sausalito. Había espacio para que los conductores se detuvieran y tiempo para que los evaluaran antes de hacerlo.

«Esperemos aquí a que aparezca algo bueno», dijo Mark.

«Algo bueno» no apareció en más de una hora. Mark rechazó viajes a North Beach y Daly City, reprimiendo sus nervios. Se sentía como si estuviera en una gran partida de póquer con solo cuatro cartas de un color.

Pero la quinta carta del color apareció justo cuando estaba a punto de retirarse: un viejo Volvo blanco, con forma de bulbo, con guardabarros redondos y un portaequís fijado al techo.

«¿Hasta dónde vas?», preguntó Mark ...

... y cogió su bolsa con un gesto de aprobación hacia Odetta tan pronto como escuchó la respuesta: San Luis Obispo. Doscientas cincuenta millas al sur, lejos de la ciudad y del bullicio de las zonas residenciales de la península de San Mateo/Santa Clara, donde se había quedado atrapado haciendo autoestop al menos cuatro veces. Su gran viaje.

• • •

«Soy Wyatt», dijo el conductor, y le tendió la mano después de que se subieran al coche. Odetta dijo que quería dormir la siesta y se subió atrás.

Mark pensó que tenía pinta de «Wyatt» y estuvo a punto de mirar debajo del asiento para ver si tenía espuelas y un lazo. Wyatt era ancho de hombros, rondaba los cuarenta años y parecía un forajido hippie de pelo largo que podría haber desenfundado su pistola contra el sheriff Matt Dillon en una reposición de *Gunsmoke*. Pero las primeras impresiones engañaban: Wyatt había trabajado como roadie e incluso conocía a Rhaytana.

«No como amigo», subrayó Wyatt. «Era un alto cargo, muy por encima de mí en la jerarquía. A veces le veía charlando con el responsable de dirección escénica, pero eso era todo». Wyatt le miró. «Yo era un simple peón. Me inicié en el mundo de la música, tuve la experiencia, pero eso fue todo».

Durante los últimos siete años, añadió Wyatt, había trabajado como auditor corporativo.

Mark pensó que podría pedirle alguna pista, por si acaso. Para entonces se encontraban al sur de la ciudad, cerca del aeropuerto; Mark se giró para mirar por encima de la cabeza de la dormida Odetta y ver las letras «South San Francisco» en Sign Hill.

Sorprendentemente, Wyatt tenía algunas:

«Podrías buscar a Zeke Wilson y Cal McGrath. Eran muy amigos de Rhaytana. No tengo ni idea de dónde están, ni siquiera si siguen en California, pero podrías consultar el libro». Wyatt frunció el ceño y pensó. «Además, había un motel en el que se alojaban muchos músicos. El Dixon ... Dixie ... Dix algo así. Cerca de la 405, en Culver City. Rhaytana no, él tenía su propia casa, pero si solo está en la ciudad para este evento benéfico, ¿quién sabe?»

Mark sacó un bolígrafo y garabateó los nombres en el reverso de un recibo. Se sentía emocionado. Era una locura, las pistas tenían siete años, pero el hecho de haberlas conseguido, de haber conocido de camino a Los Ángeles a un antiguo profesional del mundo de la música que había trabajado con Rhaytana ... Era como una señal.

Wyatt redujo la marcha para adelantar a un camión. Mark le echó un vistazo de reojo. Wyatt parecía alguien que acababa de responder educadamente a preguntas sobre un pariente indeseado y repudiado.

«¿No te caía bien?»

«¿Quién? ¿Rhaytana?» Wyatt se encogió de hombros. «No podía gustarme ni disgustarme. Nunca le conocí. Es solo que ...». Parecía incómodo. «Esas cosas que escribió sobre Jimi y Janis. Y el Rey Lagarto. Escribir que los imaginaba como vendedores de coches usados de mala muerte, con trajes de poliéster ... eso es bastante frío». Wyatt negó con la cabeza en señal de reproche. «Quiero decir, ellos eran toda nuestra época. Cuando nos hagamos viejos, cuando miremos atrás al tiempo que pasamos en la tierra, Jimi, Janis, Jim, ellos son a quienes recordaremos».

Wyatt miró a Mark, para ver si lo entendía.

«Quizá fueran malos ejemplos», dijo Wyatt, «pero eran *nuestros* malos ejemplos».

. . .

Un par de horas más tarde se acercaron a las primeras salidas hacia Salinas, una tranquila ciudad agrícola en el interior de la costa central de California. Wyatt dijo que tenía que hacer una parada rápida allí para ver cómo estaba la madre de un amigo.

«Para asegurarme de que está bien y de que toma sus medicinas», explicó. «Podríamos parar a comer. Yo vivía aquí».

Wyatt los llevó a una alegre cafetería decolorada por el sol, situada bajo dos palmeras lanudas. Odetta le hizo una serie de preguntas corteses sobre su trabajo como auditor. Era su turno de entretener al conductor, pensó Mark, y se concentró en su hamburguesa.

Pero mientras limpiaba el ketchup con sus papas fritas, Mark mencionó casualmente cómo su barba había acabado con su suerte como autoestopista.

Wyatt se recostó en el asiento y esbozó una amplia sonrisa. Mark intuyó que había sacado un tema sobre el que el conductor tenía una opinión.

«Tío, te voy a ser sincero», dijo Wyatt. «Casi no te recojo». Señaló con la cabeza su barba. «Desde el volante, resulta bastante intimidante. Podrías salir al escenario con ZZ Top».

Mark se retorció. Odetta parecía divertida. Wyatt miró su reloj de pulsera y echó hacia atrás la silla.

«Tardaré unos cuarenta minutos en ver cómo está mamá», dijo. «Podéis quedaros aquí si queréis, pero os voy a hacer una oferta».

Y entonces hizo su propuesta: conocía a un barbero a solo una calle de distancia y le ofrecería a Mark un afeitado gratis, si quería.

«Yo invito», dijo. «Ahora soy un ejecutivo profesional. Puedo permitírmelo». Levantó las manos como gesto de buena voluntad. «Pero solo si te apetece. Es tu vida, tu pelo, tu asunto».

Y Mark se oyó decir que sí.

Seis meses para dejarse crecer la barba hasta esa longitud. Había pensado que no cambiaría su barba ni por un kilo de marihuana hawaiana. Pero el «sí» salió de su boca antes de que tuviera tiempo de pensar, y entonces se puso de pie, ignorando a una sorprendida Odetta mientras cogía el billete de Wyatt y escuchaba sus indicaciones sobre cómo encontrar la barbería.

Sabía que ella era la razón. Para demostrárselo. Ella podía pensar que era un porrero asqueroso como su padre, que por las razones personales que fueran había tenido que asociarse con un paleta fumeta de aspecto ridículo con una barba tan frondosa como la mitad de su pecho, y podía lavarse las manos y desinfectar su ropa una vez que se separaran en Los Ángeles. Bien, podía pensar eso, pero él le demostraría que bajo esa barba al menos tenía un aspecto atractivo. Aunque no mucho más.

• • •

Mark encontró al barbero dormitando en la única silla de la peluquería, bajo un póster que mostraba peinados masculinos de los años cincuenta. Era completamente calvo, tenía un sobrepeso considerable, se presentó como Slim y dijo que cortaba el pelo por envidia.

«Como un eunuco que trabaja en películas porno», dijo Slim, y se dio un golpecito en la cabeza pelona.

Media hora más tarde, Mark se levantó de la silla de barbero y se miró en el espejo, con la cabeza bien afeitada por primera vez en dos años. Slim se colocó a su lado y le dedicó un silbido de admiración.

«Jesús Pesus», dijo Slim, «¡mira lo que he desatado en el mundo!»

Se giró hacia una puerta cerrada al fondo de la tienda.

«Mabel. ¡He dicho MABEL! ¡Mueve el culo y ven a ver lo que ha traído la granja de sementales a Salinas.»

La puerta se abrió y salió Mabel, la rival de Slim en cuanto a corpulencia, luciendo un peinado de un palmo de altura, de color naranja chillón, que parecía hubiera sido colocado con una soldadora. Mabel miró a Mark de arriba abajo, sacó la lengua y empujó su pelvis de forma sugerente hacia las caderas de Slim.

«Te haré un diez por ciento de descuento si te follas a mi mujer», dijo Slim.

• • •

De vuelta en las filas de los Romeos, pensó Mark con resignación, e ignoró a dos chicas que le miraban mientras regresaba al café. La decisión estaba tomada: no podía pegarse el pelo.

Odetta estaba de pie frente a la cafetería. Mark no le quitó los ojos de encima mientras se acercaba y se sintió satisfecho al obtener la reacción que esperaba. Ella estaba claramente sorprendida, aturullada, e intentó sin éxito ocultar su sorpresa. Le había pillado desprevenida.

«¿Qué tal estoy?», dijo Mark.

«Bien», dijo Odetta en voz baja. Apartó la mirada. «Muy diferente.»

«¿Bien? ¿Eso es todo?»

Ella se recuperó y esbozó una sonrisa. «¡Qué vanidoso eres!»

Wyatt regresó cinco minutos más tarde y miró a Mark con seriedad mientras subían al Volvo.

«Te escondías detrás de esa barba», dijo.

## CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Pero en San Luis Obispo les tocó un mal viaje.

Wyatt los dejó en el centro. Odetta y Mark le dieron las gracias y volvieron a la autopista. La vía de acceso no era muy buena, pero San Luis Obispo era una ciudad pequeña, agradable y tranquila. Mark pensó que conseguirían el siguiente coche en media hora. Era una suerte, porque se estaba haciendo tarde. Solo les quedaba una hora de luz.

Pero nadie se detuvo. Pasaron treinta minutos, luego cuarenta, cincuenta. Mark hizo una mueca de dolor cuando se acercaron los primeros coches con los faros encendidos. No estaban cerca de una farola; en plena oscuridad, los conductores solo los verían claramente por un momento al barrerlos con los faros. Lo cual sería lo peor para sus expectativas.

Quizá por eso le dijo que sí al conductor de ese Valiant rosa vómito. Aunque tuvo un mal presentimiento en cuanto se detuvo.

• • •

El conductor se inclinó sobre el asiento para abrir la puerta del copiloto. Mark le vio a la luz del techo: blanco, delgado, de unos treinta y cinco años, con orejas grandes, mandíbula estrecha y cabello que había retirado uniformemente de su frente, como una manta enrollada que deja al descubierto parte de un huevo.

El asiento trasero estaba lleno de cajas, pero había espacio para tres personas en el asiento delantero dividido del Valiant.

«¿Adónde vas?», preguntó Mark.

El conductor sonrió y agitó la mano con impaciencia. «A Santa Bárbara». Su voz era nasal y áspera. «Adelante, pon tus cosas encima de las cajas».

Mark abrió la puerta trasera y agarró la mochila de Odetta por la correa. La estaba apilando encima de las cajas cuando vio que Odetta ya había abierto la puerta y se estaba deslizando junto al conductor. Se le hizo un nudo en el estómago. Debería haber dicho algo. No quería que se sentara junto a ese tipo.

Ya era demasiado tarde. Mark cogió su mochila y la colocó junto al cartel de «Los Ángeles», y mientras se sentaba junto a

Odetta, giró la cabeza para echar otro vistazo al asiento trasero. Para asegurarse de que las mochilas no se cayeran y arrugaran los laterales de las cajas y tal vez enfadaran al tipo.

Fue entonces cuando vio la revista porno. Mientras el conductor ponía el Valiant en marcha, acelerando hacia la rampa de acceso. Quizá Mark la había golpeado al apilar las mochilas.

El título era SUCK, en enormes letras blancas sobre fondo rojo sangre, y debajo, ocupando casi toda la portada, había una foto. Por supuesto, era una foto de una mamada, ¿qué otra cosa podía ser con ese título?, pero aunque era muy raro llevar ese tipo de revista en una caja abierta, incluso en 1975, lo que a Mark le ponía los pelos de punta era la forma en que se lo estaban haciendo. En la foto se veían los dedos clavándose con fuerza en la sien de la mujer, con la boca llena y toda la sensación de que la estaba *obligando* a hacerlo. Como si el objetivo de la foto fuera mostrar a la mujer obligada a hacerlo contra su voluntad.

«¿De dónde venís vosotros dos?», preguntó el conductor. Miró por el espejo retrovisor y se incorporó al tráfico de la 101 en dirección sur.

«Desde el norte de San Francisco», respondió Mark. «Gracias por llevarnos».

«Es un viaje largo», comentó el conductor.

Se quedó en el carril lento. Mark vio cómo miraba a Odetta, fijándose en su cuerpo, de forma demasiado directa y evidente. Odetta no parecía darse cuenta. Mirando al frente, en silencio. El asiento delantero apenas tenía espacio suficiente para los tres. Su pierna casi tocaba la del conductor; tal vez se sentía incómoda por estar tan cerca de un desconocido. O tal vez para entonces también había captado una mala vibra sobre él.

Pero conducía bastante bien. Mark miró a través del parabrisas, al mar siempre cambiante de luces traseras rojas en la noche cada vez más profunda, las siluetas sombreadas de los árboles y edificios junto a la 101. Pasaron un par de minutos.

Quizá fuera una falsa alarma. Al tipo le gustaba masturbarse con una revista porno. ¿Qué le importaba a él?

«¿Vais a una comuna?», preguntó el conductor.

Odetta negó con la cabeza. «Tenemos destinos diferentes».

«Creía que todos los hippies vivían en comunas». Miró con lascivia, como si esperara que alguno de ellos soltara un chiste.

«No somos exactamente hippies», dijo Mark.

«Me gustaría visitar una de esas comunas», dijo el conductor.

«Yo también tengo curiosidad», dijo Mark.

El conductor esbozó una sonrisa lasciva. «He oído hablar de una en la que lo único que hacen todo el día es follar. Eso es todo. Follan todo el día como conejos».

No, pensó Mark, quizá no sea una falsa alarma después de todo.

Mark dio dos golpecitos rápidos con el lado del pie izquierdo contra el tobillo de Odetta, como única advertencia que podía darle, y se giró en su extremo del asiento para poder mirar mejor al conductor.

Éste se reía entre dientes, sonriendo con complicidad y cinismo. Su perfil aparecía y desaparecía de su campo de visión, iluminado intermitentemente por los faros de los coches que circulaban por los carriles en dirección norte. Sonreía como si supiera algo, como si conociera la verdad sobre cómo pasaban realmente el tiempo los hippies.

«Lo que he oído es que algunas de las chicas se follan a diez tíos al día», dijo el conductor. «Con todos los tíos de la comuna. Ya sabes. Amor libre. A veces, la comuna las prostituye para comprar drogas».

«No sabría decirte», respondió Mark.

Odetta miraba al frente, con los ojos muy abiertos, fijos en la autopista. Paralizada. Quizá porque Mark la había advertido con el pie. O quizá porque este hombre blanco enfermo ya estaba tan lejos de todo lo que ella había conocido que no sabía cómo comunicarse con él como ser humano. Como si se hubiera encontrado con un animal rabioso.

Así que dependería de él, pensó Mark.

Infeliz y resignado, Mark deslizó la mano derecha por el bolsillo del mapa de la puerta y comprobó la presencia del bulto metálico del cuchillo en la parte exterior de su tobillo derecho, debajo del pantalón. Estaba allí.

Una precaución, tras el casi combate de lucha libre con el Marine cachondo. Nunca había pensado siquiera en sacarlo de su funda.

«En las comunas también hay adolescentes», dijo el conductor. Se rió. «Si una hippie tiene edad suficiente para tener la regla, entonces tiene edad suficiente para follarse. ¿No? Uno de los sementales más viejos le quita la virginidad y luego ella puede follarse como una profesional y ganarse el sustento».

El conductor sonrió, se pasó rápidamente la lengua por la boca, como si disfrutara saboreando la imagen que había ofrecido. Mark buscó posibles vías de escape en el arcén de la autopista. Le latía el corazón con fuerza.

No había ninguna buena vía de escape. Esta parte de la 101 atravesaba campo abierto: colinas, árboles, hierba, sin edificios. No se le ocurría ninguna excusa para que el tipo detuviera el coche, y si lo hacía — se detuviera junto a la autopista, les dejaría abrir la puerta y sacar sus mochilas — huirían hacia el bosque. Si Sicko llevaba un arma escondida y le apetecía seguirlos para practicar tiro al blanco ...

Pero se estaban acercando a Pismo Beach. Mark rebuscó en su memoria los viajes anteriores en autoestop por la 101, la ruta al sur de San Luis Obispo. Pismo, la playa; tenían que estar cerca. Subirían una colina y allí estarían, al oeste.

«¿Cómo os enrollasteis?», preguntó el conductor.

«No nos enrollamos», respondió Mark. «Nos unimos para hacer autoestop juntos. Eso es todo».

El conductor miró con lujuria. «¿Solo alguien con quien follarse en el camino, eh?»

«No es eso, tío», dijo Mark. «Por favor, no hables así».

Volvió a bajar la mano derecha hasta el tobillo, se subió el pantalón y sacó el cuchillo de la funda, recordándose a sí mismo mientras lo hacía, rogándose, suplicándose que tuviera cuidado, c-u-i-d-a-d-o, a pesar de su miedo, porque si se le caía y se deslizaba bajo el asiento de un coche desconocido a toda velocidad en la autopista, sería como si nunca lo hubiera tenido.

¿Podría este bastardo enfermo tener su propio cuchillo en su lado del coche? ¿O una pistola? Mark miró las manos del conductor, iluminadas intermitentemente por el pálido amarillo de los rayos de los faros, cuyos dedos huesudos golpeaban ligeramente la parte superior del volante de plástico. Si tuviera un cuchillo o una pistola, ¿a qué velocidad podría sacarlo?

Quizás aún no llegaría a eso. Quizás este tipo no era más que un enfermo, un bocazas enfadado, y llenaría el coche con su rap enfermizo sobre comunas sexuales y putas adolescentes y asustaría a Odetta, pero aún así los dejaría apearse en Pismo si Mark decía que querían bajarse antes. Quizá, pero no lo parecía, no con la forma en que este tipo estaba intensificando su discurso enfermizo de 0 a 100 solo unos minutos después de que se subieran al Valiant, y Mark apretó el mango del cuchillo y miró al conductor sin expresión, y esperó.

A través del parabrisas, Mark vislumbró las sombras negras de unas colinas bajas. Se acercaban a una elevación; la autopista se curvaba hacia arriba y hacia el este. Pismo, la playa. Estaba seguro.

El conductor resopló, como si Mark le hubiera tomado por tonto.

«¡Oh, déjalo! ¿No te has tirado a una chica *negra*? ¿Cómo follan los negratos? ¿A quién quieres engañar?»

La voz de Mark se endureció. «Tío, se acabó el viaje. Para y déjanos salir del coche. Nos has confundido».

Odetta temblaba. Rígida, petrificada, con los ojos muy abiertos, pegados a la carretera.

El conductor se rió aún más fuerte, le ignoró y no hizo ningún movimiento para detenerse. «No lo creo. Apuesto a que a tu novia negrata le encanta follar. ¿Verdad, cariño?»

Entonces Mark se fijó en la mano derecha del conductor.

La había deslizado fuera del volante. Quizá cuando Mark estaba mirando hacia delante, a la subida de la autopista.

El conductor tenía la mano derecha sobre el muslo de Odetta. En la parte superior del muslo, con los dedos empujando entre ellos. Apretando. Conduciendo con la mano izquierda sobre el volante.

«¡Oh, tío, no la quieres a *ella*!», dijo Mark.

Se movió rápidamente, se golpeó la cabeza con la luz del techo mientras se arrastraba de lado por encima de Odetta, sujetando el cuchillo con fuerza. El conductor maldijo; el Valiant se desvió. Mark se metió en el asiento entre Odetta y el conductor, girándose de lado para mirarle.

«¡Tiene gonorrea, tío! Si te la follas, te saldrán costras por toda la polla. Pero puedes hacerlo conmigo».

«¡Aléjate de mí!», gritó el conductor.

«Pero eres tan guapo ...».

«¡Puto maricón!»

El conductor bajó la mano izquierda hacia el bolsillo lateral de la puerta y empezó a buscar algo a tientas en su lado del coche.

Mark levantó el cuchillo y presionó con fuerza la punta contra el cuello del conductor.

«MANOS AL VOLANTE!», gritó Mark.

Tan fuerte como pudo, con la boca casi tocando la oreja del conductor, giró la punta del cuchillo sobre la barba incipiente del cuello para que el conductor supiera lo que era y golpeó con fuerza con la mano izquierda la nuca del conductor. Un coro indignado de bocinas sonó detrás de ellos cuando el Valiant se desvió brevemente por los carriles.

El conductor jadeó. Sus ojos se abrieron como platos al sentir la hoja del cuchillo. Levantó rápidamente la mano izquierda y ahora ambas manos temblaban sobre el volante.

«Mantén ambas manos en el volante», dijo Mark. Con dureza, pero sin gritar. «Si no veo tus manos, te vas a apuñalar».

«¡Hijo de puta, maricón!», gritó el conductor. Pero mantuvo las manos a la vista sobre el volante.

«Te diré dónde parar», dijo Mark.

Habían pasado la cima. Mark mantuvo la vista fija en las manos del conductor y en su rostro aterrorizado, y echó un vistazo rápido hacia el oeste. Tenía razón: la playa. La tierra al oeste de la autopista descendía hacia el océano. Divisó, abajo, las luces dispersas de las casas.

«Detén el coche cuando te lo diga», le dijo al conductor. «Como si tuvieras un pinchazo. No quiero apuñalarte».

Pasaron los segundos. Cinco, diez, veinte; agonizantes, miserables, insoportables. Mark mantuvo el cuchillo apretado contra el cuello del conductor, miró fijamente sus manos y la autopista que tenía delante, buscando un tramo del arcén que fuera lo suficientemente ancho para detener el coche.

«Aquí mismo», dijo Mark. «Espacio. Las dos manos en el volante».

El conductor se detuvo. Obediente, con los dedos apretados con fuerza sobre el volante y el rostro contraído por el miedo.

«Apaga el motor. Con la mano derecha».

El conductor lo apagó.

Estaban junto a unos árboles y unas yardas de maleza que bordeaban la autopista, en pendiente hacia una valla metálica corta y tambaleante que podían saltar, y luego una carretera. Podían escapar de la vista de Sicko, si tenía un arma y quería vengarse.

Pero aún así era más seguro seguirle la corriente.

«No te lo tomes a mal, tío», dijo Mark, con la hoja aún presionando su cuello. «No te ha salido bien, y a nosotros tampoco». Y luego: «Odetta, saca nuestras mochilas».

Odetta lo hizo rápidamente. Su brazo golpeó el cuello de Mark al agarrar la segunda mochila.

Mark mantuvo la mirada fija en las manos del conductor mientras se deslizaba por el asiento hasta la puerta abierta y ponía los pies en el suave pavimento del arcén.

Luego, a Odetta:

«¡Coge tu mochila! ¡Vamos!»

Cogió su mochila, se deslizó por la pendiente, saltó la valla y se giró para ayudar a Odetta. Y en cuanto se giró, vio que estaban fuera de peligro. La luz intermitente del Valiant parpadeaba; Sicko no tenía intención de quedarse allí. Mark le vio acelerar para incorporarse al tráfico en dirección sur.

Estaban a salvo.

## CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

«Era el verdadero Señor Right, ¿no?» Mark se agachó y guardó el cuchillo en la funda del tobillo.

El Valiant se había ido. Mark se quedó mirando un momento más las vías de la autopista por donde había desaparecido, con el corazón latiéndole con fuerza en las sienas. No había conseguido el número de matrícula.

«Tenemos que llevar a ese tipo al *Dating Game* ... ¡Eh!»

Odetta se había echado la mochila al hombro y marchaba decidida hacia el sur por la carretera oscura que discurría paralela a la autopista.

«¿Adónde vas?!»

Odetta no respondió. Mark cogió sus bártulos y echó a correr para alcanzarla.

«¿Adónde vas?», le preguntó de nuevo cuando estuvo a su lado ella.

«De vuelta a la autopista».

Entonces Mark vio lo agitada que estaba. Su rostro estaba rígido, como una máscara. Como si el shock la hubiera alejado del ámbito del pensamiento racional, como si se hubiera convertido en una autómata loca, un robot estropeado. Ella le miró con los ojos muy abiertos y siguió caminando.

«¿Qué?!?»

«Tenemos que buscar otro coche».

«No, no. Por favor ...».

Él corrió para ponerse delante de ella. Ella intentó rodearle. Él se apartó hacia un lado, bloqueándole el paso.

«Después de eso, no, Odetta. Por favor.».

Ella le miró fijamente durante un momento más, luego bajó los ojos y asintió con brusquedad hacia el pavimento. Mansamente, como si le diera vergüenza reconocer su propio malestar.

Mark miró a su alrededor. A una manzana de distancia, un letrero de neón parpadeaba débilmente frente a una tienda iluminada con luz amarilla; un cliente salió con una bolsa y se subió a un coche aparcado en la acera. Mark vio las luces de otros negocios más lejos, pero nada más cerca. Así que no estaban en el centro de Pismo, si es que estaban cerca de Pismo.

Al oeste, una calle estrecha se inclinaba suavemente hacia lo que, desde la distancia y en la noche, parecía un vacío oscuro: el océano. Mark hizo un gesto y se ajustó la mochila.

«Podemos encontrar un lugar para sentarnos allí».

Empezó a caminar, comprobando que Odetta le seguía mientras avanzaba por la tranquila calle, pasando por acogedoras y compactas casas de playa, algunas ya a oscuras en la temprana tarde de invierno. Un anciano bigotudo levantó una copa de whisky en señal de saludo desde una silla de jardín cuando pasaron por delante de su patio frontal; no se veía a nadie más.

Aún podía oír y sentir los latidos de su pulso. Todo había sucedido muy rápido. Se había tensado al ver el problema que supondría el conductor, pero después había estado demasiado ocupado pensando en sobrevivir como para sentir miedo. Y ahora todo el pánico y el terror que había reprimido le inundaban. Se sentía aturdido, como si alguien le hubiera golpeado por detrás y estuviera tratando de apartar de sus ojos unas luces de colores.

Llegaron al océano. Al final de la calle había un pequeño parque coronando el acantilado, con bancos desgastados por el tiempo frente a las olas. En la distancia, Mark vio las siluetas de los bañistas paseando por la orilla, pero estaban muy lejos. Estaban solos.

Se sentaron en uno de los bancos. Mark se agarró las rodillas y luchó por controlar su respiración, se obligó a contar hacia atrás 10, 9, 8, 7 mientras contemplaba el océano azul medianoche que brillaba en el horizonte bajo la luna y las estrellas, y las pálidas crestas plateadas de las olas rompiendo bajo ellos.

«Bueno, lo siento», dijo finalmente. «Llevo mucho tiempo haciendo autoestop, pero ese es el peor tipo con el que he viajado en coche».

Odetta no dijo nada.

Estaba hecha un desastre. Temblaba, jadeaba por la nariz y miraba fijamente a la nada. Mark hizo una mueca de dolor e intentó imaginar cómo se sentiría la mujer negra de aspecto recto que llevaba su uniforme amarillo y granate al ser manoseada por ese bastardo y tratada de esa manera horrible, enfermiza y racista, además de todo lo misterioso que fuera lo que estuviera pasando.

«¿Quieres mi chaqueta?», le preguntó Mark.

Ella negó rápidamente con la cabeza.

«Vale, ¿por qué no dejamos lo de hacer autoestop?», dijo Mark. «Buscaremos algún sitio para acampar aquí, y mañana seguro que hay algún autobús que vaya a Los Ángeles. Hemos llegado al sur de California. Los Ángeles no está tan lejos. ¿Qué te parece?»

Odetta no dijo nada.

«Mira, ¿podrías comportarte como un ser humano? Grita. Llora. Tira algo. Ese tipo fue horrible. No tienes por qué ser tan dura».

Odetta se estremeció y se cubrió la cara con las manos. Le temblaban los hombros.

Tardó otro cuarto de hora en calmarse. O en calmarse más. Se quitó las manos de la cara, se sentó a mirar el océano con los codos apoyados en las rodillas y respirando con más regularidad.

Y entonces Mark recordó la tienda que había visto en la calle comercial, con el letrero parpadeante.

«Mira, ¿por qué no voy a comprar algo de comer?», dijo él. «Has comido como un pajarito con Wyatt. Algo para beber. Un capricho. Como compensación por lo que hemos pasado. ¿Estás bien aquí sola?»

Odetta asintió con la cabeza. También le gustaría una aspirina, por favor, si la tienda tenía.

«¿Seguro que estarás bien aquí?»

Ella asintió. Mark volvió a subir por la estrecha calle, saludó con la mano y sonrió al anciano bigotudo. Un jubilado de quién sabe qué, pensó Mark: ingeniero civil, inspector postal, conductor de autobús, incluso policía; ¿cuántos miles de trabajadores de Los Ángeles habría que soñarían con colgar sus trajes de oficina en un lugar tan cómodo como este, en la costa central del estado?

Mark vio que el letrero de neón parpadeante era de una marca de cerveza. Entró y un empleado barrigón le saludó con un lacónico movimiento de cabeza desde la caja registradora. Mark cogió unos sándwiches y unos refrescos de una nevera y encontró las aspirinas entre la pasta de dientes y la crema de afeitarse.

Solo cuando se acercó a pagar se fijó en la ordenada fila de botellas de cerveza y licores que había detrás de la cabeza del cajero.

Así que Mark compró una botella de whisky de 80 grados y un rollo de vasos de papel para beberlo.

Porque Odetta no se quejaría. No *podía* quejarse ahora, no después de lo que acababan de pasar. Él tenía los nervios destrozados y ella debía de estar aún peor. Él se tomaría un vaso y ella otro, y beberían mientras comían y se relajaban como seres humanos normales.

Y si ella no bebía, no podía quejarse si él lo hacía. El alcohol no era lo suyo, pero estaba terminando su segundo día completamente sobrio, y esa extraña sensación le había irritado, carcomido y atormentado todo el día. Y ahora el Príncipe Azul en el Valiant. Tenía derecho a tomar algo para calmarse.

Mark regresó rápidamente al pequeño parque, sintiendo el cuello de la botella a través del papel mientras sostenía la bolsa bajo el brazo. Odetta estaba tal y como la había dejado. Mark se sentó en el banco junto a ella, sintiéndose culpable por estar sosteniendo la bolsa de tal manera que ella no pudiera ver la botella a través del papel. Le entregó la aspirina y luego colocó los refrescos y los sándwiches en el banco entre ellos.

Por último, el rollo de vasos. Que no eran necesarios con los refrescos en lata. Odetta miró fijamente y con curiosidad el rollo. Mark se sentó con la bolsa en las rodillas, con la mano cubriendo la abertura de la bolsa.

«Y compré una cosa más, Odetta, para que podamos relajarnos. ¿De acuerdo? Para que podamos dormir».

Mark sacó el whisky.

Más tarde pensó que podría haber sacado una pistola o una foto autografiada del piloto del Valiant. Odetta se echó hacia atrás, frunció los labios y miró la botella con indignación.

«¡No quiero eso!»

«No tienes por qué ponerte así», dijo Mark con paciencia. Desenroscó el tapón. «Es como una medicina. Como en los Alpes, con esos perros de rescate ...».

«¡Mark, ¿cómo puedes hacerme esto?»

Ella temblaba, con los ojos muy abiertos, casi histérica. Mark volvió a tapar la botella con resignación.

«Mira, Odetta ...».

«¿Después de lo que te conté sobre mi padre? ¿Me odias tanto? No quiero *emborracharme* contigo, Mark».

Mark volvió a meter el whisky en la bolsa.

«No puedes estar sobrio ni dos días seguidos. De eso se trata, ¿no?»

Ella le miró fijamente, temblando, con los ojos muy abiertos. Sus labios se crisparon.

Mark la miró a los ojos con una mueca, sintiendo una mezcla de vergüenza e indignación. ¿Qué había de malo en tomar una copa legalmente si no iban a conducir? ¿Después de todo lo que habían pasado?

Pero al mirarla supo que no tomaría la copa, y que en sus pensamientos más furiosos y desagradables sobre la arpía olfateadora de barbas nunca había imaginado ni deseado ver a la Sra. Runsen tan destrozada e histérica como estaba ahora. Era como si la visión de la botella hubiera arrancado la costra de una herida y ahora ella pudiera derrumbarse por completo.

«Está bien, Odetta», dijo Mark. «No tomaremos nada. No debería haber comprado el whisky».

Mark se levantó y se dirigió a un cubo de basura junto a la acera. Entonces pensó en algo y se volvió para ponerse delante de ella.

«Voy a tirar esto, pero quiero algo a cambio».

Odetta le miró. Estaba sentada con los brazos cruzados sobre el estómago y las manos agarradas a los codos. Se estaba calmado.

«Quiero saber por qué estás haciendo este viaje conmigo».

Odetta apartó la mirada inmediatamente. Mark se acercó.

«Yo lo necesito», dijo, y dio unos golpecitos a la botella a través de la bolsa. «Para tranquilizarme. Pero no voy a beberlo, porque no me gusta verte tan alterada. No te odio, Odetta. Lo creas o no, no es así.»

«Pero si tiro este whisky legal que he pagado, quiero saber qué pasa contigo y con este viaje. ¿De acuerdo? No te pusiste esa peluca rubia de prostituta porque pensaras que te ayudaría a conseguir que te llevaran en coche. Si lo tiro, ¿me dirás qué está pasando?»

Odetta hizo una mueca y miró hacia el océano. Pasaron unos segundos. Levantó la cabeza y le miró a los ojos.

«Está bien, Mark. Te lo diré».

En plan mártir total, Mark se acercó al borde del acantilado, se aseguró de que Odetta le estuviera mirando mientras destapaba la botella y vertía el whisky sobre las rocas. Caminó hasta la acera para tirar a la basura la botella y la bolsa, y luego regresó a sentarse a su lado en el banco.

«Dispara», dijo.

Odetta se inclinó hacia delante, se sentó con los brazos cruzados sobre el estómago y las manos agarradas a los codos, se balanceó ligeramente y miró fijamente la hierba mientras le contaba a Mark, con tristeza y calma, la historia del marido violento que había dejado en el norte de California, de sus amenazas de utilizar sus contactos en el departamento de policía para detenerla si intentaba coger un autobús o salir de la ciudad de otra manera. De cómo él finalmente había ido demasiado lejos y de cómo ella había visto el cartel de Mark en el tablón de anuncios del centro comercial solo unas horas después de que su marido le hubiera puesto la plancha caliente sobre las costillas desnudas.

Su marido Phillip.

Mark reconoció inmediatamente la historia: sobre Phillip, Vietnam, los palos punji, la amputación por debajo de la rodilla. En cuanto la reconoció, se sintió desconectado del mundo físico, como si estuviera flotando en un éter no dimensional ante la pareja sentada en el pequeño parque, mientras escuchaba la voz firme, dolorida y pragmática de la mujer y observaba al joven, ahora bien afeitado, que había sido Papá Noel en el centro comercial y estaba sentado a su lado, escuchándola.

Entonces no se dio cuenta inmediatamente de que la historia que ella contaba era cierta. Ella no le miró mientras hablaba, por lo que no vio los signos de su furia e indignación crecientes: que alguien conspirara para gastarle una broma horrible, que el centro comercial supiera desde el principio por qué quería trabajar allí, que su compañera de viaje fuera como una actriz pagada en una farsa metódica, detallada e indescritiblemente cruel.

Pero tal farsa no era posible. No era un truco. No podía serlo. Era imposible.

Mark se tambaleó, pensó que se desmayaría, clavó los dedos en los listones de madera del banco para mantener el equilibrio. En ese momento, al menos, creyó en Dios, total y profundamente, de forma absoluta. Después de todo su esfuerzo, después

## *Capítulo treinta y cuatro*

de haber renunciado prácticamente, de haber abandonado casi toda esperanza de encontrarla: Dios, el destino, una percepción extrasensorial o una coincidencia escandalosa la habían llevado a sentarse a su lado en ese momento. Mark había encontrado por fin a su Greta.

# PARTE IV



## CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Acabaron haciendo autoestop de nuevo a la mañana siguiente, después de todo. Odetta insistió en que se había recuperado del mal viaje, y Mark admitió que sería más fácil probar suerte en la rampa de acceso que buscar opciones de transporte. Todavía solo tenía una idea general de dónde se encontraban.

La rampa de acceso no era especialmente buena, pero su suerte sí: consiguieron un coche en quince minutos, y el viaje los llevaría hasta Los Ángeles. El conductor le preguntó a Mark cuando subieron si era actor o modelo masculino, pero por lo demás se contentó con charlar principalmente con Odetta, que se sentó delante.

Mark se recostó en el asiento trasero, fingió dormitar mientras estudiaba su perfil en silencio: la contemplaba con atención, incansablemente, durante las horas que duró el viaje, fascinado: la suave piel sepia de sus mejillas, su mandíbula, sus sienas; sus orejas, visibles bajo el pañuelo estampado de flores que llevaba en la cabeza, sus labios y dientes moviéndose en una animada charla con el conductor; alegre, ya recuperada del trauma de la noche anterior. La verdadera dueña de la voz a veces apenas audible que había compartido sus secretos con él, que él había esperado cada noche en la línea directa. Una joven negra, no alemana. Su Greta disfrazada.

¿Qué le había confesado en aquella llamada telefónica? Que no pensaba en Parker más de ocho horas al día.

• • •

La noche anterior, casi le había contado su papel en la línea de ayuda. Casi, pero no lo había hecho. Por la mañana, sabía que nunca se lo diría, nunca; que ni siquiera la tortura podría sacarle el secreto, que se lo llevaría a la tumba.

¿Cómo podía decirle que él, precisamente él, era el hombre que ella había imaginado como — ¿qué había dicho ella? — un psiquiatra, un sacerdote, un profesor de unos cincuenta años con las sienas canosas, con una bata, sentado en un sillón victoriano? Qué cruel habría sido para ella y para él mismo obligarla a ver que su salvador no había sido más que Mark, un perdedor fumeta

que no valía nada, con su traje de Papá Noel y su barba apesando a marihuana. Habría sido casi como burlarse de una niña de cuatro años con coletas en el centro comercial, con su lista de Navidad y sus fantasías sobre Papá Noel y sus elfos; burlarse, mofarse de ella, herirla para exponer de forma innecesaria e inútil una ilusión inofensiva.

Mientras ella creyera que Parker era real, al menos esa parte de Parker que existía genuinamente en Mark seguiría siendo válida, viva. En su lamentable vida había logrado hacer esta única cosa buena e importante que absolutamente nadie podía quitarle, y mientras circulaban hacia el sur por la poco transitada Ruta 101, pasando por Santa Bárbara, Ventura y Camarillo, Mark siguió estudiando discretamente a Odetta y sonrió sentimentalmente con su conocimiento secreto, sintiéndose reconfortado por ello. Por su bien, al menos tanto como por el de ella: nunca se lo diría.

. . .

El conductor los dejó en Sunset y Western, a las afueras de Hollywood. Odetta le dio las gracias por el viaje mientras Mark sacaba sus mochilas, entrecerraba los ojos bajo el sol del mediodía para ver las calles gestionadas y la fila de palmeras de tronco delgado que se alzaban sobre Sunset hacia el este y el oeste. De vuelta en Los Ángeles.

Estaban junto al aparcamiento de un restaurante de comida rápida. Mark sacó su mapa plegable de la ciudad y lo abrió sobre la barrera corta que separaba el aparcamiento de la acera. Odetta se colocó a su lado y sujetó su parte del mapa abierta.

«Ahí está Lynwood». Mark señaló con el dedo unas letras negras nítidamente impresas en un punto del mapa. «Al sureste. ¿Necesitas ayuda para calcular la ruta?»

Odetta negó con la cabeza. «Estaré bien. Puedo coger el autobús en Western. Luego hacia el sur, creo que me dijo que hay otro autobús en Imperial». Odetta sonrió. «No me gustaría, pero desde aquí podría ir andando».

Se rió ante la idea, sonriendo con la esperanza de que él captara el humor; una joven negra de rostro agradable, con su ropa

arrugada por el viaje, con el asfalto y el tráfico de Los Ángeles y las copas verdes de las palmeras como telón de fondo.

Su Greta. Nunca volvería a verla. Cuando se girara para coger el autobús en Western, desaparecería de su vida para siempre, se convertiría en parte de su pasado irrecuperable, como Toby. Ojalá tuviera alguna forma de hacerle preguntas sin que sospechara. ¿Por qué no había ido a Saint Catherine's? Siempre le había parecido una mujer de palabra, tanto por teléfono como ahora en persona. ¿Por qué no había cumplido su promesa?

¿Estaría bien en Lynwood? ¿En el autobús que la llevara allí? Ahora se sentía tan protector con ella, de una forma absurda. Ella no era la que tenía problemas con las drogas.

Mark dobló el mapa y se lo entregó.

«¿Por qué no te lo llevas? Yo tengo otro».

«No lo necesito, Mark. Es tu mapa».

«¿Puedes aceptarlo como un regalo?»

Ella le miró durante un rato largo, con curiosidad, luego aceptó el mapa, lo guardó en su bolsillo y le miró con la misma expresión de gentil humor.

«Mark, has estado actuando de forma muy extraña todo el día».

«Supongo que sí.»

«¿Dónde vas a conseguir marihuana?»

«¿Perdón?»

Odetta sonrió. «Ahora que ya no me tendrás cerca para darte la lata, para ser una *arpía*, podrás volver a *colocarte*». Abrió mucho los ojos, aspiró aire entre los labios fruncidos y luego se rió de su imitación de una fumadora de marihuana. Intentaba hacer una broma. «Qué alivio no tenerme encima».

Mark parpadeó y la miró fijamente. Se sintió herido.

«Bueno, no», dijo vacilante. Apartó la mirada y cambió el peso de un pie a otro, cohibido. Cuando volvió a hablar, se dio cuenta de que estaba diciendo algo importante, que las palabras que ahora pronunciaba sin pensarlo ni debatirlo interiormente representaban una decisión firme.

«No, de hecho, eso no es lo que voy a hacer en absoluto». Levantó la cabeza y la miró a los ojos. «Esto me ha mostrado una nueva forma de actuar. Llevo casi tres días sobrio. He llegado

hasta aquí, voy a ... aguantar. Intentar mantenerme limpio. Quizá no para siempre, pero por ahora, eso es lo que voy a hacer».

Y un momento después, añadió:

«Ojalá no me hubieras dicho eso».

Esto obviamente la sorprendió, incluso más de lo que él se había sorprendido a sí mismo al decirlo. Ella le miró con desconcertada sorpresa durante casi diez segundos, pareció debatirse entre un deseo instintivo de disculparse y la conciencia de que su historial hacía que una disculpa fuera inapropiada. Mark se retorció, casi tímidamente, y movió los pies. Greta.

«Bueno, creo que esto es todo», dijo ella por fin. Sonrió afeitadamente. «Nos has traído hasta aquí, Mark. Gracias. Ha sido toda una aventura. Incluso he podido ver Fort Bragg. No creo que vuelva a hacer autoestop nunca más, pero ahora sé lo que es».

Levantó el brazo y le estrechó la mano.

«Mira», dijo Mark, «¿qué te parece si quedamos aquí el fin de semana? Por seguridad».

Ella escuchó sin expresión mientras él le explicaba su razonamiento, tanto a ella como a sí mismo, mientras volvía a pronunciar palabras que nunca había planeado decir, que ni siquiera había imaginado unos minutos antes. Odetta no había visto a sus parientes de Lynwood en años, señaló Mark, no sabía lo que le esperaba allí. Su situación era similar.

«Tú y yo nos conocemos ahora», dijo Mark. «No somos exactamente ... las personas más parecidas, pero creo que ahora confías en mí, y yo también confío en ti».

Y luego sugirió que se reunieran allí el sábado siguiente al mediodía. Para ver si alguno de los dos necesitaba ayuda con algo.

«Estaré sobrio», dijo Mark.

Odetta lo pensó un momento, luego se encogió de hombros y asintió. Tenía razón, dijo; ahora confiaba en él. Y le pareció una buena idea.

Así que dijo: el sábado al mediodía.

## CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Nueve horas más tarde, Mark estaba sentado en el patio trasero de una casa en ruinas situada en las colinas al sur del embalse de Silver Lake. Estaba empapado, vestido solo con unos calzoncillos, y goteaba agua sobre la maleza bajo una silla de jardín con el armazón oxidado. Su ropa mojada colgaba de un tendedero. Quizás estaría seca para mañana por la mañana. O al menos lo suficientemente seca como para ponérsela. Había improvisado una ducha y una lavandería con la manguera del jardín trasero.

Crystal le dió un plantón. Se había mudado, se había ido a Maui con su novio. La pelirroja que masticaba chicle y le había abierto la puerta no sabía nada de ningún acuerdo para dejar que Mark se quedara allí un par de días. No, no podía entrar a usar el baño para asearse — ¿le conocía? — pero por un dólar podía pasar la noche en el patio trasero, siempre y cuando se llevara bien con su perro Karma. «Es introvertido», dijo la pelirroja. En cuanto al baño, ¿por qué no probaba en la cafetería de Sunset, cerca de Vendrome? Conocía a mucha gente que había cagado allí.

Karma era un cruce de pastor alemán del tamaño de un oso que ahora miraba a Mark con recelo desde el otro lado del patio. Había ladrado indignado cuando Mark abrió la puerta, pero parecía haberse resignado a la presencia del intruso y ahora solo gruñía de vez en cuando. Su principal preocupación ahora parecía ser que Mark intentara invadir su caseta.

Bueno, era mejor que dormir entre las hiedras junto a la autopista, ¿no? Así no tendría que preocuparse de que la policía de tráfico le despertara en mitad de la noche. Y había un trozo de césped llano donde colocar su saco de dormir.

Mark estiró los dedos en forma de cuchillo de kárate y utilizó el lateral de la mano para secarse el agua del pecho y las piernas. Pronto estaría lo suficientemente seco como para meterse en el saco de dormir. Mañana encontraría algo mejor. El compañero de piso del pelirrojo, Avo, había visitado el patio trasero el tiempo suficiente para ofrecerle a Mark una pista sobre un lugar en East Hollywood. Los propietarios eran unos locos de derechas, dijo Avo, pero si pagaba en efectivo probablemente le dejarían mudarse sin previo aviso. Si eso no funcionaba, siempre quedaba Griffith Park. Se las arreglaría. Y al menos la pista de la licorería

había funcionado. Mark había llamado desde la cabina telefónica de una gasolinera. El propietario, Rex, había dicho que el trabajo seguía disponible y le dio a Mark una dirección al sur del cementerio de Hollywood. Quedaron en verse allí mañana a las diez de la mañana. Trabajo. Ingresos, dinero. Se las arreglaría.

Mark se secó más agua. Ya estaba lo suficientemente seco como para meterse en la bolsa, pero aún no tenía sueño. Se recostó en la silla de jardín y contempló lo que podía vislumbrar de la vasta y resplandeciente ciudad que se extendía a sus pies, más allá de los tejados y los árboles recortados contra la noche. De vuelta en Los Ángeles. Las calles de Silver Lake y Echo Park podían parecer oasis montañosos, pero podía oír el lejano estruendo del tráfico abajo, y el smog seguía haciendo que las luces de la ciudad reflejaran un rojo infernal en el horizonte nocturno.

Los Ángeles podía ser cruel. Pensó en las sórdidas tiendas de sexo XXX de Hollywood, en las tristes filas de prostitutas que caminaban por Sunset Boulevard al este del Strip. Los magnates empresariales o los ejecutivos de cine que vivían en Hollywood Hills, Bel Air o Beverly Glen podían recoger a las pequeñas prostitutas drogadictas fugitivas y utilizarlas como si fueran papel de seda. Todo muy liberado, abierto, despiadado.

Se preguntó cómo estaría Odetta. Había abierto su segundo mapa para buscar Lynwood y había visto que estaba cerca de Watts, Compton. Barrios negros, supuso; para Mark, lugares desconocidos, extraños e intimidantes que solo habría visitado con un acompañante, como Beirut o Angola. Recordó haber visto en televisión las imágenes de los disturbios de 1965 en Watts: francotiradores, guardias nacionales, edificios y coches en llamas. ¿Era así como estaban esos barrios ahora?

No, eso no podía ser; Odetta no se mudaría a un lugar así. Mark trató de imaginar un barrio negro de clase trabajadora, basándose en sus recuerdos de los documentales televisivos sobre Martin Luther King Jr. y la América negra. Habría ordenadas hileras de casas modestas, y la casa de su familia, al menos, estaría bien pintada, con el césped y los bordes recortados, ya que Mark se los imaginaba a todos como personas conservadoras, sobrias y practicantes, como Odetta. Excepto su padre. ¿Le harían una cena especial o de bienvenida? ¿Les diría que había hecho autoestop?

Ojalá él siguiera trabajando en la línea de ayuda. Mark sonrió soñadoramente mientras la fantasía florecía y tomaba forma en su interior. Ella podría excusarse y levantarse de la mesa, llevarse el teléfono al dormitorio y llamar. Él volvería a ser Parker y escucharía el relato ansioso y entrecortado de Greta sobre cómo, por fin, había decidido dejar a Phillip, escapar de la ciudad y hacer autoestop hasta el sur del estado con el sórdido fumeta de Santa del centro comercial y reunirse con sus familiares en Los Ángeles. Greta no ocultaría sus debilidades en una conversación con Parker. Sería humana, femenina, vulnerable y asustada, insegura, valiente. Todo lo que Odetta se negaba a ser con Mark. Él podría volver a ser su protector.

No, nunca le hablaría de la línea de ayuda. Nunca. *Él* sabía lo que había sido para ella. Eso era suficiente. Nadie podía quitarle eso, y Mark sonrió, sintió un afecto nostálgico y sentimental mientras contemplaba la decisión, y se sorprendió al darse cuenta de que esperaba con ansias su reencuentro del sábado al menos tanto como conocer a Rhaytana.

## CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

«Los chinos no me preocupan mucho», dijo Rex a la mañana siguiente. «Pero si tienes negros o latinos en la tienda, no les quites ojo.

«Las minorías creen que son los dueños de este país».

Se apoyó en su bastón junto al refrigerador de cerveza y miró a Mark con aire pensativo. Mark calculó que tendría unos cincuenta y cinco años, y era una campaña publicitaria andante y parlante contra todo lo que vendía en su licorería, con la voz ronca y enfisémica de un fumador empedernido y una nariz de Mr. Potato enrojada y con arañas vasculares, propia de un alcohólico severo.

Mark no respondió. Se sentía deprimido. Su cartera no estaba llena de billetes de veinte. Podría aceptar este trabajo o empezar a dormir en la calle, o tal vez prostituirse con los chaperos de Santa Monica Boulevard.

Rex le explicó las condiciones. Ya no tenía la energía de antes, con sus arterias y su bronquitis. La tienda era un negocio unipersonal, pero si podía pagarle a Mark para que se hiciera cargo de la caja registradora, él podría quedarse en casa y recuperarse. Le pagaría en efectivo, estrictamente en negro, sin papeleo. Mark sería un contratista independiente.

Mark dijo que sí. Pensó que tenía que hacerlo. El lugar era deprimente, una cueva gris y lúgubre en una zona destartada de Melrose, con calcomanías de licores descoloridas por el sol en el escaparate y un letrero de neón roto. Rex se tambaleaba inestable con su bastón desde la nevera hasta la caja registradora. Apeataba a whisky.

«Si robas», dijo, «te mataré».

• • •

La pista de Avo para una habitación de alquiler resultó ser la mala idea de un arquitecto fallecido de construir una casa de estilo Tudor inglés, una vivienda unifamiliar fea y baja, encajonada entre modernos edificios de apartamentos de varios pisos en East Hollywood. Mark abrió una verja de hierro forjado en la que colgaban carteles de la campaña de Ronald Reagan y Bob

Dornan, y subió por un camino flanqueado por banderas estado-unidenses.

«La anciana señora Dobson vive allí con su extraño hijo Melvin», había dicho Avo. «Son conservadores radicales, pero lo único que les importa de la habitación que alquilan es que les paguen en efectivo bajo mano. Se la alquilarían a Karl Marx si les enseñara la pasta».

La Sra. Dobson respondió al llamar Mark: canosa, con gafas, vestida como la tía Em de Dorothy en *El mago de Oz*, con un bigote muy visible. Mark vio retratos enmarcados de Barry Goldwater y Joe McCarthy en las paredes del salón detrás de ella. Todos los muebles del salón estaban cubiertos con plástico transparente brillante y la alfombra estaba tapada con amplias franjas de protector de vinilo.

Mark se quedó en la puerta sonriendo con la cartera en la mano, ligeramente abierta, para que la Sra. Dobson pudiera ver los billetes.

«Soy amigo de Avo. Me dijo que quizá tuviera una habitación para alquilar aquí».

Así fue. La Sra. Dobson le condujo a un sillón tapizado en plástico y le entrevistó con una carpeta en el regazo desde un sofá tapizado en plástico. La mayoría de las preguntas eran las habituales (nombre completo, fecha de nacimiento, domicilio anterior), hasta que llegó esta:

«¿Es usted socialista?»

Mark parpadeó y negó con la cabeza.

«¿Es usted o ha sido alguna vez miembro del Partido Comunista?»

Un hombre regordete de unos cuarenta años, vestido con un traje deportivo de color verde lima, apareció en la puerta del vestíbulo y miró a Mark con mirada impasible a través de unas gafas negras cuadradas, bajo un peinado al estilo Elvis que parecía resbaladizo. Melvin.

«Se pasa la mayor parte del día escribiendo cartas derechistas al editor», había dicho Avo. «Eso y masturbándose. El tipo debe correrse cinco veces al día. Se oye cómo golpea la pared con el codo. Es asqueroso».

La Sra. Dobson le enseñó la habitación: pequeña, sin muebles, con una ventana estrecha en el techo, una mininevera que

zumbaba y un cuarto de baño del tamaño de un armario con el lavabo y el espejo instalados en la cabina de ducha. Pero era mejor que negociar el espacio con Karma en el patio trasero; Mark pagó una semana por adelantado, en efectivo.

• • •

El primer concierto interreligioso se programó en el auditorio de una escuela secundaria en el valle de San Fernando. Mark tuvo que tomar tres autobuses y esperó cuarenta minutos entre el segundo y el tercero, desplomado en un banco de parada de autobús frente a un centro comercial, esbozando una sonrisa jovial cuando un adolescente le miraba con divertida lástima desde un potente coche deportivo que pasaba por allí. Tendría que ahorrar para comprarse un coche si se quedaba en Los Ángeles. Era como si los peces gordos del sur de California lo hubieran dispuesto todo para que no se pudiera vivir allí sin coche.

Llegó al instituto a última hora de la tarde y sintió que se le aceleraba el pulso al cruzar el aparcamiento y ver a los roadies llevando maletas negras con ruedas hacia lo que debía de ser la puerta del escenario del auditorio. Estaba a punto de conocer a Rhaytana. De verdad, por fin. Tres horas antes del concierto, con el equipo corriendo de un lado a otro y las bandas haciendo sus pruebas de sonido: ¿cómo era posible que Rhaytana *no* estuviera en el auditorio? Estaría muy ocupado, claro, pero si Mark decía que había venido desde el norte de California para que le firmara su libro, ¿cómo podría el Rhaytana que creía conocer a través de sus palabras ser tan insensible como para negarse a firmar? ¿Y hablar con él unos segundos y quedar para verse más tarde? Cuando Mark estaba delante de él y Rhaytana pudo ver que no era ningún estafador.

Mark atravesó la puerta del escenario, detrás de un roadie que cargaba un amplificador. El auditorio era un caos, con miembros del equipo corriendo de un lado a otro como los enanos de Disney, encima, alrededor y delante del escenario, colocando cables, manipulando luces y altavoces. Mark empezó a seguir al roadie, pero entonces se dio cuenta de que le observaba un veinteañero desgarbado sentado en un taburete alto junto a la puerta.

«¿Qué pasa?» Era alto, tenía la nariz aguileña y hablaba con acento británico.

«¿Está Daniel Velasco?», preguntó Mark, tratando de parecer que estaba haciendo un recado. «¿El director de producción?»

El británico frunció los labios con ironía. «También conocido como el gran Rhaytana.»

Sonrió, saltó del taburete con una expresión alegre y cómplice, como si Mark le hubiera planteado un acertijo cuya respuesta él ya conocía. Mark sintió que algo se desinflaba en su torso, casi como el aire que se escapa por un hueco.

En el concierto se suponía que debía ser Daniel Velasco. Director de producción, parte del equipo. Y punto. Si el británico le llamaba Rhaytana ...

«Eres el segundo fanboy de hoy», rió el británico. «Si viene alguno más, voy a tener que poner un cartel».

«Bueno, ¿y dónde está?»

La pregunta, tímida y cohibida, parecía provenir de otra persona. Tenía retortijones en el estómago.

El británico levantó las manos.

«En cualquier parte del mundo menos aquí, amigo. Ha abandonado el tour».

Mark gimió y se cubrió la cara con las manos.

«Tranquilo», dijo el británico. Parecía como si pensara que Mark fuera a empezar a gritar.

Mark se quitó las manos de las mejillas e hizo un mohín triste para indicar que estaba bien.

Irreal. Irreal. El folleto decía que Rhaytana sería el director de producción de ocho conciertos consecutivos en Los Ángeles. ¿Cómo se le había podido pasar eso? ¿Acaso algo en el universo se había confabulado contra él? ¿Acaso el folleto de Fielder sobre los conciertos interreligiosos era como un ratón de juguete que alguien ata a una cuerda para burlarse de un gato, que se abalanza y siempre falla sin saber por qué, porque hacer que el gato fallara y quedara en ridículo era la razón por la que el humano que tiraba de la cuerda había comprado el ratón?

Con voz suave, el británico explicó:

Rhaytana *había* sido contratado como director de producción. El gran error del promotor había sido incluir su nombre real en el folleto.

«Hay un tipo con una fanzine llamada Rhaytana, él corrió la voz», dijo el británico. «En la oficina recibían llamadas todos los días. Múltiples llamadas. Y visitas.

«Debió darse cuenta de lo que le esperaba aquí si aparecía. Sea lo que sea lo que quiera este tío, no es publicidad. Se largó. Le pasó el testigo a uno de sus viejos amigos del negocio».

Mark pensó que sería mejor enseñarle al británico el folleto que había enviado Fielder, con el óvalo y los signos de exclamación alrededor del nombre de Rhaytana. Le contó que había recogido sus cosas y se había ido a Los Ángeles.

El británico hizo una mueca de lástima. Un tipo comprensivo.

«Puede que tenga algo para ti. Creo que todavía está en Los Ángeles». El británico echó un vistazo al auditorio y levantó la mano para silbar fuerte a un roddie que pasaba por allí.

«¡Jimmy! Ven aquí un momento».

Jimmy se acercó contoneándose, un pelirrojo gordo con cara de rana que llevaba una camiseta de Bob Marley.

«¿No dijiste que ese tal Rhaytana todavía está en Los Ángeles?»

Jimmy asintió con la cabeza. Era información de oídas, pero Jimmy pensó que era buena. Se suponía que Rhaytana le había dicho a su amigo Leonard que se quedaría por allí durante un tiempo. Había pasado la mayor parte de su vida adulta en Los Ángeles, tenía vallas y puentes del sur de California que reparar.

«¿Y cómo puede este caballero ponerse en contacto con Leonard?», preguntó el británico.

Jimmy le miró con escepticismo. El británico se burló.

«Vamos, vamos. No conocemos a Rhaytana ni a Leonard, ¿verdad? Nadie nos ha pedido que guardemos un secreto». Inclínó la cabeza hacia Mark. «¿Este hombre parece un terrorista?»

Jimmy regresó cinco minutos más tarde con un número de teléfono escrito en un papel.

«No lo has conseguido gracias a nosotros», dijo el británico.

. . .

A las doce menos cuarto del sábado, Mark esperaba a Odetta sentado en la barrera corta del aparcamiento de Sunset y Western,

donde le había mostrado el mapa. Era una mañana soleada y despejada, típica de Los Ángeles en enero. Una ligera brisa agitaba las hojas de las altas palmeras. Mark observaba a los transeúntes y contemplaba a una anciana que parecía una actriz olvidada, con una falda con abertura, que cojeaba por la acera con unos zapatos de tacón rojo carmín.

Esperaría horas a Odetta, si fuera necesario, pero había decidido que ella no vendría. ¿Por qué iba a hacerlo? No le había descrito a sus parientes de Lynwood, pero Mark supuso que eran una familia de verdad, a diferencia de su despistada madre; estable, sensata, adulta. Ella había escapado de Philip. ¿Para qué le servía ahora alguien como él?

Así que esperaría, y ella no vendría, y entonces Mark pensó que iría a buscar algo de marihuana.

Casi había intentado conseguir algo la noche anterior, cuando bajó del tercer autobús al regresar del Valle y vio a un par de tipos fumando detrás de una gasolinera. Mark había empezado a caminar hacia ellos, pensando que podría comprar un poco si no querían compartir. Solo el recuerdo de Odetta le había detenido.

Pero si ella no aparecía hoy, se acabó. Podría tomar el autobús hacia el oeste, hasta el Strip, cerca de Gazzarri's, el Whisky: seguro que allí podría conseguir algo. Mañana cumpliría una semana entera sin cannabis en su cuerpo, pero esa mierda de estar limpio y sobrio no le llevaba a ninguna parte.

Estaba peor que en Norcal. El trabajo en la licorería era horrible. Rex era un racista resentido, era como si pudiera compensar el hecho de ser un viejo cojo que estaba a dos pasos de un tanque de oxígeno por hablar mal de cómo dispararía a cualquier fulano de Watts que intentara robarle.

El basurero de Dobson era una broma. El lavabo estaba integrado en la ducha. Tenía que meterse en la *ducha* para lavarse las manos y, cuando intentaba dormir, oía el golpeteo del codo de Melvin contra la pared. Lo único positivo era que tenía un espacio propio para escribir algunas entradas más de Las pruebas de Parker en su diario. Parker en Los Ángeles. Aunque hasta ahora no había escrito nada.

Entonces, ¿por qué no podía volver a fumar marihuana para relajarse y no preocuparse tanto por todas estas tonterías? No era un tipo ambicioso, del tipo «Señor Licenciado». No tenía ni idea

de lo que era eso. Podía relajarse, colocarse, tomar su medicina, estar presente cuando tenía que estarlo y solo estar presente a medias el resto del tiempo. Como antes.

A las 11:50, el autobús de Western Avenue en dirección norte se detuvo en la parada situada en diagonal al asiento de Mark en la barrera del aparcamiento.

Mark se incorporó y miró. Probablemente era el autobús que ella tomaría desde Lynwood.

El autobús se alejó de la acera, dejando atrás a los pasajeros que habían bajado.

Mark parpadeó. Odetta.

No llevaba el pañuelo con estampado floral. Eso fue lo primero que Mark notó, aunque no debería haber sido así.

Vio lo que debería haber advertido primero cuando ella se acercó al paso de peatones.

Llevaba su mochila y su saco de dormir.

• • •

«No tienen sitio para mí», dijo Odetta.

Se sentó a su lado en la barrera, entrecerrando los ojos por la luz del sol y alzando la voz de vez en cuando para hacerse oír por encima del tráfico, que se aceleraba cuando el semáforo de la intersección se ponía en verde.

«Mi tío tiene, en la misma vivienda, una pequeña casa de dos habitaciones ...». Odetta levantó la mano y contó con los dedos. «... mi tío abuelo y mi tía abuela, que están esperando una plaza en una residencia asistida. Mi primo segundo Wilbur, de Oklahoma, que está buscando trabajo aquí, como yo, y su mujer, y sus tres hijos de Wilbur, contando al bebé.

«Entonces llamé yo».

Odetta sonrió con ironía, resignada.

«Puedo seguir quedándome allí. No me echarán. Pero es una locura. He dormido en un lugar diferente del suelo cada noche, y cada noche alguien se ha caído sobre mí.

«Así que esta mañana les dije: “Quizá Mark haya encontrado algo”. Si no, volveré a Lynwood. Por lo que sé, tú podrías estar durmiendo en Griffith Park».

Mark describió su vida en la casa de los Dobson. Odetta puso cara de asco.

«¿Tienen otra habitación para alquilar?»

Mark negó con la cabeza. «¿Quieres intentarlo? Podemos preguntar. Si obtienen más dinero, quizá no les importe que nos unamos».

«Bueno ...».

Odetta se quedó en silencio y miró al horizonte con una expresión de resignación e impotencia. Intentaba pensar en alternativas, pero no se le ocurría ninguna.

«Supongo, Mark. Será como cuando hacíamos autoestop».

Mark se levantó, cogió su mochila e intentó no mostrar lo feliz que se sentía. Pero Odetta seguía pareciendo incómoda mientras caminaban hacia el este por Sunset, así que Mark añadió que no había vuelto a tocar la marihuana desde que ella le había obligado a tirar su alijo al norte de Fort Bragg y le prometió mantenerse limpio mientras ella estuviera con él en casa de los Dobson. Y se dio cuenta con una sensación ambivalente de que, al pronunciar esas palabras, había vuelto a comprometerse con algo que no había planeado y que, al fin y al cabo, acabaría pasando más de una semana sobrio.

## CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Se convirtieron en compañeros de habitación.

Melvin le preguntó a Odetta si conocía a Huey Newton o si pertenecía a los Panteras Negras. La señora Dobson refunfunó que quería ver el certificado de matrimonio, pero para entonces Mark ya sabía que lo único que les importaba era el dinero en efectivo bajo mano, y cerró el trato diciendo que podían pagar un aumento del setenta y cinco por ciento por dos personas sobre el alquiler original.

«Además, no es lo que piensan», añadió. «Básicamente, nos odiamos». Odetta asintió.

Se instalaron en una rutina que, en cierto modo, era una continuación de su vida de autoestopistas en la carretera, excepto que ahora la rutina se limitaba a una sola habitación en el interior, que incluía un pequeño cuarto de baño y una mininevera que zumbaba. Mark compró sábanas de segunda mano en una tienda de artículos usados y las colgó como barrera para dividir la habitación. Odetta dijo que al menos era mejor que tener a sus parientes de Lynwood encima de ella a las cuatro de la madrugada. Mark se quedó con la parte de la habitación que compartía pared con el dormitorio de Melvin e intentó explicar los golpes sordos del codo de Melvin como un problema de fontanería.

Por la noche, solían hablar antes de dormir, como habían hecho mientras hacían autoestop, Odetta desde su saco de dormir a su lado de las sábanas y Mark desde el suyo. Mark se tumbaba en la oscuridad y miraba el pequeño hueco entre las sábanas y el suelo mientras ella hablaba, ilógicamente, como si ese hueco fuera un altavoz. Puede que solo intercambiaran unas pocas palabras, pero a menudo hablaban mucho más tiempo que cuando estaban en la carretera, a veces durante más de una hora.

• • •

Con tristeza, obstinación, obsesión y arrepentimiento, Odetta hablaba de la vida que Vietnam le había robado: un matrimonio feliz con un marido que, según ella insistía con firmeza, había sido cariñoso, amable, fiel, y un buen trabajador antes de la guerra; sus planes realistas de establecerse, hipotecar una bonita casa y, qui-

zás lo más importante, su determinación de formar una familia cristiana practicante en esa casa, cuando Odetta tuviera hijos con ese buen marido. Era como si solo pudiera curar las heridas de su propia infancia convirtiéndose en la madre que su propia madre disfuncional y masoquista no había sido.

«Incluso solía pensar», dijo Odetta, «que si tenía un bebé y lo cuidaba bien, el espíritu de mi madre podría entrar en la criatura y sanar también. Como si pudiera ser una buena madre en el presente y curar el pasado al mismo tiempo».

Mark finalmente vio la foto de Phillip, se felicitó por ocultar su interés y respondió con un simple «Claro, tengo curiosidad» cuando Odetta se ofreció a mostrársela. El hombre negro que le miraba fijamente desde el rectángulo de papel fotográfico — con contrición, pensó Mark — era realmente poco agraciado, tal como le había descrito Odetta, o, en el mejor de los casos, de aspecto anodino, con orejas demasiado grandes y una cara casi tan redonda como un molde para tartas.

Mark escuchó, sorprendió a Odetta con su atención y se maravilló en privado de la diferencia entre escuchar su voz clara y humana a pocos pies de distancia y su esfuerzo pasado por descifrar cada sílaba crepitante y apenas audible en la línea directa. Mientras yacía escuchando en la oscuridad, sintió que el espacio entre el suelo y la sábana colgante era como el panel de respuestas del juego de la Bola 8 Mágica, o una máquina de adivinar el futuro de los salones recreativos, y que si hacía preguntas y tenía paciencia, la voz tranquila, triste y confiada que parecía salir de ese espacio acabaría resolviendo los misterios sobre Greta que le habían inquietado por teléfono. Aún quería saber por qué no había ido a Saint Catherine's, pero se obligó a esperar. No podía preguntar nada específico sin revelar su secreto: quién había sido para ella todo ese tiempo, antes de que él mismo supiera que era esa persona.

• • •

Una noche, ella habló sobre sus llamadas a la línea de ayuda.

Llevaban hablando unos veinte minutos. Mark le había preguntado si alguna vez había hablado con su madre sobre los problemas con Phillip. No, respondió Odetta, nunca con su madre,

Mark lo entendería si la conociera, y luego añadió con naturalidad que solía llamar a una línea de ayuda.

«¿Una línea de ayuda?», dijo Mark, con la mayor indiferencia posible, y cuando ella no respondió de inmediato, dentro de lo mal que se sentía, parecía un momento surrealista; no podía recordar haber deseado nunca tanto que alguien le contara algo y, sin embargo, no podía decir ni una palabra más sin delatarse.

Por fin, ella continuó por su cuenta.

Sí, dijo, una línea de ayuda; una línea de ayuda contra el suicidio, pero la gente podía llamar por otras cosas. La calidad de la línea era horrible, a veces apenas podía oír, pero aún así había llamado docenas de veces. Solo había hablado con un voluntario, dijo, solo se había sentido cómoda con él.

Y luego: «Te lo juro, Mark, algún día volveré al norte y encontraré a ese hombre para darle las gracias. Aunque tenga que poner un anuncio en el periódico. No sé si era profesor o terapeuta jubilado o qué. No sé qué habría hecho sin él».

Y, en su lado de la sábana, Mark miraba boquiabierto y maravillado el hueco entre la sábana y el suelo en un éxtasis divertido, en una reivindicación. Podría haber sido Clark Kent, escuchando el relato de Lois Lane sobre cómo el Hombre de Acero la había rescatado del peligro. No, nunca lo contaría. Nunca.

• • •

Odetta solo tardó unos días en concertar su primera entrevista de trabajo en un centro comercial. Mark se sorprendió; pensaba que había quemado sus naves en Domingas al marcharse de la ciudad tan rápidamente. Pero descubrió que no era del todo así. Odetta había intuido el peligro inminente antes de la crisis final con Phillip y había concertado una conversación privada y franca con sus superiores para explicarles su situación. El puente estaba chamuscado, pero no quemado. Y Mark dedujo que, por lo demás, sus referencias eran excelentes.

Además, la enorme megalópolis de Los Ángeles ofrecía más oportunidades. A la primera entrevista le siguieron una segunda y una tercera unos días más tarde. Una noche, Odetta informó emocionada de que incluso podría ser contratada con un ascenso, uno importante. Pero había un inconveniente: el gerente del cen-

tro comercial quería que supiera de merchandising visual y le dijo que esperaba que la nueva empleada le ayudara a investigar las cámaras de seguridad. Los bancos ya las tenían, explicó Odetta. Los grandes centros comerciales también las querían.

Odetta se puso las pilas. Volvía todas las noches a dormir, pero parecía pasar el resto de su vida a bordo de los autobuses RTD de Los Ángeles: en la línea hacia el este, en dirección al centro, donde podía leer sobre «merchandising visual» en la Biblioteca Central, o visitando otros centros comerciales. Una vez, Mark tuvo que consolarla después de que tuviera que lidiar con un caso de racismo descarado en un banco; el subdirector de la sucursal había pensado que cualquier persona negra interesada en las cámaras de seguridad tenía que ser un delincuente.

• • •

El «Dixon» o «Dixie» de Wyatt resultó ser el apodo que los iniciados daban a un motel al norte del Hollywood Bowl que, efectivamente, había sido reservado con frecuencia por equipos de giras musicales a finales de los años sesenta. El recepcionista de guardia reconoció el nombre cuando Mark le visitó, pero no pudo ofrecerle más ayuda. La dirección había cambiado; los nuevos propietarios querían clientes de convenciones de negocios, no roadies.

Las otras dos pistas de Wyatt sobre Rhaytana también se esfumaron. «Cal McGrath» no apareció por ninguna parte, como si nunca hubiera existido. «Zeke Wilson» era ahora un ejecutivo musical de mediana edad que tenía un apartamento cerca de Marina del Rey, pero la mujer de voz nasal que respondió al teléfono dijo que no volvería de la costa este hasta la primavera.

Eso dejaba a Leonard, el contacto del concierto interreligioso.

Y el contacto de Leonard resultó estar vivo.

Tras cinco llamadas telefónicas sin respuesta, el número que el roadie había garabateado en un trozo de papel fue finalmente atendido por un hombre lacónico y de voz ronca que se identificó como Leonard. Sí, conocía a Daniel Velasco, aunque le parecía exagerado llamar «amigo» a «Danny».

«Más bien conocido», dijo Leonard. «No le he visto desde hace una semana».

Mark apretó con fuerza el auricular y se apoyó en la mugrienta pared de cristal de la cabina telefónica para mantener el equilibrio.

«¿Le viste hace una semana?»

«Eso es lo que acabo de decir». La voz de Leonard se endureció. «Oiga, ¿quién es?»

Con voz entrecortada, Mark le explicó por qué había venido a Los Ángeles, sus esperanzas frustradas en el concierto interreligioso, su deseo de hablar con Rhaytana cara a cara.

«¿Cómo has conseguido mi número?», preguntó Leonard.

«Bueno, ellos ... Se supone que no debo decirlo».

Leonard resopló. «No me dices cómo has sabido de mí y se supone que tengo que ayudarte a encontrar a Danny.»

Mark suplicó, insistió, desdichado, retorciéndose los dedos sobre el auricular, consciente de que era su primera oportunidad real de conocer a Rhaytana y de que probablemente la estaba echando a perder.

Leonard se mantuvo firme.

«Si fuera su amigo, ¿qué clase de colega sería si le diera la información que quieres a un completo desconocido? No te conozco de nada».

Mark empezó a responder, pero Leonard le interrumpió.

«Escríbeme una carta explicándome por qué quieres verle. Con *tu* información de contacto. Para que él pueda ponerse en contacto contigo. No al revés».

Leonard le dio la dirección de un buzón de correos de Studio City .

. . .

Mark escribió una carta de siete páginas y le pidió a Odetta que la leyera el domingo por la mañana mientras él se cepillaba los dientes en el lavabo de la ducha. Para entonces ya le había hablado de Rhaytana.

«¿Qué te parece?» Dio un gran trago de agua y luego apartó la sábana que colgaba para poder ver su lado de la habitación mientras enjuagaba la pasta de dientes con agua. Ella estaba ves-

tida, sentada en el suelo con las piernas cruzadas y la carta abierta en su regazo.

«No lo sé, Mark». Ella le miró con una mueca de compasión. «Es bastante largo. ¿Crees que la leerá?»

Mark dijo que esperaba que sí, le pidió de nuevo que le diera las gracias a su tío por dejarle usar la dirección de Lynwood y, mientras se apoyaba contra la pared a su lado de la sábana para ponerse los calcetines, le preguntó a qué iglesia pensaba ir. Ella le había dicho que quería visitar una iglesia nueva cada fin de semana hasta encontrar una que le gustara.

«Creo que se llama Renewal Beacon», dijo Odetta, pero luego añadió que no creía que fuera a ir, que no le daba buena espina, y le preguntó a Mark qué pensaba hacer. Mark respondió que pretendía subir al sendero natural de Ferndell y luego al Observatorio Griffith. «Me gustaría hacerlo alguna vez», dijo Odetta, y Mark miró el hueco debajo de la sábana mientras se arrodillaba para atarse los zapatos y dijo: «¿Por qué no vienes conmigo?»

• • •

Camaron hacia el norte por Western hasta el desvío de Los Feliz, subieron las escaleras y tomaron el sendero hacia Ferndell. Odetta quedó impresionada, maravillada por lo verde, apartado y fresco que era el pequeño sendero, como un oasis. Se detuvieron en un puente peatonal para observar el burbujeo del arroyo. Odetta acarició las frondas verdes de los densos helechos que flanqueaban el sinuoso sendero, bajo la sombra profunda y fresca de los sicómoros, las secuoyas y los fresnos, y dijo que algún día, cuando fuera madre, si seguía en California, traería a su hijo aquí. Luego, a un cuarto o a un tercio de milla al norte, la cobertura arbórea terminó abruptamente cuando giraron hacia el camino de tierra espartano que serpenteaba por la ladera. Entonces hablaron principalmente con frases cortas, para conservar el aliento, mientras se concentraban en la subida.

En el Observatorio, contemplaron el péndulo y los telescopios y luego se dirigieron a los arcos de estilo art déco que cubrían la pasarela del paseo, un estrecho balcón que rodeaba la cúpula principal del observatorio orientada al sur como el borde de una taza, y que ofrecía unas vistas espectaculares de la vasta, plana y

extensa ciudad que se extendía a sus pies. Se quedaron uno al lado del otro oteando la ciudad con los codos apoyados en el amplio muro de piedra, y Odetta dijo:

«Phillip me ha colgado el teléfono».

Mark la miró. Su expresión era natural, como si le hubiera dicho qué autobús pensaba coger para ir a una entrevista de trabajo.

«¿Cuándo te colgó?»

«Anoche».

Mark negó con la cabeza y emitió un sonido de disgusto.

«Es mi marido», dijo Odetta en voz baja. «Seguimos casados. Quería que supiera que sigo viva».

«Sin tener él la culpa», resopló Mark, y luego de forma intermitente durante los siguientes noventa minutos, mientras miraron el péndulo, los telescopios y otras exposiciones, y luego regresaron al camino forestal para emprender el largo descenso, clump-clump-clump, de vuelta a Hollywood, se ofrecieron mutuamente variaciones sobre un tema de argumentos ya expresados en media docena de conversaciones anteriores, como actores improvisando el diálogo en una obra ya familiar. ¿Qué más tiene que hacerte?, preguntó Mark. ¿Qué parte de torturarte con un hierro candente no entendiste? Y Odetta: ¿podría Mark al menos entender que él había sido diferente antes de la guerra? ¿Era tan pecaminoso seguir preocupándose por el marido que había amado y sentirse dolida al verle desmoronarse poco a poco, aunque no pudiera volver con él, al verle perder la cabeza por una guerra en la que había entrado como recluta, como esclavo?

«Esclavos como nuestros antepasados, Mark. No como los tuyos. Como los nuestros».

Y luego, enfáticamente. «Iba a tener hijos con Phillip. Él quería que lo hiciera. El padre de mis *hijos*».

Habían vuelto al fresco y sombreado Ferndell, y se habían detenido para sentarse en un banco junto al sendero. Ella estaba alterada. Él le hablaba ahora con mucha más franqueza que nunca antes por la línea directa, ella ya no era una voz entrecortada y apenas audible que él pudiera alienar y perder para siempre, pero aún así se preguntaba si había elegido un mal momento para ser tan directo. Ella parecía a punto de llorar.

Mark decidió no responder, cogió una ramita que había debajo del banco y la lanzó distraídamente al sendero. Se quedaron en silencio.

Una joven madre apareció en una curva del estrecho sendero y se acercó a ellos. Era latina, de unos veinticinco años, sonriente, y sostenía con delicadeza las manitas regordetas de dos niños pequeños. Mark supuso que era para controlarlos, ya que ambos tenían edad suficiente para caminar, pero los niños parecían contentos, tranquilamente fascinados por los helechos, los árboles y la vegetación, que probablemente eran nuevos para ellos.

Era una buena madre, decidió Mark. Había visto de todo desde el trono de Santa Claus, así que creía poder juzgar. Los niños tenían suerte.

«Algún día seré yo», dijo Odetta.

• • •

Al oeste de Franklin había una tienda ecológica, y Mark vio al pasar que tenía un restaurante contiguo o integrado en ella: pequeño, artístico, hippy y fuera de lugar, pensó Mark, ya que estaba peligrosamente cerca de un sex club y una librería para adultos.

Odetta se detuvo para que Mark pudiera leer la oferta y los precios escritos con tiza en una pequeña pizarra junto a la entrada. Señaló la referencia del pan de plátano y nueces.

«Al menos podemos permitirnos eso», dijo.

Entraron, envueltos en un ligero aroma a aceite de sándalo, cruzaron una alfombra de cáñamo lanudo y se sentaron en una mesa de madera desvencijada bajo una foto de un gurú indio barbudo. El restaurante estaba lleno. Estudiantes, artistas, hippies de última hora; blancos, negros, latinos, asiáticos, una multitud que habría esperado ver en Laurel o Topanga Canyon. Por una vez, Mark se dio cuenta de que no los miraban fijamente. Se había acostumbrado a las miradas furtivas cuando salía con Odetta.

Pidieron pan de plátano y nueces a una camarera que se parecía a Mama Cass, pusieron cara de dolor al ver el precio de los zumos de fruta y decidieron conformarse con agua. Odetta le preguntó si creía que respiraba mejor ahora que no fumaba marihuana y Mark se encogió de hombros, supuso que sí, y Odetta

dijo que lo estaba haciendo mucho mejor que su padre, que no habría aguantado dos días sobrio, y Mark dijo que prefería que no le comparara con él. Está bien, lo siento, dijo Odetta, y entonces, mientras hablaban de por qué exactamente ella estaba tan interesada en encontrar otra iglesia, un hombre delgado de unos cuarenta años con un delantal arrugado de cocinero apareció en la puerta de la cocina con una gran bolsa transparente de panecillos de semillas. Con voz amistosa, gritó:

«¡Escuchen, todos!»

Lo suficientemente alto como para llamar la atención de todos los presentes. El cocinero sonreía.

«¡Esta mañana tenemos una oferta especial!» Levantó los panecillos y dijo que todavía estaban ricos, ricos, ¡ñam, ñam, ñam!, pero que eran demasiado pasados para venderlos, así que había decidido hacer una oferta especial, como en los grandes almacenes Sears o Montgomery Ward.

«Estos maravillosos panecillos son vuestros», dijo, «si habéis venido hoy por una ocasión especial. No solo porque tengáis resaca el domingo y os dé pereza cocinar. ¿Quién está aquí por una ocasión especial?»

Sin pensarlo, Mark fue el primero en levantar la mano.

«¡Oh, qué alegría!», dijo el cocinero, aplaudiendo. «Cuéntanos, joven, ¿cuál es tu ocasión especial?»

Todo el mundo en el restaurante se quedó en silencio, mirándolos. Odetta parecía paralizada.

Mark se enderezó y carraspeó.

«Bueno, nos conocimos en el norte hace un mes, en el trabajo, y nos odiábamos. Quiero decir, éramos enemigos acérrimos».

Mark sonrió tímidamente mientras el cocinero ponía cara juguetona y los comensales fingían quejarse.

«Pero luego resultó que tuvimos que viajar juntos», continuó Mark. «Es decir, tuvimos que hacerlo, por necesidad. Y nos conocimos mejor, y hoy ...». Miró a Odetta. «Hoy es la primera vez que hacemos algo puramente social juntos. Otras veces era por algo que teníamos que hacer, pero hoy ha sido al cien por cien para pasar el rato y ser amigos».

«¡Para mí eso es bastante especial!», exclamó el cocinero, y animó a los comensales a aplaudir brevemente antes de cruzar la sala y dejar la bolsa sobre su mesa.

«Estamos listos para comer», le dijo Mark a Odetta, después de que el cocinero desapareciera en la cocina y los demás comensales volvieran a sus conversaciones.

Odetta sonrió levemente y miró la mesa. Sus mejillas parecían más oscuras. Mark se preguntó por un momento si era por la luz del restaurante, pero luego se dio cuenta de que se estaba ruborizando. Se sonrojaba mucho, supuso, para que se notara, ya que no tenía la piel clara.

«Siento haberte puesto en un aprieto».

Ella negó con la cabeza muy ligeramente para indicar que no le había importado.

«No eres tan malo», dijo en voz baja.

Y por fin se incorporó y levantó la cabeza para mirarle a los ojos. Con una sencillez y franqueza absolutas, ligeramente triste, sin más, con una vulnerabilidad abierta y sin malicia, como la que mostraría a un amigo que lo supiera todo sobre ella.

Mark parpadeó, sorprendido. Era como si hasta ese momento su rostro hubiera estado camuflado, visible y al mismo tiempo oculto, envuelto, como por un velo mágico de un cuento de hadas infantil que permitía ver algunos rasgos, pero no todos. Por fin, el velo se había levantado, desaparecido, y por primera vez la vio con claridad. Incluso cuando más la había detestado en el centro comercial, había reconocido a regañadientes que «no era fea», pero ahora esa admisión a duras penas le parecía tan inadecuada y subestimada porque resultaba simplemente falsa.

Odetta era hermosa.

## CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Una semana más tarde, Odetta fue contratada por un nuevo y lujoso centro comercial cerca de la autopista 405. Ahora era subdirectora. No solo supervisaba al personal del centro comercial, como había hecho en Domingas, sino que también trabajaba con las tiendas del complejo en el «merchandising visual». El director general, Rory, estaba obsesionado con esto y decía que cualquier tienda con un escaparate poco atractivo perjudicaba tanto al mismo local como al centro comercial en su conjunto.

No era el trabajo soñado. Rory era temperamental y difícil. Odetta sabía que el puesto había quedado libre porque él había despedido a sus dos predecesores. Peor aún: el centro comercial estaba a más de quince millas al sur de East Hollywood, casi tan lejos como el cruce con la Ruta 110. El trayecto en autobús duraba al menos una hora y media en cada sentido.

Odetta, estoica, estaba resignada. La guerra de Vietnam le había robado la vida que había construido con Phillip; ahora no le quedaba más remedio que ponerse manos a la obra y empezar de cero. Rory le prestó revistas especializadas; Odetta las estudiaba durante los viajes en autobús, sosteniéndolas abiertas en el hueco de su brazo si el autobús iba lleno y tenía que ir de pie. Si tenía que trabajar hasta tarde, a veces dormía en el suelo de un almacén del centro comercial.

«Al menos déjame encargarme de la colada», le decía Mark, ya que Odetta no le dejaba esperar en Western para acompañarla a casa si tenía que coger un autobús tarde. Odetta cedió; Mark aprendió a lavar sujetadores en el fregadero.

• • •

Rex seguía yendo a la licorería casi todos los días, admitió alegremente que no tenía nada mejor que hacer. Saludaba a los clientes habituales desde un taburete alto detrás del mostrador, charlaba y fumaba sin parar mientras Mark estaba en la caja registradora o reponía los estantes y las neveras. Siempre estaba al menos entonado y, a veces, tan borracho que arrastraba las palabras o se tambaleaba hacia el mostrador cuando se deslizaba del taburete. Tenía los pulmones destrozados; no podía llevar un

pack de seis cervezas entre la nevera y el mostrador sin jactarse y resoplar.

Mark deseaba que se quedara en casa viendo la tele. Sabía que Rex no le habría molestado si hubiera seguido colocándose todos los días, que habría agrupado a su viejo jefe racista entre los demás irritantes vagamente percibidos en la vida de un fumeta, realidades necesariamente toleradas entre porros y pipas. Pero ahora estaba sobrio, lúcido. Era difícil escuchar las bromas racistas de Rex, u oírle contar por quinta vez la historia de su supuesto enfrentamiento con el ‘taco’ o el negro que había intentado robar en la tienda o pasar un cheque sin fondos. Aunque Odetta le dijera que se lo tomara con calma, que al menos Rex podía ser generoso. Rory no lo era.

Este era el tipo de trabajo al que podía aspirar sin tener un título secundario. No se lo había pensado dos veces antes de abandonar los estudios a los diecisiete años. Más tiempo para drogarse, para follar, para ganar dinero; ya no era un esclavo. Pero ahora ... el problema de estar sobrio y lúcido durante tanto tiempo era que había recuperado su sentido de la cuarta dimensión. Podía ver dónde se encontraba ahora en relación con el tiempo, el devenir vital, su pasado y su futuro. No iba a ninguna parte.

• • •

Una tarde, Mark vio un folleto de «Obtén tu GED» en el tablón de anuncios de la lavandería. El panfleto mostraba una coalición arcoíris de jóvenes graduados radiantes con toga y birrete, y enumeraba los cursos y las fechas de los exámenes de Desarrollo Educativo General en el L.A. City College. L.A.C.C., en Vermont, al norte de Melrose. Podía ir andando.

Pensó en el folleto mientras doblaba la ropa limpia y se dio cuenta de que seguía pensando en él cuando volvió a la habitación y repartió la ropa. Cuando terminó, decidió salir a dar un paseo. Odetta no volvería hasta dentro de un rato.

Mark llegó a Fountain Avenue y se dirigió hacia el este, diciéndose a sí mismo que ya era hora de que echara un vistazo a las vistas desde la colina del Barnsdall Park. Pero cuando llegó a Edgemont, donde habría girado hacia el norte para llegar al parque, se encontró caminando hacia el este, hacia Vermont, de

modo que pronto, sin una decisión consciente ni siquiera un pensamiento lúcido, allí estaba: girando en Vermont y entrando en el campus del L.A.C.C.

Una empleada latina de ojos somnolientos en una oficina administrativa le proporcionó una descripción general de las pruebas de desarrollo educativo general. Había cinco áreas de examen: escritura, lectura, matemáticas, estudios sociales y ciencias naturales. Las pruebas duraban diez horas repartidas en varios días y, para aprobar, necesitaba obtener al menos una puntuación de treinta y cinco en cada prueba, o una nota media de cuarenta y cinco en todas las pruebas combinadas.

Sí, podía inscribirse allí, le dijo ella, y le mostró una lista con las fechas de las pruebas.

Mark eligió una fecha dentro de un mes.

«¿Está seguro?», le preguntó la empleada. «Si no aprueba, tendrá que hacer cursos o esperar seis meses para volver a presentarse».

Mark estaba seguro.

Se marchó y regresó a Vermont entre estudiantes que paseaban por el campus con libros y carpetas bajo el brazo. Se sentía a la vez eufórico y temerario, como si acabara de firmar un contrato para pelear contra Mohamed Alí. No había abierto un libro de texto en seis años.

## CAPÍTULO CUARENTA

Uno de los clientes habituales de la licorería era Fernando, un mecánico que solía comprar refrescos y aperitivos para su equipo, en un taller cercano. A Mark le gustaba hablar con él cuando Rex no estaba. Fernando tenía su misma edad y decía que era un «chilango» que había crecido con «una llave inglesa en la mano» en la gasolinera de su padre en Ciudad de México.

Mark le contó a Fernando que se había inscrito para hacer el examen de GED.

Fernando se inclinó sobre el mostrador y miró detrás de la caja registradora.

«¿Y dónde está tu libro de preparación?»

«¿Crees que lo necesitaré?», preguntó Mark, y Fernando asintió enfáticamente. El GED no era pan comido. Su chico de transmisiones del taller lo había suspendido.

Así que, después del trabajo, Mark entró en una librería por primera vez desde que había leído sobre el cultivo hidropónico de marihuana. Tenían tres libros sobre la preparación para el GED. Libros gruesos. Mark cogió uno, echó un vistazo a las preguntas y pensó que se pondría físicamente enfermo, pero, de nuevo, era como si una parte de él supiera que solo lo conseguiría si se involucraba en una especie de conspiración interna, si se escondía de sí mismo, así que, aunque se dijo que era inútil, llevó el libro a la caja registradora.

Y horas más tarde, sentado a su lado de la sábana colgante con el libro abierto en su regazo, decidió que después de todo tal vez no todo estaba perdido. Ahora que ya no fumaba, pensaba con mucha más claridad. Recordaba lo que leía, captaba la idea central de un párrafo sin quedarse mirándolo fijamente con la boca abierta, en estado de estupor. Tenía una oportunidad. Quizá lo que estaba enviando al ring del GED contra Mohamed Alí no era un borracho gordo sacado del taburete de un bar, sino alguien que realmente sabía pelear.

Estudió. Al principio escondía el libro de preparación debajo del mostrador cuando Rex estaba en la licorería, pero luego lo leía abiertamente, incluso mientras Rex fumaba, bebía y soltaba sus comentarios racistas en el taburete detrás de él. Decidió que debía ir a la biblioteca para obtener ayuda adicional en mate-

máticas y ciencias, y cuando vio que la joven bibliotecaria con gafas se sentía atraída por él, reprimió sus sentimientos de culpa y sacó todo su encanto para poder obtener un carné de la biblioteca con solo uno de las facturas de servicios públicos de los Dobson como prueba de residencia, y tomó prestados dos libros de texto de secundaria.

Odetta se acostumbró a volver a casa del centro comercial y encontrarle sentado con un libro abierto en el regazo. Ella le felicitó. Le animó. Él suponía que ella lo iba a hacer. A él no le importaba mucho.

Lo que sí importaba era que él notaba una diferencia en cómo ella actuaba con él. Cómo le hablaba, cómo le miraba. No era una gran diferencia, pero sí lo suficiente. Aunque era como si volviera a recorrer sus días con diferentes niveles de pensamiento, de su mismo, de conciencia, de modo que podía pensar que estaba haciendo algo por una razón cuando la verdadera razón era otra. Aún no se había preguntado conscientemente por qué la opinión de Odetta sobre él era importante, o por qué no se estaba dejando crecer la gran barba de camuflaje ahora que vivían juntos.

• • •

Mark llamó a Leonard para hablarle de su carta a Rhaytana la noche antes del primer examen GED. El tío de Odetta nunca había recibido respuesta alguna en Lynwood. Mark pensó que unas palabras amables de Leonard podrían levantarle el ánimo. «Danny dijo que te respondería», podría decir Leonard. Mark se sentiría alentado, acudiría al examen GED con las pilas cargadas.

Pero la idea le salió mal. Leonard le interrumpió brusca-mente a mitad de la frase.

«Tu carta llegó», dijo Leonard. «Eso es todo lo que tengo que decirte, Mark. Podrías llamarme hasta que consulte con un abogado sobre una orden de alejamiento, y la respuesta sería la misma. “Tu carta llegó”. Nada más».

Luego, «No me vuelvas a llamar», y la línea se cortó.

Odetta le prometió invitarle a almorzar en Long Beach, independientemente de si aprobaba o no. Ahora tenía un coche, un F-85 oxidado del que Fernando le había hablado a Mark.

Tenía dos guardabarros abollados y el maletero no se abría, pero la transmisión y el chasis estaban en buen estado. Rory la felicitó y enseguida le aumentó la carga de trabajo, pero al menos ya no tenía que pasar horas en el autobús todos los días.

• • •

Mark hizo los exámenes del GED en una sala sin ventanas, con paneles de madera falsa y un ventilador que zumbaba. Estuvo con otros tres candidatos para las pruebas de lectura, matemáticas y estudios sociales el primer día y otros cuatro para las de escritura y ciencias naturales al siguiente. El primer día se sentó junto a un estibador de mediana edad que le contó a toda la sala que tenía un tumor maligno y que no quería morir sin el título de secundaria. El segundo día, su mesa estaba detrás de la de una mujer gorda con un moño al estilo Doris Day, que se metía obsesivamente los dedos en la nariz con una uña pintada de rojo.

La prueba de lectura no estuvo mal, pero las dos primeras preguntas de matemáticas eran ecuaciones de segundo grado. Las dos primeras. Mark sintió pánico, pero cerró los ojos y se tranquilizó. Necesitaba un treinta y cinco. Eso era todo. No tenía que acertar todas las preguntas. A veces, en las preguntas de opción múltiple, acertaba por suerte. Y estaba allí. Podía intentarlo.

A la semana siguiente, cuando volvió a recoger sus notas, el eufórico y triunfante Mark que salió del centro de exámenes ya había decidido que el treinta y siete era su nuevo número de la suerte. Quizá se lo tatuaría en el pecho. Treinta y siete era su nota en matemáticas, la más baja de sus cinco notas en las cinco materias. Dos puntos por encima del mínimo. Había aprobado el GED.

• • •

Unos días más tarde, Rex le despidió.

Mark había pensado que buscaría un trabajo mejor ahora que tenía su GED, y que renunciaría una vez que lo consiguiera. Pero no duró tanto tiempo. O tal vez no duró tanto precisamente porque sabía que había aprobado y tenía mejores posibilidades y

no tenía que seguir escuchando las tonterías racistas de Rex sobre «nosotros contra ellos».

Así que una tarde, cuando estaban solos en la tienda y Rex le preguntó con voz ronca si había oído lo que les había pasado a los negros en la mina de carbón, Mark cerró los ojos, apoyó los dedos en el mostrador y dijo:

«No, y realmente no quiero oír ese chiste, Rex. De verdad que no», y se volvió para mirarle.

La discusión duró unos cinco minutos. Mark sintió como si sus papeles se hubieran invertido, como si fuera un padre razonando con un niño. ¿Por qué todos los negros tienen que ser iguales, Rex? ¿De verdad crees que todos los médicos y abogados negros están tramando formas de vaciar tu caja registradora? Le habló a Rex de Odetta, intentó explicarle lo mucho que le dolía escuchar los chistes desagradables cuando la veía todos los días. Aunque ella le hubiera dicho que no le prestara atención.

Pero entonces vio que Rex se estaba alterando demasiado. Rex se deslizó del taburete y se apoyó con fuerza en el bastón. Jadeaba. Tenía las mejillas rojas y sudorosas. Parecía que iba a sufrir un infarto.

«Coge tu paga del día de la caja registradora y vete de mi tienda».

• • •

Odetta le ayudó a conseguir un trabajo como guardia de seguridad en otro centro comercial del Westside. Un vigilante de centro comercial. O un vigilante en prácticas; la administración del centro comercial le comunicó que tendría que completar dos clases de medio día en su tiempo libre para obtener la licencia de guardia. Pero le incluyeron en la nómina, le dieron un uniforme y cada mañana Mark se acostumbró a soportar el largo trayecto hacia el oeste a bordo del autobús de Santa Mónica.

Principalmente se dedicaba a pasear. El instructor de la clase les explicó lo mal que se las verían si realizaban una detención ciudadana incorrecta, y lo peor que les pasaría si lo hacían sin una tarjeta de guardia. Además, el centro comercial no quería que detuvieran a nadie. «Estén allí, dejen que la gente vea el uniforme y llamen a la policía de verdad si ocurre algo grave».

No estaba mal. Era un paso adelante con respecto a la licoreña; no habría conseguido el trabajo sin el GED y una prueba de drogas a la que nunca se habría sometido en el norte. Las únicas horas que no le gustaban eran las tardes de los días laborables, cuando los adolescentes acudían en masa después del instituto y se suponía que debía «mostrar presencia» en las tiendas con problemas de hurtos.

«¡Oh, qué *guapo* es!», le gritó una chica el primer día, y así empezó todo. Una vez, un trío de chicas risueñas le siguió por todo el centro comercial. No tenía por qué llevar una gorra de guardia de seguridad, pero decidió que le hacía más feo y se la ponía por las tardes. Le ayudaba.

• • •

De vez en cuando, en su bloque, Mark intercambiaba saludos con una veinteañera muy embarazada que vivía en el edificio de apartamentos de al lado. Mark la llamaba «Janis»; se parecía a una Janis Joplin rubia y pecosa. Janis solía llevar camisetas premamá sin mangas, que dejaban ver un tatuaje de motera en el hombro, pero una vez salió tambaleándose con una enorme camiseta de hombre de la ruta de los Apalaches que le llegaba hasta las rodillas, como si fuera un vestido.

«¿Es de allí de donde eres?», le preguntó Mark, y ella se rió y respondió: «Más o menos», y añadió que su estado era Virginia del Oeste. Desde entonces, volvieron a los simples «hola». Janis parecía agradable.

Entonces, un día después del trabajo, mientras caminaba hacia el norte desde la parada de autobús de Santa Mónica, Mark vio una ambulancia con luces intermitentes en el techo aparcada en doble fila en su manzana, cerca del edificio de Janis. Su primer pensamiento egoísta fue que la anciana Sra. Dobson había sufrido un infarto y que Odetta y él tendrían que mudarse.

Pero los técnicos de emergencias no estaban dentro de la casa de los Dobson. Mark se acercó y vio las espaldas de dos camisetas azules de uniforme una al lado de la otra en la acera. Estaban arrodillados frente a una camilla, con la cabeza gacha, ocupados en su paciente. Mark oyó gemidos y, a la derecha de uno de los uniformes azules, vio la pierna blanca y regordeta de una mujer,

extendida y levantada con la rodilla hacia el hombro, con una sábana cubriéndole la entrepierna. Vio el rostro de Janis, ahora contorsionado por algo más que el dolor. Ira.

Los técnicos le hablaban. Los gemidos se hicieron más fuertes, mucho más fuertes.

«¡La puta enfermera me dijo que podía irme a casa!»

Entonces Mark supo lo que estaba a punto de presenciar.

El barrio había estado tranquilo, pero ahora los vecinos salían a ver qué pasaba. Un adolescente con una tabla de skate y una mujer negra de aspecto maternal se acercaron por detrás de Mark. Un coche redujo la velocidad; el conductor se asomó por la ventanilla y se quedó mirando con la boca abierta. Al otro lado de la calle se había congregado un grupo de gente. La multitud detrás de Mark crecía.

Los gemidos de Janis se habían convertido en gritos. Desenfrenados, espeluznantes, furiosos. Obscenos: «¡JODER, OH, JODER, JODER!» Mark se encogió, sintió una vaga conmoción. ¿Aullaba solo por el dolor puro, o por el dolor unido a su ira hacia la enfermera que aparentemente había pensado que aún no necesitaba ir al hospital, o, lo más probable, por todo lo que había en su vida desconocida para Mark, por cualquier laberinto de decisiones y circunstancias pasadas que la habían dejado sola, tumbada de espaldas en una acera de Hollywood, dando a luz sin analgésicos? ¿Qué era?, pero entonces, mientras se lo preguntaba, uno de los técnicos de emergencias médicas se movió a un lado, dijo algo sobre «el cordón» y el otro se inclinó más cerca con una mano enguantada sobre la otra, sosteniendo algo, algo oculto por la sábana, y en un movimiento oscilante Mark vio cómo se movían los brazos del técnico.

Y entonces apareció el bebé.

Mark solo lo vio por un segundo, antes de que los hombros encogidos de los TEM le bloquearan la vista. Como si estuviera destinado a verlo, pensaría más tarde, como si el destino hubiera conspirado para que él tomara ese autobús en particular al volver del centro comercial, y no otro, y se hubiera confabulado para provocar la crisis de Janis en el momento en que él era testigo. Ver al bebé diminuto, pegajoso, indefenso, con los ojos cerrados, con el cordón umbilical colgando, con la carita arrugada salpicada de costras blancas.

Los gritos de Janis se habían convertido en un gemido bajo y desolado. Los técnicos de emergencias estaban ocupados, moviendo los hombros y los brazos.

El bebé lloraba.

«Es un niño», dijo uno de los TEM.

El chico del patinete empezó a aplaudir. Se produjo una oleada de aplausos, seguida de un tímido vítor. El grupo al otro lado de la calle se unió. Mark se unió. Un técnico levantó brevemente una mano enguantada sin dar la espalda y mostró un signo de victoria.

El nacimiento de un mamífero, sí, como en la carta de Rhytana: crudo, desagradable, con fluidos que se escurrían, similar al nacimiento de un ternero o un cachorro. La carta era cierta. La naturaleza camuflada, engañosa; un tipo que baboseaba por una chica de calendario nunca pensó que el propósito evolutivo de su baboseo era producir la escena que ahora tenía ante sí en la acera.

Pero si eso era todo, ¿por qué se sentía tan conmovido por lo que acababa de ver? Tenía los ojos húmedos. Temblaba.

## CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Unos meses más tarde habían ahorrado lo suficiente para alquilar un apartamento. Un apartamento juntos; ninguno de los dos sugirió no seguir como compañeros de piso. Estaban acostumbrados el uno al otro, se llevaban bien, habrían tenido que quedarse meses más en casa de los Dobson si no hubieran podido reunir fondos para pagar los gastos de la mudanza.

Terminaron quedándose en el mismo barrio, alquilaron un soleado segundo piso de dos dormitorios en un bien conservado edificio de estuco color crema que Mark asociaba con el viejo Hollywood. La casera era una actriz jubilada, encorvada y alegre, que les sorprendió mostrando una foto publicitaria de principios de los años treinta en la que aparecía más joven, con ligas y una falda subida hasta las caderas. «¡Esas piernas me dieron trabajo!», dijo con orgullo. «Entonces entró en vigor el maldito Código Hays y me quedé en la calle». Les dijo que le harían un favor si se llevaban algunos muebles viejos que acumulaban polvo en el sótano.

Compartían espacio en el frigorífico y en el botiquín del cuarto de baño, se veían de vez en cuando por la mañana y casi siempre por la noche. Por fin, Odetta había encontrado una iglesia que «más o menos» le gustaba, en Slauson, al este de La Brea, a unas nueve millas al sur. «Una iglesia negra», dijo, disculpándose. Mark fue una vez. Todos eran amables, pero él era el único blanco en el edificio. Un niño pequeño se giró en su banco y le miró con la boca abierta y los ojos muy abiertos, como si fuera Bigfoot o el monstruo del Lago Ness.

• • •

¿Cuándo se dio cuenta de que se había enamorado?

O si «enamorado» no le parecía lo suficientemente verdadero, preciso, completo, si el uso comercial excesivo de la expresión le había despojado de su significado real, ¿cuándo su afecto por Odetta había alcanzado una intensidad mucho mayor que la que había sentido en el pasado por cualquier otra mujer?

Una mañana, cuando sus horarios de trabajo coincidieron, ella se acercó somnolienta a la mesa de la cocina en zapatillas

y bata. La ventana de la cocina daba al sur; ya al amanecer, la luz entraba a raudales, iluminando la vajilla y la mesa desgastada. Odetta sonrió somnolienta a modo de saludo, se detuvo junto a la cocina para llenar un plato con los huevos y las patatas que le había tocado preparar a Mark, y se sentó frente a él.

Se había olvidado de volver a poner la cesta de tostadas en el centro de la mesa. Eso era todo. Ella miró con irónica diversión la cesta que estaba junto al plato de él y, tras bostezar ligeramente, dijo:

«¿No me merezco ninguna tostada esta mañana?»

Y eso fue realmente todo, todo lo que supuso aquel instante ordinario y común, pero fue mientras le pasaba la cesta que se dio cuenta de repente de que, incluso después de meses de haber vivido como sardinas en lata en casa de los Dobson, todavía le emocionaba ligeramente estar en la misma habitación que ella y no quería volver a vivir separado de ella nunca más. Mirarla, escucharla, incluso en unos fugaces momentos de proximidad, olerla.

¿Cuándo había comenzado? ¿La noche cerca de Pismo Beach, cuando se enteró de que ella era Greta? ¿Su profundo asombro y afecto protector habían activado un interruptor o derribado una barrera emocional de seguridad para permitir que el amor o los sentimientos tiernos entraran, penetraran y se propagaran, como un cultivo microbiológico introducido por un bastoncillo de un científico en una placa de Petri? ¿Era por eso por lo que nunca se había vuelto a dejar crecer la barba, en un esfuerzo inconsciente por resultarle atractivo? O si no fue cerca de Pismo, entonces seguramente fue cuando ganaron los panecillos de semillas en el restaurante. Cuando ella se sonrojó, cuando él reconoció su belleza y se sintió atraído por ella.

Se sintió totalmente desprevenido, como un boxeador noqueado mientras miraba fuera del ring. A finales de su adolescencia había tenido una aventura con una mujer negra cuando hacía autoestop para ir a Los Ángeles, pero estaba drogado y ahora solo recordaba vagamente ese contacto, como a través de una niebla. Por lo demás, nunca había pensado en una mujer negra como pareja, ni sexualmente ni, por supuesto, románticamente. De hecho, no recordaba ninguna representación romántica de una mujer negra en ninguna película o programa de televisión. En su

instituto había quizá una docena de negros; en la escuela primaria y secundaria, ninguno. ¿Cómo le había pasado esto?

¿Había una parte de él que se resistía a admitirlo — o tal vez incluso en su inconsciente mudo libraba una guerra histérica, aterrorizada, egoísta y de supervivencia contra la admisión — debido a lo que implicaría una relación con Odetta? Ella quería ser madre. No tenía píldoras anticonceptivas en su lado del botiquín, probablemente habría considerado una lobotomía antes que un aborto. ¿Era tan inusual un segurata de veintitrés años con un nuevo título de secundaria si una parte de él, presa del pánico, no quería desesperadamente enamorarse de una mujer tan firmemente comprometida con la maternidad? Sobre todo si el segurata era inusualmente guapo, cuando no le camuflaba la barba que le llegaba al esternón, daba por sentado que las mujeres coquetearían con él, le lanzarían miradas, que podía elegir a quien quisiera. ¿Por qué no podía haberse enamorado de una mujer que solo quisiera divertirse y follarse?

. . .

Finalmente, el sábado siguiente por la tarde, le confesó lo que sentía. O parte de lo que sentía.

Habían decidido visitar Santa Mónica. Odetta nunca había estado en el muelle, pero nada más pasar por debajo del gran arco azul y blanco se levantó un fuerte viento, y Odetta se disculpó diciendo que no había traído suficiente protección para su cabello. Así que, en su lugar, exploraron el estrecho parque Palisades, que abrazaba los acantilados con vistas al océano, y Odetta pronto dijo que había encontrado otro lugar favorito en Los Ángeles. Le recordaba a un cuadro, dijo, un cuadro impresionista que había visto una vez en una revista de arte, con mujeres con miriñaques y hombres con sombreros de copa a orillas de un río en París. Excepto que Palisades era aún más bonito.

Caminaron hacia el norte, entre palmeras rechonchas y extravagantes, eucaliptos imponentes e higueras con ramas extendidas, pasando por pequeños jardines en los que se sentaban, se recostaban o dormían hippies, adolescentes, personas sin hogar, jubilados, rostros entre la multitud; un mexicano de mejillas curtidas, parecido a Charles Bronson, frunciendo el ceño ante un tablero

de ajedrez; una actriz de mediana edad, con el rostro serio, un lifting fallido y un aura de depresión. Entonces les apeteció sentarse y encontraron un banco junto a un jardín de suculentas al borde del acantilado, que les permitía contemplar los tejados de las casas de los millonarios en la Pacific Coast Highway, la playa, el océano y el muelle, ahora lejano.

Sopló una ráfaga de viento. Odetta comprobó la fuerza del viento con los dedos y decidió dejar el chal en el bolso.

«¿No te cansas nunca de preocuparte por tu pelo?»

Ella puso mala cara, rompió una ramita que había recogido y tiró los trozos por encima de la pequeña valla de hormigón que protegía el borde del acantilado.

«Estoy acostumbrada. Ya ni siquiera pienso en ello».

«¿Rory no te deja llevar el pelo natural? Veo mujeres negras con afros por todas partes».

«No gerentes de centros comerciales», dijo Odetta.

Así que hablaron de eso durante un rato. De hecho, Odetta dijo que Rory podría dejarla llevar el pelo natural. Dos inquilinos minoristas relativamente modernos habían firmado contratos de alquiler; Rory pensó que podrían impulsar el posicionamiento del centro comercial como más «Westside» y menos «Torrance», y que una subdirectora negra con el pelo natural podría ser una ventaja. Pero sería un compromiso, tendría que cortarse el pelo, quedarse prácticamente calva y llevar pelucas hasta que le creciera el pelo natural. Y si a Rory no le gustaba o conseguían una marca de referencia del tipo K-Mart y él decidía apostar por Torrance, tendría que alisarse el pelo de nuevo.

Además, Doris no creía que le quedara bien el pelo natural. Mark ya había oído hablar de Doris: la némesis de Odetta, una subdirectora celosa marginada tras la contratación de Odetta.

«Haga lo que haga, ella quiere que Rory piense que soy mala para la imagen del centro comercial. Prácticamente le ha dicho que soy fea».

«¿Cómo puede alguien decir que eres fea?»

Odetta se encogió de hombros con impotencia. «Eso es lo que ella dice».

«Sabes que eres atractiva».

«Vamos, Mark. No hace falta que ...».

«Pero lo eres. Eres hermosa».

Y si se hubiera detenido ahí, quizás ambos solo hubieran recordado una breve y torpe pausa en la conversación, mientras Odetta, avergonzada, hacía una mueca y miraba el jardín de succulentas. Pero él no se detuvo. La pronunciación de las tres sílabas de la palabra había abierto una compuerta, y mientras la emoción crecía y la sangre le latía en las sienes, Mark añadió:

«Increíblemente hermosa».

Con aún más énfasis en las tres sílabas. Mucho más.

Y entonces salió, dicho. No tenía sentido fingir que ella no lo había oído o que podía haber malinterpretado el énfasis. El corazón de Mark latía con fuerza.

Odetta siguió mirando fijamente el jardín, con expresión tímida, triste, avergonzada, resignada, pero también sin sorpresa. Por fin se volvió y le miró con franqueza.

«Estoy casada, Mark».

. . .

Hablaron sobre el tema finalmente abordado durante la siguiente hora, mientras los coches circulaban ruidosamente por la autopista bajo los acantilados, y los visitantes del parque paseaban por el sendero detrás de ellos. Odetta habló con paciencia, simpatía y franqueza, como si le explicara a un valioso empleado del centro comercial por qué no podía aprobar un cambio de turno. Obviamente, no estaba sorprendida. Mark se dio cuenta de que ella ya había pensado en ello. Quizá lo había pensado tanto como él.

Si eso le daba alguna satisfacción, y ella esperaba que no fuera así, su matrimonio podría incluso dejar de ser técnicamente en poco tiempo. Phillip había seguido deteriorándose. Los padres, a quienes nunca les había gustado Odetta, finalmente habían intervenido, se habían llevado a Phillip a casa y habían instalado a su hijo arruinado en la habitación de su infancia. Odetta había mantenido un contacto doloroso, sin mencionarle a Mark las ocasionales llamadas telefónicas porque sabía cómo se sentiría él al respecto. Phillip estaba más paranoico que nunca, casi había agredido a un agente de policía que había respondido a la llamada al 911 de sus padres. El panorama era malo, muy malo, y ella se había resignado al hecho de que Mark y cualquier

profesional al que pudiera acudir nunca aceptarían su descripción del esposo cariñoso, atento y cristiano que había perdido en Vietnam, y siempre la considerarían sospechosa por haber permanecido con él tanto tiempo.

Pero Phillip no era la razón principal por la que no quería tener una relación con Mark.

Tenía tres razones. Mark la miró desconcertado mientras ella levantaba los dedos y las enumeraba.

La primera, la menos importante, era su color. Si hubieran podido observar en secreto a la gente que pasaba detrás de ellos, habrían visto que al menos la mitad les lanzaba miradas furtivas. Porque ella era negra, porque él era blanco, porque parecían una pareja. Y eso era en Santa Mónica. Quizá no había mucho que ver en Bakersfield, pero ella recordaba lo que él había dicho sobre no viajar por ningún sitio cerca de la Ruta 99. Vivir con esos obstáculos era una cosa a corto plazo, pero otra muy distinta durante toda la vida.

La segunda razón era que él no estaba preparado para ser padre. Ahora le iba muy bien, pero ¿había olvidado al Mark que ella había conocido hacía solo unos meses? ¿El que fumaba marihuana varias veces al día, incluso antes de su turno como Papá Noel en el centro comercial? ¿No sería razonable darle a alguien así tiempo y espacio para madurar antes de convertirse en padre?

La tercera razón era su aspecto.

«Mi aspecto», repitió Mark.

Odetta se puso de pie, frente a él, desde el muro de protección del acantilado frente a su banco, con las caderas y las manos apoyadas en la barandilla a la altura de la cintura. Mark sintió que se le enrojecían las mejillas. Su pulso no se había calmado; lo sentía en las sienes mientras la miraba, emocionado, sin comprender, incapaz de asimilar o digerir lo que ella le estaba diciendo. Una lista de razones por las que no podía estar enamorado de ella.

«Ya te he hablado de mi padre», dijo ella con paciencia. Hoy, en este momento, Mark le había dicho que era hermosa, pero ¿qué diría cuando estuviera embarazada, gorda, convertida en madre y con un cuerpo transformado? Su padre podía conseguir citas con una sonrisa, un guiño. Una mujer práctica con visión a largo plazo no estaba a salvo con un hombre tan guapo. Y Mark era más guapo que su padre.

«Lo que deberías hacer», dijo Odetta, «es pensar en mí como tu compañera de piso aburrida y reservada, que va a la iglesia y quiere tener un hijo, y salir con una de esas chicas blancas guapas que te miran todo el tiempo. Así te olvidarás de mí».

«Así que solo puedo salir con una mujer blanca».

Odetta esbozó una media sonrisa sombría. «Entonces puedes salir con una de esas mujeres negras, morenas o amarillas que te miran todo el tiempo».

«¿Y no te atraigo en absoluto?»

Ella frunció los labios, bajó la cabeza y miró pensativa al suelo entre el banco y el muro de protección. Pasaron casi diez segundos antes de que levantara la cabeza para responder:

«No creo que deba responder a esa pregunta».

## CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Solo tres días después, se hizo lo que ella llamaba el «gran corte». En la peluquería le cortaron casi todo el pelo; quedó prácticamente calva, y tendría que llevar una peluca en el centro comercial hasta que su pelo natural creciera lo suficiente como para estrenarlo en el trabajo. Sin embargo, en casa nunca se ponía la peluca y admitió que su conversación en Palisades la había motivado a volver a hablar con Rory sobre la posibilidad de llevar el pelo natural.

«Así dejarás de tener ideas sobre mí», dijo ella, y de vez en cuando le miraba a los ojos con una expresión divertida y desafiante, como si le retara a decir que era igual de atractiva sin pelo.

Y no lo era. Él pensaba que estaría preciosa con el peinado trenzado que planeaba llevar algún día — le había enseñado fotos en una revista — pero ahora, sin apenas pelo, no, no estaba tan guapa. Pero el impacto era insignificante, el cambio había llegado demasiado tarde para afectar a la evolución de sus sentimientos hacia ella, si es que alguna vez hubiera podido hacerlo. La quería, y amándola se sentía indefenso.

• • •

Nunca antes le habían rechazado de esta manera. No así. Las mujeres se habían negado a tener relaciones sexuales para permanecer fieles a sus parejas actuales — «Quiero hacerlo, Mark, pero se lo prometí a Drake/Paul/Frank/Chuck» — y había habido otras como Shirley, pero ninguna mujer se había negado a tener una relación real. No creía haber sido nunca presumido o vanidoso por su aspecto físico, pero sabía que era atractivo. Siempre había sido él quien había tenido que decir que no.

¿Cómo le había pasado esto? Irracionalmente, se preguntó si había sido voluntariamente atrapado en una especie de conspiración trascendental, si había estado destinado desde antes de nacer a emparejarse con Odetta y, desde entonces, había navegado sin saberlo por un paisaje vital en el que los acontecimientos y circunstancias necesarios habían sido astutamente preparados y dispuestos de antemano, como muebles colocados entre actos por

tramoyistas silenciosos detrás de las cortinas del telón. De modo que, en el gran esquema de las cosas, su comunicación como Parker y Greta había sido como los primeros versos de una canción o los cimientos de un rascacielos o incluso, si le gustaba, si ya importaba, barrotes colocados sucesivamente en un redil para guiarle, pastorearle, encarcelarle y seducirle hacia un sentimiento atormentado.

¿Cómo le había pasado esto? Si nunca se había detenido en ninguna imagen que sugiriera la belleza femenina negra en ninguna película o revista, si había contemplado con mayor frecuencia a las mujeres negras como tokens en los anuncios de detergentes de la televisión, lamentando los horrores de las máculas difíciles de quitar del cuello de las camisas. Ahora se sentía atraído por Odetta específicamente por sus características físicas como mujer negra: por sus labios voluptuosamente carnosos y generosos; por su nariz más ancha y plana; por su piel marrón oscuro y, especialmente, por sus ojos marrones increíblemente profundos, escandalosamente profundos, que parecían insondables, de un tono que casi se fundía con el negro de sus pupilas.

Había comenzado a reaccionar físicamente ante ella, de forma erótica. Tenía veintitrés años, como casi cualquier hombre de su edad podía tener erecciones frecuentes, por supuesto si estaba sexualmente excitado, pero también sin motivo, debido a los altibajos aleatorios de la testosterona. Pero su respuesta ante Odetta ahora entraba en un nuevo territorio. Era como si con la rígida palpitación su pene demostrara la desnuda rendición al sentimiento que no había recibido su permiso para expresar con palabras. En Palisades, ella le había explicado su postura. Tenía que aceptar los límites que ella había establecido y preocuparse por ella de una manera decente, especialmente como su compañero de piso, pero ¿cuánta esperanza había de que esta lógica distante y antiséptica persuadiera a su mente inconsciente? Así que podía hablar con ella sobre el centro comercial, sobre Rory, sobre Doris, y sonreír con una respuesta educada y controlada, incluso cuando su pene le dolía, gemía y latía con la patética sinceridad de un perro que aúlla de soledad o que olfatea para que su querido humano le perdone algún pecado desconocido.

A veces se excitaba de esta manera tan pronto como Odetta entraba en una habitación. Ahora sus pensamientos exagerados

sobre una conspiración trascendental incluían a veces a un agente humano sin rostro como cerebro, titiritero, manipulador. ¿Era él un peón en un plan? ¿Podría haber un alma no nacida en un éter inmaterial entre vidas que hubiera elegido a Mark como su futuro padre?

• • •

Una noche estuvo a punto de contarle lo de la línea directa. Estaban en la sala de estar. Odetta estaba sentada en el destartalado sofá, junto a una lámpara que iluminaba una pila de publicaciones comerciales sobre la seguridad en los centros comerciales. Mark estaba tumbado en el suelo frente a ella, con los dedos entrelazados detrás del cuello, mirando las pesadas hojas de palmera que cubrían un lado de la ventana, con sus puntas yuxtapuestas contra el cielo rojo anaranjado del atardecer de Los Ángeles.

Estaba de buen humor, aunque también se sentía perplejamente martirizado, compadeciéndose de sí mismo. Esa tarde, habían ido juntos de compras y, mientras empujaba el carrito por los pasillos del supermercado, Odetta había saludado con la cabeza a varias mujeres y le había preguntado por qué no salía con nadie. «¿No es tu tipo?» «¿No viste cómo te miraba?» De forma maternal, solícita, casi compasiva, como si el deseo que él había confesado en Palisades no fuera más que una ilusión entrañable y pasajera, como el enamoramiento de un niño pequeño por su maestra.

¿Y quién era el hombre con el que Mark no podía competir, al que ella seguía siendo fiel, como cristiana devota de Dios? Pues, por supuesto, a Phillip, su marido, el mismo que la había golpeado y torturado con una plancha caliente.

«¿Te duele menos la espalda?» preguntó Odetta. Mark se había deslizado al suelo del salón para hacer algunos estiramientos.

«Está bien».

Ella le dio un golpecito con el dedo del pie. «Mira esto».

Mark extendió un brazo para coger la revista que le ofrecía y se la puso delante de la cara. El anuncio comercial mostraba a un Papá Noel de mirada malvada en un centro comercial, flanqueado

por voluminosas cámaras de seguridad, con etiquetas de seguridad EAS de plástico bien visibles en su abrigo rojo.

«Por si alguno de los niños intenta robarle el gorro de Santa», dijo Odetta.

Mark resopló y le devolvió la revista. Entonces, a Odetta se le ocurrió algo.

«Mark, nunca te lo pregunté. ¿Por qué aceptaste ese trabajo de Papá Noel?»

Mark giró la cabeza sobre sus dedos entrelazados para mirarla. Le había empezado a crecer el pelo. Aún no era lo suficientemente largo como para peinarlo o hacerle raya, pero ya no estaba calva. Sin duda, estaría guapa con su pelo natural. Así que él estaría condenado a sentirse atraído por eso también.

Su expresión era inocente, simplemente curiosa, nada más. Por supuesto, ella no tenía ni idea.

Mark volvió la cabeza y miró al techo. Se sentía alegre, imprudente.

«Estaba obsesionado con una mujer», dijo Mark.

Y con una sonrisa privada continuó contemplando el techo en blanco. Pasó medio minuto. Sintió que Odetta le observaba.

«Obsesionado con una mujer», repitió ella.

«Sí». Mark reanudó los estiramientos, dobló la pierna izquierda y tiró de la rodilla hacia el hombro derecho.

«Nunca me lo habías contado».

«Nunca me lo preguntaste».

Él la miró con cierta picardía y repitió el estiramiento con la otra pierna. Ella estaba claramente sorprendida, interesada, tal y como él esperaba, deseaba y quería que estuviera. Había dejado la revista y le observaba con atención.

Mark se tumbó boca arriba y movió los dedos entrelazados en la nuca.

«Había hablado con ella durante meses», dijo Mark, dirigiéndose al techo. «Durante horas, cada semana. Estaba preocupado por ella. Pensaba en ella todo el tiempo. Tenía que verla. Odetta, dejé mi trabajo y conseguí ese otro de Papá Noel solo para poder buscarla».

«¿Trabajaba en el centro comercial?»

Mark sonrió. «Sí, Odetta. Trabajaba en el centro comercial».

«¿Te lo estás inventando?»

«¡No!», respondió Mark riendo.

«¿Por qué no me lo dijiste antes?»

«No me lo preguntaste». Mark la miró de nuevo. «Odetta, ¿sabes lo que hice? Esto te va a sorprender. Estaba tan obsesionado que una noche me colé y abrí un archivador para coger su carpeta. No robé nada. Solo quería hablar con ella».

Cruzó los tobillos y se acomodó en el suelo. «¿No es increíble? Nunca pensaste que pudiera hacer algo así, ¿verdad? Yo tampoco. Era la primera vez».

«¿No te lo estás inventando?»

«No, no me lo estoy inventando».

«¿La encontraste?»

Mark pensó en cómo responder y se rió. «Sí, la encontré. No como esperaba, pero sí, la encontré». Giró la cabeza y la miró. «Estás haciendo muchas preguntas sobre ella. Odetta, ¿estás celosa?»

Ella no respondió. Parecía como si aún sospechara que se trataba de una broma.

«¿Un poquita celosa? ¿Solo por mí?»

Antes de que ella pudiera hablar, él se puso en pie, se dirigió a su dormitorio y, mientras le daba la espalda, añadió con voz melancólica que ella no podía oír que, si estaba celosa, no tenía por qué estarlo.

## CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Unos días más tarde, después del trabajo, de nuevo por impulso, Mark volvió al campus de L.A.C.C. y le preguntó a la misma empleada latina en la misma oficina administrativa si tenían alguna información sobre opciones profesionales.

«Como qué campos tienen vacantes y la formación que hay que hacer. Ese tipo de cosas».

La empleada señaló con el dedo índice un estante con folletos junto al mostrador.

«Sírvelo tú mismo».

Mark contempló la selección (*¡Carreras en odontología! ¡Conviértete en esteticista!*), eligió un montón, y los ojeó mientras estaba sentado en un banco en el patio.

Podría ser técnico de emergencias médicas. Hojeó las páginas del folleto y se quedó mirando las fotos de TEMs con camisas azules arrodillados junto a pacientes postrados, empujando camillas hacia las ambulancias.

Como los dos chicos que había visto asistir en el parto. Cuando todo el mundo aplaudió. Mark pensó que se le daría bien. Podía manejar el estrés, pensar con rapidez. Había que tener el GED, que él ya tenía, y carecer de antecedentes penales graves. Podría haber tenido algunos perlas, si le hubieran pillado en NorCal, pero no fue así.

Mark volvió para hacer más preguntas. La empleada no supo responderle y pidió ayuda al Sr. Kilber, un hombre negro del tamaño de un jugador de fútbol americano que le saludó amablemente con la cabeza desde el otro lado del mostrador.

No, dijo el Sr. Kilber, Mark no podía hacer el curso de técnico de emergencias médicas allí. El L.A.C.C. ofrecía clases básicas de RCP, pero para ser técnico de emergencias médicas tenía que aprobar una formación de nivel profesional, que llevaba más tiempo. Una vez que tuviera el certificado profesional de RCP, podría inscribirse en la formación de técnico de emergencias médicas.

Mark preguntó si la formación era difícil. El Sr. Kilber parecía indeciso.

«Puede serlo», dijo. «Mucha gente abandona».

«*Quien la sigue, la consigue*», intervino la empleada.

Mark parpadeó y la miró fijamente. Ella sonreía.

«Es español», dijo, «“Quien la sigue, la consigue”. La perseverancia da sus frutos. Tú puedes hacerlo. ¿No aprobaste el GED a la primera?»

Así que también lo intentaría. Mark se sentía emocionado y, mientras caminaba hacia su apartamento, se detenía de vez en cuando para mirar las fotos del folleto. Una *carrera profesional*. Él. Podría convertirse en paramédico. O trabajar en hospitales, junto a enfermeras y médicos. *Con ellos*.

Se lo contaría a Odetta, y Mark aceleró el paso al imaginar su reacción, recordando cómo le había mirado y hablado de forma diferente cuando estudiaba para el GED.

Pero ella no estaba en casa. En su lugar, encontró una nota manuscrita pegada con cinta adhesiva en la mesa de la cocina. Estaría fuera de la ciudad unos días con los padres de Phillip.

Phillip había muerto.

• • •

Tres noches después, una sombría y apagada Odetta proporcionó detalles en la misma mesa de la cocina.

Phillip había vuelto a tener un ataque de paranoia. Sus padres tuvieron que volver a llamar al 911. La policía había vuelto a acudir. Pero esta vez Phillip había ido más lejos, había atacado a uno de los policías y, tal vez, si Phillip no se hubiera abalanzado sobre él ni le hubiera arrebatado el arma, el otro policía no habría tenido que hacer lo que hizo. Pero lo hizo, disparó a Phillip, y éste murió en la ambulancia.

«Su madre se levantó para gritarme en el funeral», dijo Odetta. «Su padre la hizo callar, él sabe que yo no hice nada. Pero aun así, ella me culpó».

Odetta sonrió con amargura y se quedó mirando sus dedos mientras trazaba círculos meditativos sobre la mesa.

«Mark, ¿sabes lo que dijo nuestro ministro hace un par de semanas? Si quieres hacer el mal en este mundo, asegúrate de organizarlo todo para que no te culpen a ti. Cada vez que llega el Día de los Caídos o el Día de los Veteranos, ¿sabes quiénes son los primeros en ponerse la bandera más grande en la corbata y desfilar en primera línea con el saludo más rígido? Los políti-

## *Capítulo cuarenta y tres*

cos belicistas. Porque así quizá las familias de los soldados no se den cuenta de quién ha enviado a sus hijos, maridos, hermanos y padres a la tumba.

«Ella me culpó por lo de Phillip. No a JFK, ni a LBJ, ni a Nixon. Me culpó a mí».

## CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Así que Phillip estaba fuera de juego. Mark intentó no pensar así, reprimió esos pensamientos cuando surgían, se sentía avergonzado al imaginar lo que Odetta habría pensado si hubiera podido leer su mente. Sin embargo, los pensamientos regresaban una y otra vez, cuando se duchaba, patrullaba el centro comercial o hacía cola para subir al autobús que le llevaba de vuelta a East Hollywood: una agradable, vertiginosa y culpable oleada de optimismo, la certeza de que se había derribado una barrera, de que tal vez sus perspectivas habían mejorado.

Estaba enamorado de Odetta. No traspasaría los límites que ella había establecido en Palisades, no mientras se considerara su amigo, no después de lo que ella había soportado con Phillip. Si no podía controlar sus emociones, al menos podía ser lo suficientemente decente como para marcharse, volver a la habitación de los Dobson, dormir en Griffith Park, si fuera necesario. Pero ahora podía controlarse, así que observaba con paciencia, esperaba y tenía esperanza. La paciencia era dolorosa. No veía otra alternativa. No se rendiría.

• • •

Pero el domingo siguiente por la tarde, Mark regresó de una expedición en busca de muebles en el F-85 y se encontró a Odetta delante del edificio de su apartamento con un hombre desconocido. Tenía unos treinta años, era negro — muy negro, pensó Mark, casi como la piedra ónix negra — con el pelo rapado y un bigote corto solo un tono más oscuro que su piel. Llevaba una chaqueta y pantalones de vestir, y se volvió para sonreír afablemente cuando Mark se acercó. Afable, pensó Mark, pero también evaluadora.

«Mark, te presento a Darrin», dijo Odetta con una voz formal y cohibida que Mark no había oído desde Domingas. «Ha tenido la amabilidad de traerme a casa desde la iglesia».

«¡Así que tú eres el famoso compañero de piso!» exclamó Darrin, y le estrechó la mano.

Se quedaron hablando en la acera durante diez minutos. Mark descubrió que Darrin era contable público certificado, tra-

bajaba como analista financiero sénior para el condado y tenía una «pequeña chabola» en View Park, a solo una milla «cuesta arriba» de su iglesia. ¿Sabía Mark dónde estaba eso? No, no, dijo Mark; no es mi parte de la ciudad. Odetta se quedó de pie, sosteniendo con recato su bolso delante de su vestido de iglesia.

«¡Así que hiciste *autoestop* desde el norte de California!», exclamó Darrin. «Dios mío, eso es algo que yo nunca me atrevería a hacer».

Odetta dijo que era algo que tampoco se atrevería a volver a repetir. Lo dijo rápidamente, pensó Mark, como si le preocupara que Darrin la viera como una autoestopista. Extendió una delicada mano.

«Eres un caballero por traerme a casa», dijo. Darrin captó la indirecta. Odetta saludó con la mano mientras él se alejaba en un Audi nuevo.

«Parece un tipo agradable», dijo Mark.

«Muy agradable», dijo Odetta, mientras entraban en el edificio.

Pero eso fue casi todo. Mark le preguntó si le conocía desde hacía mucho tiempo. «Le conocí la semana pasada», respondió Odetta, y acto seguido le preguntó cómo había ido la búsqueda de sillas de cocina. Para cambiar de tema. No había ido bien, dijo Mark; tendrían que seguir apañándose; si alguna de las sillas se rompía, él podría comer en la barra.

Seguro que pronto encontrarás algo, dijo Odetta. Con ligereza, sin sinceridad, como si estuviera hablando con un cliente en el centro comercial. Ya se había levantado una barrera entre ellos; había algo de lo que ella no quería hablar. Y le estaba observando, se dio cuenta Mark. Para ver cómo reaccionaba ante Darrin.

Qué era exactamente lo que Mark no quería que ella viera, así que en unos minutos le dijo que si ella no necesitaba el coche, pensaba después de todo ir a ver algunas tiendas más de segunda mano ese día. Es todo tuyo, dijo Odetta, y Mark se marchó, y solo bajó la guardia y dejó que su expresión mostrara preocupación después de cerrar la puerta tras de sí.

• • •

Condujo hasta View Park. Sabía que el barrio de Darrin era una de las comunidades negras más ricas de Los Ángeles, pero nunca había estado allí. Intentó convencerse a sí mismo de que solo sentía curiosidad. Condujo cuesta arriba por las amplias y sinuosas calles, buscando nerviosamente el Audi de Darrin al doblar cada esquina, admirando las palmeras y los madroños, los lujosos y cuidados jardines y las majestuosas casas, e ignorando las ocasionales miradas escandalizadas que le lanzaban por conducir el Oldsmobile destartalado en una zona tan elegante.

No había mucho que pudiera hacer ahora con respecto a la comparación, ¿verdad? Era mucho más guapo que Darrin, que tenía marcas de acné y una cabeza con forma de bloque de hormigón, pero sabía lo poco que le importaba eso a Odetta. Y aparte de su aspecto, ¿qué tenía él? Era un desertor escolar que había consumido marijuana casi todos los días desde los quince años hasta la noche en que Odetta le obligó a tirar su alijo al norte de Fort Bragg. Podía recuperar algo de terreno, pero no iba a competir por la respetabilidad de alguien listo para formar una familia con un analista financiero sénior y contable público certificado que poseía una «pequeña chabola» en un barrio como este. Y no, no era todo culpa. No había tenido padre y su despiadada madre no le había enseñado nada sobre madurar, gestionar la vida, convertirse en adulto, pero a estas alturas, ¿qué importaba la «culpa?»

Salió de View Park y se recordó a sí mismo que se suponía que debía visitar tiendas de segunda mano. Se sentía deprimido. Por primera vez en más de un mes, sintió un deseo intenso de fumar marihuana, pero lo reprimió con determinación y, en su lugar, se convenció a sí mismo de que estaba haciendo una montaña de un grano de arena. Darren había llevado a Odetta a casa desde la iglesia una vez. Una vez. ¿Y qué?

Finalmente encontró las sillas de cocina que quería en una cavernosa tienda de segunda mano al este de Los Ángeles, con las letras rayadas y descoloridas de SWAP MEET sobre la entrada y percheros de ropa usada identificados con carteles en español. Las sillas eran resistentes, de ratán, plegables; podía meterlas en la parte trasera del F-85. Mark las llevó hasta el mostrador, le preguntó al dependiente el precio del par y, cuando Mark arqueó las cejas al oír que costaban 5 dólares, el dependiente le miró con

cara de honestidad, Señor Sinceridad, y le dijo que «solo para él» se las dejaría en 2,75 dólares cada una, o incluso 0,75 dólares por pata, como si fuera una liquidación. Un cómico.

«Ja, ja, ja», dijo Mark, y sacó un billete de cinco dólares. Luego se puso a charlar con él. Necesitaba distraerse y pensó que el dependiente destacaba, que no encajaba con la tienda. Tenía unos cincuenta años, era rechoncho, bajito, con las sienes canosas y una expresión amistosa e inteligente. A Mark le pareció que era francés.

No, dijo el dependiente, no era el dueño y no llevaba mucho tiempo allí. Estaba echando una mano. La tienda era una organización benéfica; sus ingresos mensuales ayudaban a financiar un orfanato. El dependiente había ayudado a establecer la política de ventas, dijo, y miró a Mark con solemnidad mientras le explicaba sus «reformas». Ahora todos los artículos estaban 100% garantizados desde el interior de la tienda hasta la finalización de la transacción, y eran totalmente reembolsables. Aunque ya no tuviera las sillas, Mark podía recuperar el precio total de 5 dólares con solo llevar otros 5 dólares en efectivo al mostrador para cambiarlo.

«Ja, ja, ja», dijo Mark, y mientras levantaba las sillas preguntó si al menos el dependiente había hablado en serio sobre lo del orfanato. «Eso sí», admitió el dependiente, y luego se animó.

«Si necesita algo más, llámenos», dijo. «Es posible que lo tengamos». Cogió una tarjeta de visita de una pequeña pila que había junto a la caja registradora y señaló el nombre impreso sobre el número de teléfono. «Ese soy yo».

Mark tomó la tarjeta por cortesía, le echó un vistazo y la guardó en el bolsillo. Solo tenía el nombre de pila.

«Gracias, Daniel», dijo Mark.

• • •

Durante toda la semana se repitió a sí mismo que se estaba preocupando sin motivo, que llevarla una vez a casa desde la iglesia y charlar en la acera no significaba nada. Aunque sus conversaciones en el apartamento habían cambiado. Ella no quería hablar de Darrin. Y seguía mirándole, apartando rápidamente la

vista sin decir nada cuando él la pillaba. Parecía triste, pensó él. Resignada. Quizás incluso preocupada por él.

El sábado por la tarde, Mark regresó al apartamento después de su turno en el centro comercial y oyó sonar el teléfono. El pasillo estaba lleno de vapor y oyó correr el agua detrás de la puerta del baño. Odetta se estaba duchando.

«¡Mark! El famoso compañero de piso».

Mark agarró el auricular y respondió con monosílabos entumecidos mientras Darrin le explicaba por qué llamaba. Una reunión de trabajo se había alargado un poco. ¿Podría Mark decirle a Odetta que la recogería delante de su casa para su cita a las 7:15, y no a las 7:00?

Mark se acercó a la puerta del baño. Empezó a hablar, pero su voz sonó ronca y ahogada. Se mordió el labio y esperó hasta poder hablar con normalidad antes de llamar a Odetta.

«¿Qué?», gritó ella. El sonido del agua se detuvo.

Mark le dio el mensaje de Darrin y luego le preguntó si podía usar el coche esa noche.

«¿No lo necesitabas para la clase de RCP de mañana?», preguntó Odetta.

Sí, respondió Mark, pero si ella iba a salir con Darrin, pensó que él también saldría.

## CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Así que él también tendría una cita. En su agitación y miseria, ese era el único pensamiento que se traducía en palabras, que dictaba el movimiento, la acción. Había pensado que era urgente irse del apartamento antes de que ella saliera del baño, pero no era consciente de la razón: que le habría resultado insoportable ver a la mujer que amaba arreglarse con pendientes y un vestido de noche y maquillarse para salir con el rico Darrin. Solo había pensado conscientemente que era hora de que él también tuviera una cita.

Condujo el F-85 por Santa Monica Boulevard y se dirigió hacia el oeste, bajando el parasol, pero aún así tuvo que taparse los ojos con la mano y entrecerrarlos mientras conducía hacia la colosal esfera naranja que se ponía sobre el Pacífico. Era verano, hacía calor, y también haría calor en la playa. Aún le quedaba más de una hora de luz. Se dirigiría a Venice Beach, al Boardwalk. Probablemente habría algo allí, y mientras intentaba calcular los semáforos y seguía mecánicamente las luces traseras de otros conductores, no pensaba conscientemente en lo que ese «algo» implicaría.

En Venice, condujo distraídamente de manzana en manzana por el laberinto de calles al oeste de Abbot Kinney, pasando por alto varias plazas de aparcamiento obvias antes de finalmente estacionar el F-85 en un hueco entre dos contenedores de basura en un callejón cercano. Luego se dirigió hacia el Boardwalk, deteniéndose una vez para mirarse en un escaparate. Se había puesto una camiseta sin mangas. Parecía musculoso. Hacía un mes había empezado una rutina de entrenamiento cada dos días para ponerse en forma y marcar los músculos de la parte superior del cuerpo y los brazos. Siempre había tenido un buen físico, aunque no había hecho nada para merecerlo, al igual que no había hecho nada para ser guapo, y ahora estaba aún mejor. Por supuesto, había empezado a hacer calistenia solo para gustarle a Odetta. O para intentarlo.

Como era de esperar, el Boardwalk estaba abarrotado a última hora de la tarde de un sábado de verano, repleto de turistas, paseantes, patinadores y amantes del sol; un desfile improvisado y en constante cambio que se arremolinaba alrededor de los puestos

callejeros que vendían artículos turísticos. Mark caminaba detrás de una pelirroja regordeta con minifalda que se tambaleaba sobre unos patines, esquivó a un levantador de pesas con hombros de Atlas y torso desnudo que blandía un palito rosa de algodón de azúcar. Con aire sombrío, resignado e infeliz, comenzó a mirar a las mujeres que se acercaban, recorriendo con la mirada desde sus figuras a las caras, intentó parecer seductor mientras se esforzaba por mantener la mirada de las candidatas. Había muchas; Venice Beach era un lugar ideal para el ligue; no estaba solo.

Pero su suerte era pésima. Una mujer tras otra evitaba su mirada; una incluso frunció los labios con una expresión de «¡Qué asco!», como si un anciano barrigudo la hubiera mirado con lascivia. Mark siguió caminando, pasando junto a músicos callejeros y una tarotista, luchando por mantener a raya la depresión mientras la luz de la tarde se desvanecía poco a poco hasta convertirse en un crepúsculo difuso y nacarado. Sabía por qué estaba fracasando. Era porque no quería. Las mujeres se daban cuenta. Algo en su rostro le delataba. Lo que quería era no estar solo mientras Odetta estaba fuera con Darrin.

Cuando la luz se acercaba más al atardecer que al final de la tarde, se unió a la multitud que holgazaneaba en la barra de un puesto de comida al aire libre. Mark compró un refresco, se apoyó con la espalda en la barra y fijó sus ojos tristes en la procesión que seguía avanzando sin pausa por el paseo marítimo. ¿Dónde estaría Odetta ahora con Darrin? En el restaurante, decidió Mark; coqueteando con Darrin al otro lado de la mesa de un restaurante de cinco estrellas en Beverly Hills o Brentwood, un lugar que no permitiría que alguien como Mark pasara del mostrador de recepción.

«Qué camisa tan bonita», dijo una voz a su lado.

La persona que hablaba era una rubia bajita y fornida con botas de vaquero y un bikini rojo cereza. Se colocó junto a Mark en la barra y le miró con ojos vidriosos y lujuriosos.

«Gracias», dijo Mark.

La mujer se deslizó hacia él, rozando con sus muslos bronceados la pierna de Mark. Le tocó la parte inferior de su camiseta descolorida y le acarició el dobladillo con los dedos. Llevaba las uñas pintadas de negro y decoradas con símbolos toscos. Signos del zodiaco.

«Tú también eres guapo», dijo ella.

Mark se volvió hacia ella, sonrió y sintió que respondía, que se excitaba. Así que ella le ligaba a él, y no al revés.

Ella deslizó las manos por su torso, presionó los dedos sobre sus pectorales y apretó. ¿Qué edad tenía? Veinticinco, como mínimo, quizás incluso treinta. Más mayor que Mark. No estaba mal.

«Qué pecho tienes», dijo ella.

Un barbudo de unos treinta y tantos años que estaba al otro lado de la mujer soltó un bufido repentino de disgusto y se alejó de la barra. Sorprendido, Mark le vio caminar hacia el Boardwalk. Así que habían estado juntos.

«Toda tuya», dijo el hombre, y se despidió con un gesto de la mano sin mirar atrás.

«¿Quién era ese?», preguntó Mark.

La mujer se encogió de hombros y le acarició el pecho. «Algún gilipollas».

. . .

Tuvieron sexo en el Olds. Él pensó que al menos buscarían un motel en Lincoln o Washington, pero ella no quería esperar, se le echó encima en cuanto entraron en el coche, y para entonces Mark solo quería acabar de una vez. La calle estaba oscura, tranquila, apartada. Podían hacer lo que quisieran. Al menos él estaba cachondo para entonces, más o menos, un poco, ella había conseguido eso, pero él no quería estar con ella y no le interesaba apuntarse un ridículo primer polvo en un vehículo. Aunque casi cualquier cosa que hiciera con ella sería mejor que pensar en Odetta con Darrin y saber que estaba completamente solo.

Ella quería hacerlo en el asiento delantero del copiloto. Mark lo intentó, pero ella no quería ponerse encima y él no podía reclinar el asiento lo suficiente. Así que se arrastraron hasta la parte de atrás. Ella se había quitado la parte de abajo del bikini.

Ella estaba loca. Quizá más loca de lo normal debido a lo que fuera que la tenía colocada, pero también estaba loca cuando estaba sobria. Mark recordó algo de una de las cartas de Rhaytana, que si no podías identificarte con alguien, al menos podías recordar que la otra persona ya había acumulado toda una vida

de experiencias, igual que tú, y podía nombrar, del mismo modo que tú, las experiencias vitales que habían sido más satisfactorias, dolorosas, aterradoras o embarazosas. Pero ¿cómo podía esta mujer haber sobrevivido siquiera un solo año de trecientos sesenta y cinco días siendo la persona que Mark veía ahora?

Se tumbó boca arriba en el asiento trasero con la nuca apoyada en el reposabrazos y las rodillas levantadas y abiertas, con una bota vaquera apoyada contra la luneta trasera. Quería que él se quitara la camisa. O más bien, se lo ordenó. Vale, bien, eso fue lo que la excitó, y él se sintió como un acróbata mientras se bajaba los pantalones, los calzoncillos, colocaba las caderas en ángulo entre sus muslos y la penetraba, empezaba a acariciarla, a empujar, a bombear, e incluso cuando la presión de su pene le resultaba físicamente placentera, pensaba que era como si se estuviera castigando a sí mismo, de forma masoquista, degradándose como castigo por el impotente dolor y la tristeza que sentía por Odetta.

Ella gimió, empujó y le arañó la espalda con sus uñas. ¿Estaba el Olds rebotando sobre sus muelles? ¿Podía oírla la gente? A Mark le dolía la rodilla, la postura era ridícula, pero había pasado mucho tiempo y sentía que se acercaba al orgasmo. Y entonces, justo cuando estaba a punto de correrse, pensó en lo que Rhatana había escrito sobre la traición de la naturaleza, el sexo como engaño, las necesidades del ciclo reproductivo ocultas tras una cortina de camuflaje de lujuria pasajera.

¿Y si la dejaba embarazada? ¿Engendrar el bebé de esta mujer loca?

Presa del pánico, Mark se retiró, alcanzó el orgasmo y eyaculó semen sobre la parte superior de su bikini y su cabello.

«¡Puto cabrón!»

Ella le empujó, miró horrorizada su bikini y su vientre salpicados de blanco, se pasó la mano disgustada por el pelo mojado.

«¡TÚ, CHUPAPOLLAS! Dios, qué desastre. Mi pelo ...»

Ella agarró su camiseta, limpió el semen y se la arrojó a él, tirando de la parte de abajo de su bikini. «¡Puto maricón!»

Y entonces salió del coche. Él oyó el clic-clic-clic de las botas de cowboy sobre el asfalto mientras ella se alejaba pisando fuerte, sin dejar de maldecir. Nunca le había preguntado su nombre.



Durante los siguientes diez minutos se quedó sentado en la parte de atrás, con la camisa manchada en el regazo, mirando a través del parabrisas y las ventanillas laterales lo que podía ver de la calle oscura y apartada. Las ventanas del bungalow más cercano también estaban a oscuras. Quizá nadie los había oído. Pero eso no importaba.

No tenía otra camisa. La inspeccionó, pensó en ponérsela, sabía que nadie sabría qué eran las manchas húmedas, pero decidió dejarla arrugada en el suelo. Mark se subió los vaqueros, salió del Olds y se dirigió sin camisa al Boardwalk en busca de marihuana.

No podía recuperar el terreno perdido. ¿De acuerdo? No podía competir con alguien como Darrin. Odetta era decente, limpia, respetable, no tenía los problemas de Mark; habría otros pretendientes en su iglesia y Darrin no sería el único hombre negro elegible que había subido por la escalera recta y estrecha y había cursado una carrera. Mark era un porrero. Nunca en su vida había deseado tanto colocarse. Volvería a la pipa, a su medicina, y se mudaría para que Odetta no se sintiera avergonzada ni se preguntara cómo iba a deshacerse de él.

Era de noche; la multitud en el Boardwalk se había dispersado. Mark cruzó hacia la costa, alejándose de la muchedumbre, y observó los bancos mientras caminaba bajo las palmeras hacia la playa.

No tardó mucho. Quizás había alguna fuerza misteriosa que se compadecía de él, sabía que Odetta estaba fuera de su alcance y quería facilitarle el regreso a la vida que él conocía. Mark percibió el olor a marihuana y se volvió hacia una pareja sentada en la oscuridad en un banco bajo una palmera. Dos jóvenes se pasaban un porro. Mark les preguntó si sabían dónde podía conseguir un poco de grifa.

Uno de ellos no quería hablar, mantenía la cabeza girada y observando al suelo. El otro miró a Mark con recelo. Tenía el pelo rubio hasta la cintura, un bigote ralo y patillas. Podría tener diecinueve años. Si acaso.

«Ni idea, tío».

Mark les preguntó si tenían algo de sobra que pudieran venderle. El adolescente resopló: «Venga, tío», y frunció los labios. Como diciendo: «¿Por qué no te consigues tu propio porro y nos dejas en paz?» Pero Mark, con voz temblorosa, les dijo que si le vendían un canuto decente, les pagaría cinco dólares.

El adolescente le miró incrédulo, divertido. «¿Me vas a pagar cinco dólares por un solo porro?»

Mark asintió. El adolescente se encogió de hombros y rebuscó en el bolsillo de su abrigo.

«Somos ricos», le dijo a su compañero y le enseñó el porro a Mark. Era bastante grande. Mark le pagó, le preguntó si el chico tenía cerillas y también se las cogió.

«Debes de tener muchas ganas de colocarte», dijo el adolescente mientras Mark se alejaba.

Mark caminó, diciéndose a sí mismo que no quería estar a la vista de los dos cuando encendiera el porro, pero caminó mucho más lejos de lo que tenía que recorrer para alejarse de ellos. Finalmente, cuando se dio cuenta de que estaba caminando sin rumbo fijo, se detuvo, se dejó caer bruscamente sobre la arena de la playa y se sentó con las piernas cruzadas frente al océano. Soltó la caja de cerillas en la arena entre sus piernas y sostuvo los extremos del grueso porro con forma de zeppelin entre sus pulgares y dedos frente a su estómago, con tanta reverencia como si estuviera sosteniendo un rosario.

No había nadie cerca. Sin la camiseta, sentía un poco de frío. Solo un poco. No había viento, así que no tendría problemas para encenderlo. Mark hizo girar el porro entre sus dedos y contempló el Pacífico, escuchando a sus espaldas los ahora lejanos sonidos del carnaval del Boardwalk, mezclados con el suave, constante y rítmico rugido de las olas que rompían en la orilla.

Estaba mirando el océano cuando Odetta le hizo tirar su alijo, ¿no? No, eso no era cierto; ella le había entregado la bolsa y le había dicho que la tirara él mismo. Para demostrarse a sí mismo que podía hacerlo.

Eso había sido hacía más de seis meses. Llevaba seis meses limpio.

Mark se puso el porro entre los labios y cogió la caja de cerillas. Abrió la tapa y tocó los fósforos, pero no rompió ninguno. Se quedó sentado con la caja y el porro en la boca durante un

minuto, luego dos, luego tres, hasta que pensó que si seguía así acabaría babeando sobre la punta. Así que dejó la caja de cerillas, se sacó el porro de la boca y volvió a girarlo ligeramente entre los pulgares y los índices mientras lo sostenía frente a su estómago y miraba el océano.

Si se drogara ahora, perdería toda oportunidad con Odetta. Y punto. Al menos, si ella se enteraba, y él no creía que pudiera ocultárselo. Era una realidad indiscutible. No era porque ella quisiera ser dura. Incluso podría decirse a sí misma que le diera una segunda oportunidad. Pero no podía, no sería capaz. Por su padre. Con todas las historias que había contado sobre él, todas las veces a lo largo de los años que papá había recaído, había dicho que haría una cosa y luego hacía otra: si Mark también fallaba, Odetta nunca le vería de la misma manera. Por ahora, todavía, esta noche, en este momento, Mark era un hombre que había dicho que dejaría de fumar y había cumplido su palabra. No como su padre. Dejaría de ser ese hombre si encendía el porro.

Quizá no era contador público como Darrin y no tenía una casa lujosa en View Park, ni ninguna vivienda en ningún sitio, pero tampoco era tan malo, ¿no? ¿Tan horrible? Era un hombre; ¿acaso a los veintitrés años no se le podía considerar un hombre hecho y derecho? ¿Acaso un joven de veintitrés no tenía derecho a enamorarse? Y si ella no quería, porque él era blanco o porque no creía que estuviera preparado para ser padre, ¿tenía él que castigarse, degradarse y volver a convertirse en un niño grande y fumeta que ya no merecía vivir con ella? ¿Y tirar por la borda seis meses de abstinencia?

Así que podía tragarse su medicina.

Su medicina.

Miró el porro, observó cómo se movían su pulgar y sus dedos mientras lo hacía girar. Una y otra vez. Luego lo mantuvo quieto. Se quedó mirando el porro como si estuviera viendo un programa de televisión, como si no hubiera nada más que un gran porro gordo en la pantalla, y luego contempló cómo su dedo índice izquierdo se deslizaba hasta el centro del cilindro blanco. Se había cortado las uñas descuidadamente; la uña tenía un borde irregular. Presionó el borde sobre el papel. Extraño; tan extraño; de repente sintió curiosidad, eso era todo, una curiosidad ociosa; ¿el borde de su uña perforaría el papel de fumar?

Así que empujó, y el borde de su uña atravesó el papel, haciendo un corte, una abertura, y cuando la incisión fue lo suficientemente grande y el porro fue arruinado Mark volvió a girarlo, y vio cómo la marihuana caía entre sus piernas sobre la arena.

## CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

La clase de RCP de Mark a la mañana siguiente era en un colegio comunitario a millas al este del centro de la ciudad, prácticamente en Pomona. Era su segundo día con el Olds de Odetta. Mark buscó el auditorio y aparcó cuando vio a un instructor llevando maniqués de torso de plástico a una puerta abierta.

Entró. Se sentía aturdido, se había quedado fuera hasta las tres de la madrugada del día anterior para no encontrarse con Odetta después de la noche con Darrin. Aun así, no esperaba que la clase fuera dura. La vida no le repartiría dos malas manos de póquer seguidas.

• • •

Pero la vida sí lo hizo.

La clase fue casi una pesadilla. Todos los alumnos excepto Mark ya trabajaban en el sector sanitario. Todos. Un fisioterapeuta torácico, una enfermera, un policía. Todos tenían algún tipo de profesión relacionada. Quizá fuera solo casualidad, mala suerte, el día, el lugar. Nadie había dicho nada sobre tener experiencia en el sector sanitario para inscribirse.

Durante todo el día se sintió como el tonto del pueblo. Todos los compañeros de clase, excepto él, ya sabían cómo hacerlo todo. Los alumnos se arrodillaban sobre las colchonetas junto a los maniqués de prácticas, y él siempre era el torpe que hacía algo mal: no inclinaba la cabeza lo suficiente hacia atrás, o la inclinaba demasiado; colocaba la palma de la mano demasiado baja o demasiado alta sobre el pecho para realizar la reanimación cardiopulmonar, no bombeaba con suficiente fuerza.

Lo peor fue lidiar con otra estudiante. La enfermera. Mark sabía que ella no tenía malas intenciones; era una chica irlandesa alegre y descarada que pensaba que todos los demás tenían la piel tan gruesa como la de un armadillo y que no les importaría que los señalaran como los tontos de la clase. Pero a él sí le importaba. Estaba nervioso, estresado, preocupado por Odetta, Darrin, el susto de la noche anterior. ¿Y qué se suponía que debía hacer en una clase de RCP de nivel profesional, salvo aguantarse? ¿Ponerse a llorar? ¿Cuando quería ser técnico de emergencias médicas, para

ir a toda velocidad al hospital en una ambulancia con víctimas de disparos? ¿Podría llorar también en la ambulancia?

«¡Oh, Ma-aark!», le gritaba cuando él era el único de la clase que se olvidaba de hacer algo. «¡Es hora de despertar, Mark!» Para hacer reír a los demás alumnos. Así que él se aguantaba y se reía también. Pero eso le inquietaba. Casi sentía como si algo malvado y malicioso en la vida le tuviera entre ceja y ceja. Como si estuviera furioso porque *no* había roto seis meses de sobriedad la noche anterior, como si quisiera hundirle, hacerle fracasar, volver a ponerle detrás de la caja registradora de una licorería con su alijo en el bolsillo. Mantenerle bajo su control.

Eso también le molestaba, y debió de notarse, porque finalmente, a mitad del curso, otro estudiante movió discretamente su maniquí junto a la colchoneta de Mark y le ayudó durante el resto del curso. Ricardo. Un técnico de emergencias médicas en activo. Solo era unos años mayor que él, un tipo bajito y robusto, con mandíbula ancha y expresión amistosa. Parecía saber en qué tendría dificultades Mark y le daba instrucciones en voz baja mientras el maestro hablaba.

El curso terminó a las cuatro de la tarde. Mark obtuvo su certificado. Había aprobado.

• • •

«La formación de técnico de emergencias médicas no va a ser como la de hoy», dijo Ricardo más tarde.

Estaban sentados en la cafetería de un centro comercial junto a la autopista, tomando café y viendo pasar el tráfico por la 10. Para agradecerle su ayuda, Mark le había preguntado si podía invitarle.

«La RCP básica es algo completamente diferente», dijo Ricardo. «Profesores, niñeras, ciudadanos de a pie que quieren ser buenos samaritanos». Miró a Mark con simpatía. «¿Cómo no vas a sentirte estúpido si estás en una clase con profesionales que ya saben estas cosas?»

Mark asintió. Así es como se había sentido.

«Cuando empieces la formación de TEM, todos serán tan novatos como tú».

Mark contó que había visto al equipo de la ambulancia asistir el parto. Ricardo silbó suavemente. Eso era inusual, dijo; él nunca lo había hecho. «Pero tú harás RCP», añadió, y miró a Mark con seriedad. «Sin peros, en una ambulancia en Los Ángeles. No te engañes».

Entonces Mark le preguntó a Ricardo cuál había sido su día más duro en el trabajo.

Ricardo se recostó en su silla y miró pensativo más allá de Mark, hacia la autopista. Pasaron unos segundos. Mark se preguntó si había tocado accidentalmente una herida, si le había recordado a Ricardo alguna escena horrible de un accidente que quería olvidar.

«Para mí, personalmente, con sinceridad», dijo Ricardo por fin, «mi día más duro fue después del turno, cuando un camarero hijo de puta me sirvió un café irlandés. Soy alcohólico. Quizás eso demuestre lo despiadado que soy por no sentir más por mis pacientes, pero esa es la verdad».

Mark le miró sorprendido. Pero Ricardo no se sintió avergonzado. Contó la historia con naturalidad, con ironía. Provenía de una familia de borrachos, era un alcohólico crónico desde finales de su adolescencia, pero se recuperó, se unió a Alcohólicos Anónimos y llevaba casi dos años sobrio cuando pidió un moca mientras estaba con sus amigos y el camarero le trajo el café con alcohol.

«Saboreé ese whisky en el primer sorbo», dijo Ricardo. «Estaba pasando por un mal momento personal, había roto con mi novia. Tenía muchas ganas de beber ese whisky. *Muchas*». Sonrió y negó con la cabeza. «Todo lo que tenía que hacer era seguir bebiendo lo que me había puesto delante. Y luego pedir otra ronda. En lugar de eso, me levanté, dije que tenía diarrea, fui al baño, me senté en un cubículo durante media hora hasta que pude recomponerme. Sin duda, fue mi noche más dura». Miró a Mark. «Quizás eso no tenga ningún sentido para ti».

Sí, dijo Mark, sí tenía sentido.

Y entonces se lo contó todo a Ricardo. O casi todo. Sentía que estaba siendo imprudente, apenas le conocía, pero tenía muchas, muchas ganas de hablar, y una vez que empezó, no pudo detenerse. Le habló de Odetta, de Darrin, de la vida que había

tenido en el norte de California, del susto que se había llevado la noche anterior.

«No quiero volver a la pipa. ¿De acuerdo? Todo lo que tengo ahora es porque no me estoy colocando. Anoche me cagué de miedo».

Ricardo sonrió, le dio una palmada en el hombro y le dijo que podía acudir a su reunión de Alcohólicos Anónimos.

## CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Mark decidió preguntar por la cita con Darrin. Odetta sonrió con ironía.

«Darrin está casado».

Volvió a mirar su tazón y removió las nueces con resignación en su avena. Mark tuvo tiempo de controlar su expresión, de no parecer complacido.

«¿Cuándo te enteraste?»

«Cuando quiso besarme».

Habló con naturalidad sobre la cita, entre cucharadas de avena y sorbos de zumo de naranja. Mientras le observaba, inmóvil, como parecía haberle observado y estudiado desde el encuentro en la acera con Darrin.

Sí, Darrin la había llevado a un restaurante muy bonito, el más elegante que había visto nunca, pero en el Valle, no en Beverly Hills. Cerca de Encino. Después fueron a un club de lujo, pero para entonces ella ya había notado algunos detalles de su historia que no cuadraban, y cuando él se deslizó cerca de ella en la oscura cabina y se dispuso a darle un besazo, ella se puso en modo arpía para averiguar por qué.

Darrin le dijo que estaba planeando separarse de su esposa. *Planeando*. Aún no lo había hecho.

«Le dije que no se lo diría al pastor, pero que llamaría a su mujer si le veía intentando ligar con más mujeres de la congregación. ¿No soy mala?»

Mark se encogió de hombros.

«¿Dónde estuviste el sábado, Mark? ¿Algo especial? ¿Estabas haciendo carreras de coches con mi horrible buga?»

«Fui a la playa».

Odetta levantó las cejas. «¿En una cita?»

Mark hizo una mueca. «Si quieres llamarlo así».

«¡Oh, Mark!»

Odetta se enderezó, empezó a sonreírle, pero golpeó su vaso en el proceso y necesitó un minuto para limpiar el zumo. Parecía aturullada.

«¡Es maravilloso! ¡Por fin! ¿Cómo fue?»

«Horrible. Créeme, no te interesa saberlo».

Odetta puso cara de compasión. O lo intentó. Mark pensó con tristeza que su interpretación de la expresión de ella era una ilusión. Había pensado que ella parecía aliviada.

• • •

El grupo de Alcohólicos Anónimos de Ricardo se reunía en la trastienda de una iglesia en el oeste de Los Ángeles. Mark se sentó junto a Ricardo en un círculo de quince sillas plegables, de espaldas a una mesa sobre la que había una cafetera y folletos de AA. Los participantes eran personas anónimas, que podrían haber sido elegidas al azar en la cola de un supermercado. Mark reconoció a un corpulento hombre de negocios al que había visto ocasionalmente en un escritorio detrás del escaparate de un banco en Sunset.

Se sentía raro. Ricardo le dijo al grupo que el problema de Mark era con la marihuana, pero era extraño escuchar a los demás contar una historia tras otra sobre cómo lidiar con el alcohol. Y los «12 pasos» también se parecían raros. El tercer paso era «entregar nuestra voluntad y nuestras vidas al cuidado de Dios». ¿Qué clase de tontería era esa?

Sin embargo, se identificó con algunas de las historias sobre el alcohol, cuando los participantes se turnaban para «compartir» lo que quisieran durante cinco minutos. Y sus propios cinco minutos para hablar le afectaron. Los demás entendieron claramente la prueba por la que había pasado en la playa con aquel porro. Nunca antes le había contado a nadie lo que estaba pasando.

Al salir, cogió una lista de otras reuniones en Los Ángeles.

• • •

Todo lo que Mark le había dicho a Odetta era que iba a reunirse con un TEM que había conocido en la clase de RCP. Ir a las reuniones con regularidad sería diferente; pensó que debía decirle por qué, para que ella no se hiciera preguntas. Pasaban juntos la mayor parte de su tiempo libre.

Habló con ella por la noche, la encontró sentada, como solía hacer, con revistas especializadas de los centros comerciales en el sofá del salón. Su pelo aún no era lo suficientemente largo como

para peinarlo, pero ya no estaba calva. Mark pensó que estaba inusualmente guapa.

Se sentía orgulloso de ella. Su trabajo era fijo; Rory no ocultaba su admiración, incluso había hablado de un ascenso. Ella había encontrado su lugar. Incluso en sus días de fumeta en Norcal, había observado que a la gente le iba mucho mejor en una profesión que realmente le interesaba. A Odetta le encantaban los centros comerciales. Los llamaba «oasis».

Mark se paró frente al sofá, dijo que tal vez empezaría a salir un par de noches a la semana y quería decirle por qué.

«El fin de semana pasado, casi me tuve un percance. Con la marihuana».

La expresión de Odetta se ensombreció. Mark sintió de repente un calor intenso, defensivo, como si realmente hubiera resbalado.

«No tomé nada. ¿De acuerdo? No soy como tu padre. Te dije que no lo haría y estoy cumpliendo mi palabra. Pero el sábado ... estuve a punto de hacerlo. Así que ...».

Le contó lo de las reuniones. No había ningún programa para la marihuana. AA era el mejor sitio al que podía ir.

Ella le escuchó, con simpatía, triste. Y algo más, como si hubiera algo que quisiera decirle y no estuviera preparada para hacerlo.

«¿Esto fue el sábado pasado?»

Mark asintió.

«¿Cuando tú estabas en la playa y yo salí con Darrin?»

Mark asintió.

«¿Tuvo algo que ver conmigo?»

Pasaron al menos diez segundos en silencio. Mark frunció los labios, la miró desafiante y no respondió a la pregunta.

«Tienes derecho a vivir tu vida. ¿De acuerdo? Pusiste límites en los Palisades. No es justo imponerte una gran carga cuando soy tu compañero de piso. Solo quería decirte que voy a asistir a las reuniones. El resto es problema mío».

. . .

Odetta ahora parecía a menudo preocupada. Parecía estudiarle con más frecuencia y desviaba rápidamente la vista si él la

miraba. Se veía inquieta, incómoda. Tenía la sensación de que ella tenía algo que decirle.

Mark pensó que era por el casi resbalón en la playa. Quizá no debería habérselo contado. Quizás ahora ella esperaba que al llegar a casa cualquier día, se encontraría a una versión joven y de piel blanca de su padre, que no cumplía sus promesas, sentado en el sofá con los ojos rojos, lleno de disculpas balbuceantes y apesantando a marihuana.

Finalmente, una mañana le preguntó si quería que se mudara.

«No, Mark», dijo ella en voz baja. Sacudió la cabeza e hizo una mueca de dolor, como si la idea le resultara desoladora. «No, no. Por favor. Eso es lo último que quiero. Lo último». Y siguió diciendo «no, no» en voz baja durante el minuto siguiente.

• • •

Un sábado volvieron a desayunar al restaurante hippy donde les habían invitado a unos panecillos de semillas después de su excursión al Observatorio. Mark pensaba que era demasiado contracultural para el gusto de Odetta, pero era agradable ir a un lugar donde los demás comensales no les miraban de reojo.

La camarera de pinta Mama Cass los reconoció y felicitó a Odetta por su cabello mientras les señalaba una mesa. Unos minutos más tarde, ambos se levantaron brevemente para permitir que una radiante madre asiática con un vestido teñido con nudos empujara su cochecito hacia la parte trasera del restaurante. El bebé respondió a los arrullos de Odetta con una alegre sonrisa desdentada.

Se sentaron, pero ahora Odetta parecía estar preocupada de nuevo. No respondió a una pregunta que Mark le hizo sobre Rory, se quedó mirando su plato y retorciendo la servilleta alrededor de su dedo. Entonces, de repente, preguntó:

«Mark, ¿alguna vez piensas en ser padre?»

Lo dijo con voz ligera y despreocupada, pero le miraba fijamente, deseosa de escuchar su respuesta.

«Bueno, no», respondió Mark. «Francamente. Pero llevo menos de un año sobrio. Todavía me estoy adaptando a un mundo nuevo».

«¿Y si sucediera? ¿Si ella se quedara embarazada y no quisiera abortar?»

Mark lo pensó. Se las arreglaría, dijo. Ya le había contado lo del retraso para empezar sus cursos de técnico de emergencias médicas, pero esta vez tenía una plaza reservada para la formación que empezaba en seis semanas, y cuando se graduara tendría una carrera de verdad, con un sueldo mejor. Y si tenía un hijo, su madre querría ayudarlo. Como Odetta había dicho que su propia madre la ayudaría si tuviera un bebé.

Odetta escuchaba, retorciendo la servilleta, bajando a veces la mirada hacia la mesa cuando Mark la miraba. Mark se preguntaba con cansancio si ella le estaba evaluando como posible futuro baby-sitter.

• • •

Durante dos días, Mark hizo una mueca de dolor cada vez que hacer pis. Pensó que aquel bikini rojo le había contagiado gonorrea, pero la clínica de enfermedades venéreas le dio una buena noticia inesperada unos días más tarde. Quizás había tenido una infección urinaria. Lo que no tenía era gonorrea; estaba limpio.

Su principal obstáculo ahora para mantenerse sobrio era lo que sentía por Odetta. Ella se había unido a un grupo de solteros de su iglesia y ya había almorzado con otro hombre de la congregación: Reggie, abogado, divorciado, de veintinueve años. Odetta había dicho que él se había pasado toda la comida hablando de sí mismo, pero ¿cuánto tiempo pasaría antes de que conociera a un hombre que le gustara? Tenía veintitrés años. Las mujeres de esa edad necesitaban spray antiosos para ahuyentar a los pretendientes, y había muchos hombres solteros en su iglesia.

Mark se sentía como si le hubieran diagnosticado un cáncer terminal, como si tuviera los días contados. Tarde o temprano — la semana que viene, el mes que viene, dentro de tres meses — ella le daría la noticia de que había otro hombre, otro contable o abogado o, quién sabe, un ejecutivo, un banquero, un médico, algún soltero responsable que no fuera un infiel como Darrin ni un egocéntrico como Reggie, y entonces, para Mark, se acabaría el juego, sería como el paciente de cáncer que ve al médico sacudir

la cabeza con tristeza y decir que no tenía sentido seguir con la terapia. ¿Cómo podría competir con un hombre de ese nivel?

Podía desahogarse hablando de Odetta en sus sesiones en Alcohólicos Anónimos, y eso le ayudaba, pero las reuniones no eran perfectas. Él no era alcohólico. Podría haber acumulado fichas de recuperación por seis, siete o tantos meses de sobriedad, pero ¿qué sentido tenía si el alcohol era para él algo que podía tomar o dejar?

Peor aún: algunos de los habituales recurrían a la marihuana para ayudarse a estar alejados de la botella. No muchos, pero algunos. Era difícil escuchar a un alcohólico contando cómo se había mantenido sobrio corriendo a casa para fumarse un porro.

• • •

Una noche, después de una reunión, tuvo un encontronazo con un recién llegado que fumaba marihuana. Mark nunca había visto a ese tipo antes, pero ya había aprendido que cualquier chiflado podía llegar de otra galaxia y perturbar una reunión una o dos veces antes de volver a la calle con su botella. El nombre de este recién llegado era Shane. Apeataba a porro. Mark se sentó deliberadamente al otro lado del círculo, pero notó que Shane le miraba fijamente cuando hablaba de mantenerse alejado de la hierba.

Después de la reunión, Shane quiso hablar con él. Se acercó mientras el secretario de la reunión, Enzo, apilaba folletos y los demás alcohólicos salían de la iglesia.

«Lo que piensas sobre la marihuana es totalmente erróneo», dijo Shane, y miró a Mark con actitud beligerante. La marihuana te cura, dijo. La marihuana se usaba en la antigua Asiria.

«Si quieres», dijo Shane, «podemos salir y fumar una pipa ahora mismo».

«¡Puto GILIPOLLAS!», gritó Enzo. «¡Fuera! ¡Fuera ahora mismo!»

Enzo parecía una versión hippie de Al Capone, había sido encasillado como el tipo duro en una pasada carrera como actor. Shane refunfuñó, pero se marchó arrastrando los pies y murmurando para el cuello de su camisa. Mark pensó que se quedaría para ayudar a Enzo a ordenar.

«Gracias».

Enzo se encogió de hombros. «Estas cosas pasan».

Mark apiló las sillas mientras Enzo se ocupaba de la cafetera y terminaba de recoger el material de AA. Salieron y se quedaron juntos en la acera frente a la iglesia.

Enzo miró a Mark con aire evaluador. Llevaba diez años sobrio.

«Lo que necesitas es un padrino», dijo. «Quiero decir, todo el mundo en AA lo necesita, pero especialmente si estás en un programa que no es el idóneo para ti». Asintió con la cabeza hacia la iglesia. «Te lo tomaste a broma, pero lo que ese payaso te hizo allí dentro no fue una buena terapia».

Mark esbozó una media sonrisa y se quedó mirando el tráfico que pasaba. Enzo levantó la mano y contó con los dedos.

«Uno, un padrino que te ayude a seguir el programa. Puedes interpretar el «poder superior» como quieras, pero necesitas a alguien que escuche tu inventario y te ayude a dar los pasos. Y dos, quizás especialmente, un padrino al que puedas llamar y desahogarte si pasas por un mal momento y quieres volver a fumar marihuana. Podrías tener por delante una etapa difícil con esa, de la que no paras de hablar».

«Odetta».

«Hay gente en el programa que ha lidiado con problemas con la marihuana. Puedes preguntar por ahí».

Entonces Enzo pensó en algo. Chasqueó los dedos, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una agenda de bolsillo muy gastada.

«Creo que conozco a alguien que podría apadrinarte. Está en Alcohólicos Anónimos, pero era un gran consumidor de marihuana y también lo dejó. Y lleva mucho tiempo sobrio». Dudó y miró a Mark con aire evaluador. «Pero su Poder Superior es el grupo. No cree en Dios».

Mark dijo que estaba bien. Enzo hojeó la libreta de direcciones, luego la sostuvo frente a Mark y señaló una dirección en el este de Los Ángeles.

«Es una tienda de segunda mano», dijo Enzo. «Él trabaja allí. Daniel».

Mark abrió mucho los ojos. «¡Conozco ese lugar! ¡He comprado unas sillas allí! ¿Te refieres al tío que trabaja en el mostrador? ¿El que parece francés?»

«Es español», corrigió Enzo. «De la costa norte de España. Pero es él».

Enzo guardó la libreta en el bolsillo. Sonrió ampliamente, satisfecho de haber hecho una buena sugerencia.

«Un tipo estupendo», dijo Enzo. «Quizás hayas oído hablar de él. Hace un tiempo tuvo sus quince minutos de fama».

«¿Ah, sí?»

«¿Te acuerdas de cuando *White Rhino* publicó *Cartas de Rhytana*?»

## CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

11/7

No te rías, Paul,

pero la coincidencia, el destino o ambos me han llevado hoy a los límites municipales de la ciudad que da nombre al chiste de un cómico: la famosa Barstow, «la axila de Estados Unidos», considerada con demasiada frecuencia como la ciudad más fea del suroeste. Pasábamos por allí de vez en cuando por la I-15, quizás echábamos un vistazo indiferente desde la autopista, pero nunca parábamos en la ciudad. ¿Te acuerdas? ¿Un pueblecito a un tercio del camino entre Los Ángeles y Las Vegas? Barstow atrae a los conductores de la I-15 con gasolineras, moteles, tiendas outlet y, lo admito, poco más.

Probablemente ahora te estés preparando para una avalancha de chistes sobre Barstow; al fin y al cabo, estoy en la ciudad, así que debo de haber acumulado muchos. Bueno, de estos labios no saldrán, Paul, ¡nunca más! Puede que incluso tire indignado la televisión si Carson incluye otro chiste manido sobre Barstow en su monólogo del *Tonight Show*.

Para mí, Barstow se ha convertido en uno de los lugares más atractivos de California. Está embellecido por el alma radiante de una sola persona: una mujer de sesenta años, encorvada, con las mejillas arrugadas, la indomable Valentina. Mientras ella esté aquí, San Francisco, Monterey y Carmel

parecerán cutres y sin alma en comparación.

La conocí al llegar. Un amigo de Bill W. me había llevado en coche desde Needles hacia el oeste. Vi a Valentina, que ya no era tan ágil, cojeando junto a la Ruta 66 mientras nos acercábamos en coche, y le sugerí que la lleváramos. Valentina insistió en devolvernos el favor con un aperitivo en su humilde cabaña en las afueras de la ciudad.

A mi amigo le gustó Valentina, pero eso fue todo; pronto se despidió educadamente. Yo, en cambio, conecté muy bien con ella. Me alojo en un motel cercano (donde escribo estas palabras, pero vuelvo a la cabaña todos los días para pasar horas charlando platónicamente y también para ayudarla en algunas tareas sencillas y reparaciones que ella no puede hacer por su cuenta, debido a su delicada salud.

Valentina es mi profesora. A ella puedo describirle no solo mi profunda y permanente vergüenza por la muerte de mi pareja Abby, sino también mi tormento más privado y, lo admito, menos razonable, al saber que también le fallé al alma de dos meses que crecía dentro de ella, que podría haber llegado a término como mi primer y único hijo.

11/8

Paul, querido Paul,

Valentina también perdió a un ser querido: su hijo Mateo, estudiante de la UNAM, asesinado junto a decenas o cientos de

## Capítulo cuarenta y ocho

manifestantes desarmados en la masacre de Tlatelolco de 1968 en la Ciudad de México.

México sería la sede de los Juegos Olímpicos de ese año y había gastado mucho en los preparativos. Mateo y probablemente millones más pensaban que los fondos deberían haberse invertido en otra cosa. Protestaron. Las manifestaciones crecieron y se extendieron. El presidente Díaz Ordaz sabía que los equipos de noticias de todo el mundo pronto acudirían en masa a la capital para cubrir los Juegos. Quería que apuntaran sus cámaras hacia la costosa remodelación del Estadio Olímpico Universitario, y no hacia los disidentes que coreaban consignas.

El 2 de octubre, se enviaron tropas para rodear a diez mil manifestantes en la Plaza de las Tres Culturas. Se produjo una masacre. El número de muertos osciló entre cuarenta y cientos.

Sabía muy poco sobre Tlatelolco, lo que probablemente habría complacido a los líderes de México. Han luchado con determinación desde entonces para encubrir y ocultar la masacre. Afortunadamente, una periodista publicó una historia oral, *La noche de Tlatelolco*, que incluye relatos de testigos presenciales de la matanza. La copia de la pobre Valentina está casi destrozada. La ha leído cientos de veces. Dos de los entrevistados conocían a su hijo.

Sobre la muerte de Mateo, Valentina se muestra sorprendentemente pragmática, sin rencor. Su hijo era un idealista en un país extremadamente corrupto; sabía antes de

Tlatelolco que México había asesinado, torturado y secuestrado. Solo la suerte, dice, salva a esos idealistas del martirio. Valentina parece resignada a vivir en un mundo liderado en gran medida por malhechores.

Mateo era su único hijo. En cuanto a sus sentimientos hacia él, Valentina no es nada estoica: adora su recuerdo, lo venera, le rinde homenaje casi continuamente. Cinco fotos enmarcadas del delgado, delicado y juvenil Mateo decoran su salón. Su mesa de centro cruje bajo una enorme ofrenda del Día de los Muertos, que aún no ha desmontado, casi una semana después de que concluyera la festividad. Incluye más fotos, su anillo de graduación del instituto, su guante de béisbol, un boletín de notas con todo sobresalientes de cuarto curso, y más cosas. He pasado horas con Valentina en el sofá detrás de esta mesa, con sus álbumes de fotos abiertos sobre nuestras rodillas, escuchando su nostálgica narración mientras hojea las páginas.

Valentina me anima a hablar no solo de mi vergüenza y mi dolor por mi pareja Abby, como otros me han animado, sino también del feto de dos meses que murió con ella. Paul, ¿por qué me atormenta tanto esto? Los abortos espontáneos son comunes antes de los noventa días. El feto probablemente tenía el tamaño de una alubia y parecía un renacuajo. Si hubiera abortado, la alubia probablemente habría desaparecido en el sistema de alcantarillado del oeste de Los Ángeles. Y yo soy firmemente proelección (al igual que Valentina, aunque con mayores reservas). ¿Por qué tanta angustia?

## Capítulo cuarenta y ocho

Porque era mi sangre, surgió de la fertilización de su óvulo por mi semilla. Porque a los dos meses había comenzado a desarrollar pulmones, oídos, brazos, piernas, y pereció de una manera tan ignominiosa, como tejido en descomposición, prácticamente un absceso dentro del útero de una pareja que no habría sufrido una sobredosis si la hubiera atendido decentemente. Me retuerzo las manos, me avergüenzo, lucho por encontrar palabras para describir mi desconuelo. Ni siquiera supe el sexo de esa cosita. ¿Qué podría haber sido? ¿Una estrella del béisbol, una bailarina, un sicario de la mafia, un defensor de los derechos humanos?

El tráfico de la Ruta 66 retumba frente a la ventana de mi habitación de motel; las paredes tiemblan ocasionalmente con la vibración de un camión de dieciocho ruedas que pasa. Lejos de ser perfecto, pero no creo que vuelva a hacer otra broma sobre un lugar donde vive gente. Incluso el lugar más destartalado puede albergar un alma como la de Valentina.

Me están empezando a nublarse los ojos. Continuará.

9/11

No abogo por la vida, Paul. Digo que nuestra existencia como máquinas de carne simplemente es, como la luna, la tierra, Plutón, la radiación solar, que su valor (y el valor de la evolución que ha consumido eones y a través de la cual hemos desarrollado la inteligencia, tanto para la alegría como para la agonía frecuente) debe

ser juzgado por el individuo, que la única alternativa demostrable es la nada, la no vida. Para algunos, la vida es un auténtico infierno, una pesadilla. Para millones, es al menos brutal y corta. No voy a insistir en que aprecien lo que yo no querría soportar.

Pero Valentina sí aboga por la vida, parece defenderla incondicionalmente. Reconoce los horrores que se sufren, pero aún así la defiende, desafiante, con firmeza, con pasión, y me devuelve mi propio argumento. ¿Cómo podría alguien ofrecer la nada como alternativa? La vida lo es todo.

Valentina es creyente, como habrás adivinado, y está dispuesta a pensar místicamente. Su Mateo tenía hambre y sed de justicia, como describe su homónimo en Mateo 5:6; por lo tanto, ella cree que él está bendecido y también cree que, en algún plano desconocido de la existencia, hoy está presente, inteligente y consciente. Ella dice que ha sentido su alma a su lado cuando más lo ha llorado, consolándola con una sonrisa benevolente, asegurándole que puede regresar. La fe de Valentina podría describirse como un cristianismo personalizado. Los cristianos generalmente no creen en la reencarnación, pero Valentina se inclina por la idea.

Compartió un hermoso cuento: *Las ruinas circulares*, del gigante literario argentino Borges. (Como es de esperar, dada la herencia cultural de Valentina, toda nuestra charla es en español. Es probable que tu biblioteca tenga una traducción al inglés del cuento,

si he despertado tu curiosidad). *Circulares* cuenta la historia de un chamán que se adentra en la selva para dar vida a un hombre en sus sueños, para convertir al hombre soñado en un ser de carne y hueso y tridimensional únicamente mediante el esfuerzo realizado en un trance profundo. En trance, el chamán se comunica con un anfiteatro cósmico de almas no nacidas, algunas distantes en el tiempo, cada una lista para ser corpórea. Debe seleccionar solo una para construirla, esculpirla y transformarla en un hijo terrenal vivo.

Valentina cree que su martirizado Mateo, anhelante de justicia, sería el primero en la fila.

Y me gusta sentirme reconfortado por su creencia, Paul, como si calentara mis dedos sobre una vela en su ofrenda; que una encarnación similar podría ser posible para mi hijo no realizado, no consumado. Una tonteería, supongo. La reencarnación es una conjetura, una noción sin respaldo de ninguna prueba convincente. Pero es una idea reconfortante, y mientras nos sentamos juntos en ese sofá ante la ofrenda, a la luz menguante de la tarde, abro mi alma a Valentina como lo he hecho con muy pocas personas, y me rindo a la fantasía lacrimógena de que la pequeña vida incompleta detenida en el útero de Abby podría tener otra oportunidad de vivir, de nacer.

Valentina me anima. Nunca supimos el sexo de mi hijo, así que ella me ayudó a elegir un nombre unisex, adecuado tanto para niña como para niño. Me encantó en cuanto

me lo sugirió. El nombre es una palabra que designa un color, mi favorito desde siempre: el tono profundo, insondable y mágico del azul más intenso, un color que sugiere una puerta mística entre mundos y dimensiones, y como hablamos español, el nombre de mi ansiado futuro hijo lleva un acento agudo sobre la primera letra:

Índigo.

## CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

La tarjeta de visita decía que la tienda de segunda mano estaba abierta hasta las diez de la noche. A las 8:30 de la noche siguiente, Mark se acercó desde la parada de autobús más cercana, con su ejemplar de *Cartas* en el bolsillo trasero. Se sentía tranquilo. Sabía que se habría asustado si nunca hubiera conocido a Rhaytana, pero le había conocido, había hablado con él e incluso había estado a punto de regatearle cuando compró las sillas. Simplemente, entonces no sabía quién era el tipo que estaba detrás del mostrador.

La tienda de segunda mano parecía más cavernosa por la noche que durante el día, bajo las luces parpadeantes del techo. Los clientes deambulaban en silencio entre los percheros de abrigos, vestidos y zapatos, y curioseaban por los pasillos de la sección de muebles, donde Mark había encontrado las sillas de mimbre.

Daniel — Rhaytana — estaba junto a la caja registradora, con las manos sobre un tocadiscos, discutiendo acaloradamente en español con una latina de unos treinta años al otro lado del mostrador. Ella era alta, enfadada, guapa, y llamaba a Rhaytana o al tocadiscos «chinga» algo mientras se frotaba despectivamente las yemas de los dedos con el pulgar.

Rhaytana dio un paso atrás y levantó las manos en un gesto de «¿qué puedo hacer?» La latina le hizo un gesto obsceno y salió pisando fuerte. Mark se acercó al mostrador mientras Rhaytana bajaba el tocadiscos al suelo con aire avergonzado.

Rhaytana le reconoció.

«El joven caballero», dijo. «¿Qué podemos ofrecerle para su disfrute esta noche, amable señor? ¿Una faja, tal vez? ¿Un traje espacial?»

«Estoy en el programa», dijo Mark. Describió la conversación con Enzo, la recomendación de buscar un patrocinador que también hubiera tenido problemas con la marihuana.

Rhaytana se puso serio.

«Es posible», dijo. «Ahora tengo un patrocinado, pero podría tener dos. Podemos fijar una hora para hablar. Me gustaría saber con quién estoy tratando».

«Además», dijo Mark, «me gustaría un autógrafo».

Mark sacó su ejemplar arrugado de *Cartas*, con las esquinas dobladas, subrayado y obviamente leído y releído, y lo puso sobre el mostrador.

Rhaytana cerró los ojos, apoyó las manos en el mostrador y bajó la cabeza con una expresión de enorme cansancio.

«Lo que faltaba», murmuró.

«¿Qué?»

«¿Vas a hablarles a todos tus amigos de mí?»

Rhaytana le miró con una expresión defensiva y vulnerable, como si fuera un tendero negociando con unos gánsteres que dirigían una red de protección.

«¿Qué?»

«Creo que estoy haciendo un buen trabajo aquí. Puedo venir todos los días. No tienen que pagarme. Es una buena organización benéfica. Si cotorreas las noticias por todo Los Ángeles y tengo que dejarlo ...».

«¡No voy a cotorreas las noticias de nada!», dijo Mark acaloradamente.

Ante un Rhaytana claramente escéptico y descontento, Mark le explicó los antecedentes: sus años de interés en *Cartas*, su traslado a Los Ángeles, la afortunada coincidencia de su encuentro con Enzo.

«Se lo voy a contar a mi compañera de piso, Odetta, y eso es todo. No conozco a nadie más aquí a quien contárselo, y ella tampoco. ¿Puedes darme un respiro? ¡Por Dios!»

Mark sintió que había alguien detrás de él y se apartó para dejar que un anciano comprara un jersey. Rhaytana cerró la caja registradora y volvió a mirar a Mark mientras el hombre salía cojeando. Parecía ligeramente apaciguado.

«Entiendes que nunca esperé que esas cartas se publicaran. Si hubiera tenido idea de lo que iba a pasar, le habría dicho a Paul que no. No soy ningún gurú». Parecía exasperado. «La mitad de la población mundial mayor de cincuenta años podría haber escrito gran parte de lo que yo escribí. A medida que envejeces, vas comprendiendo algunas cosas».

Mark tenía la vaga sensación de estar negociando con un supervisor para conseguir un día libre.

«Mira», dijo en voz baja. «No eres un gurú. Lo entiendo. Pero vine hasta Los Ángeles para conocerte, le envié una carta de siete páginas a tu amigo Leonard ...».

Rhaytana parecía sorprendido. «Leonard nunca me dijo nada sobre una carta».

Mark cerró los ojos, exhaló un gemido de cansancio y continuó. «En ese caso, he perdido el tiempo escribiendo una carta de siete páginas que tu maravilloso amigo Leonard probablemente nunca tuvo intención de reenviar y tiró a la basura. Y ahora estoy aquí, después de un largo viaje en autobús, y te queda más de una hora antes de que cierre la tienda, y los clientes no están precisamente atacando la caja. Entonces, ¿te importa si sigo hablando contigo un rato? Oh, señor Gran Rhaytana, ¿por favor?»

«Si lo pones así ...». Rhaytana esbozó una media sonrisa y señaló con la cabeza un taburete detrás del mostrador. «Siéntate».

Mark se deslizó en la banqueta. Durante la siguiente media hora le contó su historia: toda, desde la primera llamada de Greta a la línea de ayuda hasta su trabajo como Papá Noel en el centro comercial, pasando por el descubrimiento de la identidad de Odetta cerca de Pismo Beach y su vida en East Hollywood desde entonces. Rhaytana escuchó, interrumpiendo de vez en cuando para pedir que repitiera o aclarara algo, y haciendo pausas ocasionales cuando un cliente tenía una pregunta o estaba listo para pagar.

«Entonces», dijo por fin, cuando Mark terminó, «la mayor amenaza para tu sobriedad es lo que sientes por Odetta».

«Supongo».

Rhaytana le miró fijamente. «No has hecho ningún avance desde lo de Palisades, porque ella estableció unos límites allí y tú no quieres ser un compañero de piso insoportable, y crees que ya ha sufrido bastante con los hombres, con ... con ...».

«Con Phillip».

Rhaytana asintió. «Con Phillip. ¡Pero! En Palisades tampoco respondió a tu pregunta sobre si se sentía atraída por ti, y pareció aliviada cuando descubrió que tu aventura en el Boardwalk no había funcionado, y ha estado distraída y mirándote de reojo durante el último mes. ¡Y!» Rhaytana levantó el dedo índice con énfasis. «Y todavía no ha visto la artillería pesada, que es que

tú eres el gran salvador Parker de la línea directa. No se lo has dicho».

Mark respiró hondo. «Y no quiero decírselo nunca. Si puedo irme a la tumba sabiendo ...».

«¡No! ¡Olvídalo!», interrumpió Rhaytana con un rápido movimiento de la mano. «Si quieres trabajar conmigo de cualquier forma, y digo de cualquier forma: adiós, Parker. Parker nunca existió. Tú la sacaste de su crisis. Eras un fumeta cuando lo hiciste, pero seguías siendo tú, y ella lo va a descubrir».

Mark tragó saliva y miró al español bajito y rechoncho que le observaba desde la caja registradora. Rhaytana parecía decidido.

«Lo que creo que deberías hacer es salir de esta tienda, ir a casa, hablar con la señorita Odetta y decirle lo que acabas de contarme. Llevas mucho tiempo con esta señorita. Has intentado ser un caballero, pero es hora de poner las cartas sobre la mesa, incluida la carta oculta de Parker, y hacer tu gran jugada. Si Darrin y ese otro fulano de tal tienen derecho a ser pretendientes, tú también».

«Y si ella dice que no ...» Rhaytana hizo una mueca. «Y si dice que no, que está en su derecho de hacerlo, tendrás que mudarte de allí lo antes posible e intentar olvidarte de ella. Si voy a ser tu padrino, no voy a apostar por alguien con menos de un año de sobriedad que intenta mantenerse limpio mientras el Señor Maravilloso la está agasajando delante de tus narices».

Mark se retorció, apartó la mirada y sintió que se ponía colorado.

«Te entiendo», dijo. «Gracias. En serio. Quizás este fin de semana podamos ...».

Rhaytana negó con la cabeza. «No. Este fin de semana no. Podrías perder el valor».

Miró debajo del mostrador, sacó una gorra arrugada y se acercó al taburete de Mark. Rhaytana parecía de repente feroz, feroz y alegre.

«¿Quieres que sea un gurú? De acuerdo. Solo por esta vez. Seré un gurú. Me pondré mi gorra de gurú».

Rhaytana se colocó la gorra en la cabeza. Una boina.

Se acercó aún más, hasta que Mark pudo sentir su aliento en el cuello. Los ojos de Rhaytana eran alegres, acerados, decididos. Extendió el dedo índice y lo presionó contra el pecho de Mark.

*Capítulo cuarenta y nueve*

«Súbete a ese autobús, ve a casa, habla con Odetta y cuéntale todo. ¿Estamos? Includo Parker. Parker includo muy especialmente.

«Esta noche, amigo. Ni mañana, ni este fin de semana. Se lo cuentas esta noche».

## CAPÍTULO CINCUENTA

Una hora más tarde, Mark estaba en el oscuro pasillo frente al dormitorio de Odetta, tratando de reunir el valor necesario para tocar la puerta. Temblaba. Su vida no volvería a ser la misma después de hablar con ella. Si ella quería que se mudara, quizá nunca volvería a verla.

Mark cerró los ojos y se maldijo a sí mismo por ser un cobarde. Llamó a la puerta.

No hubo respuesta. Llamó con más fuerza.

«¿Qué pasa?» murmuró Odetta somnolienta.

«Soy yo. ¿Puedo entrar?»

«Estaba durmiendo».

«Lo siento. Necesito hablar contigo ahora».

«Está abierta».

Mark solo había estado en la habitación de Odetta un par de veces, para arreglar una ventana que se atascaba y ayudar a montar el somier que habían subido del sótano. Odetta estaba sentada en la cama con la cabeza apoyada en las almohadas, bostezando, con el rostro somnoliento y la parte superior de su camisión amarillo de encaje iluminada por la tenue luz azafrán de una lejana farola. Las pesadas hojas de una palmera datilera proyectaban su sombra sobre parte del cristal, agitándose inquietas con la suave brisa de la noche.

«Tengo una reunión mañana por la mañana», dijo ella.

Mark respiró hondo. «No puede esperar hasta mañana».

Odetta se encogió de hombros con resignación, somnolienta, y señaló con la cabeza una silla de madera junto a la pared. Mark la acercó a la cama. Odetta se frotó los ojos, le miró y, a pesar del sueño, pareció darse cuenta de lo alterado que estaba.

«¿Qué pasa?»

«He visto a Rhaytana».

Odetta se sorprendió. «¿Existe? ¿Es una persona real?»

Mark asintió. «Le hablé de ti. Me dijo que tenía que hablar contigo en cuanto llegara a casa. Para contarte algo». Mark juntó las manos y se frotó los dedos con ansiedad. «Odetta, te he estado ocultando un gran secreto».

Se incorporó contra el cabecero de la cama y le miró fijamente, con seriedad, quizás aún no del todo espabilada, pero

mucho más despierta que unos segundos antes. Mark intentó controlar su respiración. Se dio cuenta, casi con enfado, de que volvía a responder físicamente ante ella. La respuesta había desaparecido casi por completo durante su interludio con Darrin, cuando cualquier esperanza de intimidad parecía perdida, pero ahora había regresado con la perspectiva vertiginosa y aterradora de confesar sus verdaderos sentimientos.

«Odetta, ¿por qué no fuiste a Saint Catherine's?»

«¿Perdón?»

«A Saint Catherine's. El refugio para mujeres. ¿Por qué no fuiste allí para alejarte de Phillip?»

«Bueno ...».

Odetta le miró mientras pensaba, como si quisiera hacerle una pregunta antes de responder.

«No me dejaron entrar», dijo finalmente. «Lo intenté, pero me dijeron que habían cambiado su política, que estaban recibiendo a mujeres maltratadas que no eran pentecostales y que yo tenía que ser pentecostal para obtener una vivienda de emergencia. Y yo no soy pentecostal. Simplemente no lo soy, así que no me aceptaron».

Hizo una pausa y le miró de otra manera. «Mark, ¿cuándo te hablé de Saint Catherine's?»

«Nunca me has hablado de Saint Catherine's, Odetta», dijo Mark en voz baja. «En todo el tiempo que llevas conociéndome, desde el centro comercial, nunca me has mencionado Saint Catherine's. Yo te hablé de ello».

Odetta parecía desconcertada, obviamente no le comprendía. Mark empezó a hablar, pero se le quebró la voz. Tragó saliva, giró la cabeza hacia un lado y se encontró mirando fijamente dos fotos enmarcadas en la mesita de noche.

*(¿Fuiste tú quien me hizo mirar, Índigo?)*

Las fotos tenían que ser de sus padres. Nunca las había visto antes. La madre de Odetta miraba fijamente a la lente con ojos resignados y cansados, esbozando una sonrisa forzada, como si fuera incapaz de ocultar ante la cámara las duras pruebas que había soportado en su vida.

Y ahí estaba el infame padre. ¿Por qué Odetta tenía esa foto allí? ¿Para ser justa? ¿Para no excluirle, para reconocer su papel? Mark contempló la foto del gran rompe promesas: un hombre

robusto, indudablemente guapo, con ojos de Romeo, una sonrisa deslumbrante y falsa que parecía disculparse por su propia falsedad.

«Odetta, ¿puedes intentar imaginar, por un segundo, qué habría pasado si hubieras sido una persona diferente? Que hubieras abandonado los estudios, te hubieras drogado todos los días y no hubieras hecho mucho más que fumar marihuana? Que nunca habías llegado a ser gran cosa. Y tú también lo sabías cuando te mirabas al espejo».

Mark tragó saliva, inclinó la cabeza y luchó por controlar su voz. «Y entonces, de alguna manera, a pesar de ser un pedazo de mierda, consigues hacer algo bueno y realmente importante por alguien que es mucho mejor que tú. Y esa persona no sabe quién eres, y se hace todas esas ideas locas sobre ti como si fueras un gran héroe respetable, y te está agradecida. ¿No tendría sentido querer mantenerlo en secreto y no querer que esa persona supiera nunca quién eres realmente? ¿Que por muy bajo que hayas caído y la basura que seas, hiciste algo que ayudó de esa manera, que te puso en otra liga?»

Se había deslizado hacia atrás en la cama, sujetando la parte superior de su camisón, de modo que ahora solo la mitad de su rostro estaba iluminado por la pálida luz de la farola. ¿Se había dado cuenta? No lo sabía. Ella le miraba fijamente, casi sin respirar.

«Odetta, nunca me preguntaste quién era esa mujer que tanto me obsesionaba en el centro comercial. ¿Verdad?» Mark esbozó una pequeña sonrisa. «Odetta, aunque no lo creas, nunca la había visto. No sabía cómo era. Solo sabía su nombre. Cuando me llamó a la línea de ayuda. Yo era voluntario allí.

«Cuando me llamaste, Odetta, dijiste que te llamabas Greta. Greta».

Su rostro estaba paralizado, los labios apretados, el ojo visible muy abierto, sin parpadear, asombrado. Mark respiraba con dificultad, sentado inclinado hacia delante con los antebrazos apoyados en los muslos, mirando sin comprender las gotas húmedas en el dorso de una mano. Casi nunca lloraba.

«Me temo que esa es la verdad. Parker, el profesor universitario, no era más que Mark, el viejo fumeta que abandonó los estudios. Conseguí ese trabajo en el centro comercial para intentar

encontrarte, y ni siquiera pude dejar la pipa el tiempo suficiente como para no apestar en el trono de Santa. Y entonces, aquella noche cerca de Pismo, finalmente descubrí quién eras.

«Pero ahora ya no consumo. He estado limpio todos los días desde que me obligaste a tirar mi alijo. No soy como tu padre. He cumplido mi palabra. No soy un gran triunfador como Darrin o Reggie, pero voy a ser TEM, y ese es un trabajo respetable. Los técnicos de emergencias ayudan a la gente. Es el comienzo de una verdadera carrera. Y creo que debería contar para algo que hayamos estado juntos todo este tiempo desde aquel viaje haciendo autoestop, y lo que siento por ti. Te adoro con locura, Odetta. Nunca he querido a una mujer tanto como te quiero a ti».

Eso fue todo lo que pudo hacer. Durante los siguientes minutos se preguntó aturdido si ella tenía intención de violarle.

De repente, él estaba tumbado boca arriba en la cama, con Odetta a horcajadas sobre él, los dedos en su cabello, besándole febrilmente, con sed. Él le acarició la sien y la nuca, con mucha más ternura que ella, y deslizó los dedos con adoración por el cabello corto y natural que había visto brotar y crecer. Entonces ella le dejó girarla hacia un lado, y su abrazo cambió, sus besos y caricias se volvieron más implorantes, sumisos, femeninos, mientras los de él se volvían más hambrientos, masculinos, urgentes, su adoración por ella ahora también estimulada, alimentada por una lujuria furiosa y encadenada, la necesidad crucial de penetrar, de empujar profundamente hacia arriba y dentro de su cuerpo, e incluso en esta locura, una pequeña voz en el fondo de su cerebro le decía que estaba a punto de convertirse en padre.

*(¿Tú también lo eras, verdad, Índigo? Eso sería típico de ti. Querías ser justo).*

Lucharon por quitarse la ropa. Su vagina estaba empapada, caliente, hinchada, lista. Ella levantó las rodillas, que flotaban sobre sus hombros, los labios entreabiertos, los ojos vulnerables, susurrando su nombre. Él presionó los dedos sobre el tallo de su pene para controlar las palpitations, movió las rodillas sobre las sábanas para cambiar el ángulo de sus caderas y penetrarla, empujar, suave pero urgentemente, completamente, y apretando los glúteos y también susurrando su nombre, comenzó a flexionar las caderas, a acariciar rítmicamente.

Y eso fue demasiado para ella. Gritó, cruzó los tobillos en lo alto de su espalda y, él estaba seguro, alcanzó el orgasmo, violento, estremecedor, arqueando la espalda debajo de él para empujar sus caderas y luego desplomándose, jadeando, sollozando y necesitando apoyar las manos en su pecho para que él entendiera que necesitaba recuperarse. Así que él se detuvo, apoyando su peso en las manos, con el pene rígido y profundamente dentro de ella, ahora tan tenso que estaba entumecido, más allá de cualquier sensación física familiar de placer, y la vocecita (*tu voz, Índigo*) le recordó de nuevo, casi con diversión, que estaba a punto de convertirse en padre.

Cuando ella estuvo lista, él comenzó a acariciarla de nuevo, a bombear, a empujar, apoyando su torso en los brazos extendidos, sin querer apartar los ojos de ella. Ella apretó la mandíbula y siguió con urgencia el ritmo de sus embestidas y le miró casi desafiante mientras lo hacía, como para demostrar con audacia que la Odetta que iba a la iglesia y no decía palabrotas podía ser tan carnal, sexual y salvaje como la imagen que ella tenía de las mujeres con las que se había acostado antes. Pero esto también pronto se volvió demasiado para ella, y con un gemido y un grito de su nombre, se quedó quieta y abierta, rendida, pasiva y abrumada, y entonces Mark dobló los brazos para apoyar el peso en los codos y acariciarla más profundamente, concentrándose en su placer, y entonces Odetta logró susurrar (*tú susurraste, Índigo*) lo que él ya sabía: que ella no estaba usando anticonceptivos.

Siguió conduciendo, decidido. Más tarde, al recordar ese momento, supo que podría haberse detenido entonces. ¿Buscaba egoísta y neuróticamente atarla a él a través de la maternidad, aunque debería haber sabido que Odetta, dispuesta a acoplarse con él, nunca más podría haberle tratado como prescindible, con o sin hijos? ¿Era solo para consumir egoístamente el placer? Su pene nunca había estado tan rígido; sabía que eyacularía violentamente, profusamente.

No, decidiría más tarde; no fue por ninguna de esas razones. Fue porque había aceptado el mensaje de esa vocecita; que la suerte ya estaba echada, su destino sellado, que habría sido casi una blasfemia dar marcha atrás tan tarde. Le estaba utilizando y, mientras se estremecía, empujando hasta el fondo, sintió que

empezaba a correrse y supo que esta vez le estaba utilizando voluntariamente.

Sin duda fue el orgasmo más violento de su vida. Durante años después temería tener otro igual. Fue doloroso. Incluso mientras su pene palpitaba y eyaculaba repetida y copiosamente, una parte de él también sentía ahora la mano oculta, silenciosa y distante del agente que le utilizaba (*la tuya, Índigo*), el manipulador que tiraba de los hilos y le agotaba, le vaciaba, como una máquina de ordeñar en una lechería, como un técnico de laboratorio que extrae sangre de una vena con frialdad clínica; con la única intención de obtener la carga útil, el único espermatozoide predestinado entre millones que penetraría y fertilizaría el óvulo que esperaba en la trompa de Falopio.

Más tarde, cuando se confirmó su embarazo, él admitiría que nunca podría demostrar que la había dejado embarazada aquella primera vez. No dormirían en toda la noche, se devorarían el uno al otro en los días siguientes. Pero en su corazón siempre sabría que la había dejado embarazada en su primera relación sexual, y también lo sabía mientras, saciado, agotado y sudoroso, se aferraba a la mujer que amaba, le acariciaba las mejillas con los dedos, se encontraba con su mirada tímida y vulnerable, y con una sonrisa tranquilizadora y un susurro inclinaba los labios para besar ...

*(Qué cobarde he sido siempre con respecto a esto. Cuánto más seguro me he sentido siempre contando mi historia como si fuera otra persona. Ni siquiera en mi diario podía admitir que era yo. Pero ahora, al final, me obligaré a dejar de fingir).*

## CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

... para besar a tu madre, Índigo, tu sagrada, adorada y hermosa madre.

Incluso en la escuela primaria, sabíamos que serías mucho más inteligente que nosotros. Cómo corrías por Ferndell, Índigo, nombrando cosas: una carpa koi, un helecho botón, una planta oreja de elefante, nombres que ninguno de nosotros conocía. En cierto modo, ambos te preferíamos cuando estabas en los primeros años de secundaria, cuando aún eras lo suficientemente joven como para mostrar a veces lo desconcertado que te sentías ante las mentes más comunes de tus padres. A los dieciocho años ya eras demasiado cortés para esos deslices, ocultabas tu incredulidad detrás de una sonrisa amable, cortés más allá de tu edad. Para entonces también estabas más cerca del padrino que te dio tu nombre. Quizá fue entonces cuando insististe en llegar cuando lo hiciste, Índigo, tan poco preparados como Odetta y yo estábamos entonces para ser padres. Tenías prisa por conocerle.

Siempre quisiste conocer la historia. Por fin, está lista para ti.

Así es como naciste, Índigo, así es como te concebimos. Así es como comenzó tu vida. Siempre me preguntaré si tú lo planeaste todo.

END

## EPÍLOGO

Acabo de dedicar más de doscientas ochenta páginas a intentar seducirte para que creas en una historia ficticia con personajes inventados. Los académicos tienen un término para referirse a este tipo de seducciones: transporte narrativo.

El transporte narrativo puede ser perjudicial. Es probable que el presidente Richard Nixon se inspirara en la película *Patton* para invadir Camboya. Un adolescente que ve a James Bond atravesar pretilos en su Aston Martin puede provocar un desastre una vez que se le permita conducir el sedán familiar.

(Véase <https://pubmed.ncbi.nlm.nih.gov/25493323/>)

Soy demasiado mayor para querer cargar mi conciencia con nuevos pecados no forzados. Por lo tanto, ahora busco desengañar, pinchar la burbuja de cualquier ilusión potencialmente dañina que pueda haber introducido en esta novela. A continuación:

- En la vida real, es mejor que reconozcamos la jerarquía de la apariencia, tan a menudo brutal, especialmente cuando nos encontramos en los años especialmente brutales del ciclo reproductivo.

El protagonista de *Índigo* es descrito como un hombre espectacularmente guapo. Con el tiempo, juzgará a su futura pareja como hermosa, pero la novela nunca sugiere que los demás la vean así.

Los dotados de belleza física suelen intercambiar su atractivo por engordar sus carteras o avanzar en sus carreras. Sin embargo, si no intervienen intereses tan mercenarios, los que tenemos un aspecto normal o poco agraciado tendemos a sentirnos decepcionados cuando nos enamoramos de personas despampanantes, a veces de forma trágica.

Sugiero que se examine el emparejamiento selectivo. A mí tampoco me gusta.

- ¡No hagas autoestop! ¡Por favor!

El autoestop del siglo XXI podría ser razonablemente seguro, con una base de datos en línea de personas que buscan y ofrecen transporte, y un medio para verificar tanto al conductor como al autoestopista antes de que se abra la puerta

del pasajero. Pero no existe tal red, y considero que hacer autoestop sin ella es prohibitivamente peligroso. Pienso que hacer autoestop es algo de lo que tuve suerte de salir bien parado.

Si no me crees, lee sobre los Toolbox Killers. El autoestopista solo tiene que subirse al coche equivocado una vez.

- Sin duda, habría sido más sensato que los enamorados de esta novela hubieran utilizado métodos anticonceptivos y hubieran ahorrado dinero antes de tener hijos.
- No dude en llamar a una línea de ayuda si necesita apoyo emocional, pero es poco probable que el voluntario sea una persona encantadora, le tratará de forma impersonal como a un cliente y puede llamar a la policía si se vuelve obsesivo.
- No estoy presionando a nadie para que tenga hijos. Yo no tengo ninguno, incluso me hice una vasectomía para asegurarme de que no los tendría. Las perspectivas de felicidad de un niño en una vida que presumiblemente no ha elegido pueden depender de la crianza, el patrimonio genético, la situación económica de la familia y el entorno en el que se introduce la nueva vida. (Y, por supuesto, de la pura suerte). ¿Le hubiera gustado ser engendrado por un esclavo con una fuerte predisposición a la anemia falciforme en una plantación del sur de Estados Unidos en el siglo XVIII? ¿Realmente hubiera elegido esa vida en lugar de no tener ninguna?

• • •

También me sentiré mejor si aprovecho este epílogo para añadir:

- La Ruta 99 de California en general y Bakersfield en particular ciertamente eran lugares que muchos autoestopistas temían en la década de 1970. Mi viejo amigo CG y yo quedamos abandonados durante *once horas* en una rampa de acceso al norte de Fresno, lo que inspiró las reflexiones de Mark en el capítulo veinticuatro; en otro viaje haciendo autoestop, el

único policía realmente corrupto con el que he tratado personalmente casi me envía a la cárcel de Fresno. (En cuanto a Bakersfield, no recuerdo haberme atrevido nunca a hacer autoestop allí).

Pero eso fue entonces, esto es ahora. Los Stanislaus Humanists, centrados en la Ruta 99, me dejaron pasar el rato con ellos en 2016 mientras esperaba mi visado para España. Recuerdo con cariño el tranquilo entorno de la casa del anfitrión en Modesto, y también disfruté de una salida social con el grupo en una cafetería de Modesto.

- Hollywood ha mejorado desde la década de 1970, o al menos lo había hecho cuando lo visité por última vez en 2011. Probablemente también lo haya hecho Cloverdale, que ahora ya no tiene autopista.
- La línea de atención al suicidio de la novela *no* se inspira en absoluto en la línea de atención al suicidio de Santa Rosa, donde fui voluntario a finales de la década de 1970. Santa Rosa se menciona específicamente como una comunidad separada en el segundo capítulo. Recuerdo que el servicio de Santa Rosa estaba bien gestionado, con excelentes líneas telefónicas y voluntarios sobrios.

Sin embargo, el Fishman era un auténtico habitual de la línea de atención telefónica de Santa Rosa, y se le describe con precisión en esta novela. Hablé con él al menos dos veces y recuerdo lo grosero que se puso cuando le pregunté por qué creía que una línea de atención al suicidio estaría interesada en la piscicultura costera. Los voluntarios nos referíamos a él como «el Fishman» y anotábamos sus llamadas con dibujos de peces en el libro de registro de la oficina.

Mark había hablado con gente desesperada en la línea directa de suicidio, pero nunca con alguien como la misteriosa Greta. A finales de 1974, ella llamó casi todas las noches que él tenía turno para hablar sobre su violento y paranoico marido, veterano de Vietnam. Ella no hablaría con otro voluntario.

Mark no podía mantenerse al margen. Greta no sabía que él era un dependiente fumeta de una licorería; le había dicho a Mark que le imaginaba como terapeuta, profesor, incluso como sacerdote. Nunca nadie había dependido tanto de él. Su marido abusivo ya la había golpeado, estrangulado y hecho sangre. Mark temía que la matara.

